

TRILOGÍA DE LOS GUARDIANES, 2



NORA ROBERTS

LA BAHÍA DE LOS SUSPIROS

DEBOLSILLO

NORA ROBERTS

La bahía de los suspiros
Trilogía de Los Guardianes, 2

Traducción de
Nieves Nuevo

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para mis nietos:
mi magia y mis milagros*

Mi corazón es como un pájaro cantor
que tiene el nido en una rama regada;
mi corazón es como un manzano
de ramaje encorvado por tanto fruto.

CHRISTINA ROSSETTI

La fortuna favorece a los audaces.

TERENCIO

Prólogo

La historia pasó de generación a generación, en canción y en relato, hasta que las brumas del tiempo la convirtieron en mito y leyenda. Pero algunos la dieron por cierta, porque las leyendas traen consuelo.

Otros sabían que la historia era cierta.

Sabían que en otros tiempos, en un reino antiguo como el mar, tres diosas crearon tres estrellas para honrar y ensalzar a una nueva reina. Forjaron una estrella de fuego, una estrella de agua y una estrella de hielo destinadas a brillar sobre todos los mundos, y las iluminaron deseándole fortaleza de corazón, de mente y de espíritu.

Aquellas diosas de la luna, guardianas de los mundos, velaban por dioses, semidioses, mortales e inmortales. Aunque eran seres de luz, entendían la guerra y la muerte, la sangre y el combate.

Había otra diosa, un ser oscuro cuya inmensa sed y avaricia inagotable le habían ennegrecido el corazón. Nerezza, la madre de las mentiras, maldijo las estrellas, pero no dejó de codiciarlas. La noche de su creación, les lanzó su poder mientras volaban hacia el cielo, las embrujó. Por esa maldición, un día se precipitarían a la tierra desde su refulgente lecho alrededor de la luna.

Cuando poseyera las tres estrellas, cuando se hiciese con su poder, la luna moriría, la luz cesaría de existir y Nerezza gobernaría la oscuridad.

Por ello, las diosas de la luna —Celene la adivina, Luna la afable y Arianrhod la guerrera— concentraron su magia para proteger las estrellas.

Pero esas cosas requieren sacrificio, coraje y cantidades ingentes de esperanza.

Las estrellas caerían; no podrían evitarles ese destino, pero caerían en lugares secretos y permanecerían ocultas hasta que llegase un día, en otro reino, en que los que de ellas procedían fuesen a buscarlas para brindarles protección.

Seis guardianes que lo arriesgarían todo con tal de evitar que las estrellas cayesen en las malvadas manos de Nerezza.

Para salvar la luz y todos los mundos, los seis se unirían y ofrecerían cuanto eran a esa búsqueda, y también a la batalla.

Ahora los seis, venidos de tierras remotas, se habían reunido, habían forjado sus lazos y lealtades, habían derramado sangre ajena y entregado la propia para encontrar la primera estrella. Y las diosas volvieron a encontrarse.

En la playa de arenas blancas donde, llenas de alegría y esperanza, habían creado las estrellas, se congregaron bajo una luna llena y de un blanco polar contra el cielo oscuro.

—Han vencido a Nerezza —declaró Luna, cogiendo de la mano a sus hermanas—. Han descubierto la Estrella de Fuego y la han colocado donde ella no pueda alcanzarla.

—La han ocultado —la corrigió Arianrhod—. Lo han hecho muy bien, pero ninguna estrella se hallará fuera de su alcance hasta que todas regresen al hogar.

—La han derrotado —insistió Luna.

—Sí, por el momento. Han luchado con valor, lo han arriesgado todo en la batalla, lo han dado todo por encontrarla. Y sin embargo...

Miró a Celene, que asintió con la cabeza.

—Veo más sangre, más batallas, más miedo. Combates y oscuridad donde un dolor y una muerte terribles pueden llegar en un instante y durar toda la eternidad.

—No cederán —dijo Luna—. No lo harán.

—Han demostrado su valor. El valor es más auténtico cuando detrás hay miedo. No dudo de ellos, hermana. —Arianrhod alzó la vista hasta la luna y el lugar que durante tanto tiempo habían ocupado tres resplandecientes estrellas—. Pero tampoco dudo de la furia y las ansias de Nerezza. Les dará caza, no se cansará de atacarlos.

—Y reclutará a otro, a un mortal. —Celene clavó su mirada en el mar y vio en su negra y cristalina superficie las sombras de lo que podía llegar a ser—. Con las mismas ansias que ella. Ha matado por recompensas mucho menos codiciadas que las Estrellas de la Fortuna. Es como veneno en el vino, un puñal en la mano tendida, unos dientes voraces tras una sonrisa. Y en poder de Nerezza, es un arma afilada y fulminante.

—Debemos auxiliarles. Estamos de acuerdo en que han demostrado su valía —razonó Luna—. Tenemos que ayudar.

—Sabes que no podemos —le recordó Celene—. No debemos interferir en sus decisiones. Hemos hecho cuanto podíamos hacer. Por ahora.

—Aegle no es su reina.

—Sin Aegle, sin este lugar, sin la luna y sin nosotras, sus siervas, no tienen mundo. En sus manos se encuentra su destino, el nuestro y el de todo.

—Nos pertenecen. —Arianrhod apretó con más fuerza la mano de Luna para reconfortarla—. No son dioses, pero son más que mortales, cada uno tiene un don. Lucharán.

—Pensarán y sentirán, que es tan importante como combatir. —Celene soltó un suspiro—. Y amarán. Mente, corazón y espíritu, además de espada, colmillos e incluso magia. Están bien armados.

—En eso confiamos. —Luna, flanqueada por sus hermanas, levantó el rostro hacia la luna—. Que nuestra confianza sea su escudo. Somos guardianas de los mundos, y ellos lo son de las estrellas. Son esperanza.

—Y valor —añadió Arianrhod.

—Son astutos. Mirad. —Sonriente, Celene alzó una mano e indicó con un gesto la espiral de color que surcaba el cielo—. Pasan junto a nosotras, cruzando nuestro mundo en dirección al siguiente. Hacia otra tierra, hacia la segunda estrella.

—Y todos los dioses de luz van con ellos —murmuró Luna, y envió el suyo.

Por un segundo, como en un único batir de alas, a Annika le llegó el aroma del mar y oyó las voces que se alzaban en una canción. La sensación desapareció al instante, difuminada en la nebulosa de velocidad y color, pero le inflamó el corazón como lo hace el amor.

Luego oyó un suspiro, y luego el eco de más suspiros, música, sí, pero de otra clase. Música agridulce. Y se apoderó de ella y la colmó de lágrimas.

Se desplomó, el corazón rebosante de una mezcla de alegría y pesar. Daba volteretas en espiral, sin aliento, invadida por un entusiasmo temerario salpicado por un breve destello de pánico.

Y ahora mil alas se agitaban en el viento, mil y otras mil más, formando un muro de sonido. Cuando Annika aterrizó de golpe, sin respiración, el color se desvaneció en la oscuridad.

Por un momento temió haber aterrizado en una cueva profunda y oscura, infestada de arañas, o, lo que es peor, muchísimo peor, donde acechara Nerezza, lista para atacar.

Por fin veía bien. Distinguía unas sombras, la luz de la luna, y notó un cuerpo firme debajo de él, unos brazos que la estrechaban con fuerza. Conocía ese contorno, ese olor, y sintió el deseo de acurrucarse contra él, qué más daba si Nerezza andaba cerca.

Qué milagro, qué milagro tan prodigioso, sentir latir el corazón de ese hombre, tan rápido, tan fuerte, contra el suyo.

El hombre se estremeció en un sutil gesto; deslizó la mano hacia arriba para acariciarle el pelo, y con la otra le rozó, qué delicia, el trasero.

Annika se acurrucó contra él.

—Mmm. —Apoyó las manos en los hombros, pero le hablaba tan cerca del corazón que Annika notaba el cosquilleo de su aliento—. ¿Estás bien? ¿Estás herida? ¿Está bien todo el mundo?

Annika pensó en sus amigos; no les había olvidado, jamás lo hacía. Pero nunca antes se había recostado tan íntimamente encima de un hombre, de Sawyer, y le estaba gustando muchísimo.

Oyó que alguien refunfuñaba, entre breves gruñidos y maldiciones. Muy cerca, se oyó la voz irritada de Doyle que decía con todas las sílabas:

—¡No me jodas!

Annika sabía que no rehusaba ninguna propuesta sexual, era un simple improprio.

Doyle no le preocupaba. Al fin y al cabo, era un inmortal.

—Ya te digo. —Ese era Bran, a pocos metros de distancia—. ¿Ha escapado todo el mundo? Tengo a Sasha. ¿Riley?

—¡Menudo viajecito!

—Has aterrizado con la rodilla justo en mis pelotas —añadió Doyle.

Annika oyó un golpe sordo e interpretó que Doyle acababa de apartar de un empujón a Riley y su rodilla. Ya había aprendido que las pelotas no eran solo esos juguetes redondos que botaban, sino un punto débil de los hombres.

—¡Estoy aquí! —exclamó, y tanteó contorneándose el punto débil de Sawyer—. ¿Hemos caído fuera del cielo?

—Poco ha faltado. —Sawyer carraspeó y, para decepción de Annika, volvió a balancearse y se incorporó—. No he podido frenar la caída. Nunca había llevado a seis personas tan lejos. Habré calculado mal.

—Estamos aquí los seis, eso es lo que importa —declaró Bran—. Ahora bien, ¿estamos donde tenemos que estar?

—Estamos a cubierto —comentó Sasha—. Veo unas ventanas y la luz de la

luna que se cuele por ellas. Estemos donde estemos, sigue siendo de noche.

—Esperemos que Sawyer y su brújula espaciotemporal nos hayan traído al lugar y al momento donde queremos estar. Vamos a averiguarlo.

Riley se puso de pie. Era científica, arqueóloga. Annika dio vueltas a esa palabra, pues su pueblo, la gente del agua, no tenía ninguna equivalente. Tampoco había licántropos entre ellos, pensó, así que en el mundo de Annika no existía nada ni nadie que se pareciera ni por asomo a Riley.

La doctora Riley Gwin, pequeña y robusta, con un sombrero de ala ancha que se las arreglaba para mantenerlo calado en su cabeza, se dirigió a grandes zancadas hasta la ventana.

—Veo agua, pero no son las vistas de la villa de Corfú, nos encontramos a mayor altura. Veo una carretera estrecha y empinada, y unos peldaños que bajan hasta ella. Estoy casi segura de que esto es Capri y de que esta es la casa correcta. Has dado en el blanco, Sawyer. Bravo por el viajero y su brújula mágica.

—Los llevaré —dijo Sawyer.

Acto seguido se levantó y, tras vacilar unos instantes, le tendió la mano a Annika para ayudarla, y ella, aunque tenía unas piernas fuertes y ágiles, se dejó ayudar.

—A ver si encuentro las luces —empezó Riley.

—Yo te ayudo.

Bran, que ya se había levantado y rodeaba a Sasha con el brazo, alargó la mano. La bola de luz que flotaba sobre su palma iluminó la habitación.

Al ver a sus amigos, a Annika le dio un vuelco el corazón, como le pasó al oír la canción. Ahí estaban Sasha, la adivina, con su melena de sol y sus ojos azules como el cielo, y Bran, el brujo, tan guapo a la luz de su magia. Y Riley, siempre alerta, con la mano sobre la culata del arma, escudriñándolo todo con

sus ojos de color dorado oscuro, mientras Doyle, un guerrero de pies a cabeza, aguardaba con la espada desenvainada.

Y Sawyer, siempre Sawyer, con la brújula en la mano.

Puede que quedaran magullados y ensangrentados tras la última batalla, pero seguían juntos y a salvo.

—¿Viviremos en esta casa a partir de ahora? —preguntó Annika—. Es muy bonita.

—A menos que Sawyer se haya equivocado de lugar, este es nuestro nuevo cuartel general.

Sin apartar la mano del arma, Riley se alejó de la ventana.

En la estancia había una cama con cojines de colores; no, se corrigió Annika, era un sofá; también se fijó en las butacas y las bonitas lámparas que descansaban encima de las mesas. El suelo, alicatado con baldosas grandes del color de la arena quemada por el sol, era duro, como habían podido comprobar.

Riley se acercó a una lámpara, accionó el interruptor y, gracias al milagro de la electricidad, esta se encendió.

—Esperad que me oriente. Quiero asegurarme de que nos encontramos en el lugar adecuado. No nos conviene que nos visite la *polizia*.

Para salir de la habitación, Riley cruzó el arco que dibujaba una de las paredes. Al cabo de unos segundos, encendió una luz que se filtró hasta donde estaban los otros. Tras envainar la espada, Doyle salió detrás de ella.

—Me parece que todas nuestras cosas están aquí. Y me da la impresión de que han aterrizado con más suavidad que nosotros.

Annika se asomó. No sabía cómo llamar a aquel espacio, con la gran puerta de cara al mar y los arcos que daban paso a otras estancias. Se llamara como se llamara, las bolsas y las cajas se hallaban en el centro, formando una pila.

Murmurando una maldición, Doyle levantó su motocicleta del suelo.

—He tenido que dejar caer las cosas primero para que no aterrizáramos encima de ellas —aclaró Sawyer—. ¿He acertado el lugar, Riley?

—Encaja con la descripción —respondió Riley—. Y con la ubicación. Tendría que haber una gran sala de estar con puertas de vidrio que dan a un... Ahí está.

Más luces, y, como decía Riley, una gran habitación con más sofás, butacas y objetos bonitos. Aunque lo mejor de todo era aquella cristalera enorme que dejaba ver el cielo y el mar. Cuando Annika se precipitó a abrirla, Riley levantó la mano.

—No. Aún no. Hay un sistema de alarma. Tengo el código, pero tenemos que desconectarlo antes de abrir esto o cualquier otra cosa.

—Aquí está el panel de control —le indicó Sawyer, y repiqueteó el tablero con las yemas de los dedos.

—Un momento. —Riley se sacó del bolsillo un trozo de papel—. No quiero fiarme de la memoria, a ver si el viaje me ha dejado atontada.

—Desplazarse no atonta a la gente —comentó Sawyer sonriente tamborileando con los nudillos en la cabeza de Riley mientras esta tecleaba el código.

—Ya puedes abrir la cristalera, Annika.

Una vez abierta, Annika salió haciendo una pirueta a una amplia terraza llena de noche y luna, y mar y un aroma de limones y flores.

—¡Es precioso! Nunca lo había visto desde tan alto.

—¿Acaso lo habías visto antes? —le preguntó Sawyer—. ¿Conocías Capri?

—Lo había visto desde el mar. Debajo hay unas cuevas de aguas profundas y azules donde yacen los restos de barcos que navegaron en tiempos antiguos. ¡Flores! —Alargó el brazo para tocar los pétalos de vivos colores que caían en cascada de unas robustas macetas—. Las regaré y cuidaré. Podría ser mi tarea.

—Trato hecho. Este es el sitio. —Riley asintió satisfecha y se apoyó las manos en las caderas—. Te vuelvo a aplaudir, Sawyer.

—De todos modos, deberíamos comprobarlo todo —sugirió Bran, de pie ante las puertas abiertas, observando el cielo con sus ojos serios y oscuros.

A menudo Nerezza llegaba desde el cielo.

—Añadiré protección al sistema de alarma —siguió el brujo—. Hemos conseguido herirla y causarle dolor, por lo que no creo que, si nos encuentra, reúna fuerzas suficientes para volver a atacarnos esta noche. Aun así, dormiremos mejor con una capa de magia que recubra la casa.

—Nos dividiremos —decidió Doyle, asintiendo con la cabeza. Mantenía la espada envainada, y el pelo oscuro le enmarcaba el rostro duro y atractivo—. Recorreremos toda la zona para comprobar que esté despejada.

—Tiene que haber dos dormitorios aquí abajo, cuatro más en el piso de arriba y otro espacio común. Esta casa no es tan grande y lujosa como la villa, y además no tendremos tanto espacio al aire libre.

—Ni a Apolo —intervino Annika.

—Sí —respondió Riley con una sonrisa—. Voy a echar de menos a ese perro. Aun así, la casa es bastante espaciosa y está bien situada. Me ocuparé del piso de arriba.

—Lo que quieres es elegir dormitorio.

Riley miró risueña a Sasha, pero entonces frunció el ceño.

—¿Te encuentras bien, Sash? Estás pálida.

—Me duele la cabeza. Un dolor normal y corriente —dijo cuando todas las miradas se volvieron hacia ella—. Ya no trato de luchar contra las visiones. Ha sido un día muy largo.

—Es verdad. —Bran la atrajo hacia sí y le susurró algo al oído. Ella asintió sonriente—. Nosotros también nos ocuparemos del piso de arriba.

La pareja se esfumó al instante.

—¡Eso es trampa! ¡No es justo utilizar la magia! —exclamó Riley, echando a andar hacia las escaleras.

—Ya hay tres arriba —dijo Doyle—, así que a nosotros tres nos toca inspeccionar este piso. Yo prefiero dormir aquí abajo —añadió, echando un vistazo a su alrededor—, más cerca de la salida.

—Entonces, tú y yo nos quedamos aquí —decidió Sawyer para decepción de Annika—. Al lado de la cocina y la comida. A ver qué tenemos.

Los dos dormitorios estaban uno junto a otro. No eran tan grandes como los que habían dejado atrás, en Corfú, pero contaban con buenas camas y bonitas vistas desde las ventanas.

—Genial —declaró Doyle.

—Genial —convino Sawyer, tras abrir otra puerta que daba a un cuarto de baño con ducha.

La puerta corredera entraba y salía de la pared, lo que dejó embobada a Annika, que se puso a deslizarla adelante y atrás hasta que Sawyer la cogió de la mano y la apartó de allí.

Encontraron otra habitación con lo que Sawyer llamó un bar, un gran televisor en la pared (a Annika la volvía loca la televisión) y una gran mesa tapizada de color verde con unas bolas de colores encajadas dentro de un triángulo negro.

Annika pasó una mano por la superficie.

—No es hierba.

—Fieltro —le explicó Sawyer—. Es una mesa de billar, es un juego. ¿Tú juegas al billar? —le preguntó a Doyle.

—¿Qué hombre que haya vivido varios siglos no ha jugado al billar?

—Yo solo llevo vivo unas pocas décadas, pero he jugado bastante. Tenemos que echar una partida.

También había un tocador, aunque, que Annika supiera, nadie tocaba nada

allí, y a continuación, la cocina y el comedor. Annika supo enseguida que Sawyer estaba contento.

El joven caminaba sin rumbo fijo, paseaba. Su cuerpo alto y esbelto se movía, pensó Annika, como si nunca tuviera prisa. Anhelaba adentrarse con sus dedos en la densa cabellera de él, alborotada tras el viaje y de un color dorado oscuro que el sol había aclarado. Y cuando lo miraba a los ojos, grises como el mar a la primera luz del alba, tenía que reprimir un suspiro.

—Los italianos entienden de comida. Esto es una maravilla.

Annika ya sabía preparar varios platos, así que reconoció los hornos y la gran cocina con muchos fogones. Una isla central albergaba un pequeño fregadero que la entusiasmó, y aún había otro más grande bajo una ventana.

Sawyer abrió aquella caja que mantenía las cosas frías: la nevera, recordó Annika.

—Ya está llena. A Riley no se le escapa nada. ¿Cerveza?

—Desde luego —dijo Doyle.

—¿Anni?

—No me gusta mucho la cerveza. ¿Hay algo más?

—Tienes refrescos, zumo de frutas... Espera. —Señaló un estante con botellas—. Hay vino.

—Me gusta el vino.

—Solucionado, entonces. —Escogió una botella, le pasó una cerveza a Doyle, cogió otra para él y se dirigió hacia otra puerta—. La despensa, también llena. ¡Fantástico!

Abrió varios cajones hasta encontrar el utensilio para abrir el vino. Sacacorchos. Qué palabra tan graciosa.

—No sé los demás, pero yo estoy muerto de hambre. Desplazar a tantos y tan lejos te deja hecho polvo.

—Me vendría bien comer —decidió Doyle.

—Voy a preparar algo de cenar. Riley tenía razón, Sasha está pálida. Comeremos, beberemos y nos relajaremos.

—Pues ponte manos a la obra. Voy a inspeccionar el exterior.

Con la espada aún envainada a la espalda, Doyle cruzó otra gran puerta de vidrio.

—Puedo ayudarte a preparar la comida.

—¿No quieres ir a organizar tu dormitorio?

—Me gusta ayudar a cocinar.

«Sobre todo a ti», añadió para sus adentros.

—Vale, no vamos a complicarnos la vida. Un plato rápido de pasta, con mantequilla y hierbas. A ver qué tenemos... sí, hay tomates, mozzarella... — Sacó el queso de la nevera y le puso en las manos un tomate del cuenco que descansaba sobre la encimera—. ¿Recuerdas cómo cortar tomates?

—Sí, lo hago muy bien.

—Pues córtalos y busca un plato, una bandeja o una fuente para servirlos.

Separó las manos para mostrarle el tamaño que debía tener.

Sawyer tenía unas manos fuertes, pero era delicado con ellas. Annika pensaba que la delicadeza era el tipo de fuerza que él poseía.

—Coloca los tomates una vez cortados y ponles el queso encima — continuó, así que ella tuvo que prestar atención—. Y los rocías con este aceite de oliva.

—El rocío es como la lluvia, pero solo un poco.

—Así es. Luego coges esto. —Se acercó al alféizar de la ventana, donde había varias macetas, y cortó un tallo con hojas—. Es albahaca.

—Lo recuerdo. Añade sabor.

—Sí. Corta un poco, échala por encima, muele un poco de pimienta y listo.

—¿Listo?

—Habrás acabado —le explicó él.

—Lo tendré listo para ti.

Muy contenta, Annika se recogió en una trenza el pelo negro, largo hasta la cintura, y empezó a trabajar mientras él ponía a hervir una cazuela llena de agua, le servía vino a la chica y disfrutaba de su cerveza.

A Annika le gustaban los momentos de tranquilidad con Sawyer; había aprendido a saborearlos. Vendrían más luchas; lo sabía y lo aceptaba. Habría más dolor. También lo aceptaba. Pero había recibido un regalo: las piernas que le permitían salir del mar y pisar tierra firme, aunque fuese por poco tiempo, y los amigos, más valiosos que el oro. Eran su legado y su deber.

Y, por encima de todo, Sawyer, a quien amaba desde antes incluso que él supiera que Annika existía.

—¿Tú sueñas, Sawyer?

—¿Qué? —Encontró el colador que buscaba y la miró distraído—. Claro. Claro, todo el mundo sueña.

—¿Sueñas con el día en que hayamos cumplido con nuestro deber y consigamos las tres estrellas? ¿Con el día en que las Estrellas de la Fortuna estén a salvo de las garras de Nerezza y se acabe la lucha?

—Ahora mismo es difícil adelantarse tanto al futuro, pero sí pienso en ello.

—¿Qué es lo que más te gustaría hacer cuando todo haya terminado?

—No lo sé. Hace mucho tiempo que buscar las estrellas forma parte de mi vida, aunque lleve poco combatiendo.

Sin embargo, hizo una pausa para reflexionar. Ella pensó que eso, prestar atención, también era fuerza.

—Supongo que me bastaría con que los seis, después de cumplir con nuestro cometido, nos sentáramos en una playa acogedora, y al levantar la vista viéramos las tres estrellas en el cielo. Que estuvieran en el lugar que les corresponde, sabiendo que es gracias a nosotros. Ese es mi gran sueño.

—¿No sueñas con ser rico o vivir muchos años? —preguntó Annika,

mirándole—. ¿Ni con una mujer?

—A ver, si pudiera frotar una lámpara y no pidiera todas esas cosas, sería un completo imbécil —contestó Sawyer. Acto seguido, se quedó callado y se pasó los dedos por la abundante cabellera rubia—. Pero me conformaría con los amigos con los que he luchado y esa playa. Y si añadimos una cerveza fría, ya sería perfecto.

Ella se disponía a preguntar otra vez, pero justo volvió Doyle.

Aunque era un hombre alto y musculoso, se movía con ligereza.

—No contamos con la zona de entrenamiento al aire libre que teníamos en Grecia, pero hay un huerto de limoneros que podrá servirnos. Además, está todo más camuflado de lo que esperaba, aunque Bran tendrá que mejorarlo. He encontrado un jardín, más pequeño que el de la villa, y en la terraza hay macetas de hierbas aromáticas, algunas tomateras y, debajo de un emparrado, una mesa grande para comer. La sombra es buena, pero las abejas podrían darnos problemas. También tenemos piscina.

—¿Sí?

—Más pequeña que la de Corfú. Está justo al otro lado del patio. Supongo que por eso plantaron árboles a cada lado de la finca. Querrían un poco de intimidad. ¿Quieres elegir dormitorio?

—No, escoge tú.

—De acuerdo. Voy a guardar mis cosas.

Salió Doyle y enseguida entró Riley.

—Me habéis adivinado el pensamiento —dijo la mujer, acercándose a Annika y pasándole el brazo por la cintura—. Me muero de hambre. ¿Qué hay de cena?

—Sawyer prepara pasta y yo tomates y queso con aceite y hierbas. Vamos a comer, beber y relajarnos.

—Me apunto.

—El amigo de tu amigo ha llenado la cocina de provisiones —le dijo Sawyer a Riley.

—Sí, estamos en deuda. ¿Cerveza o vino? —Para acabar de decidirse, dio un trago de la botella de Sawyer y un sorbo del vaso de Annika—. Difícil decisión. Hay pasta para cenar, así que optaré por el vino. Bran y Sasha se han quedado con el dormitorio principal, pero como son dos, me parece justo.

—Doyle y yo dormiremos aquí abajo. Hay dos habitaciones y un baño completo. Genial.

—Muy bien. Annika, puedes elegir entre las opciones que quedan. Sasha y Bran se quedarán con otra habitación para instalar el estudio y el taller de magia. Arriba hay otro par de terrazas. Desde aquí no podemos llegar a pie hasta la playa, pero hay un funicular.

—¿Qué es un funicular? —preguntó Annika.

—Es como un tren, pero en el aire. Compras un billete y te montas para ir a la ciudad, acercarte a la playa o...

—¡Quiero montar! ¿Nos montaremos en él mañana?

—A lo mejor sí, porque las tiendas de Anacapri caen lejos de aquí, y la cuesta que hay que subir de vuelta a casa es muy pronunciada. En cambio, a la capital, Capri, tendremos que ir en autobús o taxi; de lo contrario nos tendríamos que pegar una buena caminata. Ah, y en Anacapri no pueden circular los coches, pero si nos hiciera mucha falta, podría conseguir uno y dejarlo aparcado en Capri. Así pues, en general tendremos que movernos sobre todo a pie o en transporte público. Ahora voy a salir un momento para comprobar la seguridad.

—Acaba de hacerlo Doyle —comentó Sawyer, tirando los espaguetis en la olla de agua hirviendo.

Riley vaciló y echó un vistazo hacia la puerta. Luego se encogió de hombros.

—Entonces, no tiene sentido que vaya yo.

—Tenemos piscina —intervino Annika.

—Sí, ya lo sé. A lo mejor me meto antes de acostarme. Hay una mesa en la terraza, ¿verdad? ¿Por qué no cenamos fuera?

—Por mí sí. Vamos a organizarnos.

Riley se sirvió un poco de vino e hizo el gesto de brindar en dirección a Sawyer.

—Lo tengo todo controlado. —Al ver entrar a Sasha con Bran, cogió otro vaso—. Aquí tienes, vino. Te pondrá color en las mejillas.

—Me apetece mucho una copa de vino. Y esta cena. Sawyer, Annika, sois los mejores.

—¿Hay cerveza italiana? ¡Qué bien! —exclamó Bran. Abrió la nevera y sacó una botella—. ¿Y Doyle?

—Nuestro inmortal se está instalando. —Sawyer removi6 la pasta en medio de una nube de vapor—. Nos quedamos los dos dormitorios de aqu6 abajo.

—Pues tendr6s que elegir entre los de arriba, Annika.

—Riley dice que necesit6is una habitaci6n para que t6 pintes y Bran practique su magia. Escoged vosotros. Estar6 encantada de dormir en la que quede libre.

—Pues si no te importa nos quedaremos con la habitaci6n que est6 enfrente de nuestro dormitorio. Es la m6s peque6a de las dos, pero no necesitamos m6s espacio. Y as6 te instalas en la que da al mar. Te gustar6 dormir y despertarte con el mar.

Conmovidada, Annika fue a darle un abrazo a Sasha.

—Gracias.

—Mi habitaci6n est6 justo enfrente de la tuya —le dijo Riley—. Tener vistas al mar me gusta tanto como a cualquiera, sea o no una sirena, pero tambi6n me parece estupendo abrir la ventana y ver un huerto de limoneros.

—Y vigilar la retaguardia —añadió Bran.

—Eso también. En cuanto localice los platos, cenaremos fuera...

Al fin encontró unos platos de colores vivos y salió con Sasha a poner la mesa mientras Annika añadía, con gesto meticuloso, las especias a su ensalada.

—¿Está bien? ¿Lo he hecho como debía?

Sawyer lanzó un vistazo a la fuente.

—Está perfecto. En un momento tendré listo todo lo demás.

—¡Pero necesitamos velas! Y flores —dijo Annika, y se precipitó al exterior a buscar lo que consideraba necesario para poner una mesa como es debido.

Sawyer probó la pasta y apagó el fuego.

—¿Sasha está bien?

—Al parecer un poco más afectada que los demás. Espero que se recupere comiendo y descansando un poco —respondió Bran, y volviéndose hacia Doyle, que volvía en ese momento, le dijo—: He lanzado un hechizo de protección muy básico sobre la casa y la finca, pero será mejor que lo refuerce antes de que nos acostemos. Tarde o temprano nos encontrará, y estará muy cabreada.

—Sin duda —convino Sawyer, escurriendo la pasta—. Pero le será mucho más difícil encontrar la Estrella de Fuego. Está muy bien escondida.

—Lo cual me hace pensar que esta vez nos atacará con más virulencia. —Doyle levantó su botella de cerveza y la vació de un trago—. Yo, en su lugar, me daría cuenta de que había subestimado a mi enemigo, y su orgullo también la llevará a esa conclusión. Vendrá con más fuerza, sedienta de sangre.

—Y quizá esta vez también actúe con más astucia —añadió Bran—. Se dejó llevar por la rabia y la violencia, y salió peor parada que nosotros. Si es

inteligente, se planteará recurrir a la estrategia y no tanto a la fuerza. Tendremos que estar preparados.

—Venga, que necesitamos comer. —Sawyer echó la pasta en un cuenco y la mezcló con el preparado de mantequilla y hierbas—. Y después, a dormir.

—Tienes razón, pero también celebraremos, aunque sea brevemente, que estamos sanos y salvos. Y que seguimos juntos.

—Sin olvidar que estamos listos para buscar la siguiente estrella —añadió Doyle.

Bran asintió con la cabeza y añadió:

—La siguiente estrella. No sabemos si será la de agua o la de hielo, al menos no todavía. Sin embargo, el destino nos ha traído aquí, donde la maravillosa Riley ha vuelto a procurarnos un techo, camas y comida. ¿No podemos esperar a mañana para trazar nuestra estrategia?

—Habrá que hacerlo, porque la cena está lista. Llevaos esa fuente, ¿queréis? Y el vino. Me vendría bien otra cerveza.

Sawyer salió a la noche perfumada de azahar, donde la luna menguante proyectaba una suave luz azulada sobre la tierra y el mar.

Como cabía esperar, Annika había confeccionado un ramo de flores con las servilletas y colocado las velas que había encontrado por la casa.

—No he encontrado las...

Hizo el gesto de encender una cerilla.

—Cerillas —la ayudó Sawyer.

—Yo me encargo —se ofreció Bran.

Se limitó a chasquear los dedos, y todas las velas se encendieron al instante.

Annika soltó una carcajada y se puso a aplaudir. Luego corrió a abrazar a Bran.

—Ya he abrazado a Sasha y a Riley —explicó—. Estamos todos juntos, en

este nuevo paradero. —Se volvió para estrechar a Doyle entre sus brazos y le arrancó una sonrisa—. Tenemos buena comida y buenos amigos.

Por último, se volvió hacia Sawyer, lo abrazó y se permitió inspirar su aroma tan característico.

—Nerezza no tiene amigos ni lo que tenemos nosotros.

—No quiere lo que tenemos nosotros —replicó Sasha. Se tambaleó un instante, pero se enderezó enseguida. Sus ojos eran profundos y oscuros, y veían más allá del mar y de la luna—. No aspira a tener amigos, ni amor ni afecto. Nerezza está hecha de mentiras, de codicia y de ambición, de todo lo oscuro. Nerezza es la oscuridad en sí misma. Ahora está enfurecida y ha conocido el dolor: no tardará en buscarnos y urdir un plan que la llevará hasta aquí. Tiene sed de sangre, de nuestra sangre, pues nada más puede apagarla. Vendrá aunque cubramos nuestro mundo con una cortina. La Esfera del Todo nos encontrará. Y Nerezza hallará quien la acompañe a darnos caza. La codicia ciega a la gente, pero también la une. El dios se amarra al hombre y el hombre se amarra al dios en un pacto sellado con sangre. En esta isla, en estas aguas, en las canciones y los suspiros, se librarán nuevas batallas. La sangre corre, el dolor golpea. La traición llega envuelta en sonrisas.

»En esta isla, en estas aguas, en las canciones y los suspiros, la estrella aguarda, azul y pura, por los inocentes y los valientes. No está hecha la Estrella de Agua de lágrimas, pero lágrimas se derramarán antes de hallarla.

Volvió a tambalearse, pálida como un espectro. Bran la estrechó contra sí, sujetándola.

—Respira, *fáidh*.

—No he luchado en contra. Juro que no he tratado de bloquearlo. Es que... todo se me hacía un tanto raro.

—El desplazamiento. Nunca había viajado con una adivina, nunca me había pasado nada parecido —añadió Sawyer.

—¿Se ha quedado atontada?

Sawyer miró de soslayo a Riley.

—No exactamente, aunque quizá la visión tenía que... no sé, alcanzarla. ¿Quieres agua? Te traeré agua.

—No, no, estoy bien. Mejor, de hecho —susurró Sasha—. Mucho mejor. Sentía que había perdido el equilibrio, pero ahora parece que lo he recuperado. Así que quizá, sí, quizá haya sido el desplazamiento. Menudo día, ¿no? Voy a sentarme.

—Y a cenar. —Moviéndose con rapidez, Annika sirvió pasta y un poco de tomate y mozzarella en un plato—. Tienes que comerte la cena.

—Sí, y vosotros también. La visión me ha llegado de golpe. Ha sido, sí, ha sido como si me alcanzara, como si se hubiera estrellado contra mí. Y en semejante cantidad ha sido brutal. Esa sensación dentro. La furia de Nerezza y su necesidad de destruirnos. No solo de hacer daño o matar, sino de destruir.

—Has dicho que encontraría a alguien —le recordó Riley—. A un hombre.

—Sí, aunque no sé si significa que será un varón o simplemente un ser humano. Pero encontrará a alguien que unirá sus fuerzas con ella.

—Después de luchar contra un dios —comentó Doyle, amontonando comida en su plato—, no me preocupa enfrentarme a un mortal.

—Lo dice el hombre que no puede morir —intervino Riley—. Los seres humanos son astutos, cautos y peligrosos. Si Nerezza hace un pacto con uno, es porque él, o ella, le resultará útil. No te pongas chulo.

Sawyer le pasó el cuenco a Annika y comentó:

—Bueno, ya sabemos qué estrella estamos buscando en Capri y sus alrededores. La Estrella de Agua. Podemos tacharlo de la lista de cosas por averiguar.

—Es azul y preciosa. De un azul sobrenatural. No sé si podré plasmar sus tonos con pintura. La Estrella de Fuego ardía y lanzaba destellos. Y esta... —

Sasha cerró los ojos un momento—. Resplandecía y parecía que... ondulara. ¿Era agua? Quizá por eso. —Tras enrollar la pasta en torno a su tenedor y probarla, Sasha volvió a cerrar los ojos. —¡Qué buena, Sawyer! Está perfecta. Yo me encargaré de preparar el desayuno.

—No, lo haré yo —respondió él—. Tienes la mañana libre.

—Yo puedo ayudar otra vez.

—¿Lo ves? —Indicó con un gesto a Annika—. Tengo a mi pinche preferida dispuesta a echarme una mano.

—He hecho esto. —Annika cortó con cuidado un poco de tomate—. Y está bueno.

—Está buenísimo —coincidió Riley, sirviéndose otra ración—. Mañana me pondré en modo «investigación». Puede que sea demasiado simplista pensar que la Estrella de Agua está en el agua, pero la primera estaba allí, bueno, más bien debajo. Conozco algunas de las cuevas de por aquí, en el agua y en tierra. Haré más averiguaciones.

—Has hablado de tierra y mar —señaló Bran—. De canciones y suspiros.

—Como cuando estábamos volando.

—¿Qué?

—Bueno, no estábamos volando —le dijo Annika a Sawyer—, pero a mí me lo parece, bueno, se parece a lo que creo que es volar. Mientras viajábamos. Las canciones y los suspiros que se oían cuando nos has traído aquí.

—¿Qué canciones y suspiros, Annika? —preguntó Bran, clavando su oscura mirada en ella.

—¿No los has oído?

—No —contestó él, recorriendo la mesa con la vista—. No creo que los demás hayamos oído nada.

—Yo solo he oído el tornado —comentó Riley, mirando a Annika y sin

dejar de comer—. He visto unos cuantos, y la forma de viajar de Sawyer suena como uno. En cambio, tú has oído cantar y suspirar.

—Solo por un momento. Ha sido precioso. Me... —Se llevó una mano al corazón y luego la extendió ahuecada—. Me agrandaba el corazón. Hacía viento, y veía los colores y la luz. Ha sido muy emocionante. Después he oído las canciones, simple música con palabras que iban y venían. Y suspiros, pero no tristes, o al menos no todos. Dulces, pero algo tristes. Un poco de pena con la alegría. ¿Sabéis a qué me refiero?

—¿Oídos de sirena, quizá? —especuló Riley—. La Estrella del Agua, una sirena. Interesante. —Dio otro bocado de pasta y sonrió—. Vamos a necesitar otra lancha. Yo me encargo.

Más tarde, con la casa sumida en el silencio, cuando todos sus amigos dormían, Annika salió a la terraza desde su nueva habitación. Se sentía atraída por el mar; procedía de él, le pertenecía. Deseó poder volar hasta él y nadar en su interior unos minutos.

Pero el mar tendría que esperar.

Ahora tenía piernas y las valoraba, aunque, después de haberse visto obligada a decirles a los demás quién era, su tiempo con ellos estaba contado.

Así que le pidió un deseo a la luna reflejada en el mar: poder cantar y suspirar dentro del corazón de Sawyer durante el tiempo que le quedaba. Que él sintiera lo que sentía ella, aunque fuese un solo día.

El deber era lo primero, y ella nunca lo eludiría. Su corazón le decía que cumpliría con su deber y haría honor a su legado.

Y conocería el amor antes de regresar al mar para siempre.

A la mañana siguiente, Annika se despertó temprano. Escogió uno de los bonitos vestidos que se le arremolinaban en torno a las piernas, una agradable forma de recordarse a sí misma que las tenía, y bajó a toda prisa a la cocina.

Quería preparar café. Había aprendido a hacerlo en la villa de Corfú y le gustaba hacer las cosas que hacía la gente normal. Sin embargo, esta nueva casa tenía una cafetera distinta y todavía tardaría algún tiempo en descubrir cómo funcionaba.

La verdad es que le gustaba descubrir cómo funcionaban las cosas.

Hoy quería flores auténticas para la mesa, así que salió en dirección al jardín. Y vio la piscina. El agua azul claro bajo los primeros rayos suaves del sol.

El mar estaba demasiado lejos para darse un baño matinal, pero aquello, bueno, es que estaba ahí mismo. Unos árboles flanqueaban el patio, formando una especie de muro verde. En cualquier caso, no entendía el jaleo que organizaban los seres humanos con los cuerpos. Eran tan naturales como el pelo y los ojos, como los dedos de las manos y los pies, que, en cambio, nadie se empeñaba en ocultar.

Además, anhelaba el contacto del agua y no veía ningún motivo para volver a su habitación a buscar el traje de baño. Por eso, se quitó el vestido, lo arrojó sobre una silla y se zambulló.

El agua la abrazó tierna como una madre, dulce como un amante. Fue resiguiendo el fondo con los ojos verde mar bien abiertos, encendidos de placer. Gozando de cada brazada, recorrió a nado toda la piscina, volvió atrás

y luego, tras darse impulso desde el fondo, dejó que sus piernas asomaran al aire y al sol.

Y que volvieran a sumergirse en el agua en forma de cola.

Sawyer se paró en seco al borde de la piscina con su taza en la mano.

Había salido a ver quién estaba levantado y había aprovechado para preparar el café. Supo que era Annika en el instante en que sus piernas se alzaron fuera del agua. Unas piernas largas, morenas y perfectas.

De pronto, un torbellino de color rodeó esas piernas destellando como un montón de piedras preciosas, y las piedras se volvieron líquido reluciente antes de convertirse en una cola de sirena.

Sawyer se quedó sin aliento. Una cosa era saber que Annika era una sirena y otra muy distinta era verla en plena transformación. Sencillamente se quedó sin aliento. Antes de que le diese tiempo a recuperarlo, Annika saltó en el agua con el pelo empapado, los brazos abiertos, la cola resplandeciente y el rostro hermoso y brillante.

Su cuerpo dibujó un arco en el aire. Señor, no llevaba nada puesto más que la cola. A continuación, Annika se sumergió en el agua deslizándose hacia atrás.

El cuerpo de Sawyer reaccionó, y no le sirvió de nada recordarse a sí mismo que era un hombre. Qué hombre no tendría una erección contemplando a una bella sirena desnuda. Trató de pensar en ella como una hermana, pero no lo logró. Tuvo más éxito al intentar clasificarla con firmeza como una compañera de equipo.

Ante todo, debía impedir que siguiera agitando esa increíble cola. Tenían vecinos.

Annika ascendió de nuevo entre risas y se puso a hacer el muerto. Sawyer se prohibió a sí mismo mirarle los pechos. Demasiado tarde. Sin embargo,

consiguió alzar la mirada hasta su rostro. Annika flotaba con los ojos cerrados y una sonrisa serena, moviendo suavemente la aleta de su cola.

—Annika.

Abrió los ojos; le miró sonriente.

—Buenos días, Sawyer. ¿Quieres nadar conmigo?

Oh, sí. Cómo no.

—Pues... no, ahora mismo no. Y no puedes... ya sabes, estar aquí fuera con la cola. Sin las piernas. Y desnuda. Alguien podría verte.

—Están los árboles, y es muy temprano.

—Hay ventanas por encima de los árboles. Si a alguien se le ocurriera asomarse justo de la forma adecuada y en el momento adecuado...

—Oh. —Con un leve suspiro, la sirena metió la cola en el agua. Sawyer vio sus piernas, que se agitaban con suavidad—. Tenía tantas ganas que no me he dado cuenta.

—No pasa nada, pero no... No, no salgas.

A Sawyer le entró el pánico al ver que se deslizaba hacia la zona menos honda y se ponía de pie. Ese cuerpo esbelto, perfecto y... mojado. El agua lanzaba destellos sobre su piel como diamantes sobre polvo de oro.

Annika le estaba matando.

—Voy... voy a buscar una toalla. No salgas sin... Espera un momento.

Sawyer entró a toda prisa en la casa. Le costaría horrores tragarse el café, la garganta se le había secado de pronto tras ver el pelo de Annika pegarse a sus bellísimos pechos.

Probó a contar hacia atrás de tres en tres desde mil, y aun así tuvo que aguardar un minuto para recuperar la compostura tras coger una toalla de piscina del lavadero situado junto a la cocina.

Cuando salió otra vez, Annika aguardaba obediente donde la había dejado.

—Tienes que... —Sawyer hizo girar un dedo en el aire—. Darte la vuelta.

Luego ponerte el vestido.

No había visto nada más que el vestido, lo que significaba que la mujer no llevaba nada debajo. Tampoco le convenía pensar en eso.

Se quedó mirando los limoneros mientras alargaba la toalla hacia la piscina.

—¿Por qué las mujeres se tapan siempre la parte de arriba y los hombres muchas veces no?

—Porque nosotros no tenemos... y vosotras sí.

—Los pechos —dijo ella mientras salía de la piscina y se envolvía en la toalla—. A veces las sirenas llevan conchas sobre los pechos. Pero lo hacen para ir a la moda.

Sawyer se aventuró a mirarla y vio aliviado que se había tapado.

—¿A la moda de las sirenas?

—Pues sí. A nosotras también nos gustan los adornos. He hecho café.

—Sí, bien. Gracias. —Cogió su taza de la mesa y dio un sorbo. El café estaba muy fuerte, pero no le importaba—. Si vas a nadar, tienes que ponerte un bañador y dejarte las piernas.

—Lo siento.

—No. No te disculpes. —Se aventuró a mirarla otra vez. Annika llevaba el vestido puesto y tenía el pelo tan liso y brillante como la piel de una foca—. Tu cola es increíble. Es preciosa. Se te debe hacer raro nadar sin ella.

—Me gustan las piernas.

—Sí, son fantásticas. En cuanto consigamos una embarcación, navegaremos bastante lejos de la costa y podrás sumergirte lo suficiente para nadar con la cola tanto como te apetezca. Pero en la piscina y a plena luz del día es mejor que no lo hagas.

—Por unos instantes parecía una mañana normal, con la piscina, el sol y el olor de los árboles.

—Algún día, todas las mañanas serán normales.

Ella le miró a los ojos.

—¿Tú crees?

—Sí. Lo creo.

—Entonces no puedo estar triste. Te ayudaré a preparar el desayuno y pondré la mesa. ¿Qué harás?

—Con todo lo que tenemos, puedo hacer cualquier cosa. ¿Qué te apetece?

—¿Puedo escoger?

—Claro.

—¿Puedes hacer...? —Hizo un movimiento circular con los dedos—. Y rellénalas con algo delicioso.

—¿Crepes?

—¡Sí! ¿Puedes hacerlas?

—Cuenta con ello.

A Annika le gustaba trabajar en la cocina, con todos sus olores, colores y sabores. Sawyer dijo que también prepararía huevos con beicon y que las crepes irían rellenas de melocotón y cubiertas de miel para que estuvieran bien dulces.

Ella le ayudó a elaborar la mezcla y él le enseñó a hacer las crepes. Cuando Annika intentaba hacer una, entró Sasha.

—Habéis preparado el desayuno justo a tiempo. Todo el mundo se ha despertado. Madre mía, qué bien huele aquí dentro.

—Estoy preparando una crepe.

—Estupendo. —Sasha se acercó a Annika, le pasó el brazo por la cintura y se quedó observándola por un momento—. Y lo estás haciendo muy bien. —Cogió una taza de café y preguntó—: ¿Pongo la mesa?

—¡La mesa! Se me ha olvidado ir a por las flores. Necesitamos los platos, los vasos, las servilletas y...

—¿Por qué no saco yo los platos? —se ofreció Sasha.

Annika se mordió el labio inferior y asintió con la cabeza mientras deslizaba cuidadosamente la crepe en un plato.

—¿Lo he hecho correctamente?

—Está perfecta —le dijo Sawyer.

—Tengo que ir a por las flores.

Mientras se precipitaba al exterior, Sasha se apoyó de espaldas contra la encimera.

—La mesa nunca luce aburrida cuando la pone Annika.

—Quizá podrías explicarle que no puede nadar desnuda, al menos de día.

—¿Lo ha hecho?

—Por no hablar de la cola.

—Uau.

—Que yo sepa, no ha pasado nada. Creo que ha entendido lo que le decía, pero quizá, ya sabes, si se lo dice otra mujer... Me parece que en Corfú bajaba a la playa cada mañana temprano, nadaba y buceaba muy hondo para entregarse a ese... ritual. Pero aquí...

—Me aseguraré de que lo entienda. ¿Necesitas ayuda?

—No, todo está bajo control.

Riley entró tambaleándose.

—Café, café, café —musitó. Se sirvió una taza, inhaló el aroma y dio un trago—. ¡Toma ya! —dijo—. Esto sí que es café.

—Te saldrá vello en el pecho —dijo Sawyer—. Aunque, bueno, para eso solo hace falta esperar a la luna llena.

—Eres la pera. —Riley cogió la crepe de Annika, se la metió doblada en la boca y dijo—: Qué bien.

—Si me das un cuarto de hora, estarás mejor que bien.

Sasha puso los platos en la mesa y volvió a entrar a por los vasos. Bran

entraba en ese momento y la envolvió en un abrazo para besarla. Cuando la adivina volvió a salir, Annika se había puesto ya manos a la obra.

Había colocado los platos formando un semicírculo en torno a una pequeña torre de macetas vacías. De la maceta situada más arriba salían servilletas de colores vivos con pliegues y ondas. En la base, compuesta de flores y hojas, unas cuantas piedras bonitas formaban una especie de estanque.

—Es una cascada arcoíris —adivinó Sasha.

—¡Sí! Y el agua riega el jardincito. Es agua que florece, así que se puede nadar entre las flores.

—¡Qué idea tan bonita!

—Es un lugar feliz. La oscuridad no puede entrar. Creo que debería haber un lugar donde la oscuridad no pudiese entrar. —Bajó la vista y contempló las pulseras que adornaban sus muñecas; Bran las había creado para ella—. Un lugar donde nadie tuviese que luchar.

—Rechazaremos la oscuridad, Anni. Quizá no podamos hacer nada más, pero es importante.

—Sí que lo es. Los amigos son importantes. Todos los amigos tomaremos juntos un bonito desayuno el primer día de nuestra búsqueda de la Estrella de Agua.

Con una cascada arcoíris.

Durante el desayuno, hablaron de asuntos prácticos. Explorar la tierra y el mar. Repartir las tareas domésticas.

—Aquí no estamos tan aislados —señaló Bran—. Nos vendría bien tener una tapadera sencilla. ¿Somos amigos que están de vacaciones?

—En mi caso, digamos que una mezcla de vacaciones y trabajo. —Riley se sirvió unos huevos revueltos—. Siempre es útil decir medias verdades. Soy

una arqueóloga que está investigando para escribir un artículo. Así, tengo excusa para hacer preguntas. Hablo mejor italiano que griego, y sé cómo venderme. ¿Alguien más?

—*Io parlo italiano molto bene* —declaró Doyle, cortando su crepe.

Riley levantó las cejas.

—¿En serio?

—*Sì*. He tenido mucho tiempo para aprender idiomas.

—Resultará muy útil si necesitamos otro intérprete. Voy a hacer unas llamadas y a mover unos hilos. Vamos a necesitar una lancha y material de buceo.

—Esos tejemanejes se te dan muy bien —le dijo Sawyer.

—Son una de mis especialidades.

—No nos vendría nada mal disponer de un coche o una furgoneta —señaló Bran—. Puede que necesitemos ir muy lejos.

—Veré qué puedo hacer.

—Más vale que deje mi moto donde está, hasta que la necesitemos. Organizaré la zona de entrenamiento en el huerto. Podemos ocultarnos detrás de los árboles —conjeturó Doyle—. Hay un montón de colinas donde hacer senderismo.

—Me gusta hacer senderismo. —Annika se comió el último trozo de melocotón con miel—. ¿Podemos ir de excursión a la playa?

—Quizá más tarde —contestó Bran—. Si Sawyer puede ayudar a Doyle a preparar la zona de entrenamiento, yo tengo otras cosas que hacer.

—Cuenta conmigo —respondió Sawyer.

—Annika, puedes ayudarme mientras Sasha y Riley se ocupan de limpiar la cocina —siguió Bran—. Necesitamos reabastecernos de medicinas. Riley, tú ya te encargarás de las llamadas, haz la magia que tú sabes.

—Tenemos que repasar los mapas de la zona —señaló Doyle—. Y trazar

una estrategia.

—De acuerdo. ¿Puedes elaborar una tabla de tareas, Sasha?

—En cuanto acabe de recoger esto.

—Estupendo. Vamos, equipo. —Riley dio una palmada—. En marcha.

A Annika le gustaba trabajar con Bran, no solo porque tenía mucha paciencia, sino también por su maravillosa magia. Aunque Annika no poseía habilidades de bruja, durante el tiempo que pasaron en Corfú, él le había enseñado a medir y a machacar hojas y pétalos.

Bran sabía fabricar armas, como las pociones de luz y poder que derrotaron a Nerezza y a sus bestias en Corfú. Sabía convocar el rayo y utilizarlo con tanta pericia como otros utilizaban una pistola, un arco o una espada. Annika había presenciado lo que era capaz de hacer y creía que tenía más poder que cualquier brujo que jamás hubiese conocido. Aún más que el brujo o hechicero del mar.

Sin embargo, Bran también dedicaba mucho tiempo a las artes curativas. Si bien Annika entendía que al ver heridas y sangre algunos se asustaran o incluso se marearan, a ella lo único que le provocaban era la necesidad de curarlas. El día que Bran reconoció sus habilidades sanadoras, se sintió muy orgullosa.

Annika no anhelaba ser guerrera, aunque aceptaba la guerra. Sus armas eran la velocidad y la agilidad, dentro y fuera del agua. Y las pulseras que daban poder o lo bloqueaban.

Cuando Sasha llegó al taller, Annika inventó una excusa para dejar la pareja a solas. Se amaban, y el tiempo entre enamorados era muy valioso. Estuvo vagando por la casa, familiarizándose con las cámaras... bueno, con las habitaciones.

Siguiendo la voz de Riley, llegó a una habitación llena de luz. En ella, la arqueóloga caminaba de un lado a otro mientras hablaba por teléfono a toda velocidad en una mezcla de inglés e italiano.

—*¡Che cazzo, Fabio! ¿Qué clase de trato es ese? Dos semanas como mínimo, y puede que hasta seis. Stronzate. No trates de colármela. Es que si acudiera a un extraño conseguiría mejor tarifa. Vale, pues eso haré. Ah, y ya que estoy aquí aprovecharé para ponerme en contacto con tu madre. Tengo muchas cosas que contarle, porque resulta que está volviendo a mi memoria lo que pasó aquella noche en Nápoles. Lo mismo digo, amico.* —Después de escuchar un rato lo que le decían desde el otro lado del auricular esbozó una sonrisa, satisfecha—. *Quanto?* Ha mejorado un poco, pero... tengo ganas de hablar con tu madre. Ah, ¿el precio es por dos semanas? Ahora nos entendemos. Me parece bien, te quedas el depósito. ¿Qué has dicho? —Riley echó la cabeza atrás y soltó una carcajada—. Cariño, ya te gustaría a ti que te tuviera agarrado por los huevos. Quedamos en cuatro semanas como mínimo. Lo recogeremos mañana. Más te vale que esté en buen estado, Fabio. ¿Recuerdas que te salvé el culo cuando el incendio de Nápoles? Pues como no valga una mierda, todo aquel fuego te va a parecer agua de rosas comparado con lo que te haré. *Ciao.*

Cortó la llamada y caminó hacia Annika contoneándose.

—Chócala.

Cuando Annika miró a su alrededor, Riley volvió a reírse.

—No, no, que me des una palmada en la mano. Eso es chocarla. Ha ido de puta madre. Tenemos lancha, y la he conseguido muy barata. —La mujer meneó los hombros—. Le he estrujado bien las pelotas a ese capullo.

—¿Qué clase de pelotas?

Riley se señaló la ingle.

—Esa clase.

—Ah, sí. Ya sé qué clase. Pero ¿cómo le has estrujado las pelotas si...? Ah, vale, es una expresión.

—Lo vas pillando. Lo del material de buceo ha sido fácil. Anna Maria, la prima de Fabio, nos lo deja tirado de precio. Habría aceptado la penúltima tarifa de Fabio si no hubiera intentado estrujarme a mí las pelotas primero. En fin. —Se metió el teléfono en el bolsillo y se frotó las manos—. Hecho. Y he conseguido que la hermana del novio de una amiga nos preste su furgoneta a cambio de gasolina y cerveza. Por cierto, ¿dónde están los demás?

—Sasha y Bran están arriba haciendo magia. Creo que Sawyer y Doyle siguen en el huerto con lo del entrenamiento.

—Muy bien. Tienes que ponerte unos pantalones.

—Unos pantalones.

—Sí, esos que te llegan hasta aquí. —Riley se dio una palmada justo encima de la rodilla—. Los que tienen muchos bolsillos. Y la camiseta de tirantes, y te la metes por dentro. Quiero practicar algunos de mis movimientos, y tú eres la mejor. También practicaremos tu cuerpo a cuerpo. Pero no puedes dar saltos mortales con ese vestido, y menos sin llevar nada debajo.

—Los vestidos me gustan más que los pantalones.

—Me lo imagino, pero si no llevas bragas y te pones a dar saltos mortales y volteretas, lo enseñas todo.

—¿Todo?

—Las partes femeninas, Anni. Las partes que, con razón o sin ella, consideramos privadas. Quizá te busquemos unas mallas de ciclista. Podrías llevarlas debajo del vestido.

—Mallas de ciclista.

—Ya nos ocuparemos de eso, pero ahora ve a cambiarte. Le preguntaré a Bran si puede prescindir de Sasha. Necesita practicar.

—Ha mejorado.

—Es verdad —convino Riley mientras subían—. Eres buena entrenadora.

—Gracias. Me gusta ayudar.

Contenta a pesar de tener que llevar pantalones, Annika fue a su habitación a cambiarse y se recogió el pelo en una larga y gruesa trenza.

Dejó la ventana abierta y se le ocurrió asomarse al exterior un segundo. Quería ver el mar y disfrutar del aire perfumado.

En el camino estrecho, vio a varias personas subiendo la empinada cuesta con botas y pantalones cortos. Quizá fuesen mallas de ciclista, pero ya sabía lo que era un ciclista y aquellas personas no llevaban bicicleta.

Vio arbustos y árboles llenos de flores. A lo lejos, divisó gente en la cala y barcos que surcaban las aguas azules.

A veces le gustaba nadar bajo los barcos, contemplar su sombra y tratar de adivinar adónde irían.

Justo entonces, vio a una mujer que ascendía despacio por la cuesta y empujaba a un bebé regordete en un... camioncito, vagoncito... ¡Cohecito! Un cohecito. Unas pesadas bolsas de plástico colgaban de los laterales, y otra bolsa ocupaba la pequeña cesta.

El bebé reía y daba palmadas con sus manitas mientras la mujer cantaba.

Annika deseó saber pintar como Sasha. Habría pintado a la mujer y al bebé, riendo con la larga cuesta aún por delante.

La mujer alzó la vista y miró a Annika a los ojos. Annika la saludó con la mano.

—*Buongiorno!* —exclamó la mujer.

Annika sabía un poco de varios idiomas, porque le gustaba escuchar y aprender.

—*Buongiorno!* —exclamó a su vez. Sin saber muy bien cómo formar la

frase, añadió—: Usted y su *bambina* son *bella*. —Annika alargó las manos—. *Bella*.

La mujer se echó a reír y ladeó la cabeza.

—*Grazie, signorina. Grazie mille*.

Y, reanudando su canto, la mujer continuó subiendo la empinada cuesta con su bebé.

Muy animada, Annika bajó las escaleras bailando y salió a entrenarse para la guerra.

Vio a Sasha y a Riley en la zona de césped situada junto a la piscina y el huerto de limoneros. Los hermosos arbustos y las plantas añadían color en los márgenes, y los altos y esbeltos árboles formaban un verde muro.

No había mucho espacio, así que tendrían que ejercitarse con cuidado.

Aun así, le gustó ver a Riley practicando con Sasha el cuerpo a cuerpo. Un puñetazo, un giro, una patada. Como una danza.

Tras una breve carrera, Annika ejecutó una voltereta doble, aterrizó con suavidad e imitó el movimiento de golpear a sus dos amigas con la cara posterior de los puños.

—Qué fantasma —rezongó Sasha.

—No hay mucha hierba, pero esto es precioso. Puedes practicar los revolcones, Sasha —sugirió Annika, e hizo oscilar las manos para demostrarle de qué hablaba—. Y después los saltos.

—Doble revolcón —decidió Riley—. Subes, patada de lado y revés.

—¿En serio?

—Tienes que empezar a combinar los saltos mortales y giros con todo lo demás. Eres muy buena con la ballesta, chica, pero ya se sabe que no siempre se puede luchar de lejos. Agilidad, movilidad, fuerza. ¿Verdad, Anni?

—Es verdad.

—Que lo haga ella primero. —Sasha señaló con el dedo a Riley.

—¿Quieres que lo haga yo primero? De acuerdo.

Riley dio una palmada, meneó los hombros y flexionó las rodillas varias veces. Luego se abalanzó hacia delante, aterrizó sobre las manos, rodó por el suelo dos veces, se levantó con un impulso y dio una patada hacia la derecha mientras lanzaba un puñetazo a la izquierda.

Annika aplaudió.

—No la animes —murmuró Sasha.

—Puedes hacerlo, Sasha. Acuérdate de apretar aquí. —Annika dio unas palmaditas sobre el vientre de la adivina—. Fuerza aquí, fuerza en las piernas.

—Vale. —Sacudiendo los brazos, Sasha soltó el aire por la boca—. Vale. Apretar, apretar, fuerza, voltereta, rodar, patada. Ay, madre.

Tomó carrerilla y cogió impulso para la voltereta.

Annika asintió con la cabeza, pero enseguida hizo una mueca. Aunque la voltereta fue muy buena, el primer revolcón quedó descentrado y el segundo todavía más. Por eso, cuando Sasha trató de levantarse con un impulso, aterrizó sobre la cara.

—¡Maldita sea!

—Te pongo un diez por el morrón —decidió Riley.

Sasha se dio la vuelta y la miró fijamente.

Annika se agachó y frotó los hombros de Sasha.

—Has dado muy bien la voltereta.

—¿Sí? ¿La he dado a derechas?

—No, creo que a la izquierda. Esta es la izquierda, ¿no? —Tras levantar la mano izquierda, Annika meneó los dedos—. Has dado la voltereta, pero luego te has inclinado hacia la izquierda en el primer revolcón y todavía más a la izquierda en el siguiente. No estabas centrada y por eso no estabas equilibrada. Te lo mostraré más despacio que Riley.

Se levantó y, sin tomar carrerilla, pareció fluir como el agua desde una

jarra.

—Aprieta, aprieta en el centro —le explicó mientras plegaba el cuerpo y rodaba por el suelo—. Sigue apretando y suelta las rodillas para impulsarte hacia arriba.

Con gestos ágiles, se puso de pie, proyectó una pierna hacia fuera y luego un brazo. A continuación, mantuvo la pose como una estatua.

—¿No puedo limitarme a tirarles piedras a los malos?

—A veces —respondió Annika con una sonrisa—. Venga, que puedes hacerlo. Yo te ayudaré. Aprieta, aprieta —repitió—. Como si estrujases. Prueba tú.

Esta vez, aunque permaneció de pie, Annika se movió con Sasha y le dio un empujoncito en el revólver.

—¡Estruja! ¡Aprieta! ¡Aprieta, aprieta y empuja!

Sasha aterrizó tambaleándose, pero, al fin y al cabo, aterrizó. Tras recuperar el equilibrio, ejecutó la patada y el revés.

—¡Bien! Muy bien. —Annika volvió a aplaudir.

—He vuelto a ladearme hacia la izquierda. Lo he notado.

—Pero no tanto como antes.

—Lo has conseguido —le dijo Riley—. Hazlo otra vez.

—Vale. Vale. No me ayudes esta vez. Si me caigo de morros, me caigo de morros. Pero voy a lograrlo.

—¡Eso es! —Riley le dio una palmada en el hombro.

Volvió a hacerlo, se tambaleó otra vez y a punto estuvo de perder el equilibrio, pero consiguió estabilizarse.

—Juntas —decidió Annika—. Las tres.

—Ay, madre. Vale.

—Aprieta. Un puño en el vientre.

Riley asintió con la cabeza.

—A la de tres. ¡Una, dos, tres!

Sawyer se detuvo al borde del huerto de limoneros.

—¡No te lo pierdas!

Él y Doyle observaron a las tres mujeres, que tomaron carrerilla, rodaron por el suelo y se levantaron con un impulso.

—La morena tiene velocidad y forma —comentó Doyle—. La rubia tiene gracia y va pillándole el truco. Pero la sirena hace que parezca un paseo por la playa.

—Yo pensaba que le costaría adaptarse al movimiento en tierra, pero fluye igual que en el agua.

—Tiene unas piernas fantásticas.

Doyle echó a andar mientras las tres mujeres discutían y Annika hacía gestos con las manos. Sin embargo, al ver que Riley negaba con la cabeza pero retrocedía y entrelazaba las manos formando una cesta, volvió a pararse a observar.

Annika corrió hacia ella, saltó para meter un pie en esa cesta y, mientras Riley la impulsaba hacia arriba, voló en una voltereta hacia atrás y aterrizó en lo que a Sawyer le pareció la pose de un superhéroe. El cuerpo bajo, una rodilla doblada, la otra pierna hacia fuera y una mano apoyada en el suelo.

—Debería grabar un vídeo —añadió Sawyer.

En ese momento, Annika se percató de su presencia, se levantó de un salto y corrió hacia ellos.

—¡Venid a practicar con nosotras!

—Podría pasarme el resto de mi vida practicando y no me saldría tan bien.

—Puedo enseñarte.

—Seguro que sí —intervino Doyle—, pero tenemos que ir de excursión

para orientarnos mejor y conocer nuestra posición y nuestros puntos débiles.

—De acuerdo —dijo Riley, asintiendo con la cabeza, y luego alzó la vista al cielo azul—. Pero ese punto débil es muy grande.

—Tendremos que estar preparados.

—Bran está en ello, y seguramente le vendrá bien descansar un poco. Iré a decirle que se prepare para marcharnos. ¿Salimos en diez minutos? —preguntó Sasha.

—Me parece bien. —Sawyer le sonrió a Annika—. Necesitarás unos zapatos.

Salieron con unas mochilas pequeñas y emprendieron el camino por la estrecha cuesta. El día, que ya era cálido, ofrecía un sol ardiente sobre el panorama de mar y arena, de casas descendiendo la larga pendiente con sus suaves tonos rosados, blancos y pardos.

Mientras caminaban, Sawyer trazaba mapas en su mente. Los mapas se le daban bien; había aprendido de la mano de su padre. La brújula, regalo, encargo y legado a la vez, requería conocimiento del espacio y del tiempo. La mano que la sostenía, el viajero, necesitaba algo más que suerte y magia.

Pasaron junto a olivares y huertos de limoneros que incorporó a su guía mental. Los jardines, las casas con los postigos cerrados y las que, en cambio, tenían las ventanas abiertas al aire de la mañana.

Desde la atalaya, Riley señaló hacia tierra firme.

—Capri formaba parte del continente y estuvo poblada durante el Neolítico. Fue colonizada por los telebos y luego por los griegos de Cumas. Los romanos se hicieron con la isla en el año 328 a.C.

»Pero fue Augusto quien trajo aquí el desarrollo en el siglo IX. Templos, jardines, villas, los acueductos... Tiberio, que le sucedió, añadió más construcciones. Las ruinas de su villa están en la cima del monte Tiberio. Nos dirigimos hacia allí, aunque aún nos queda bastante.

—¿Has estado allí? —le preguntó Sasha.

—Sí, hace tiempo. Vine con mis padres. Villa Jovis sigue siendo un lugar magnífico, y vale la pena explorar si es lo que estamos buscando.

—A un dios podría gustarle tener su cuartel general en los restos de la villa de un emperador romano —especuló Bran.

—Sí —convino Riley, y se quedó pensativa mientras continuaban ascendiendo por la empinada cuesta—. La villa conserva parte de su grandeza, aunque no ofrece ninguna privacidad. ¿Veis toda esa gente que sube y baja por el mismo camino que nosotros? Todo el mundo va o viene de allí. Es una importante atracción turística de Capri.

—La isla está repleta de cuevas —señaló Doyle.

—Tienes razón —confirmó Riley, observándolo con curiosidad—. ¿Has estado aquí antes?

—Sí. Mucho antes que tú. Nada, pequeños conflictos. Los ingleses y los franceses querían Capri y luchaban entre sí.

—En 1806 los ingleses acabaron con la ocupación francesa. En 1807, los franceses recuperaron la isla. ¿De qué lado estabas?

—De los dos. —Doyle se encogió de hombros—. Así estaba entretenido. En estos doscientos años han cambiado las carreteras, las casas, el funicular... Pero la tierra tarda más en cambiar. Conozco algunas de las cuevas, las grutas...

—La Grotta Azzurra. —Annika sonrió de oreja a oreja—. Es preciosa. La visité con mi familia para bañarnos en el agua y la luz.

—La Gruta Azul parece un emplazamiento obvio para ocultar la Estrella de Agua —conjeturó Sawyer—. Y por eso probablemente no estará allí.

—Su luz solo brilla azul cuando se alza en el cielo. Ahora aguarda, fría y apagada.

Se detuvieron y se volvieron hacia Sasha. Bran le apoyó una mano en el

brazo.

—¿Qué más ves?

—A ella. La veo a ella, a través del humo y los espejos rotos. A Nerezza, la madre de las mentiras. Creará su palacio en la oscuridad, de la oscuridad, y allí forjará una nueva arma contra nosotros. Promesas de poder sembradas en terreno sediento. Riega con sangre. Un perro nuevo para un nuevo día.

Sasha buscó a tientas la mano de Bran.

—¿Cómo lo he hecho?

—Lo has hecho bien. ¿Te duele la cabeza?

—No. No, estoy perfectamente. He dejado que viniera. No puedo atraerlo, pero puedo dejar que venga.

—Estás pálida. —Annika rebuscó en su mochila y sacó una botella de agua —. El agua ayuda.

—Es verdad.

—También ayuda la comida, y nos espera allá arriba. Huele a pizza —dijo Riley.

—Tienes olfato de loba —comentó Sawyer.

—Del todo. Voto por el almuerzo.

El olfato de Riley resultó llevar razón. Unos cuatrocientos metros más adelante, pudieron sentarse en la terraza de una pequeña *trattoria* situada junto al camino.

—¿Llevas el bloc de dibujo? —le preguntó Sawyer a Sasha.

—Nunca salgo de casa sin él.

—¿Me lo prestas un momento? Quiero dibujar una cosa ahora que la tengo fresca en la memoria.

Intrigada, Sasha sacó su bloc y una caja de lápices.

—Nunca me has dicho que supieras dibujar.

—No como tú.

Todos se inclinaron por pedir pizza y, mientras les servían cerveza y vino, Bran dibujó un mapa de memoria. La curva del terreno, la extensión del mar y la playa, las colinas. Añadió el camino que habían recorrido y la posición de las casas, los huertos y los campos.

Riley se inclinó para observar la obra.

—Es muy bueno, vaquero.

—Tienes que saber dónde estás. Mira, aquí; bueno, aquí es donde se encuentra la casa. Hemos venido por este camino y ahora estamos aquí.

Dibujó una rosa de los vientos al pie de la página.

—¿Qué hay en el otro lado, más abajo?

—Acabas en la Piazzetta o, como la llaman los de por aquí, *chiazz*. La plaza, pequeña, como su nombre indica, es el centro social y turístico. Cafés, bares y, saliendo de ella en todos los sentidos, las calles estrechas, las tiendas...

—¿Tiendas? —Annika interrumpió la explicación de Riley—. ¿Podemos ir de tiendas?

—Tendremos que hacerlo. Provisiones, munición... Y también podrás comprar baratijas —le aseguró Riley—. Aquí está la Marina Grande, el puerto deportivo.

—Vale —dijo Sawyer, anotando el nombre.

—Mañana por la mañana recogeremos allí la lancha y el material. Tenemos una furgoneta a nuestra disposición, pero no es aconsejable conducir por aquí, ni en furgoneta ni en moto, salvo que no tengamos otro remedio. El transporte público funciona bien. Además, si necesitamos llegar deprisa a algún sitio, contamos con Sawyer. El funicular va desde la ciudad de Capri hasta el puerto deportivo. Su recorrido acaba allí, y probablemente es la mejor forma de llegar desde la casa.

—¿Cómo vamos a meter armas en un autobús? —inquirió Doyle.

—Ya se me ocurrirá algo —le aseguró Bran.

La pizza llegó en ese momento, caliente y burbujeante, así que evitó que empezaran una discusión. Aun así, intuyendo que se avecinaba una, Sawyer hizo un intento de evitarla:

—Podríamos movernos a pie. Siempre que sea posible iremos en transporte público; en todos los demás casos, usaremos las piernas.

—Me parece razonable —declaró Bran—. Ya veremos cómo va la cosa. De todas formas, yo me ocuparé de las armas, y podemos considerar que el paseo hasta el puerto deportivo forma parte de nuestra gimnasia matutina.

—Me gusta la gimnasia —dijo Annika—. Me gusta la pizza, y este vino está muy bueno. Puedo caminar para ir de tiendas. —Le sonrió a Sawyer con coquetería—. Podrías venir conmigo.

—Pues...

—Deberíamos andar para bajar la comida —intervino Doyle—, y después entrenar con armas durante una hora. Seguro que hay tiendas cerca del puerto deportivo, preciosa. Tendrás tiempo de comprar.

—Me gustan mis armas. —Observó sus pulseras y les sonrió a Bran y a Sasha—. Son bonitas. Es agradable pasar un día juntos. Practicar, entrenar y hacer planes. Y también andar al sol con los árboles y flores. Comer pizza. Simplemente...

—¿Simplemente estar? —sugirió Bran, y arrancó del aire una florecilla en forma de estrella.

Con una carcajada, Annika se puso la flor detrás de la oreja.

—Sí. Simplemente estar juntos. Aquí, donde Sasha ha dicho que viniéramos. Donde Sawyer nos ha traído. Donde aquí dentro —se llevó una mano al corazón— sé que tenemos que estar.

—¿Sabiduría de la séptima hija de una séptima hija? —preguntó Riley.

—Podría ser. El caso es que lo sé. Y siento, siento con mucha fuerza que

encontraremos la Estrella de Agua, que, cualquiera que sea el arma que forjen contra nosotros, jamás bastará. La oscuridad no puede vencer, así que tiene que vencer la luz.

—Eres una luz, Anni —le dijo Sawyer, y el corazón creció en el pecho de la sirena.

—Una de seis. Es bueno ser una de seis. ¿Puedo comer más pizza?

Sawyer cogió un trozo y lo deslizó en el plato de Annika.

—Toda la que quieras.

Regresaron para entrenar con las armas. A Annika le gustaba utilizar sus pulseras mágicas, y aún le gustaba más practicar con ellas en el huerto de limoneros. Las bolas flotantes que Bran conjuró para ella podían deslizarse y ocultarse tras los árboles, por lo que tenía que ser rápida y lista para desviarlas.

Y cuidadosa para no destruirlas y que él se viera obligado a interrumpir su propio entrenamiento para prepararle más.

No le importaba compartir aquel huerto mientras los demás practicaban con arcos, ¡olía tan bien! Sin embargo, cuando empezaron a usar las armas de fuego, no pudo fingir que no oía aquel horrible sonido.

Bran lo había bloqueado para que no saliese del huerto, pero, en el interior, aquel estruendo brutal y ensordecedor resonaba con fuerza, así que Annika prefirió alejarse.

Seguiría entrenando, pero a solas, quería distanciarse de ese sonido y del mal olor que dejaban las armas.

Ya que le permitían no utilizar armas de fuego, les compensaría haciendo algo útil para todos.

Echaba de menos el perro y los pollos que tenían en Grecia, por la

compañía y por el cuidado que les brindaba. Aquí en Corfú, aunque el jardín de la casa nueva no era tan grande, seguía siendo necesario arrancar las malas hierbas, y había que poner orden en la casa.

Sawyer le había enseñado a preparar té al sol, así que buscó lo que era menester en la cocina. Se le daba bien aprender, se recordó a sí misma, y podía hacer aquella pequeña tarea ella sola. No solo había venido aquí a luchar y explorar, sino a aprender.

Estaba aquí para ayudar. Sabía que el agua de la tetera tenía que hervir, y que eso requería tiempo. Mientras esperaba, reunió la ropa sucia. Algunas prendas todavía estaban manchadas con la suciedad y la sangre derramada en la última batalla en Corfú. Volvería a dejarlas limpias.

Aquello también requeriría su tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que la máquina que lavaba la ropa no era como la que tenían en la villa. Hizo lo que le parecía que era el siguiente paso para preparar el té y metió la gran jarra de vidrio dentro del agua hirviendo. Había olvidado la palabra que utilizó Sawyer y eso le molestaba. Se llamara como se llamara, servía para asegurarse de que no entraran cosas malas en la infusión ni en la jarra.

Como Bran la había instruido acerca del uso de las hierbas, salió al exterior y cortó algunas igual que le había visto hacer a Sasha.

Las limpió y las metió en la gran jarra de vidrio. Después de añadir el agua, puso la tapa y sacó la jarra al sol.

Ahora el sol haría el trabajo.

Y ella podría quitar las malas hierbas del huerto y recoger las verduras que estuviesen maduras, como le habían enseñado.

Sería bonito vivir así, sin entrenamientos ni luchas. Cuidar de una casa, un jardín, hacer infusiones con el sol. Buscar un perro al que le gustara jugar. Un hogar junto al mar, para que el agua siempre estuviera cerca. Un lugar donde vivir con sus amigos, donde compartir la cama de Sawyer.

Oh, cómo deseaba saber lo que sería aparearse con él.

Podía soñar, se dijo a sí misma. Soñar no hacía daño a nadie. Soñar con una casa junto al mar donde vivir con su amor verdadero y sus amigos, y que todos los mundos estuvieran a salvo de la oscuridad.

Sabía que la mayoría de esos sueños nunca se harían realidad. Solo faltaban tres fases de la luna para que las piernas dejaran de pertenecerle y el mar volviera a ser su único hogar.

Pero podía soñar y hacer cuanto estuviera en su mano para derrotar a la oscuridad.

En cuanto Sasha cruzó el césped, Annika se enderezó y se apoyó la cesta de tomates y pimientos en la cadera.

—Estos están a punto.

Sasha echó un vistazo y asintió con la cabeza.

—Desde luego. Has trabajado mucho.

—El sol está preparando el té. He utilizado la menta, la planta que huele a limones y la manzanilla.

—Qué buena combinación.

—Ya tiene buen aspecto, pero necesita más tiempo al sol.

—Seguro que tienes razón, aunque no creo que los demás puedan esperar, entrenarse da mucha sed. Me parece que tienen pensado descansar un rato en la piscina. La jardinería también da sed, y supongo que tendrás ganas de nadar, ¿no?

—Siempre. Mmm... tengo ropa en la máquina, pero no es la misma máquina. ¿Puedes comprobar que lo haya hecho bien?

—Lo miraré cuando suba.

—A ponerte el bañador, ¿verdad?

—No. En realidad, voy a descansar de otra forma. Necesito pintar.

—¿Una visión?

—No, simplemente necesito pintar. Igual que tú necesitas nadar.

Annika asintió con la cabeza, sonriendo con suavidad.

—Porque es tu naturaleza.

—Exacto. ¿Sabes una cosa? Puede que baje aquí el caballete. No necesito estar sola como antes.

—Pues sacaré los vasos y el hielo.

Sasha entró delante de Annika y se metió en el pequeño lavadero.

—He puesto la ropa en agua con sal para quitar la sangre. Y he añadido el frasquito que preparó Bran para ayudar a purificarla.

Repasó los pasos que había dado mientras sacaba las prendas para que Sasha pudiera inspeccionarlas.

—Lo has hecho todo perfecto.

—Cuando la ropa esté seca, puedo doblarla como me enseñaste. Después de tomar el descanso. Ahora iré a ponerme el bañador y a nadar un poco.

—Después del descanso Bran quiere que todo el mundo ayude con la protección, igual que hicimos en la villa de Corfú. Hay que echar la cortina y garantizar la seguridad.

—Hay escobas.

—Bien. Esta vez puedes enseñarme tú, porque me dormí durante la última ronda. Y después, cuando tengamos la cortina y estemos protegidos, celebraremos nuestro primer consejo de guerra en Capri.

—¿Los hombres y Riley?

—Ellos tienen más experiencia, pero tú y yo también participaremos, Annika. Hemos luchado y nos han herido. Ahora todos formamos parte del consejo.

Annika colocó sobre la mesa unos vasos y una gran cubitera. Cortó la menta con las tijeras tal como Sawyer le había enseñado y elaboró un ramito que puso en un pequeño jarrón. Con unas rodajas de limón, formó una flor en un

platito. Y como algunos siempre tenían hambre, sacó una fuente llena de fruta, queso y galletitas saladas.

Contenta, subió a su habitación a ponerse el bañador. No lo había pedido hasta que emprendieron esta misión. Al no encontrarle sentido a nadar con ropa, creyó que con uno solo le bastaría, pero ahora estaba decidida a gastar parte de su dinero para comprarse otro más. O tal vez fueran un par.

La ropa era divertida y bonita, y una de las principales ventajas de tener piernas. Al salir de su habitación, Riley abrió la puerta de la suya.

—Es hora de ir a la piscina —anunció Riley—. Sawyer y Doyle ya están allí.

—¡Oh! ¿Puedo mirar?

Riley se encogió de hombros e indicó con un gesto las puertas de la terraza.

—Adelante.

Annika salió corriendo y vio a Sawyer y a Doyle sentados junto a la piscina, hablando uno frente al otro. En el césped, Bran se hallaba de pie al lado de Sasha, que estaba instalando el caballete.

Su voz irradió una alegría sincera al saludarles:

—¡Hola!

Sawyer alzó la vista, sonrió y le saludó con la mano. A Annika le encantaba su sonrisa, tan rápida y luminosa.

Impulsada por esa alegría, saltó sobre la barandilla y se zambulló en el agua.

Oyó que su amado gritaba algo, pero dio una feliz voltereta y se deslizó dichosa en la piscina.

—*Merda!* —Sawyer saltó al agua, dispuesto a sacar a rastras el cuerpo inconsciente de Annika, pero la sirena emergió a la superficie entre risas—. ¡Ostras, Anni, podrías haberte roto el cuello!

Tras echarse el pelo hacia atrás, Annika parpadeó llena de curiosidad.

—¿Cómo?

—La piscina no es demasiado profunda y, desde esa altura, podrías haberte golpeado la cabeza contra el fondo.

—¿Por qué iba a pasar eso? Mi cabeza sabe dónde está el fondo.

—Debe de haber sido divertido —comentó Riley, apoyada en la barandilla.

—Lo ha sido.

—Puede que los seres humanos también sepamos dónde está el fondo —le explicó Sawyer—, pero no podemos frenar el descenso ni parar cuando impactamos contra el agua.

Annika alzó la vista hacia Riley.

—No deberías lanzarte desde ahí.

—Ya lo pillo.

Annika cogió a Sawyer de la mano y tiró de él.

—Podemos echar una carrera. Competir es divertido.

—Ya. Como si alguno tuviera posibilidades de ganarte.

—Yo nadaría hacia atrás.

Doyle soltó un bufido.

—Ni así —dijo Sawyer—. Pero vale, acepto el reto.

Retrocedió hasta un extremo y esperó a que ella se pusiera de espaldas.

—¿Lista? ¡Ya!

Se esforzó al máximo, contando los segundos en su cabeza. Cuando llegó al otro extremo, ella ya estaba sentada junto a la piscina, escurriéndose la trenza como quien no quiere la cosa.

—Eres una presumida.

—Presumir es divertido.

Sawyer tiró de ella y volvió a meterla en el agua. Annika se dejó hacer encantada.

Mmm, piel desnuda. Las manos masculinas sobre sus caderas en un leve

roce. Los ojos de Sawyer mirándola risueños, solo por un instante. Y luego serios, con una mirada profunda.

Y su rostro cerca, lo bastante cerca para que se unieran sus labios.

Después la soltó y dejó que el agua los separase.

—La próxima vez echamos una carrera en tierra.

—Mis piernas son muy fuertes y rápidas.

—Eso ya lo veremos, sirenita.

Cuando Sawyer se hundió bajo la superficie, Annika nadó por encima de él y luego descendió. Pasó rozando el fondo mientras esperaba a que se calmase el anhelo que sentía. Cuando salió a la superficie, se puso a flotar tumbada.

Oyó las voces, el chapuzón de Riley.

Era como su sueño, pensó. Todos sus amigos juntos con el sol y el agua. Y, por ahora, eso le bastaba.

Hasta el trabajo era como el sueño. Todos sus amigos juntos con la magia de Bran. Era una magia preciosa, brillante y fuerte. Barrían toda la oscuridad y creaban luz con cristales pulverizados y agua embrujada. Luego, con un escudo contra los ojos humanos, más allá del muro de árboles, se alzó para extender la protección desde la parte superior de la casa hasta el suelo.

—No sabía que sería tan bonito —murmuró Sasha, contemplándole.

—El irlandés tiene estilo —comentó Riley, pasando un brazo por los hombros de la adivina—. Hicimos lo mismo en Corfú, pero he de decir que nunca me canso de verlo. Bueno, ¿dónde celebramos el consejo de guerra, dentro o fuera?

—Estamos tan protegidos aquí fuera como en el interior, y se está demasiado bien para entrar, aunque sea para hablar de guerra.

—De acuerdo.

—Esta noche dejaré lista la nueva tabla de tareas, y también me encargaré

de la cena. Estaría bien que dejásemos liquidado el tema de la guerra antes de cenar.

—Tengo unos mapas arriba.

—Puedo doblar la ropa ahora —dijo Annika—. ¿Debería haber vino?

—Nena —contestó Riley, apartando el brazo de los hombros de Sasha para colocarlo sobre los de Annika—, siempre debería haber vino. Empecemos.

Annika tomó asiento mientras los demás estudiaban los mapas con detenimiento. Riley señaló las cuevas que conocía o había explorado. Doyle les mostró otras que recordaba de mucho tiempo atrás.

—¿Conoces otras cuevas submarinas, Annika? —preguntó Sawyer.

—Solo visitamos esta. —Alargó el brazo y tocó un punto situado en el norte de la isla—. La Grotta Azzurra. Es tradición bañarse en su luz azulada. Pero no nos quedamos ni buscamos otros lugares. Había mucha gente, ¿sabéis?

—¿Oíste los suspiros o las canciones cuando viniste con tu familia? —quiso saber Sasha.

—No, pero tampoco escuché. Era joven, y aquello era bonito y emocionante. No tenía ningún objetivo. Podría mirar desde el mar.

—Sola no —intervino Bran, tocándole la mano—. Nadie se aventurará solo. Sabemos que vendrá y que enviará a sus perros. Los ataques vendrán por tierra, por aire y por mar, como otras veces. Tenemos que estar preparados. Nadie se aventurará solo.

—Aquí estamos más encerrados que en la villa. —Doyle miró a su alrededor, observando los árboles y los tejados—. Es una ventaja y una desventaja. Tenemos menos área que defender, pero también menos espacio para maniobrar. Las bombas de luz acabaron con un montón de perros, aunque llamarlos perros es insultar a los perros.

—Me gusta cómo los llama Sasha: esbirros —comentó Riley.

—Esbirros, pues —dijo el inmortal, asintiendo con la cabeza—. Volverá a

enviarlos. No le importa perderlos. Se limitará a mandar más. ¿Conseguirías hacer que las bombas de luz se pudieran usar con las flechas, balas y cuchillas?

Bran se arrellanó en su asiento y levantó las cejas.

—Es interesante. Puedo trabajar en eso, claro.

—Heriste al... ¿Era un Cerbero, Riley?

—Un perro infernal de tres cabezas. Desde luego, lo parecía.

—Lo heriste —continuó Sasha—. Y a ella la asustaste y le hiciste daño. La envejeciste. No puedo ver qué arma forjará, pero necesita algo para combatir tu ataque con todas sus fuerzas.

—Nuestro ataque —le recordó Bran—. Sin ti no hubiera resistido.

—Pues menos mal que no me voy a ninguna parte. Aun así, tuvimos que emplearnos a fondo para repeler sus ataques.

—Y darle una buena tunda —añadió Sawyer—. Salió corriendo. Derrotaste a un dios. Derrotamos a un dios y a sus esbirros. Y no es por chulear, pero vamos a hacer lo mismo aquí, venga con quien venga. Ahora bien, no diría que no a un montón de balas mágicas.

—En el huerto estaremos a buen recaudo —señaló Doyle—. Es mejor presentar batalla allí que en campo abierto.

—Convendría añadir algunas sorpresas en campo abierto —calculó Riley.

—Nerezza extendió aquella bruma en el suelo. Escocía. —Ahora Sasha calculó la distancia hasta el huerto—. Podemos hacer explotar las bombas de luz desde allí con flechas, balas, cuchillas y magia.

—Puedo hacerlo con mis pulseras —señaló Annika.

—Ya tenemos un plan. —Riley cogió su vaso de vino—. Cubre tierra y aire. Ahora el agua.

—Tenemos arpones, cuchillos, ayuda mágica —añadió Sawyer—. Y hasta una sirena.

Annika sonrió.

—Mis pulseras también funcionan en el agua además, es ahí donde soy más rápida.

—Nunca te lo hemos preguntado —empezó a decir Sasha—. ¿Cómo te comunicas con tu familia y con los de tu especie?

—Ah. Es... —Annika se tocó la cabeza y el corazón.

—Piensas. Sientes.

—Podemos hablar, pero muchas veces lo hacemos sin voz.

—Comprendo lo que quieres decir. —Riley se inclinó hacia Annika—. ¿Y con las otras criaturas marinas como peces, ballenas y demás?

—Nos entendemos bien. No piensan como nosotros, aunque las ballenas pueden ser muy sabias y los delfines son listos e inteligentes. Los peces, en cambio, olvidan rápido.

—Como Dory.

Al ver que Annika no sabía de qué hablaba, Sawyer se lo explicó:

—Sale en una película. Un día de estos la veremos en el ordenador. Riley quiere saber si puedes percibir a los malos debajo del agua.

—No lo sé. Es que no son peces, ni mamíferos ni personas: son otra cosa. Pero, bueno, puedo intentarlo. Lo probaré. —Annika apretó la mandíbula—. Sería útil.

—Un sistema de alerta anticipada. Si no puede ser, haremos lo que hemos hecho hasta ahora, ¿no? —Sawyer paseó la mirada en torno a la mesa—. Cuidar unos de otros, permanecer unidos, actuar cuando sea necesario... Si las cosas se ponen feas, puedo desplazarnos. Para eso deberíamos contar con una ubicación secundaria. Si hemos de viajar desde el agua, vendremos aquí, pero ¿y si tenemos que viajar desde aquí?

—¿Qué te parece el monte Tiberio? —sugirió Riley—. Está muy alto.

—Si estamos todos de acuerdo, buscaré las coordenadas.

Sawyer sacó la brújula y abrió el estuche de bronce.

Al dejarla encima del mapa, se encendió sobre Capri, pero permaneció inmóvil.

—Lo intentaré de nuevo más tarde —dijo, y se la guardó de nuevo en el bolsillo.

—Me pondré manos a la obra —dijo Bran, levantándose—. Balas, flechas, cuchillas... y pulseras. Interesante.

—Yo voy a ver qué puedo averiguar —replicó Riley—. A ver si consigo información sobre suspiros, canciones y otras cuevas submarinas. —Se puso de pie—. ¿Quieres el mapa? —le preguntó a Doyle.

—Tal vez más tarde.

—Voy a preparar la cena. —Sasha se colocó en el moño una horquilla que se le había soltado—. ¿Puedes ayudarme, Annika?

—Sí, me gusta ayudar.

Cuando Sasha y Annika entraron a la casa, Doyle se apoyó en el respaldo del asiento con su cerveza y miró a Sawyer:

—Es la sirena más alegre que he visto en mi vida. Si le tiraras los tejos, nadie te lo reprocharía.

—Annika no... No creo que lo pillase. Sería como intentar ligarse a la hermana pequeña de alguien. O a una venusiana.

—A mí me parece muy madura, pero eso ya es cosa tuya. ¿Y si damos una vuelta más allá del huerto? Así veremos si hay que fortificar algo.

—Bien pensado.

Mientras cenaban bajo las estrellas, Andre Malmon se ajustaba la corbata. Tenía la esperanza de pasar una noche tediosa y aburrida, pero el deber le

llamaba. Muy pocas veces respondía a la llamada del deber, y ya se estaba arrepintiéndose de haberlo hecho en esta ocasión.

Aun así, aquel insulso acto benéfico le ofrecía la posibilidad de hacer contactos. Y tener contactos no era precisamente aburrido. Necesitaba algo nuevo, algo emocionante.

Últimamente no le sucedía nada emocionante.

Al fin y al cabo, ¿le quedaba algo por hacer? ¿Por ver? ¿Algo que no pudiera obtener chasqueando los dedos?

En las dos últimas aventuras (nunca las llamaba trabajos, aunque cobrase unos honorarios desorbitados a cambio de sus servicios) apenas se había divertido. El reto era casi inexistente.

La simple existencia de su novia de turno había empezado a irritarle, al igual que la puta a la que recurría para los juegos más atrevidos. Esperaba no tardar en deshacerse de las dos.

Tenía encargos pendientes, por supuesto, pero ninguno que le interesara lo más mínimo. ¿Un asesinato? Le resultaba muy fácil, pero había dejado de matar por dinero, a menos que la muerte le produjera un placer personal.

¿Robar? A veces tenía su intrínquilis, pero, una vez más, ¿qué gracia tenía robar para otro? Prefería robar para sí mismo, y en este momento no se le ocurría nada que mereciese la pena.

Secuestros, lavados de cerebro, mutilaciones. Le asaltó un bostezo irreprimible.

Por supuesto, estaba la eterna oferta de cincuenta millones por dar con un unicornio, o con su cuerno.

La cordura no podía comprarse con dinero.

Si algún día no tenía nada mejor que hacer, a lo mejor podía tomarse el tiempo y el esfuerzo necesarios para encargarse de la fabricación de un cuerno falso. Pero resultaba un tanto cutre.

Se pasó una mano por el pelo rubio, cuyas ondas perfectas rodeaban un rostro atractivo de boca bien esculpida, nariz delgada y ojos azules, con su mirada engañosamente tranquila.

Tal vez matase a Magda, su actual *amore*. A la puta no, no valía la pena matar putas. Pero a Magda, la heredera de sangre medio azul... La hermosa y serena Magda...

Podía escenificar un asesinato con mutilación y añadir toques de ocultismo y perversión sexual. ¡Menudo escándalo!

Eso le levantaría el ánimo.

Frunció el ceño al oír que llamaban a la puerta de su dormitorio y se volvió cuando la abrieron.

—Lo siento, señor Malmon.

—Más lo sentirás. —Su voz fría y británica sonó malhumorada—. Te he dicho expresamente que no me molestaras.

—Sí, señor. Ha venido a verle una mujer.

Dio un paso adelante.

—¿Qué entiendes por «no molestar», Nigel?

—Está esperando en el salón.

Nigel, estoico y discreto, le tendió una tarjeta. Enfurecido, Malmon fue a apartarla de un manotazo, pero la mirada de su mayordomo le detuvo.

Inexpresiva. Casi muerta. El hombre se limitaba a mirarle fijamente con la tarjeta en la mano.

Malmon le arrebató la tarjeta, un brillante rectángulo negro con las letras rojas de un solo nombre.

NEREZZA

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted, señor.

—¿Ha cruzado la barrera y ha pasado por Lucien y por ti?

—Sí, señor. ¿Sirvo unos refrescos?

—No sirvas nada, joder. Ve a colgarte de una lámpara, Nigel.

Y, tras apartar al mayordomo de un empujón, Malmon echó a andar hacia el salón.

Estaba irritado, desde luego. Pero también sentía curiosidad. Hacía mucho tiempo que no sentía curiosidad.

Comprobó que llevaba la pistola debajo de la manga derecha. Nunca iba desarmado a ninguna parte, ni siquiera cuando estaba en cualquiera de sus casas. Y como Lucien parecía ser tan inútil como Nigel, entró en el salón.

Ella se volvió con una sonrisa.

Era una visión. Malmon no habría dicho que fuese bella, pero en cambio su belleza le cegó. Los cabellos oscuros, que llamaban incluso más la atención gracias al mechón blanco que destacaba entre la negrura, le caían en tirabuzones sobre los hombros.

Y sus negros ojos, negros, grandes y fascinantes contra la piel pálida. Los labios rojos como la sangre, curvados en una sagaz sonrisa.

También iba vestida de negro, y el vestido moldeaba sus formas esbeltas e imponentes.

—Monsieur Malmon. —Caminó hacia él, deslizándose sin emitir un sonido; su voz, vagamente exótica, le paró el corazón por un instante—. *Je m'appelle Nerezza.*

—Mademoiselle.

Malmon cogió la mano que ella le tendía, posó los labios en los nudillos y se sintió invadido por un estremecimiento sin igual.

—¿Hablamos en inglés? Al fin y al cabo, estamos en Inglaterra.

—Como desee. Siéntese, mademoiselle.

—Nerezza, por favor. —Se sentó con un suave crujido de la falda—. Vamos

a ser buenos amigos.

—¿Sí? —Malmon intentaba recuperar el aplomo, pero tenía el corazón disparado y la sangre le latía en las sienes—. Pues deberíamos iniciar nuestra amistad con una copa.

—Por supuesto.

El hombre fue hasta el bar y sirvió dos vasos de whisky. Asumiendo el mando, tomando el control, o eso creía, al no preguntarle por sus preferencias.

Volvió y se sentó frente a ella. Entrechocaron los vasos.

—¿Y qué te trae hasta mí, Nerezza?

—Tu reputación, por supuesto. Eres el hombre que necesito, Andre. —Ella dio un sorbo de su bebida sin dejar de observarle—. Serás el hombre que necesito. Y por satisfacer mis necesidades puedo ofrecerte más de lo que nunca has tenido. De lo que nunca has soñado tener.

—Tengo mucho, aunque he soñado con más.

—Si es dinero, tengo todo el que puedas pedir. Pero hay cosas que valen más que el oro y la plata.

—¿Por ejemplo?

—Ya lo discutiremos, esta noche vamos a hablar de estrellas. ¿Qué sabes de las Estrellas de la Fortuna?

—Son un mito. Tres estrellas, de fuego, agua y hielo, creadas por tres diosas para honrar a una joven reina. Y maldecidas por otra.

Los labios de Nerezza se curvaron en una sonrisa tan afilada que habría podido cortar hueso.

—¿Qué opinas de los mitos?

—Que, por insólito que parezca, muchos son reales.

—Esas estrellas lo son, puedes estar seguro. Las quiero. Y tú las encontrarás y me las traerás.

Los ojos de aquella mujer eran dos pozos sin fondo que le atraían hacia la

oscuridad. Pero el orgullo le obligó a resistirse:

—¿Sí?

—Sí. Hay seis individuos que se interpondrán en tu camino.

—Nadie que se interponga en mi camino sobrevive.

—Cuento con ello. De lo contrario, no perdería el tiempo ni te lo haría perder a ti. Si aceptas el desafío y deseas saber qué te ofrezco a cambio, acude mañana a medianoche a la dirección que aparece en mi tarjeta.

—No hay ninguna dirección en la tarjeta.

Ella se levantó con una sonrisa.

—Ve allí y encuentra tu fortuna. Nos vemos entonces.

Nerezza salió antes de que Malmon pensara siquiera en ponerse de pie. Cuando se apresuró hasta la puerta, ella ya había desaparecido. Como si se hubiese esfumado.

Se sacó la tarjeta del bolsillo y vio que estaba equivocado.

La tarjeta lucía claramente impresa una dirección.

Fascinado, perplejo y bastante nervioso, pulsó el intercomunicador de la casa.

—Lucien.

—¿Señor?

—¿Adónde ha ido?

—Perdone, señor, ¿adónde ha ido quién?

—La mujer, la mujer de negro, idiota. ¿Quién iba a ser? ¿Por qué la has dejado pasar sin permiso?

—Señor, no ha venido nadie esta noche. No he dejado entrar a nadie.

Malmon se alejó frenético llamando a Nigel. Su ira fue en aumento hasta que bajó las escaleras hecho una furia y entró en el apartamento del mayordomo.

Cuando vio a Nigel colgando de la araña de la sala de estar, se paró en

seco.

Y soltó una carcajada.

Se acabó el aburrimiento.

Con el alba llegaron la suave luz titilante y las diamantinas gotas de rocío sobre la hierba.

También llegó la gimnasia.

A Annika le gustaba mucho la gimnasia. Le gustaba echarse al suelo y hacer las veinte flexiones que le pedía Doyle. Las sentadillas y las tijeras, los arrastres de pies y los saltos con apertura de brazos y piernas la hacían sentir como si bailara; y siempre la hacían reír los gemidos, gruñidos y jadeos (sobre todo por parte de Sasha).

Sawyer llamaba a Doyle «puto sargento de instrucción», y eso también le daba risa. Entendía lo de «puto», que era un taco muy versátil que se usaba mucho durante la gimnasia. Entendía lo de «instrucción», pues las instrucciones eran indicaciones que había que seguir. Pero se le escapaba lo de «sargento», porque los únicos sargentos que conocía eran los sargentos mayores, el nombre que las gentes de tierra daban a los pececillos a rayas que nadaban entre los escollos.

Al imaginarse al corpulento y atractivo Doyle como un pececillo mordisqueando coral, se le escapó la risa durante las flexiones.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó Sasha con el ceño fruncido. La adivina tenía el rostro encendido y cubierto de sudor por el esfuerzo.

—Sawyer dijo que Doyle es un sargento mayor de instrucción.

—Un... —Sasha dedicó una mirada burlona a Doyle, que le estaba indicando que empezase con sus propias flexiones—. ¡Ahora eres un pez! —le gritó. Y luego murmuró—: Que Dios me ayude.

La primera le salió perfecta, la segunda bastante bien y la tercera muy inestable. Sudaba cada vez más y se estaba poniendo muy colorada. Los brazos le temblaban de forma visible.

Annika empezó a aplaudir y Sasha siseó:

—Me falta una. Maldita sea.

Annika contuvo el aliento porque Sasha emitió un sonido de dolor insufrible, casi un grito. Sin embargo, su amiga se levantó sobre los brazos temblorosos y logró hacer la cuarta antes de caer al suelo desmadejada y jadeando.

—Buen trabajo —la animó Doyle—. Estás en baja forma, pero tienes agallas. Mañana ve a por cinco.

—Y un churro. Puede que mañana vaya a por ti.

—¡Eso es! —El inmortal alargó el brazo y la ayudó a levantarse—. Ahora tú, Gwin.

Riley ejecutó una docena de flexiones perfectas en el mismo tiempo que había tardado Sasha en hacer cuatro a duras penas.

—Puede que vaya a por ti también —dijo Sasha en tono sombrío—. Puede que me apetezca cometer un doble homicidio.

—Has hecho cuatro —le recordó Annika—. La primera vez no pudiste hacer ni una, pero hoy has hecho cuatro.

—Sí, lo sé. —Sasha soltó un prolongado suspiro—. Sí —repitió con más fuerza—. Y mañana iré a por cinco.

Desayunaron e hicieron las tareas matinales que Sasha había incluido en la nueva tabla. Luego llegó el momento de ir caminando hasta el puerto deportivo.

Annika quería correr. Estaba ansiosa por zambullirse en el mar. Pero le gustaba mirar a Bran y Sasha cogidos de la mano y a Doyle y Riley discutiendo por quién pilotaría la embarcación.

El aire olía muy bien, pues la brisa traía el aroma del mar y las flores, de los limoneros, de la hierba. El paseo le permitía admirar los jardines y disfrutar del vuelo de los pájaros. Y pasar tiempo con Sawyer.

—¿Harás fotos en el agua?

—Sí, es lo que tengo pensado.

—Si me enseñaras a utilizar la cámara, podría hacerte fotos a ti. Cuando las haces tú, no sales en la foto.

—Tengo un par de selfies.

Para demostrárselo, estiró el brazo y fingió hacer clic en una cámara.

—¡Oh! ¡Qué gracioso!

—Pero puedo enseñarte. No está de más que alguien me ayude en la tarea de documentación.

—Así podré ayudarte a hacer fotos dentro y fuera del agua. Espero que podamos caminar por las colinas —comentó Annika, haciendo un gesto en dirección a las montañas—. Sé que quizá nos la encontremos allí y tengamos que luchar, y también sé que la búsqueda es lo más importante. Pero el paseo sería emocionante y nuevo. Con muchas cosas que no hemos visto nunca.

Él le dio un golpecito en el hombro. Annika sabía que era una muestra de cariño.

—Siempre tienes que buscarle a todo el lado bueno.

—El lado bueno nos ayuda a afrontar la oscuridad.

—No te lo discuto.

—En la última batalla tuve miedo. Creo que venceremos y lograremos nuestro objetivo, pero tuve miedo.

Sawyer le rozó el brazo con la mano en un gesto de afecto y consuelo. A Annika le entraron ganas de suspirar.

—Todos tenemos miedo, Anni.

Le miró sorprendida.

—Solo yo parecía asustada.

—A todos nos pasa —le aclaró él—. Si no tuviéramos miedo, estaríamos locos. Ya sabes qué es el valor.

Lo dijo sin preguntar, pero ella asintió con la cabeza.

—Es valentía. Es afrontar la oscuridad.

—Sí. Afrontar la oscuridad, aunque tengas miedo. Nos ocurre a todos.

La sirena descansó la cabeza en el hombro de Sawyer, sabiendo que, si él la creía valiente, podría ser más valiente aún.

—¿Cómo es que no tienes pareja?

—Pues... Mmm... He tenido que viajar mucho. Me ha costado llegar hasta aquí.

—Pero ¿ha habido sexo?

Sawyer se quitó la gorra y se pasó los dedos por el espeso cabello rubio. A Annika le entraron ganas de hacerlo ella. Tras volver a ponerse la gorra, el hombre se metió las manos en los bolsillos.

—¿Sabes? Si quieres saber más sobre esa clase de cosas, deberías hablar con Riley o con Sasha.

—Ya sé cómo funciona el sexo. En mi mundo es bastante parecido, aunque podemos acostarnos con quien queramos cuando nos apetezca. Es una de las ventajas que tenemos.

Sawyer no tuvo más remedio que echarse a reír.

—No te lo discuto.

—Eso sí, en cuanto encontramos a nuestra pareja, a partir del momento en que nos comprometemos, ya no puede haber nadie más. Como Bran y Sasha: solo puede haber una persona.

—Eso es muy bonito. Es lo que desea la mayoría de la gente.

—Así que tú has tenido sexo, pero no pareja.

—Eso es.

El camino se estrechaba y los edificios estaban cada vez más cerca. Sawyer señaló un escaparate para distraerla y lograr que dejara de hablar de sexo.

—¡Otro rato podemos volver para comprar! Me apetece mucho tener pasta.

—Pues si compras mucho te quedarás sin.

—No, no, dinero no. ¡Espagueti!

Sawyer sonrió y le pasó un brazo por los hombros para alejarla de un escaparate.

—Ya.

—Mira qué comida tan bonita.

Bollos y pastelitos, preciosos como joyas, tentaban a los transeúntes desde detrás del cristal.

—Deberíamos comprar unos bollos y llevárnoslos a casa. Mira, allí tienen helado.

—¿Qué es?

—Ya lo verás. Es increíble.

—Increíble —repitió ella, mientras descendían por la calle estrecha y empinada.

Sawyer la cogió de la mano. Aunque las tiendas aún no estaban abiertas, había vivido la experiencia de comprar con ella en Corfú y sabía que se le podía escapar corriendo en cualquier momento, como un terrier detrás de una ardilla.

—A la vuelta te compraré un helado —prometió.

—Gracias.

—Pero ahora tenemos que ir directos a la embarcación.

—Este pueblo es muy grande y muy pequeño. Tienen verduras y frutas... — Annika señaló un puesto—. Mira los colores, las formas. Algunas no las conozco. ¿Todas se comen?

—Sí. Algunas tal cual. Otras hay que cocinarlas antes.

La sirena lo miraba y asimilaba todo. Sawyer lo consideraba parte de su encanto. Pasaba los dedos por las paredes de los edificios para comprobar la textura, y se habría echado a correr detrás de un gato callejero si Sawyer no la hubiese tenido bien agarrada. El hombre logró conducirla hacia delante y seguir el ritmo de los demás mientras pasaban junto a la gente sentada en las mesas de las terrazas con sus pastelillos de desayuno y su café fuerte, entre una multitud de casas de vivos colores y al lado de hoteles con toldos y parasoles, en dirección a los barcos, muelles y embarcaderos.

—Allí está —anunció Riley, señalando una embarcación muy parecida a la que habían utilizado en Corfú.

La... Annika tuvo que esforzarse por recordar el nombre, pero lo consiguió. La lancha inflable rígida.

Entonces Riley saludó con un gesto de la barbilla a un hombre flaco y dentado que caminaba hacia ellos. Tantos dientes en una sonrisa tan amplia hicieron pensar a Annika en un tiburón.

—Yo me encargo.

Riley se adelantó a grandes zancadas e inició una conversación animada en italiano. Annika reconoció algunas de las palabras, en gran parte groseras.

Sasha sacó su bloc y empezó a dibujar el mundo en torno al puerto deportivo: la extensión de toldos, mesas, edificios, el montón de edificios que trepaban por las altas colinas.

—Quiere más dinero —les explicó Doyle—. Ella le está diciendo, de muchas formas distintas, que se vaya a la mierda.

Claramente seguro de que sería Riley quien se llevara el gato al agua, Doyle subió a la lancha.

—Ha dicho... —empezó Annika, buscando las palabras adecuadas—. Algo de un capullo. Pero aquí no hay flores.

Con una carcajada, Sawyer tiró de ella hacia la embarcación.

—Le ha llamado capullo a él. Es un insulto.

—Un capullo hace un trato y luego pretende no mantenerlo.

—Entre otros comportamientos de un capullo.

En ese momento volvió Riley. El hombre flaco ya no enseñaba tantos dientes.

—Fabio, mi equipo. Equipo, Fabio. El club de submarinismo está allí. Fabio se ha ofrecido amablemente a echarme una mano con el material, pero nos vendría bien un par de ayudantes.

—Iré con vosotros. *¿Come va, Fabio?*

Fabio le mostró a Sawyer más dientes.

—*Bene.*

—Iré con ellos. —Bran besó a Sasha en la frente y se alejó con Sawyer.

No tardaron mucho. Trajeron las botellas, los trajes de neopreno y el material que los demás necesitaban para sobrevivir bajo el agua. Y un arcón lleno de hielo y agua, algunos zumos que le gustaban y las Coca-Colas, que también le gustaban.

Mientras lo cargaban y aseguraban todo, hablaban animadamente en italiano, pero esta vez sin palabras groseras.

Y por fin, ¡por fin!, subieron todos a bordo, y Fabio el flaco soltó las cuerdas que los sujetaban al muelle.

Riley se dio un golpecito con dos dedos en el ala del sombrero.

—*Ciao, Fabio* —se despidió—. Tonto del culo —añadió en un susurro.

—¿Un tonto del culo es un capullo?

Riley se bajó las gafas de sol y miró a Annika con sus risueños ojos castaños.

—Un tonto del culo es un capullo de marca mayor. Mi amiga Anna Maria, que no es capulla ni tonta del culo, dice que, mientras estemos aquí, podemos

amarrar la lancha en el club de submarinismo. Así será más fácil cargarla y descargarla.

Riley se dirigió a lo que llamaban «caseta», donde Doyle manejaba los controles.

—Hoy me toca pilotar a mí, ¿te acuerdas?

—Solo quiero que nos alejemos del tonto del culo.

Sin embargo, se apartó a un lado y le cedió el timón.

De pronto navegaban a toda velocidad sobre el agua, y era casi tan agradable como estar dentro de ella. Doyle salió de la caseta para revisar el material.

—Yo no necesito botellas —empezó a decir Annika.

—Es mejor que te prepares como los demás.

—Podríamos tropezarnos con otros submarinistas —le explicó Sawyer—. Si bucearas sin material, la gente se daría cuenta.

—Entonces solo fingiré.

—Exacto.

—Puedo hacerlo.

—Nos mantendremos unidos —les recordó Bran mientras Annika se quitaba la ropa para quedarse en bañador, y Sawyer trataba de no observarla—. Aunque es poco probable que Nerezza nos encuentre tan pronto, no podemos correr riesgos. Que todo el mundo permanezca a la vista.

Miró a Sasha.

—No siento nada. Pero os agradeceré a todos que no me perdáis de vista, por si empiezo a caminar sonámbula bajo el agua.

—Te vigilaré —le dijo Annika.

—Lo sé.

—Como en otras ocasiones, Sawyer y Annika irán delante, Sasha y yo iremos detrás, y Doyle y Riley en los flancos. ¿De acuerdo?

—A mí me parece bien —contestó Sawyer, subiéndose la cremallera del traje de neopreno—. Será la primera vez que haga submarinismo sabiendo que nado con una sirena. —Le sonrió a Annika—. Será más divertido.

—Pero conserva las piernas, preciosa —le advirtió Doyle mientras Riley viraba hacia los altos acantilados.

—Lo prometo. A no ser que nos ataquen.

—Hablando de ataques, ¿ha habido suerte con las flechas, balas y cuchillas? —preguntó Doyle, levantando un arpón.

—Sí, aunque aún hay mucho que mejorar. Ya veremos dentro de unos días. De momento, ¿asignamos un arpón a cada pareja? Con lo hábil que es Sasha con la ballesta, es mejor que ella se quede con uno.

—Oh.

Doyle le pasó el arpón.

—¿Puedes manejarlo?

Sasha lo miró con el ceño fruncido, probando su peso.

—Sí, puedo hacerlo.

—Yo no quiero ninguno —se apresuró a decir Annika.

—No pasa nada, ya lo cojo yo.

—Entonces, tenemos a Sawyer y a Sasha —declaró Doyle, y miró hacia la caseta—. Riley, ¿quién de los dos maneja el arpón?

—Haremos turnos. Cuando yo pilote la lancha, tú cogerás el arpón. Cuando tú pilotes, lo cogeré yo.

—Me parece bien.

Riley detuvo la embarcación y señaló hacia un punto del agua.

—La primera cueva de la lista de hoy está más o menos a las dos y a unos tres metros y medio de profundidad. Un canal estrecho se abre a un cañón después de unos doce metros. Es una inmersión complicada para un principiante.

—No habrá problema —replicó Sasha, poniéndose el traje de neopreno.

—En Corfú dejaste de ser una principiante —comentó Riley, que, tras quitarse la ropa, alargó el brazo hacia su traje de neopreno—. La entrada es pequeña, así que tendremos que ir en fila india. Es fácil pasarla por alto.

—La encontraré —se ofreció Annika, que se había sentado en el borde de la embarcación. Acto seguido hizo lo que más deseaba: lanzarse al agua.

Aunque tenía ganas de bajar y bajar, volvió a la superficie enseguida. De momento, le bastaba sentir el mar a su alrededor. Saludó a los otros con la mano.

—Espera un momento —le pidió Riley desde la cubierta, tirando de sus botellas.

Satisfecha, Annika se puso a nadar alrededor y por debajo de la lancha, procurando mantenerse a la vista y permanecer alerta, pero sin dejar de disfrutar de la sensación del hogar.

A la segunda vuelta, miró a Sawyer. Él señaló su cámara, así que Annika posó boca abajo, como si hiciera el pino.

Notó que Sasha entraba en el agua y que luego lo hacía Bran. Al cabo de un momento, Riley y Doyle. A una señal de Bran, Annika se dio la vuelta y empezó a nadar a la cabeza del grupo.

No demasiado rápido, se recordó a sí misma. Se adaptó al ritmo de Sawyer y de los demás como habría hecho con un banco de peces u otros seres de su especie. Sabía cómo hacerlo.

Los peces nadaban a su alrededor sin prestarles atención. Annika percibió el lento latido de una estrella de mar que dormía sobre una roca y oyó el sutil movimiento de las zosteras.

Notó el pulso de Sawyer, no tan lento como el de la estrella de mar, aunque también pausado y regular. Los movimientos de sus compañeros le llegaban como susurros.

Ya a más profundidad, vio la entrada de la cueva y la indicó con un gesto, pero al darse cuenta de que los demás no podían verla como la veía ella, volvió a señalarla. Continuó bajando y esperó a que los otros estuvieran listos para deslizarse en la abertura.

«Qué intrépida», pensó Sawyer. En el agua era intrépida. Y tremendamente airoso. Se movía por el estrecho canal como el agua, fluyendo. Las paredes se estrecharon hasta dejar el espacio justo para el cuerpo de un hombre, la luz se volvió turbia. En ese espacio angosto, en esa luz turbia, Annika se volvió para nadar hacia atrás. Aunque Sawyer no podía verle la cara, supo que sonreía y que contaba las cabezas antes de volverse de nuevo para seguir avanzando.

Sawyer vio una anguila enroscada en una grieta de la roca y confió en que se quedara donde estaba. No le gustaban las criaturas que parecían serpientes.

Las paredes del canal se ensancharon, abriéndose al cañón. Mejoró un poco la luminosidad. Sawyer alzó la vista y vio unas grietas en el acantilado que dejaban pasar algo de luz.

Se desplegaron de dos en dos para registrar la cueva. Sawyer confió en que Sasha percibiera algo, tal como había ocurrido con la Estrella de Fuego. Buscaba una característica insólita: una formación rocosa, un cambio en el agua, un parpadeo de luz...

Perdió de vista a Annika y se asustó. Se volvió rápidamente, sacó el cuchillo y empezó a golpear la roca con la empuñadura para llamar la atención de los demás. Entonces la vio alzarse desde la oscuridad, debajo de él.

La sirena le cogió las manos, las apretó y las soltó. Luego le frotó las mejillas.

Doyle les indicó con gestos que era hora de regresar. Annika volvió a coger a Sawyer de la mano y tiró de él hacia el canal. Acto seguido, la sirena se deslizó en el interior.

Cuando Sawyer subió a la lancha, ella ya se había quitado la máscara.

—¿Qué deprisa te latía el corazón!

—¿Cómo?

—En el cañón, al final, latía. —Dio una serie de palmadas rápidas sobre su propio corazón—. ¿Por qué?

—No te encontraba.

—Estaba justo debajo de ti. Un poco más hondo, para mirar. No te he perdido de vista.

—Yo no te veía a ti. No te veíamos —añadió.

—Oh. —Se desabrochó el chaleco de buce—. No me acordaba. Se me ha olvidado que no podéis ver en el agua igual que yo. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó Riley, izándose a bordo.

—He buceado a demasiada profundidad, sin mantenerme a la vista. Lo siento. No volveré a hacerlo. Os veía a todos, pero he ido más allá de lo que vosotros podéis ver en el agua. He hecho que a Sawyer le latiera deprisa el corazón.

Riley sonrió sobre el hombro de Annika mientras la ayudaba a despojarse de las botellas.

—Seguro que no es la primera vez.

—Es curioso. ¿Cómo sabías que me latía rápido el corazón cuando estabas a más profundidad y fuera de nuestra vista?

—Puedo notarlo. En el agua, puedo... No lo noto como noto tu mano —dijo, cogiéndola—. Pero puedo notarlo.

—Interesante —comentó Bran, abriendo el arcón—. ¿Puedes notar los latidos de los seres vivos cuando estás en el agua?

—Sí. ¿O «sentir» es una palabra mejor? ¿«Saber»?

—Y puedes ver a mucha más distancia que nosotros —continuó Bran.

—Lo había olvidado. Aquel día en Corfú sentí latir el corazón de Sasha y

supe dónde mirar. Y la vi. Con las piernas no podía nadar tan rápido, así que tuve que transformarlas en cola.

—Pero, incluso con las piernas, ¿puedes notar y ver? —preguntó Riley, que cogió una Coca-Cola y le lanzó un zumo a Sasha.

—En el agua. ¿Estás enfadado? —le preguntó a Sawyer.

—No, no estoy enfadado. Es que me he asustado. Recuerda que ahí abajo somos compañeros.

Annika se sentó junto a él y le apoyó la cabeza en el hombro.

—Seré mejor compañera.

—Estupendo. ¿Cómo te ha ido, Sasha?

—Bien. No puedo decir que me gusten mucho esas aberturas tan angostas, pero me ha ido bien. Aunque, a diferencia de Annika, yo no he notado nada.

—Ya podemos tacharla de la lista e ir a por la siguiente —declaró Riley, echándose el cabello empapado hacia atrás—. Hoy tendríamos que visitar las tres cuevas que se encuentran en esta zona. Nos quedan por explorar también las de la costa este y las del sur, pero por hoy basta con dejar lista esta parte.

Sawyer daba por sentado que Annika podría haberse pasado todo el día y la mitad de la noche buceando, pero los demás estuvieron cinco horas bajo el agua y en el barco, con un breve descanso para comer algo.

No encontraron nada, salvo la belleza de la vida marina, formaciones rocosas y, en una cueva, una inscripción tallada toscamente en la roca con los nombres «Greta y Franz» enmarcados en un corazón con la fecha 15-08-05.

A Sawyer le gustaba pensar que Greta y Franz seguían juntos, quizá viviendo en una pequeña granja a orillas del Rin.

Ya sabía que no se tropezarían con la estrella el primer día, ni creía que

ningún miembro del equipo esperase tener tanta suerte. Aquella misión requería tiempo, sudor, esfuerzo y correr riesgos.

Y, habiendo dioses implicados, también sangre.

Sin embargo, tenían que seguir unos pasos y lo habían hecho. Lo mejor de todo era no haberse encontrado con ninguno de los esbirros de Nerezza. Un día en el que nadie derramase esa sangre era, a su modo de ver, un buen día.

Cuando amarraron la embarcación y devolvieron las botellas, Sawyer se echó la mochila al hombro. Les esperaba una buena caminata hasta casa, pero al llegar habría cerveza.

—Ahora podemos ir de tiendas —propuso Annika.

Los otros cinco se la quedaron mirando.

—Hay muchas tiendas y cosas bonitas. Y toda esa gente. Sawyer dijo que tomaríamos aquello increíble.

—Una cerveza suena increíble —comentó Doyle.

—Se refiere al helado. —Cautivado de nuevo muy a su pesar, se colocó bien la mochila y repuso—: No se le olvida nada.

—Me apetece un helado —reflexionó Riley.

—Y yo necesito otro bañador. Solo tengo uno.

Ahora Riley arqueó las cejas.

—Lo que tienes es la mínima expresión de un bañador.

—Pero le sienta de fábula —intervino Doyle, y Annika esbozó una sonrisa.

—Lo del helado me parece un plan excelente. —Con el pelo mojado recogido en una coleta, Sasha paseó la mirada por el puerto deportivo—. Además, seguro que es fácil de encontrar de camino a casa.

—Vamos a averiguarlo —dijo Bran, cogiéndola de la mano.

Al cabo de cinco minutos, tras arrancar a Annika de varios escaparates repletos de objetos brillantes, toparon con su firme determinación:

—Esta tienda tiene bañadores y necesito uno.

—Acompáñala, Sawyer —dijo Riley.

—Ah, no. —Igual de decidido, el aludido negó con la cabeza—. Eso es cosa de chicas.

—Estoy de acuerdo con Sawyer —intervino Bran, dándole una palmada en el hombro en solidaridad—. Yo digo que se encarguen las mujeres y que los demás entremos allí. —Indicó una tienda con un gesto—. Compraremos más cerveza.

—Yo iré con ellos —dijo Riley, uniéndose al grupo masculino.

—Espera un momento —empezó a decir Sasha.

—Voy a enterarme de qué ingredientes llevan los bellinis. Necesitamos tomar bellinis.

—Bellinis. —Sasha suspiró, miró la tienda y sopesó lo que le suponía lidiar con el caos de ir de compras a cambio de tomar bellinis—. Vale, me has convencido. Annika, entraré contigo, pero no puedes probártelo todo. Tienes que concentrarte.

—No. Sí. Luego tomaremos un helado increíble.

Se metió en la tienda en un abrir y cerrar de ojos.

—Más te vale que te salgan unos bellinis excepcionales —murmuró Sasha, y siguió a Annika al interior.

La sirena encontró un bañador precioso con flores rojas y otro de un verde muy intenso, y también lo que Sasha llamó un pareo, casi tan fino como el aire, además de unas sandalias con bonitas conchas que dejaban casi todo el pie al descubierto. Lo compró todo y le regaló a Sasha otro pareo, con olas azules sobre fondo blanco.

—Para ti —dijo, tendiéndole la bolsita—. Por ayudarme.

—Oh, no, Anni, no tienes que comprarme nada por ayudarte.

—Pero es un regalo. —Annika puso la bolsa entre las manos de Sasha con

gesto firme—. El azul es como el de tus ojos. Es un regalo para ti, y dártelo me hace sentir feliz.

—Gracias. Es precioso. Bueno, vámonos. Recuerda que tenemos que cargar con todo esto.

—Las cosas bonitas nunca pesan más de la cuenta.

En opinión de Sasha, un par de biquinis que apenas cubrían lo esencial no pesaban casi nada, pero sacó a Annika de la tienda.

—Ahí están —dijo Sasha recelosa, agarrando con firmeza el brazo de Annika mientras caminaban hacia los demás, que estaban distribuyendo botellas entre las mochilas.

—Tú no tienes que llevar nada —le dijo Riley a Sasha mientras se cargaba la mochila a la espalda—. ¡Faltaría más!

—Puedo llevar algo más —se ofreció Annika, dándose la vuelta para mostrarles la mochila—. No pesa.

Doyle le metió un par de botellas de cerveza italiana dentro de la mochila y cerró la cremallera.

—Con esto ya vale. Nosotros llevaremos el resto.

—¡Allí hay helado! —exclamó Annika, echando a correr cuesta arriba como si sus sandalias nuevas tuvieran alas.

Para cuando los demás la alcanzaron, conversaba animadamente con un par de turistas estadounidenses.

—A Jessica le gusta el de chocolate, pero Mark prefiere el de pistacho. Es un fruto seco.

—Estupendo. ¿Qué tal os va? —Riley le indicó a Sawyer con un gesto que se llevase a Annika y distrajo a la pareja charlando de banalidades hasta que se alejaron.

—Eran muy simpáticos, pero no sé si hacerle caso a Jessica o a Mark. ¡Cuántos colores y qué bonitos!

—Escoge dos —sugirió Sawyer.

—¿Puedo tomar dos? —preguntó ella, abriendo los ojos como platos.

—Un cucurucho de dos bolas.

—Un cucurucho de dos bolas —repitió—. ¿Tú qué pedirás?

—Pide tú primero. Seguro que aciertas.

—Creo que... el rosa y el verde. Combinan muy bien. Como una flor.

—Fresa y menta. Buena combinación. Yo invito —les dijo Sawyer a los demás.

Después de pagar, vio que Annika se limitaba a admirar el cucurucho.

—Tienes que comértelo —le explicó, y probó el suyo para que viera cómo se hacía.

Ella lo lamió delicadamente un par de veces.

—¡Oh! ¡Es como comer alegría!

Qué raro, pensó Sawyer mientras echaban a andar con sus mochilas, bolsas y cucuruchos. Annika hacía que se sintiera como un héroe por darle a probar la alegría.

Gracias a ello, el regreso se le hizo más ameno.

Al llegar a la casa se dispersaron. Sawyer se movió deprisa y logró meterse en la ducha antes que Doyle. Allí se despojó de la sal, del mar y del sudor, y mientras se bebía la mitad de su primera cerveza bajo el chorro del agua volvió a sentirse completamente humano.

Cuando salió se oían risas procedentes de la cocina. Risas femeninas. Y aunque le apetecía reunirse con ellas, creyó sensato tomarse algo de tiempo, dejar un poco de distancia entre él y Annika.

El cociente de deseo hacia la sirena seguía aumentando, por muy cuidadosamente que intentara suprimirlo.

Se llevó al exterior el resto de la cerveza, arrastró una tumbona hasta una zona de sombra y se instaló en ella con su tableta. Tenía que mandar un correo

electrónico a casa para poner al día a su familia, y quizá leyese un par de capítulos de un libro que se había descargado.

Envió el correo a toda prisa, con la promesa de que más adelante les mandaría fotos. Luego, se dio permiso a sí mismo para tomarse una hora de descanso para leer, echar una siesta o hacer lo que fuese, luego saldría a explorar.

En eso, Riley era la reina indiscutible, pero él también tenía que mover unos hilos.

Al cabo de un rato salió la sirena. Llevaba puesto uno de sus diáfanos vestidos con vuelo y el pelo suelto, un poco ondulado tras haber permanecido trenzado tantas horas. Sostenía una bandeja de copas llenas de un líquido espumoso de color melocotón.

—Riley dice que es hora de tomarse un bellini. —Dejó la bandeja sobre la mesa y cogió dos copas de flauta—. Ella los ha preparado, y Sasha y yo los hemos probado. —Le dio una copa y se sentó en la hierba, doblando aquellas increíbles piernas—. Con el helado me parecía comer alegría; con esto, beberla.

Sawyer lo probó para complacerla.

—Qué sofisticado. Y bueno. Bueno y sofisticado.

—Sasha me ha contado que un monje encontró, bueno, descubrió el champán y dijo que beberlo era como beber estrellas.

—Ya lo sabía.

—Las estrellas están hechas para dar belleza y luz a todos los mundos. Nerezza no se las beberá.

—Desde luego que no.

Sawyer se inclinó y entrechocó su copa con la de ella.

—Desde luego.

Sasha y Bran salieron con sus cócteles y escogieron otra zona de sombra.

Sasha llevaba el bloc de dibujo. Riley, en cambio, se instaló al sol con un bellini y, al igual Sawyer, una tableta. Doyle llegó el último, dedicó a los bellinis una mirada suspicaz, se encogió de hombros y agarró uno. Él también eligió el sol.

—Me gusta cuando todos estamos juntos —murmuró Annika—. Incluso un poco separados, como ahora, pero juntos. Lo echaré de menos, echaré de menos a todo el mundo, una vez que devolvamos las estrellas a la Isla de Cristal.

—Celebraremos un reencuentro.

—No sé qué significa esa palabra.

—Es cuando unas personas que han estado juntas y luego se van cada una por su lado se reúnen para pasarlo bien durante una noche o un par de días —respondió Sawyer.

—Un reencuentro —repitió Annika, pensando que sería una de sus palabras favoritas—. ¿Tú vendrías?

—Claro. Seguro que Bran podría organizarlo en algún sitio discreto, junto al mar. Tomaremos helado y bellinis.

—Y pizza.

—Por descontado —confirmó Sawyer y, sin poder evitarlo, le acarició el pelo—. Acabaremos con Nerezza, pero conseguirlo no acabará con nosotros.

A medianoche, demasiado intrigado como para resistirse, Malmon fue a la dirección de la tarjeta que le había dado Nerezza y se quedó observando la casa desde el exterior. Ese mismo día había encargado a uno de sus hombres que la fotografiara y a otro que averiguara cuanto pudiese sobre su propietaria. Cuando se enteró de que no había averiguado nada, se sintió irritado e intrigado al mismo tiempo.

Malmon consideró que la casa pegaba mucho con Nerezza. Mientras contemplaba el edificio desde la limusina, podía imaginarla dentro, al otro lado del cristal ahumado. La construcción poseía una gracia sobrecogedora, con su antigua fachada de piedra, los árboles que la rodeaban y las gárgolas encaramadas en el alero.

Al igual que su casa, se hallaba apartada de la calle, protegida tras una barrera. Malmon apreció el deseo de intimidad, el poder que hacía falta para conseguirla.

¿Qué le ofrecería? Quería saberlo.

Cuando ordenó al chófer que se acercase a la barrera, a Malmon no le sorprendió que esta se abriese de inmediato. Se apresuró en bajar de la limusina en cuanto el chófer le abrió la puerta. Era un hombre seguro de sí mismo, llevaba un traje hecho a medida y creía haber visto y hecho todo lo que se podía ver y hacer.

Al aproximarse a la amplia puerta de entrada en forma de arco, vio que se abría. Un hombre pálido de ojos oscuros le aguardaba en silencio.

Malmon entró en un vestíbulo iluminado con docenas de velas. A la luz

cambiante y titilante, el hombre pálido cerró la pesada puerta. Y el corazón de Malmon se aceleró.

—Mi señora le espera.

La voz del hombre era áspera y rasposa como la lengua de un lagarto. Malmon le siguió escaleras arriba. Allí se encontró con más velas y unos jarrones llenos de lirios, de un rojo tan intenso que, a la luz de las velas, casi parecían negros. Su aroma penetrante hacía que se sintiera mareado.

Entró en un salón amplio y vio a Nerezza sentada en una butaca de oro con ricos adornos. El respaldo de aquella especie de trono se alzaba a su espalda, rematado por una talla en forma de serpientes entrelazadas.

Iba vestida del mismo rojo que las flores, tan intenso que parecía negro. Unos rubíes como gruesas gotas de sangre rodeaban su cuello y pendían de sus orejas.

Un ave extraña, que no era un cuervo ni una lechuza, sino una peculiar combinación de ambos, se hallaba encaramada, como las gárgolas del tejado, en el ancho brazo de la butaca.

La belleza de aquella mujer le alcanzó como si fuera un rayo, feroz y terrible. Y así era en ese momento el deseo que sentía por ella.

Nerezza sonrió como si lo supiera.

—Me complace que hayas venido. Déjanos a solas —le dijo al sirviente, sin apartar los ojos oscuros del rostro de Malmon. Se levantó y su traje crujió como unas alas apergaminadas. Se acercó a una licorera y vertió vino tinto en unas copas—. Brindemos por las nuevas amistades.

Qué seca tenía la garganta; qué rápido le latía el pulso. Malmon se esforzó por mantener una voz firme y despreocupada:

—¿Seremos amigos?

—Ya tenemos mucho en común, y aún tendremos más. —Le observó por encima del borde de su copa mientras daba un sorbo—. Has venido porque

sentías curiosidad, algo que ya no te ocurre muy a menudo. Te quedarás porque sabrás y desearás.

Tenía la sensación de que el perfume de Nerezza se enroscaba a su alrededor, y le hacía pensar en todo lo oscuro y prohibido.

—¿Qué sabré? ¿Qué desearé?

—Sabrás lo que yo te diga. Entonces me dirás lo que desees. Tuya será la decisión. —Pero sus ojos decían que ya conocía esa decisión—. ¿Nos sentamos?

Nerezza no se sentó en la butaca en forma de trono; se acercó a un canapé curvado y le esperó.

—Las Estrellas de la Fortuna —se limitó a añadir.

—Crees que existen.

—Sé que existen. La primera, la Estrella de Fuego, fue encontrada hace solo unos días, en una cueva submarina de Corfú.

Las palabras de Nerezza despertaron el interés de Malmon, y también cierta irritación. Sus hombres deberían haber conseguido esa información. En caso de que fuese cierta.

—¿La tienes?

Algo oscuro y mucho más terrible que la belleza entró y salió de los ojos de la mujer.

—Si la tuviese, no te necesitaría para nada. Te dije que hay seis individuos que se interponen en mi camino. Encontraron la estrella y se la quedaron, así que, por el momento, está fuera de mi alcance. Ahora buscan la siguiente, y yo los busco a ellos. Yo... subestimé su inventiva. No volveré a cometer el mismo error.

Malmon sonrió, creyendo tener la sartén por el mango.

—Quieres mi ayuda.

—Tus habilidades y tu codicia, combinadas con las mías. La fuerza bruta

resultó insuficiente: necesito astucia y ambiciones humanas.

—¿Humanas?

Nerezza no respondió; se limitó a dar otro sorbo del vino que a Malmon le anegaba la cabeza como el aroma embriagador de los lirios.

—Conoces a dos de esos seis.

—¿Ah, sí?

—Riley Gwin.

—Por supuesto. —Malmon afinó los labios—. Conozco a la doctora Gwin. Una mujer inteligente e ingeniosa.

—Es más que eso. Y Sawyer King. Ya veo que no le tienes mucho cariño.

—Tiene algo que yo quiero y que aún no he logrado arrebatarle.

—La brújula. Puede ser tuya. A mí no me sirve de nada.

Fascinado, Malmon se inclinó hacia ella.

—¿Estás enterada de su existencia? ¿Conoces su utilidad?

—Él es el viajero, por ahora, que se desplaza a través del tiempo y del espacio; lo hará mientras tenga la brújula en sus manos. Y tú quieres ese poder.

—La conseguiré. Solo es cuestión de tiempo. De uno u otro modo, siempre logro lo que quiero.

—Yo también, pero esos dos van con otros cuatro. Ninguno de los seis es lo que parece. Si accedes a hacer lo que te pido, te mostraré lo que son y lo que tienen: puede llegar a ser tuyo. Yo solo quiero las estrellas.

La brújula. Malmon codiciaba la brújula, y todavía más desde que había fracasado en su intento de... adquirirla.

Sin embargo, era evidente que Nerezza anhelaba las estrellas, así que había que hacer un trato.

—Si, como dices, las estrellas existen, nada que sean o tengan seis individuos es compararse a su valor.

—Los seis guardianes no son lo único que te daría a cambio. El dinero es demasiado ordinario tanto para ti como para mí, Andre, aunque podría darte más de lo que ningún otro hombre posee. Puedes elegir más riqueza, pero estoy convencida de que elegirás otra cosa.

—¿Qué tienes?

Ella levantó una mano, y Malmon advirtió una transparente esfera de cristal sobre ella.

—¿Trucos de salón?

—Mira y verás —susurró Nerezza, y su voz se deslizó gélida sobre la piel del hombre—. Mira dentro del Globo de Todo y verás.

—Me has metido algo en el vino —murmuró él, al ver que la esfera se llenaba de nubes y agua en movimiento.

—Por supuesto. Solo para ayudarte a olvidarlo en caso de que decidas rechazar mi encomienda.

Y, añadió Nerezza para sus adentros, para hacerle vulnerable a la sugestión, tal como había hecho con su sirviente.

En caso de que Malmon la defraudase, le ordenaría regresar a casa, sacar el arma que en ese momento llevaba escondida en el cinturón, introducirse el cañón en la boca y apretar el gatillo.

Si se negaba, no le servía para nada.

—Mira y verás —repitió—. Mira a los seis guardianes de las estrellas. Los enemigos de Nerezza. Obsérvalos y verás lo que son.

Malmon vio a Riley de pie bajo la luz de la luna llena, vio cómo se transformaba en una loba que echaba la cabeza atrás para aullar y se alejaba corriendo entre las sombras.

Contempló a Sawyer con la brújula en la mano, desapareciendo en una luz dorada y reapareciendo en otra.

Vio a un hombre que llevaba el rayo en las manos y a una mujer que hablaba

de visiones y el porvenir. A otro hombre atravesado por una espada, que volvía a alzarse, regenerado, sin un rasguño.

Y a una mujer bellísima que se sumergía en un mar nocturno y emergía con una cola centelleante como las piedras preciosas.

—Estás viendo la verdad —dijo Nerezza en voz baja, observando su mirada aturdida y deslumbrada—. Lo que tienen todos y cada uno de ellos será tuyo y podrás usarlo para lo que te plazca. Piensa en dar caza a la mujer loba, en lo emocionante que será ir tras la pista de toda su manada. Piensa en poseer a la sirena. En hacerte con la brújula. En utilizar al mago y a la adivina para tus propios fines.

»O en destruirlos. Qué emocionante sería destruir a semejantes criaturas. Tú eliges. Esclavizarlos o destruirlos. ¿Y el inmortal?

Nerezza sonrió cuando él la miró de nuevo, pues vio en su rostro justo lo que esperaba ver. La avidez por la vida.

—Eso podría ser tuyo.

—La inmortalidad.

—Como recompensa, si así lo decides. Puedo dártela.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes darme la inmortalidad?

—Soy Nerezza.

—Te pusieron ese nombre por la diosa que maldijo las tres estrellas.

Ella se levantó y alzó los brazos. La luz de las velas se arremolinó formando muros de fuego. Su voz se transformó en trueno y obligó a Malmon a caer de rodillas:

—Soy Nerezza. Diosa de la oscuridad.

Aquella ave extraña emitió un grito y se lanzó en picado encima de Malmon. El hombre notó un breve pinchazo en el cuello, pero no emitió sonido alguno. Temblaba, sobrecogido, invadido por el deseo.

—Dime que no y márchate; jamás volverás a ver esos prodigios. Acepta mi

encargo y escogerás tu recompensa. ¿Riqueza, poder? ¿La vida eterna?

—¡La vida! Dame la inmortalidad.

—Tráeme las estrellas y será tuya.

El fuego se apaciguó y volvió a convertirse en la suave luz de las velas. Nerezza se sentó. Le tendió un papel y una pluma de plata.

—Vamos a firmar un contrato.

Las manos del hombre temblaban de miedo y emoción. Había olvidado qué era sentir con tanta intensidad. Para calmarse, apuró el vino que quedaba en la copa. Acto seguido, aceptó la pluma.

—Está escrito en latín.

—Sí. Una lengua muerta para la inmortalidad.

Malmon sabía leer latín, al igual que griego, árabe y arameo. Pero su corazón palpitó con fuerza mientras traducía aquellas palabras. Necesitaba más tiempo, una noche para pensar, para calmar sus nervios.

Ella se levantó y bajó las manos. El vestido cayó al suelo, dejándola desnuda y esplendorosa.

Los nervios se aplacaron bajo el deseo.

—Cuando hayamos firmado el contrato, lo sellaremos. Ha transcurrido demasiado tiempo desde la última vez que tuve a un hombre en mi cama. A un hombre digno de ello.

Podía poseer a una diosa, tener la inmortalidad, hacerse con todos los poderes que había visto dentro de la esfera de cristal.

Malmon firmó con su nombre, y ella hizo lo propio. Ante la mirada atónita del hombre, la sangre con que habían firmado se corrió y ardió sobre el pergamino.

A continuación, Nerezza tomó su mano.

—Ven conmigo y nos haremos de todo el uno al otro, hasta que llegue la aurora.

Nerezza se sació de él, sació su hambre voraz, hambre a la que Malmon casi logró corresponder. Puesto que el hombre la había complacido en la cama, la diosa supo que volvería a utilizarle allí.

Cuando Malmon se durmió, ella sonrió en la oscuridad.

Los hombres de todos los mundos, de todas las naturalezas y de todas las especies eran, en su opinión, las más simples de las criaturas. Eran capaces de entrar en acción inmediatamente y ejercían una violencia más feroz y rápida que las mujeres, pero estas eran más astutas e inteligentes.

A los hombres, el sexo siempre los dominaría. La oferta de sexo, el acto, la necesidad.

Le había bastado con ofrecérselo al ver que Malmon vacilaba, y él había firmado el contrato con su propia sangre. Ahora esa sangre ardía y le ataba.

Ahora le pertenecía. Y cuando la ayudase a obtener las estrellas, cuando ella le concediera la inmortalidad que él había escogido, sería suyo por toda la eternidad.

Annika no podía dormir y bajó sin hacer ruido. Vio luz bajo la puerta de la habitación donde dormía Sawyer y sintió el deseo de entrar. Solo para sentarse y hablar con él o, mejor aún, tumbarse a su lado en la cama, en silencio.

Sin embargo, sabía que, cuando cerraban la puerta, quienes estaban al otro lado acostumbraban a querer estar solos.

Salió al exterior y se puso a contemplar las flores y la cuesta por la que había visto pasar a la mujer que empujaba el cochecito. Un poco más lejos, distinguió el mar.

Aquí y allá vio parpadear algunas luces contra la oscuridad. Oyó el sonido débil de la música y se preguntó si alguien bailaba.

En el cielo, sobre el mar de color índigo, brillaba la luna menguante. Cuando era pequeña, su madre le contaba que las hadas del cielo mordisqueaban la luz de la luna hasta estar llenas y luego exhalaban la luz. Por eso, la luna cambiaba.

Una bonita historia, pensó ahora, para calmar los miedos de una niña. Pensó en su familia. ¿Estarían durmiendo? Sabía que estaban orgullosos de ella por haber sido elegida para la misión. Creían en ella, confiaban en su éxito.

Por eso, no podía fallar y no fallaría.

Su madre entendería la parte de los sueños, la parte de los anhelos y el amor, y consolaría a Annika cuando regresara a casa. La sirena se prometió a sí misma que no lloraría mucho. Habría hecho lo que debía hacer: proteger las estrellas y devolverlas a la Isla de Cristal. Y habría pasado ese tiempo con sus amigos, que eran su familia en este mundo.

Le quedarían su recuerdo, de sus amigos y de Sawyer, que era y sería su único amor.

No obstante, podía albergar deseos; los deseos que no causaban daño nunca estaban mal. Así que eligió la estrella más brillante y pidió uno.

Antes de cumplir con su deber, antes de regresar a casa para siempre, conocería el amor de Sawyer y él conocería el suyo. Y el amor los llenaría de alegría.

El deseo se deslizó suavemente en su corazón y lo serenó. Cuando estuvo sereno, Annika oyó los suspiros. Lejanos, como la música. Poco más que un soplo en el aire, y sin embargo le hicieron cosquillas en la piel.

Dio un paso adelante para avanzar hacia aquel sonido susurrante. Y oyó otro.

Una pisada, un roce entre las sombras. Se volvió hacia el sonido y se agazapó, preparada para luchar.

—Relájate, preciosa. Soy Doyle.

—Oh. —Se enderezó y aflojó los puños—. Pensaba que estabas durmiendo.
—Solo estoy haciendo una última ronda.

Annika oyó el brusco sonido que hizo la espada al envainarse antes de que Doyle saliera a la luz.

—¿No puedes dormir? —preguntó este, acercándose a ella.

—Aún no he podido. ¿Los has oído? ¿Has oído los suspiros?

—No. —Los ojos del inmortal se afilaron como la espada que llevaba al cinto—. ¿Cuándo?

—Ahora, hace un momento. Como cuando un soplo de brisa remueve unas hojas, pero no. No era eso. Venía del agua... No lo sé.

—Todo significa algo. —Doyle le apoyó una mano en el hombro—. Seguro que volverás a oírlos.

Se abrió una puerta arriba y él alzó la vista. Annika también miró. Se oyeron unas voces, las de Sasha y Bran.

—Necesito aire.

Preocupada, Annika avanzó hasta que vio a Sasha apoyada en la barandilla de la terraza, con las manos de Bran sobre los hombros.

—¿Estás mala, Sasha?

—No, no estoy mala.

—Ha tenido un sueño —explicó Bran—. Un sueño muy intenso. Todo el mundo debería oírlo. Como la mayoría estamos levantados, deberíamos despertar a los demás. Bajaremos cuando esté más tranquila.

—Iré a buscar a Sawyer.

Annika entró corriendo en la casa y se fue derecha al dormitorio de Sawyer. Con las prisas, se le olvidó llamar a la puerta e irrumpió en la habitación.

Estaba sentado en mitad de la cama, con las piernas dobladas y los mapas extendidos, unos cuantos libros y la brújula en la mano.

—¿Qué pasa? —En un movimiento rápido, agarró el arma que descansaba

sobre la mesilla mientras se levantaba de golpe—. Nerezza.

—No, no. Es Sasha. Ha tenido un sueño. Bran dice que tenemos que oírlo.

—Madre mía. —Se frotó la cara con la mano libre y dejó el arma con cuidado—. Vale.

—¿Has ido a nadar? Yo nadaría contigo.

—¿A nadar? No, he estado trabajando en una cosa.

—¿Por qué llevas puesto el bañador?

Sawyer se miró los calzoncillos y experimentó un momento de ridícula y aguda incomodidad.

—No es un... es otra cosa. Dame un momento y saldré enseguida. Ah, ¿recuerdas cómo se hace el té?

—El té al sol. Pero es de noche.

—No, el té caliente.

—¡Ah, sí! Hirviendo el agua en la tetera.

—¿Por qué no vas a hacer té? Seguro que a Sasha le vendría muy bien.

—Lo haré ahora mismo.

Se marchó a toda prisa, dejando la puerta abierta. Sawyer la cerró y exhaló el aire con fuerza. Primero le había encogido el corazón al entrar corriendo y hacerle pensar que Nerezza y sus perros infernales los atacaban.

Luego le había dado un vuelco el corazón al verla ante él con su camisón blanco, translúcido y vaporoso a la tenue luz de la luna.

Debería haberle dicho que se pusiera otra prenda encima, pensó Sawyer mientras cogía los vaqueros. Como, por ejemplo, cuatro o cinco capas de ropa. Aunque dudaba que ninguna tela pudiese aplacar lo que ella despertaba en su interior.

Demasiado tarde, decidió. Se puso una camisa y fue a asegurarse de que Annika no prendiese fuego a la casa al preparar el té.

La sirena lo tenía todo bajo control, y Doyle la miraba apoyado contra la

mesa.

Le irritó ver cómo la miraba Doyle.

Y le irritó tener que interrumpir su trabajo, sobre todo porque acababa de decidir que lo dejaba para el día siguiente y así podría dormir un poco. Venga, otra reunión, con Annika yendo por ahí vestida con ese trapo blanco que revelaba cada línea y cada curva de su cuerpo.

En ese momento entró Riley, y parecía bastante más irritada que él. Por alguna retorcida razón, eso le ayudó a calmarse.

—Llevaba exactamente tres minutos dormida cuando el Caballero Negro se ha puesto a aporrear mi puerta. ¿Dónde está el café?

—Estoy haciendo té —dijo Annika, siempre tan animada ella.

—El té es para los enfermos y para la salita de estar de tu tía. Para las reuniones después de medianoche, se necesita café solo o alcohol.

—Me apunto al café —dijo Doyle.

—Supongo que no tendréis previsto dormir cuando hayamos terminado.

Riley le lanzó una ojeada a Sawyer mientras cogía dos tazas.

—Si el café te mantiene despierto, es que no sabes dormir.

El enojo desapareció del rostro de la arqueóloga cuando vio entrar a Sasha y Bran.

—Hola. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Lamento sacaros a todos de la cama, pero creo, vaya, creemos, que es importante.

—Solo dormía Riley —aclaró Annika mientras vertía con cuidado el agua hirviendo en la tetera—. Sawyer estaba trabajando, y Doyle y yo estábamos fuera.

—Doyle y tú. ¿Qué estabais haciendo? —inquirió Sawyer sin poder contenerse.

—Conversar —contestó Doyle como si tal cosa. Acto seguido, separó una

silla de la mesa—. Deberías sentarte —le dijo a Sasha.

—Creo que lo haré, gracias. Ha sido intenso.

—Si has vuelto a soñar con hacer submarinismo sin botella, voy a ponerte una correa —dijo Riley, acercándose a la mesa. Dejó con un golpe una taza delante de Doyle y se sentó con la suya.

—Nada de eso.

Annika sacó tazas, la tetera, el pequeño colador para las hojas.

—El té tiene que... descansar.

—Reposar —corrigió Sawyer.

—Reposar. Luego os lo serviré.

—Gracias, Anni. Muy bien. —Sasha tomó aliento—. Había una habitación iluminada por lo que parecían cientos de velas. Los muebles tenían aspecto de ser antiguos, caros y europeos. Salvo la butaca. La butaca de Nerezza, la butaca parecida a un trono donde la vi sentada en la cueva.

—Pero no era la cueva —intervino Riley.

—No, estoy segura de que no lo era. Había ventanas con vidrieras. He visto una especie de jardín, casi todo en sombras, al otro lado de las ventanas. Árboles. Estaba sentada en la butaca con un ave extraña y negra encaramada a uno de los brazos. No era una de las criaturas que nos atacaron, era más pequeña, aunque tenía aspecto de ser muy peligrosa. Sus ojos eran más de lagarto que de ave. Y había un hombre... O por lo menos, parecía humano. De treinta y tantos años o cuarenta y pocos, diría yo. Atractivo, con un traje oscuro.

Sasha hizo una pausa y se echó hacia atrás el pelo alborotado.

—Ella se levantaba y vertía algo en unas copas de vino, pero sé que no era vino. Incluso en el sueño he notado el olor: sangre, humo y algo empalagoso. Él se lo ha bebido.

Se estremeció. Annika dio un bote y vertió el agua a través del pequeño

colador.

—Necesitas té.

—Todavía tengo frío. Todavía percibo el olor de lo que Nerezza le ha dado a beber. —Agradecida, Sasha cogió la taza y se calentó las manos—. No he podido oír lo que decían, sonaba como un zumbido de insectos. Ella le ha mostrado el Globo de Todo y nos he visto en él, tan claramente como os veo ahora: a Riley convirtiéndose en loba bajo la luna llena, a Annika con la cola de sirena lanzando destellos al sol. A Bran con el rayo entre las manos, a Doyle volviendo de entre los muertos, a Sawyer con la brújula. A mí misma, sonámbula. Ella lo sabe todo, y ahora él también. He sentido tanto miedo que sentía como si una mano me atenazara la garganta. Se han alzado unas llamas a su alrededor. Yo podía verlos a través del fuego, que no desprendía calor. Ardía muy frío. Quería salir y alejarme, pero no podía. El ave ha chillado, ha volado hasta ellos y ha rascado el cuello del hombre con el pico.

Sasha levantó los dedos y se dibujó una línea descendente en un lado del cuello.

—Él apenas se ha inmutado. Se ha limitado a mirar fijamente a Nerezza. He podido notar su deseo, su codicia. No se ha movido ni cuando ella ha cogido una serpiente de plata, y se la ha acercado a la herida.

—Fascinado —dijo Bran.

—Eso parecía. La serpiente, enroscada alrededor del dedo de Nerezza, se ha bebido la sangre siseando. Él la ha cogido y la ha usado como una pluma, apretando su cabeza y sus colmillos contra una especie de pergamino.

Para serenarse, bebió un poco de té.

—Ella se ha puesto de pie y sus ropas han caído al suelo. El deseo del hombre era irrefrenable. Ha firmado con su nombre; no he podido ver qué escribía, pero lo sé. Su firma ardía sobre el pergamino, rezumaba sangre,

arrojaba humo. La sangre se ha vuelto negra como el humo; el humo, rojo como la sangre. Entonces...

Sasha cerró los ojos un momento y dio otro sorbo de té.

—Entonces, el humo se ha enroscado como la serpiente y se ha deslizado en la herida de su cuello. Ha emitido un sonido horrible. Su cuerpo ha empezado a retorcerse y a sufrir unas convulsiones tremendas. La habitación ha temblado con tanta violencia que me he caído. Pero él se ha quedado allí sentado.

»Nerezza se ha inclinado hacia él y le ha lamido la sangre del cuello. La herida se ha cerrado. Ha dejado una cicatriz, pero se ha cerrado con lo que ha entrado en su interior, sea lo que sea. Ella tiene una marca aquí. —Sasha se apoyó una mano sobre el corazón—. Un símbolo rojo oscuro. Un murciélago con cabeza de serpiente. Cuando han salido de la habitación, os juro que se ha movido y ha abierto las alas. El ave se ha lanzado en picado sobre mí, chillando mi nombre. Y me he despertado.

Riley cogió su mano.

—Yo diría que te vendría bien algo más fuerte que el té.

—No, ya me siento mejor. Ella no sabía que yo les estaba viendo, estoy segura. Estaba tan concentrada en él, en lo que quería obtener, en lo que pensaba hacerle, que no se ha percatado de mi presencia. Y el hombre estaba literalmente esclavizado.

—¿Por qué un hombre? —quiso saber Sawyer—. ¿Por qué un humano?

Sasha se estremeció una vez más.

—Cuando ha terminado con él, creo que ha dejado de ser un simple hombre.

—Ya lo supongo —dijo Sawyer, asintiendo con la cabeza—. Está claro que han hecho alguna clase de pacto. ¿Un contrato?

—Le ha mostrado quiénes y qué somos —señaló Doyle—. Un hombre, aunque ahora sea algo más, puede viajar sin llamar la atención. ¿Un espía?

—U otra clase de arma. —Bran pasó una mano por el brazo de Sasha y

añadió más té a su taza—. Como predijo Sasha.

—Ella le ha hecho un mal —murmuró Annika—. Si es inocente, tenemos que ayudarle. ¿Puedes buscar una forma de deshacer lo que ella le ha hecho?

—No lo sé —contestó Bran—. No puedo saber con certeza qué ha utilizado contra él.

—Lo primero sería tratar de averiguar quién es. ¿Le reconocerías si volvieras a verle? —le preguntó Sawyer a Sasha.

—Desde luego.

—¿Podrías dibujarlo? —inquirió Riley—. Si haces un buen boceto, moveré unos hilos. Tengo un par de contactos que son expertos en reconocimiento de rostros. Quizá tengamos suerte.

—Puedo dibujarlo a él, al ave, la habitación, todo. Créeme, lo tengo grabado en la mente.

—Voy a buscar el bloc de dibujo —dijo Sawyer, y empezó a levantarse.

En ese momento, Bran agitó una mano. El bloc de dibujo y los lápices de Sasha aparecieron sobre la mesa.

—Ahorra tiempo.

—Sí, desde luego —reconoció Sawyer, sentándose otra vez.

—Parecía un hombre sofisticado y de éxito —comentó Sasha, más serena, mientras empezaba a dibujar—. La verdad, Annika, es que «inocente» no es la palabra que acude a mi mente al pensar en él. Algo más de metro ochenta, diría yo, complexión atlética. No como Doyle, pero en forma. Ya antes de beber, tenía un aire calculador, una mirada dura.

Pómulos fuertes, mandíbula recta, nariz estrecha, boca bien definida. Una cabellera abundante.

Incluso antes de que acabara, Riley apartó la vista del boceto para mirar a Sawyer a los ojos. Vio en ellos que también lo había reconocido.

—Puto Malmon —dijo la arqueóloga.

—Es el puto Andre Malmon y no un espectador inocente —confirmó Sawyer, levantándose de golpe.

Conservaba los recuerdos de lo que pasó en Marruecos demasiado frescos; se salvó por poco. De no haber sido lo bastante rápido, estaría muerto, con el cuello abierto de oreja a oreja.

—¿Cómo demonios ha dado con Malmon?

Aunque Riley se encogió de hombros, su mirada se endureció.

—Dios los cría y ellos se juntan.

—¿Estáis seguros? —quiso saber Doyle.

—Segurísimos. A la mierda el café. Traémos una cerveza, Sawyer. Malmon se ha unido a la reina de los condenados. Sí, ha forjado un arma, tal como afirmaba la profecía.

—Sea lo que sea lo que ha hecho con él, no me imagino cómo ha conseguido que sea peor que el original —comentó Sawyer, colocando unas cervezas sobre la mesa.

—Pero era humano... —empezó a decir Annika.

—Depende de lo que entiendas por humano —replicó Riley, cogiendo una cerveza—. Tiene la sangre tan fría como una serpiente, mata por diversión y beneficio, roba porque sí. Y da caza a cualquier clase de presa. Incluso a seres humanos.

—Pensaba que eso era una leyenda urbana —dijo Sawyer.

Riley le miró, negando con la cabeza.

—No, no, puedes estar seguro. Tengo entendido que cada tres años organiza un torneo al que llama el Juego Más Peligroso. Gente lo bastante cruel, aburrida y rica le paga cinco millones por cazar durante una semana en una isla que tiene frente a las costas de África. Las presas son una docena de personas. Al final de la semana, el que ha matado a más consigue un trofeo. Un trofeo diabólico.

—Pero eso no es... humano —dijo Annika.

—Exacto. —Riley alzó su cerveza hacia ella en señal de aprobación—. Es de los que destriparían a un bebé por dinero. Perdona —se apresuró a añadir, al ver que Annika se quedaba sin aliento—. Debemos saber lo que se nos viene encima.

—Tiene secuaces, pero nosotros tenemos más —declaró Doyle, decidiéndose finalmente por una cerveza—. Acabamos con lo que ella nos lanzó en Corfú y acabaremos con lo que venga ahora.

—Pero... —Sasha dejó el lápiz sobre la mesa y volvió a cogerlo—. Es diferente, ¿no? Matamos criaturas, cosas que ella había creado, cosas artificiales. Ahora estamos hablando de personas.

—Vas a tener que superarlo. Un enemigo es un enemigo.

—Doyle tiene razón. —Bran apoyó una mano sobre la de Sasha—. No podemos elegir. Sabe lo que son Riley y Annika. Me parece que no las mataría, al menos al principio.

—Vendidas al mejor postor —añadió Riley, y dio un buen trago—. Y, probablemente, lo mismo sucedería con Doyle. Pensad en las horas de diversión de que disfrutaría con alguien que no puede morir. Es el sueño de todo sádico.

—No lo entiendo —empezó a decir Annika.

Sasha se levantó y dijo:

—La oscuridad ha llamado a la oscuridad, y esta ha respondido. Se han hecho y aceptado promesas con sangre. Lo que ella le ha provocado les favorece a los dos. Él se ha convertido en su criatura, hombre y bestia. La caza empieza y termina con sangre humana. Bebida de magia negra, fuego de magia blanca. Entre ambas magias, la estrella espera a brillar en las manos de los que son puros. A través de la batalla y el dolor, a través del agua. Valor, hijos e hijas, aunque ataque la serpiente. Arriesgad el todo por el todo y prevaleced.

Sasha volvió a sentarse mientras trataba de recuperar el aliento.

—¡Vaya!

—Y que lo digas. ¿Te apetece una bebida más fuerte ahora? —le preguntó Riley.

—No, gracias. Esto ya ha sido muy fuerte.

—La adivina ha hablado. —Riley alzó su cerveza de nuevo—. Ánimo, equipo. Bran nos preparará un poco de fuego y volveremos a quemarle el culo a Nerezza. Y, ya que estamos puestos, nos ocuparemos también del cabrón de Malmon.

—Pues sugiero que durmamos un poco —dijo Doyle, levantándose—. Al amanecer, empezaremos a entrenar para el combate. Malmon tardará varios días en seleccionar a su escuadra, llegar hasta aquí y preparar el ataque. Le estaremos esperando.

A Annika no le gustaba el nuevo entrenamiento. Era agresivo, como las armas. Golpearse mutuamente, arrojarse unos a otros contra el suelo. Cómo dar una cuchillada o apuñalar a alguien.

Le habría gustado negarse como había hecho con las armas de fuego. Sin embargo, sabía que debía hacerlo. Bran no podía crearle otra arma mágica.

No le gustaba ver a Doyle derribando a Sasha con una zancadilla, ni a Riley lanzando una patada tan fuerte hacia el vientre de Bran. Sus amigos se daban cuchilladas unos a otros y, aunque Bran había hechizado los cuchillos para que no dañaran la carne, a ella le dolía el corazón.

Para evitar de algún modo todo aquello, Annika danzaba, giraba y daba saltos mortales, apartándose en lugar de atacar. Cuando no podía evitarlo, se contenía por miedo a hacer daño a los que amaba.

—Vamos, Annika. Eres más rápida. —Con los pies plantados en el suelo, Doyle se golpeó el pecho duro con el puño—. Atácame con fuerza.

Para contentarle, ella echó a correr, dio una voltereta e inició un salto mortal, pero Doyle le agarró el pie y aprovechó su impulso para empujarla hacia atrás. Apenas tuvo tiempo para rectificar y caer de pie.

—¡Eh, tranquilo! —exclamó Sawyer, interrumpiendo su enfrentamiento con Riley, y recibió un puñetazo en el vientre—. ¡Eh, tú también!

—Es un golpecito cariñoso —declaró ella.

—Pues menos mal que no estamos enamorados. —Echó a andar hacia Doyle—. No te pases de duro.

—Si no eres duro, te hacen daño. Ella no está siendo dura, ese es el

problema. Te estás conteniendo, preciosa, ¿a que sí?

Annika levantó las manos con una mirada suplicante.

—No quiero hacerles daño a mis amigos.

—Contenerte es lo que les hará daño a tus amigos. Sígueme el juego —le dijo a Sawyer en un susurro. Con movimientos rápidos y fluidos, lo agarró y le puso un cuchillo en la garganta—. ¿Cómo evitas que le corte el cuello?

—El cuchillo no puede hacerle daño —respondió Annika, aunque no le gustaba verlo allí—. Bran lo ha preparado.

—Tiene razón, colega.

A Doyle no le hizo gracia. Con un gruñido, lanzó al suelo el cuchillo, que se clavó en la hierba. Al cabo de un instante, tenía a Sawyer agarrado con una llave.

—¡Eh!

—Sígueme la corriente.

—Y un... ¡Joder! —logró exclamar mientras su tráquea parecía estrecharse.

—¿Y si le rompo el cuello? —preguntó Doyle, con los músculos de los brazos contraídos por el esfuerzo—. Solo he de adoptar la posición y la presión adecuadas. Rápido y silencioso. ¿Qué harás?

—No le harás daño.

—Solo un poco más de presión.

Cuando Sawyer empezó a resoplar y forcejear, Annika abrió unos ojos como platos.

—Para.

—Oblígame. Detenme. Podría estar muerto en cualquier instante.

—¡He dicho que pares!

Annika alzó el puño y lanzó una luz que golpeó el brazo y el cuello de Doyle. La sirena se precipitó hacia delante un segundo antes de que Doyle soltara a Sawyer.

Sawyer dio un par de toses y se inclinó hacia delante para apoyarse las manos en los muslos.

—No te ha hecho daño porque no eres malvado.

—He notado un zumbido —contestó Doyle—. Y, si hubiera sido un mal tipo, estaría fuera de combate. Así se hace. ¿Estás bien, chico?

Sawyer inspiró una vez más y asintió con la cabeza. Luego se enderezó y clavó el codo con fuerza en la tripa de Doyle.

Ahora le tocó a Doyle expulsar el aire de golpe.

—Ese ha sido bueno.

—Te lo has ganado, viejo.

—Nos estamos haciendo daño.

Al ver las lágrimas temblando en los ojos de Annika, Doyle dio un paso atrás.

—Todo tuyo.

—Vale, escucha. —Sawyer pasó el brazo por los hombros de Annika y la obligó a dar la vuelta—. Vamos a dar un paseo.

—Doyle te ha hecho daño. Tú le has hecho daño a Doyle. Sasha ha dicho que Riley le ha partido el culo.

«No es momento de risas», se advirtió Sawyer a sí mismo.

—Es una forma de hablar. Pero sí, vamos a hacernos un poco de daño. Unos cuantos chichones y cardenales, incluso el orgullo quedará algo magullado. Pero, Anni, los que van a atacarnos no llevarán cuchillos que no corten ni se contentarán con simples puñetazos. Podrían ser peores que las criaturas que Nerezza ha enviado hasta ahora, porque son humanos. Los seres humanos pueden pensar y planear, no se limitarán a actuar. Me matarán; soy prescindible. No tengo ningún valor.

—No, no, tú...

—Para ellos, no lo tengo. Seguramente Sasha tampoco, ni Bran. Y os

cogerán a ti, a Doyle y a Riley. Eso es peor; lo que os harán a vosotros es mucho peor.

Annika se detuvo y se volvió para mirarle a los ojos.

—¿Te matarán?

—Lo intentarán.

—¿Y a Sasha?

—Lo más probable es que la maten o la capturen. Para nosotros, las dos cosas significan lo mismo. Tenemos que sobrevivir.

—Es nuestra obligación.

—Así es, y tenemos que protegernos mutuamente. Eso es más que una obligación. Aceptaré los chichones y cardenales ahora. Doyle es duro, pero tiene razón.

—¿Quieres matar personas? ¿Quitarles la vida?

—Desde luego que no. Pero para salvarte a ti y salvar a los demás, a mí mismo o a las estrellas no vacilaré.

—Entonces te haré daño.

Sawyer soltó una carcajada, tomó el rostro de Annika entre sus manos y posó los labios sobre su frente.

La sirena fluyó hacia él y se fundió contra su cuerpo, rodeándole con su aroma, dulce y misterioso al mismo tiempo. Sawyer solo tenía que moverse y ladear la cabeza para que su boca se encontrase con la de ella.

Y ese movimiento, ese cambio de ángulo, cambiaría todo lo demás.

—Vale. Bueno. —Sawyer le frotó los brazos brevemente y dio un paso atrás, tratando de no mirar durante demasiado tiempo aquellos ojos soñadores, verdes como el mar—. A ver si puedes hacerme daño antes de que Doyle decida parar a desayunar.

Pasaron otro día en el agua y no encontraron nada que les condujera a la estrella. Sin embargo, comieron helado en el camino de vuelta y para Annika fue la parte más feliz del día.

Cuando llegaron a la casa, los hombres salieron al huerto. Annika no le dio importancia y se puso a preparar más té al sol, pero Riley, al parecer, sí le importó.

Con sus Converse de color naranja, una camiseta de los Grateful Dead, unos holgados pantalones tipo cargo y una expresión suspicaz en el rostro, se apoyó las manos en las caderas y dijo:

—Los hombres están hablando.

—Creo que han ido a tirar al blanco.

—Me parece que no.

Riley se volvió y vio que Sasha salía con su cuaderno de dibujo y una jarra a rebosar de burbujas rosadas.

—He probado a preparar una bebida a base de zumo: frambuesa, limón y agua con gas. Creo que me ha quedado muy rica.

—Juzgarla es cosa nuestra.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Sasha mientras Riley servía el zumo en un vaso alto con hielo.

—Exacto. Los demás con pene se han marchado al huerto. Huele a reunión de hombres.

—Por mí, ya pueden reunirse. Hace calor, estoy cansada y me muero de sed.

—Sin embargo, tras sentarse bajo el emparrado, Sasha miró en dirección al huerto con el ceño fruncido—. ¿De qué podrían estar hablando?

—De estrategia. De proteger a las mujeres del dúo formado por Nerezza y Malmon.

—Eso es insultante.

—Desde luego. Esto está muy bueno.

—Me gusta mucho —añadió Annika tras probar la bebida—. Podemos celebrar una reunión de mujeres. Nosotras también protegemos.

—Tú lo has dicho.

—¿Qué he dicho?

—Es una expresión. Como «me juego el cuello».

—La gente no para de jugarse el cuello. El lenguaje es divertido. —Como estaban en la sombra, Annika se quitó las gafas que amortiguaban el resplandor del sol—. Creo que los hombres se preocupan porque no quiero usar armas de fuego y Sasha todavía tiene que practicar la lucha.

—Eso son gilipollecetes —opinó Riley con el ceño fruncido, dirigiendo su mirada disgustada hacia el huerto—. Habéis demostrado vuestra valía, y en más de una ocasión.

—Estoy de acuerdo —dijo Sasha—, pero Annika también tiene razón. No soy tan rápida ni fuerte como los demás, aunque he mejorado y seguiré haciéndolo. Y tú, Annika, tienes rapidez y fuerza más que de sobra. Las pulseras compensan con creces que no uses un arma de fuego.

—Tú lo has dicho. —Annika sonrió de oreja a oreja tras repetir la expresión—. En el agua soy la mejor, y podemos aprovecharlo. Riley dispara muy muy bien, y es veloz luchando. Con la ballesta Sasha es mejor que el propio Doyle, y además ve muchas cosas que necesitamos saber. Nos han escogido por lo que somos y lo que podemos hacer. Por lo que haremos.

—No somos un equipo si luchamos en dos campos distintos —señaló Sasha—. Los hombres por un lado y las mujeres por otro.

—Es natural que los hombres se preocupen por las mujeres de su familia. Somos una familia —opinó la sirena.

Riley tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Adelante, Anni, sé lógica.

—Nosotras también nos preocupamos —añadió Annika—. Quiero hacer lo

que esté en mi mano para proteger a los demás, y por eso tendré que haceros daño en los entrenamientos. Cuando nos atacaron en el agua en Corfú, la primera vez, no estaba preparada. Estaba demasiado contenta por estar en el mar. Pero desde entonces escucho y miro. Protejo.

Sasha apoyó su mano sobre la de Annika.

—Me salvaste.

—En la última batalla, subiste al alto acantilado con Bran, porque sabías que te necesitaría. Todos te necesitábamos. Y en la luna llena, cuando Riley se transformó, vino a luchar con nosotros como loba. Sin armas, con garras y colmillos. Ellos lo saben, están al tanto de todo. Pero los hombres no dejarán de preocuparse por sus mujeres.

—Eres más tolerante que yo —dijo Riley, encogiéndose de hombros—. Les dejaré espacio, pero que no se tomen demasiado.

—Nosotras tenemos más virtudes. Tú eres la más lista.

—Estás empezando a mejorar mi humor, Anni.

—Sawyer es muy inteligente, y Doyle ha vivido tanto tiempo que tiene mucha experiencia. Bran es listo y tiene la magia. Pero tu cerebro es el mejor. Averiguas cosas, encuentras información.

—Aún no he descubierto nada sobre los suspiros y las canciones, pero estoy en ello.

—Lo averiguarás, o Sasha soñará con ello. Y entonces lo sabremos.

Lo que se desprendía de las palabras y el tono de Annika no era simplicidad ni inocencia. Era fe.

—El conocimiento es poder, es un arma, y tú nos das conocimiento. Los hombres lo saben. Aun así... Sawyer me protegió cuando no quise aprender a disparar la pistola, Doyle no trató de obligarme y Bran me hizo estas pulseras.

Levantó las manos y el cobre lanzó destellos a la escasa luz del sol que se colaba en la sombra.

—Supo que, con ellas, lucharía mejor y sería más fuerte. Cuando te transformaste en loba, Sawyer te encendió una hoguera en una noche lluviosa. Eso se llama amabilidad y atención. Doyle tira a Sasha al suelo para que vuelva a levantarse, pero no la tira al suelo con tanta fuerza como tira a Riley. Porque Riley es más fuerte.

—Y más agresiva.

—¿En un combate?

Riley volvió a encogerse de hombros, esta vez muy sonriente.

—Cuando hace falta, puedo ser superagresiva. —Se apoyó en el respaldo con su zumo—. Nunca pensé que una sirena me explicaría cómo son los hombres.

—¿Me equivoco?

—No. Has acertado en todo. Como he dicho, eres más tolerante que yo, pero no puedo discutir ninguno de tus argumentos. Sobre todo porque poseo el mejor cerebro.

—Y puede que yo estuviera equivocada —reflexionó Sasha—. Quizá sea bueno separarnos de vez en cuando. Nosotras tenemos la perspectiva femenina y ellos tienen la masculina, y luego aportamos ambas al equipo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Es sobre los hombres, no sobre las batallas.

—Por supuesto.

—¿Cómo conseguiste que Bran te besara la primera vez?

—Supongo que sin querer. Los dos estábamos un poco enfadados.

—Entonces, para conseguir que Sawyer me bese, deberíamos estar enfadados.

Sasha vio de reojo que las cejas de Riley se alzaban hasta desaparecer bajo su largo flequillo.

—No necesariamente. Cada uno es distinto. Sientes algo por Sawyer.

—Me llena de sentimientos.

—Pues da tú el paso —dijo Riley—. ¿Es que en tu mundo las mujeres no pueden dar el primer paso? ¿No pueden besar primero? —añadió para dejarlo más claro.

—Claro que sí. Sería una tontería no poder besar al hombre que te gusta, si él está dispuesto.

—A mí me parece que Sawyer estaría dispuesto.

—Pero es que no puedo. No se me permite ser la primera en besar a un hombre terrestre. Él tiene que desearme y demostrármelo. Tiene que elegir.

—¿Cómo es eso?

—Nuestras mujeres tienen el poder de atraer a los hombres, a los hombres humanos. Tienen el poder de seducirles hasta que no tengan más elección. Tiempo atrás, y hasta hace poco, algunas de las de mi especie atraían a hombres, marineros y exploradores.

—Las sirenas.

—Sí. El canto de la sirena es poderoso y bello, pero es peligroso para el humano al que atrae. Juramos no utilizarlo más y, si recibíamos el don de tener piernas, no darles nunca el primer beso. Un juramento es sagrado. No sería digna de esta misión si lo rompiese porque deseo a Sawyer.

Con el corazón en la mirada, se volvió hacia el huerto de limoneros.

—Pero lo deseo, y mucho.

—Está paralizado —Riley miró a Sasha—, pero no creo que vaya a poder contenerse mucho más tiempo.

—A mí me parece que es el honor lo que le retiene. No quiere aprovecharse de ti, Annika.

—¿Cómo podría aprovecharse? Si yo no quisiera que me besase, le diría que no.

—Las cosas no son tan sencillas en tierra —le explicó Sasha—. No hace

falta ser adivina para saber que le encantaría besarte.

—¿Tú crees? —Los ojos de Annika chispearon tanto como la bebida—. ¿Tú también opinas lo mismo, Riley?

—Tú lo has dicho.

Annika juntó las manos con una carcajada.

—Cuánto me alegro de haber hablado con vosotras. Ahora tengo esperanzas.

—¿Y no puedes pedirle que te bese? —quiso saber Riley.

—No. Está prohibido hasta después de la primera vez. Después de que él lo haya decidido.

—¿Puedes preguntarle por qué no te besa?

Annika fue a hablar, pero se quedó callada con el ceño fruncido. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Es distinto preguntar por qué no. Es... una conversación, buscar respuestas. No pedir un acto. Nadie me ha dicho que no esté permitido preguntarle a un humano por qué no me besa. Solo pedirle que lo haga.

Se rio de nuevo y cogió las manos de Riley.

—¡Qué inteligente!

—Tengo un buen cerebro y cierta experiencia con los hombres humanos.

—Voy a preguntárselo ahora mismo.

—Yo no lo haría —opinó Sasha, que se apresuró a alargar los brazos y unir sus manos con las de Annika y Riley—. Creo que es mejor que esperes a que no haya nadie más, hasta que estéis los dos solos. Si le preguntaras delante de los demás, se sentiría incómodo.

—Oh. Haré lo que dices. Me habéis ayudado mucho.

—Las chicas al poder —saltó Riley—. A cambio, tienes que contarnos lo que pase después.

—Es agradable hablar con mujeres. Los hombres deben de pensar que es

agradable hablar con hombres.

—Has ganado esa discusión. Ahí vienen.

Riley pensó que Sasha tenía razón. No hacía falta tener poderes para darse cuenta de que Sawyer estaba colado por la sirena. A pesar de las gafas de sol, el hombre no podía disimular que miraba a Annika y su mirada permaneció posada en ella. Luego, esbozó su sonrisa afable y cruzó el césped hacia la mesa con aire desenfadado.

—Qué buena pinta.

—Pues es una suerte que haya preparado una jarra grande y que, antes de saber que los tres ibais a celebrar una cumbre en el huerto, haya traído vasos para todo el mundo.

Bran se situó detrás de Sasha y le acarició el cabello.

—Hemos calculado las mejores posiciones para colocar la poción de luz cuando esté lista. La primera lo estará después de la puesta de sol.

Se sentó junto a ella y levantó la jarra.

—¿Qué tenemos aquí?

—Una especie de limonada con frambuesa.

—Iré a buscar una cerveza. —Al ver el brillo en los ojos de Sasha, Doyle vaciló—. O no. ¿Estás cabreada, rubia?

—Podría estarlo. Riley lo estaría si no fuera porque, por suerte, Annika nos ha hecho notar algunas características destacadas del macho de nuestra especie, y de otras, y del instinto de proteger a las mujeres, aunque estas estén capacitadas para defenderse solas. Además, resulta que los hombres, a veces, necesitan o desean la compañía de otros hombres. Si no fuera por Annika, no estaríamos de un humor tan afable.

—Gracias, preciosa —dijo Doyle, echando un poco de zumo en un vaso.

—Lo he dicho porque creo que nos respetáis. Si creyera que no nos respetáis, estaría enfadada —intervino Annika.

—No solamente os respetamos. También confiamos en vosotras y os queremos. —Bran cogió la mano de Sasha y se la llevó a los labios. Cuando la bajó, Sasha sostenía una rosa amarilla como el sol. El brujo sonrió al oír el suspiro que exhaló Annika—. Con el amor viene el desasosiego.

—No te imagino besándonos la mano a nosotras, irlandés.

Bran se echó a reír y le dijo a Riley:

—Dame la tuya.

—Tal vez más tarde.

—Mientras tanto, creo que he averiguado cómo seguir la sugerencia de Doyle para las armas. Para eso, me vendría bien tu ayuda, *fáidh*.

—Pues la tendrás.

—Cuando todo esté listo para hacer la prueba, os necesitaré a todos.

—¿Para la magia? —preguntó Annika.

—Para la magia.

Bran chasqueó los dedos y aparecieron dos rosas, una rosa como un confite y otra blanca como el hielo. El mago ofreció la de color rosa a Annika, que sonrió de oreja a oreja. La blanca fue para Riley.

—Y mientras explorábamos el huerto y las zonas adyacentes para colocar las bombas de luz, Sawyer ha tenido una idea.

—¿Has tenido una idea? —preguntó Riley con sorna.

—Ocurre un par de veces al año. Estamos hablando de defensa, ataque, estrategia, de no ceder terreno. Y supongo que ahora vamos a enfrentarnos también con Malmon y sus secuaces. El elemento humano. Como ser humano, si quisiera asaltar el castillo, no atacaría desde abajo. Lo que haría es... ¿Puedo? —Cuando alargó el brazo hacia el bloc de dibujo, Sasha se lo acercó con el codo—. Estamos aquí. Este es el huerto, y aquí está la calle —dijo mientras esbozaba un mapa—. Los vecinos más cercanos están aquí y aquí. Enviar tropas desde la calle sería una mala estrategia. Quizá mandaría unas

cuantas para distraer, pero es desperdiciar hombres y esfuerzo. Llegarían por los flancos, pero por donde de verdad somos vulnerables es por el oeste, en la parte de arriba. El terreno sigue subiendo. Es un terreno áspero, montañoso. No avanzarían rápido, pero...

—Armamento de largo alcance —intervino Riley.

Sawyer asintió con la cabeza. La arqueóloga se levantó, se apartó del emparrado y alzó la vista.

—Nuestro refugio es bastante bueno: podríamos ponernos a cubierto en el huerto y en la casa, hasta cierto punto, claro, porque un buen francotirador, y él solo recurre a los buenos, sería capaz de ir abatiéndonos uno por uno.

—No nos quiere muertos —empezó a decir Sasha—. O no a todos.

—Tranquilizantes —dijo Riley, y siguió observando los alrededores con las manos en los bolsillos—. Sabe qué somos, sabe que, de todos modos, no puede matar a Doyle. Y a Annika y a mí nos querría vivos. Para él, vale mucho más capturarnos vivos. Tal vez sentirá la curiosidad por Bran y Sasha, incapacitarlos y conseguirlos vivos, pero ¿y Sawyer? Lo único que quiere es la brújula. Pegarte un tiro en la cabeza es lo más fácil.

—No lo digas —murmuró Annika.

—Lo siento, pero ya trató de matar a Sawyer una vez. Volverá a intentarlo.

—No le servirá de nada. Aunque me mate, seguirá sin obtener la brújula. No puede cogerla sin más —explicó Sawyer—. Tiene que ser entregada por propia voluntad, o sea, se la tengo que regalar. De lo contrario, la brújula regresará con mi abuelo.

—Mmm. —Riley volvió a la mesa—. ¿Lo sabe él?

—Debería saberlo, pero en Marruecos estaba tan cabreado que envió a un asesino a sueldo. Puede que no investigara lo suficiente para saber cómo funciona el asunto.

—Sí, Malmon y sus problemas de ira. ¿Cuál es el plan?

—Tendremos que explorar toda la zona antes de que llegue Malmon. Supongo que tu contacto no te ha contestado todavía.

—Aún no, pero lo hará —le aseguró Riley a Sawyer.

—Doyle conoce el terreno.

Riley miró a Doyle levantando las cejas.

—Han pasado un par de siglos. ¿Tan buena memoria tienes?

—Es bastante buena. Mañana subiremos a la montaña en lugar de salir al mar. No podemos encontrar la estrella si estamos muertos o en una jaula.

—No te lo discuto. ¿Y qué haremos una vez que lleguemos allí arriba y descubramos cuáles serían sus mejores posiciones estratégicas?

—Pondremos trampas.

Riley apuntó a Sawyer con el dedo y exclamó:

—¡Así se habla!

—No podemos usar las bombas de luz —señaló Bran—. No podemos arriesgarnos a que alguien de la zona o un turista atrevido active una y se queme.

—Mis pulseras no les harían daño.

Bran miró a Annika y asintió con la cabeza.

—Exacto. Así que tengo que conjurar algo parecido, algo que perjudique solo al mal o a la gente con malas intenciones. Tengo algunas ideas.

—Pues deberías librarte de las tareas domésticas esta noche.

—Yo haré las tareas de Bran —dijo Annika.

—Te lo agradezco. También necesitaré la ayuda de Sasha, pero creo que esta noche le tocaba hacer de jefa de cocina.

—Yo me ocupo —se ofreció Sawyer, encogiéndose de hombros—. No es gran cosa.

—Entonces, pondremos manos a la obra.

—Los demás haremos ejercicio en el huerto —dijo Doyle mientras Bran y

Sasha se levantaban.

—Temía que dijeras eso.

Doyle le echó un vistazo a Sawyer.

—Una hora, y luego cerveza.

Aunque a Annika no le gustaba nada la cerveza, se pasó la hora entrenando. No le gustaron los cardenales que le hizo Doyle cuando le enseñó cómo defenderse contra lo que llamaba «llaves» y «agarres».

Pero él le recordó que una jaula le gustaría mucho menos.

A la sirena le gustaba el vino y ayudar a Sawyer a preparar la cena, así que disfrutó de ambas cosas. Preparó algo que él llamó *bruschetta*, que consistía en cortar el pan a lo largo por la mitad y tostarlo, mientras él cocinaba pollo para un plato que llamó «Alfredo».

—¿Te acuerdas de cómo se picaba?

—Había que cortarlo muy muy pequeño.

—Pues pica los tomates de pera y el ajo.

Ella se puso manos a la obra, imaginando lo agradable que sería cocinar con él sin los cardenales causados en el entrenamiento o el pensamiento de tener que luchar.

—El pollo huele muy bien.

—Sabrá aún mejor con los *fettuccine* Alfredo. Buen trabajo. ¿Sabes la albahaca que he cortado en el huerto? Tienes que trocearla muy fina, pero trocearla, no cortarla. ¿De acuerdo?

—Sé qué es trocear y qué es cortar. Si viviera en la tierra, tendría un jardín con flores, hierbas aromáticas y verduras. Todos los días me sentaría allí a beber vino.

—Eso estaría genial.

Él le mostró qué más debía hacer con un poco de vino, aceite, vinagre, queso, sal y pimienta.

—Ahora lo dejaremos reposar —le explicó mientras preparaba una salsa en una sartén—. Así se mezclan los sabores.

A Annika le gustaba el aspecto que tenía Sawyer al remover las cosas: el cuerpo relajado y el pelo iluminado por el sol que entraba por las ventanas.

—En la casa en tierra, tendría una cocina así de grande, con las ventanas orientadas al sol, una caja grande y brillante para las cosas frías y todos los platos bonitos.

—Una despensa que te cagas.

—Despensa que te cagas —repitió ella.

—Una península ancha y alargada que también sirviera como barra para desayunar.

—Una península es tierra con tres lados en el agua.

—Vas ganando puntos. —Sawyer le apuntó alegremente con el dedo—. En la cocina es una clase de encimera. Para preparar la comida y para que la gente se siente, coma cualquier cosa o te haga compañía mientras cocinas.

—Así no estás solo. ¿Tienes una cocina así?

—¿Yo? ¡Qué va! Mis padres tienen una cocina estupenda; mis abuelos, una mezcla de muebles anticuados y de objetos prácticos y modernos. Pero tú y yo estamos construyendo una cocina de ensueño partiendo de cero.

La idea de soñar con él le alegró el corazón.

—¿De qué color es?

—¿Cuál prefieres?

—Oh, hay demasiados para escoger uno solo.

—Pues elegiremos el verde, como tus ojos. Electrodomésticos de acero inoxidable, cocina de seis fogones. Quizá gris oscuro para los armarios.

—Tus ojos son grises. Me gusta el gris.

—Muchos huecos o puertas de vidrio para tus bonitos platos. Una despensa enorme, fregadero de granja, grandes ventanas. Orientada al sur para que puedas tener tus hierbas aromáticas en macetas durante todo el invierno. Es un buen comienzo —dijo mientras llenaba una olla de agua.

—¿Puede estar cerca del mar?

—Oye, es una cocina de ensueño, ¿te acuerdas? Puedes comerte el mundo.

—No podría —empezó a decir, pero entonces lo entendió—. Es una expresión.

—Eso es. Significa que puedes tener todo lo que quieras.

—Quisiera la cocina de ensueño en una casa cerca del mar. Y cada noche cocinaríamos juntos en ella.

Sawyer la miró, y ella intuyó que iba a hablar. Pero Riley entró a toda prisa.

—Malmon está en Londres. —Cogió un vaso y lo llenó de vino—. Mi contacto dice que le han visto entrar y salir de una casa de Hyde Park que pertenece a un tío rico y su tercera mujer. Y no los han visto a ninguno de los dos en un par de días. ¿Queréis saber más? El mayordomo de Malmon se ha ahorcado. La policía lo ha investigado: no hay indicios de asesinato, es un simple suicidio.

—¿Por qué el mayordomo? —se preguntó Sawyer.

—Ni idea, pero no hay indicios de drogas, de lucha ni fuerza. Dicen que Malmon está haciendo gestiones para alquilar una villa en Capri y que ha contactado con algunos de sus mercenarios para el viaje.

—Saben dónde estamos, pero, como aún está en Londres organizándolo todo, nos queda algo de tiempo.

—Nerezza lo sabe —señaló Annika—. Tiene que saberlo si ese tal Malmon lo sabe. Ella podría venir antes.

—Estaremos a punto —le aseguró Sawyer—. Y, hablando de estar a punto, la cena casi lo está.

—Le toca a Riley poner la mesa.

—¿Qué? Ah, vale.

—Estoy haciendo *bruseta*.

—*Bruschetta* —la corrigió Sawyer.

Annika imitó la pronunciación correcta sin hacer ruido y Riley cogió los platos.

Mientras los seis cenaban y hacían planes, Annika estaba pendiente del cielo. Nerezza enviaría a sus criaturas a través del cielo.

Más tarde, salió a mirar el mar. Cuando Sawyer la siguió, se recostó contra él.

—Deberías tratar de dormir un poco. Creo de verdad que aún nos quedan un par de días.

—¿Por qué lo crees?

—Creo que primero utilizará a Malmon para ver qué puede hacer y si puede causar algún daño. La última vez salió herida, y no lo olvidará. Y además, fracasó, por lo que lo más lógico es que pruebe otra cosa. Malmon es la otra cosa.

—No puedes permitir que te haga daño.

—Es que no pienso hacerlo. ¿Qué más?

—Me gusta andar. Mañana caminaremos por las colinas, pero... no iremos al mar. En Corfú, podía bajar en plena noche o por la mañana temprano. Ahora está demasiado lejos.

—Puedo llevarte yo —contestó Sawyer, sacando la brújula.

—¿Lo harías?

—Claro. Puedes bañarte un ratito y luego te vas a dormir. Mañana nos espera una subida difícil y con mucho calor. Después tendremos que conformarnos con la piscina. Vamos, ve a buscar tu bañador.

Annika sonrió y le miró a través de las pestañas. Él asintió con la cabeza y

dijo:

—Vale, ya lo pillo. Esa clase de baño. Bueno, creo que es lo bastante tarde.

—No me cambiaré las piernas hasta que esté en el agua y lejos de la orilla.

—De acuerdo. ¿Lista? —le preguntó, tocándole la mano.

—¡Sí!

Annika se agarró con fuerza mientras echaban a volar.

Con su mano todavía en la de Sawyer, Annika se encontró en una pequeña playa de guijarros resguardada por unas rocas y por las paredes de unos acantilados. La playa se encontraba iluminada por la luz de la luna menguante, y a la sirena se le antojó romántica y preciosa.

—¡Oh, qué bonito! Es como cerrar la puerta de la habitación.

—He buscado un poco para encontrar un sitio discreto.

¿Cómo podía dejar de quererle? ¿Cómo podía dejar de entregar su corazón a semejante corazón?

—Eres amable. La amabilidad es un punto fuerte, así que tienes mucha fuerza. Te bañarás conmigo.

—Me quedaré vigilando.

—Has dicho que teníamos tiempo antes de que vinieran.

—Sí.

—Entonces, puedes bañarte. —Cogió sus manos y tiró de él hacia el agua. Jamás usaría el canto de la sirena para atraerle, pero sus ojos también eran seductores—. Además, te ayudará a dormir.

—No llevo bañador.

—Pero llevas lo otro, ¿no? Debajo de los pantalones. Por si te da vergüenza.

Sawyer se sintió como un idiota.

—Sí que lo llevo.

Sacó una cadena de la brújula, se la colocó en torno al cuello y se quitó la camiseta.

Annika se limitó a dejar caer el vestido y a quedarse desnuda a la luz plateada de la luna.

—¡*Blin!* Podrías avisar.

—¿Qué significa esa palabra? ¿*Blin?* —preguntó ella.

Cogió el vestido del suelo y lo dejó de cualquier manera sobre una roca.

—Es... —¿Adónde mirar? ¿Adónde mirar? Bueno, a ver, era un hombre. La miró a ella—. Ruso, algo que se dice cuando estás sorprendido.

—Me gusta ser *blin*.

Se metió corriendo en el mar y desapareció bajo las oscuras olas cubiertas de espuma.

Sawyer decidió quedarse en la orilla. Era más inteligente, más seguro. Pero la cabeza de Annika se alzó por encima de las olas.

—¡Ven a bañarte conmigo! Es maravilloso.

Sawyer deseaba que el agua estuviera fría mientras se quitaba los vaqueros y las zapatillas. Le vendría bien el fresco después de esa mirada caliente y prolongada hacia Annika, pálida y dorada a la luz de la luna.

Se metió en el agua hasta la cintura. Notó con un sobresalto que algo le rodeaba las piernas, pero se percató enseguida de que la sirena le había enroscado la cola alrededor del cuerpo. Cuando ella dio un tirón, Sawyer se hundió en el agua.

No pudo resistirse a la tentación de pasar la mano por la curva lisa y brillante de la cola. Annika la usó para propulsarle hasta la superficie y emergió detrás de él.

—Ahora estás empapado.

—Tú también.

Ella dio una lenta voltereta. La cola relució a la luz de la luna y volvió a deslizarse bajo la superficie.

—Podemos nadar tan lejos como te apetezca —le dijo—. Puedo traerte de

vuelta a la tierra.

Sawyer dio unos golpecitos sobre la brújula y la sirena asintió con la cabeza.

—Lo sé. Tú también puedes traernos de vuelta —añadió.

Nadó hacia atrás sin dejar de mirarle.

—No podemos estar mucho rato —le recordó él, y agitó los pies con energía para no quedarse atrás.

Annika se sumergió y luego salió del agua de golpe para zambullirse de nuevo por encima de él. Tal vez Sawyer se dejaba llevar más lejos de lo que tenía previsto, pero debía admitir que nadar con una hermosa sirena a la luz de la luna de la isla de Capri encabezaba la lista de cosas que le apetecían hacer.

—Aguanta la respiración —le dijo ella.

Cogió sus manos, tiró de él hacia abajo y, sin soltarle, se puso a bucear a toda prisa a través del agua oscura.

Subió con él en dirección a la noche, el aire y la luz de la luna. Salieron a la superficie a medio metro de distancia de una roca.

—Qué chulo.

—¿Te has divertido?

—Muchísimo. Sí. Nunca me había divertido tanto.

—Nadas muy bien. Eres fuerte en el agua, pero aun así te cansas. Podemos sentarnos sobre las rocas hasta que te hayas recuperado.

Annika apoyó las manos sobre la roca, se izó tan ágilmente como una gimnasta y le sonrió mientras se escurría el cabello.

Sawyer reconoció que necesitaba recuperar el aliento y se situó junto a ella. Además, si se sentaba a su lado, no estaría frente a aquellos preciosos pechos desnudos.

—Entonces ¿es cierto que a las sirenas os gusta sentaros sobre las rocas a contemplar el mar, los barcos y la orilla?

—Sí. Perteneceemos al agua y al aire. Necesitamos pasar tiempo en ambos elementos para ser felices. En cambio, los seres humanos tenéis la tierra, el aire y el agua. Hace mucho tiempo, algunas sirenas, por envidia de esa capacidad, llevaban los barcos de los hombres hasta las rocas o tiraban de ellos hacia las profundidades para que se ahogaran. Menuda ignominia. Juramos no dañar nunca a nuestra gente ni a la gente de tierra.

—Como la manada de Riley.

—Sí. —Annika alzó el rostro hacia la luna y las estrellas—. Quiero preguntarte algo.

—Vale.

—¿Por qué no quieres besarme?

—¿Qué?

—Hoy me has besado aquí. —Annika se tocó la frente con el dedo—. Pero eso no cuenta. No rompo las reglas si te pregunto por qué no quieres besarme.

—Somos compañeros de equipo.

—Sí. Bran y Sasha también son compañeros de equipo. No creo que ese sea el motivo.

—Bueno, lo es en parte —insistió él—. ¿Sabes?, llevas poco... Llevas poco tiempo en este mundo. Aún estás aprendiendo cómo funcionan las cosas aquí.

La sirena levantó la barbilla y enderezó los hombros.

—¿Pero sé cómo se dan los besos! ¿Y si eres tú el que ha dejado de saber cómo funciona? Creo que es bueno no dar nada por aprendido.

—Vale, tienes razón. Lo que dices es incluso profundo. Pero tenemos muchas cosas entre manos y hay otras... prioridades. Es como lo que dijo Sasha una vez, eres pura, así que no quiero desestabilizar, ya sabes, el equilibrio del grupo.

—No me estás diciendo la verdad. Y además te he incomodado —dijo ella

con rigidez—. Lo disculpo... ay, lo siento. Has sido muy amable al traerme al mar. Deberíamos volver.

—Oye, oye, oye. No quiero herir tus sentimientos.

—Lo que me hiere es que no me digas la verdad.

Frustrado, Sawyer se pasó los dedos por el pelo. ¿Qué podía decirle a una sirena dolida y cabreada?

—Estoy intentando decir la verdad sin herir tus sentimientos. No me esperaba esa pregunta.

—¿Y por eso no se te ha ocurrido nada que fuera verdad?

A veces Annika entendía las cosas demasiado bien.

—No exactamente. No es que no quiera besarte, es que...

—¿Cómo se supone que debo tomármelo? —quiso saber ella, mirándole mientras se desataba una tormenta en sus ojos verdes—. ¿«No es que no quiera besarte» significa «quiero»?

—No. Quizá. Sí. Hostia.

La agarró por los hombros y logró contenerse para solo rozar sus labios muy ligeramente.

La tormenta se desvaneció en los ojos de Annika, que asintió con la cabeza y dijo:

—Quieres besarme como si fueras el hermano de mi padre. Eso sí es una respuesta. Gracias. Deberíamos volver ya.

Antes de que Annika pudiera deslizarse hasta el agua, Sawyer le agarró los hombros con más fuerza.

—Es una respuesta, pero no es la verdad.

—¿Acaso no puedes decirme la verdad? —La angustia invadió su rostro mientras le apoyaba a Sawyer una mano en el corazón—. ¿Es por un juramento? Jamás te pediría que rompieras un juramento.

—No es por un juramento. Es que sería un... —Se interrumpió, dudando

entre llamar a aquello un problema o un desastre—. Sería un error, eso, un error. O tal vez no hacerlo lo sea. Supongo que ambos tendremos que averiguarlo.

Las manos de Sawyer ascendieron desde los hombros hasta situarse a ambos lados del rostro de la sirena. Annika tomó aire y contuvo la respiración, el corazón le martilleaba en el pecho mientras, por un momento que pareció durar una eternidad, él se limitaba a mirarla a los ojos.

Y seguía mirándola a los ojos cuando sus labios tocaron los de ella, tan sutilmente como antes. Pero no como antes. Suaves, muy suaves, ligeros como la mariposa sobre la flor.

Annika se preguntó si la flor sentía esa emoción, ese anhelo.

Entonces, los labios de Sawyer acariciaron los de ella, los presionaron. Y entraron en un nuevo mundo.

Annika soltó el aire; cerró los ojos mientras él la llevaba lenta y dulcemente hasta ese mundo. Un mundo de dulce placer, de nuevos sabores, de sosegadas maravillas.

Los labios de Annika se abrieron, respondieron a los de él, y sintió como si se adentrara cada vez más en lo cálido y lo hermoso.

Sawyer sabía que si alguna vez daba ese paso estaría perdido. Ninguna brújula podría guiarle jamás de vuelta a suelo firme. La sirena se entregaba entera, apoyándole la mano en el corazón como para sujetarlo, deslizándose su boca, su lengua, sobre la de Sawyer, como si estuviera hecha para él.

El aroma de Annika, combinado con el del mar, le hechizaba. Siempre le hechizaría. La sirena jadeaba al unísono con el agua arremetiendo contra la roca, el vaivén constante. Le embrujaba aquel sonido, y siempre lo haría.

Todo lo bueno, todo lo que estaba bien y por lo que valía la pena luchar confluyó en ese único beso. Aun así, Sawyer quería más.

Sin embargo, recordó lo que nunca se permitiría olvidar. El honor. Y se

apartó.

—Annika.

Sawyer no apartó las manos de su rostro porque, ay, cómo deseaban recorrer aquel cuerpo. Y mientras se esforzaba por encontrar las palabras, por ser correcto y honorable, ella sonrió. La luz de su sonrisa le deslumbró.

—Ahora ya puedo besarte.

—Acabas de hacerlo.

—No, no... besarte yo primero. Antes no podía, pero ahora...

Los brazos de la sirena estrecharon con fuerza el cuerpo de Sawyer. Su boca se adueñó de la de él en una explosión de pasión que hizo volar en mil pedazos el mero concepto del honor.

Annika ardía contra él como una antorcha en el agua, tremendamente caliente y brillante. Sawyer se sumergió en el fuego, se permitió tomar y ser tomado. La piel de ella, suave como el terciopelo. Los senos, firmes y perfectos, llenando por fin sus manos. El milagro de su cola, tersa, húmeda y deslumbrante mientras cambiaba la textura.

Sawyer era consciente de que debían tomárselo con calma, que tenía que detenerse, pero ella se enroscó a su alrededor mientras la parte superior de su cuerpo se arqueaba generosa, hasta que él solo pudo oír el palpitar de su propia sangre.

Ya desesperado, decidido a saborear aquellos senos perfectos, cambió de posición para tenderla de espaldas sobre la roca. Ella giró con él, igual de ansiosa, y se deslizaron en el agua.

Aturdido de deseo, se sumergió y empezó a ascender hacia la superficie. Annika tiró de él, riéndose.

—Soy demasiado feliz.

Una vez más, se enroscó a su alrededor y, rodeándole el cuello con un brazo, le mantuvo a flote sin ningún movimiento aparente.

Sawyer comprendió que no podía dominar la situación.

La sirena le apoyó la cabeza en el hombro.

El deseo no se enfrió; se mezcló con afecto. Sawyer recuperó un poco el equilibrio.

—No se puede ser demasiado feliz —dijo, acariciándole el cabello.

—Me siento tan llena de felicidad que creo que podría quedarme así para siempre.

Pero no podían quedarse, se recordó Sawyer a sí mismo. Ya llevaban más tiempo del que era prudente lejos de la casa y de los demás.

—Ya sé que no podemos —se le adelantó Annika—. Pero un minuto más. Aquí y ahora, la oscuridad es hermosa, y agradable. Pronto dejará de serlo.

—Un minuto más.

Sawyer se permitió disfrutar de aquel minuto mientras flotaba en el mar a la luz de la luna con la ayuda de una sirena.

Annika no pedía más. Inclined hacia atrás, movía el agua con la cola tirando de él.

—¿Qué has querido decir con eso de que antes no podías besarme pero ahora sí?

—No se nos permite.

—¿Besar?

—No, eso sería una pena, ¿verdad? —Sus cabellos flotaban sobre el agua, seda negra contra índigo—. No se nos permite empezar a besar a un hombre terrestre. Pedir un beso, o robarlo. Nos lo tienen que dar por iniciativa propia. Es entonces cuando podemos devolverlo.

—¿Qué? ¿Como le pasaba a Ariel?

Frunció el ceño, perpleja.

—¿Ariel viene... de aire?

—Puede que sí. Es un personaje, una sirena de un cuento.

—¡Oh! No conozco el cuento de Ariel. ¿Me lo contarás?

—Haré algo mejor. Te lo enseñaré. Buscaremos si hay alguna forma de conseguir el DVD o de verlo por internet. Hay una película. Una película de Disney. En cualquier caso, en el cuento Ariel tenía que esperar a que el príncipe la besara.

—Eres un rey. Sawyer King.

Entre risas, levantó la cabeza y le besó de nuevo. Una especie de remolino recorrió su cola; Annika se impulsó con las piernas hasta que el agua les llegó a ambos a la altura de los muslos y se pusieron de pie.

—¿Me besarás ahora que tengo piernas? Ya puedo pedirte.

Divertido y seducido, Sawyer volvió a cogerle el rostro entre las manos y la besó.

—Tenemos que volver. Además, tienes que ponerte el vestido. No es muy probable que aparezca la *polizia*, pero podrían detenernos.

—¿Por besarnos?

—Por escándalo público.

—Ponéis leyes y normas muy extrañas.

Annika caminó por el agua de regreso a la roca. Una vez allí, se pasó el vestido por la cabeza. Sawyer cogió la camiseta y los vaqueros, que se puso sobre los bóxers mojados.

En vez de cogerla de la mano, le rodeó la cintura con los brazos.

—¿Lista?

Ella le correspondió con el mismo gesto.

—Sí.

Cuando volvieron a estar delante de la casa, aún abrazados, ella le estrechó con más fuerza.

—Es diferente viajar cuando me abrazas. Todo es diferente cuando me

abrazas. Si vinieras a mi habitación, podríamos yacer juntos y podrías abrazarme.

Sawyer pidió fuerza a cualquier dios que le estuviera escuchando.

—Mañana nos espera un día largo y duro. Debes subir a tu cuarto y dormir un poco.

—Es difícil hacer lo que se debe, pero tú también tienes que dormir.

—Sí. Vamos, entra. Yo entraré en un momento.

Para complacerla y complacerse a sí mismo, la besó una vez, otra y otra más. Annika le miró con expresión soñadora y se volvió para marcharse.

—Buenas noches.

—Buenas noches —dijo él.

Cuando la puerta se cerró detrás de la sirena, Sawyer se sentó en el peldaño de entrada para calmarse.

Al cabo de un instante estaba en pie, con el cuchillo fuera de la vaina, en su mano.

Doyle salió de las sombras.

—Descanse, soldado. Solo estoy haciendo una última ronda antes de entrar.

Mientras Sawyer envainaba el cuchillo, Doyle se le acercó con aire desenfadado.

—Menuda oferta acabas de rechazar. No sé si admirar o lamentar tu fuerza de voluntad.

—Yo tampoco.

—Te diría que probases con una ducha fría, pero ya estás empapado. Has corrido el riesgo de desplazaros hasta el mar, por lo que veo. Aunque, claro —añadió Doyle al ver que Sawyer permanecía en silencio—, incluso la fuerza de voluntad más admirable, o lamentable, tiene un límite.

—Creo que me caías mejor cuando hablabas poco.

—No te lo reprocho.

Al pasar por su lado para entrar en la casa, Doyle le dio a Sawyer un puñetazo amistoso en el brazo.

Sawyer, por su parte, decidió quedarse fuera goteando unos minutos más.

Al menos no le tocaba preparar el desayuno y, gracias a la considerable caminata que les esperaba, no tuvieron que entrenar al alba. Compensó una hora del sueño que había perdido por la noche tratando de no soñar con Annika desnuda.

Supuso que el café haría el resto.

En la cocina, Bran estaba preparando su única especialidad para el desayuno: huevos con beicon. Como a Sawyer ya le parecía bien, saludó con un gruñido y cogió una taza para servirse café.

—Estará listo en diez minutos —le dijo Bran—. Doyle quiere salir en cuanto hayamos lavado los platos.

—Yo estoy a punto —dijo Sawyer. Y era cierto, pues se había pasado parte de aquella noche agitada preparando la mochila—. ¿Necesitas ayuda?

—Lo tengo todo bajo control.

—Pues me llevo esto fuera.

Salió y se encontró a Annika vestida con pantalones tipo cargo, botas y una camiseta teñida que se había comprado porque le parecían un montón de arcoíris juntos. La sirena cantaba por lo bajo mientras creaba una de sus composiciones artísticas al poner la mesa. Una pirámide de vasos de zumo rebosaba cadenas de florecillas y trébol que formaban un estanque en la base.

Sawyer distinguió en esa misma base una especie de figuras confeccionadas con palillos, hojas y más trébol.

En ese momento, ella alzó la vista.

—¡Buenos días!

Annika echó a correr hacia él y se tiró a sus brazos. El beso logró ser tan brillante como una mañana de mayo y tan oscuro como la medianoche.

—¡Vaya! —exclamó Riley, que salía con su taza de café—. ¿Qué me he perdido?

—Sawyer me besó.

—Sí, ya me doy cuenta. Felicidades. Despacio pero con paso firme, ¿eh, monada? —le dijo a Sawyer.

Este no se sentía ni firme ni que fuera despacio precisamente, así que se sentó sin decir palabra. «Actúa con naturalidad», pensó. Todo el mundo debía limitarse a actuar con naturalidad.

—¿Una cascada de flores?

—¡Sí! Y todos estamos aquí de vacaciones. ¿Lo ves? El espejo sobre el que se erige es la Isla de Cristal, donde podremos disfrutar de un día perfecto cuando encontremos las estrellas y las traigamos de vuelta.

—Me vendría muy bien un día perfecto —comentó Riley.

—Lo será. Quería hacer también un jardín, pero no tenemos tiempo.

—Una cascada de flores es su propio jardín.

Complacida por el comentario de Sawyer, Annika alzó el rostro hacia el sol.

—Puede que hoy sea un día perfecto.

Si los días perfectos incluían el sudoroso ascenso por cuestas empinadas, aquel cumplía todos los requisitos.

—La escalera fenicia.

Al ver que Sasha, desalentada, miraba el camino que les esperaba, Riley sonrió de oreja a oreja.

—Se llama así porque antaño se creía que la habían construido los fenicios,

pero ahora sabemos que es cortesía de los antiguos griegos. Además — continuó explicando mientras iniciaban el ascenso—, antiguamente era la única forma de acceder a Anacapri. Cuando empecéis a resoplar, cuando os comiencen a doler los gemelos, recordad que las mujeres que bajaban los casi mil peldaños que tiene para ir a buscar agua volvían a subirlos con un cántaro lleno sobre la cabeza.

—¿Has dicho mil? —quiso saber Sasha.

—Novecientos veintiuno, para ser exactos.

—A veces me gustaría que no supieras tanto.

—Esto es muy bonito. —Annika subía mirando a su alrededor, prácticamente bailando—. Con tantas flores y tanto verde...

—Es más fácil subir que bajar. La escalera es empinada y desigual —les indicó Riley.

—La última vez que ascendí por estos peldaños, estuvimos a punto de perder a dos hombres —recordó Doyle.

—Por eso han puesto las redes.

Pasaron junto a casas y campos de flores silvestres, como la genista. Vieron castaños y un minúsculo viñedo con pequeñas uvas verdes.

Cuando llegaron a la cima, Riley miró su reloj.

—Treinta y seis minutos.

—Ya no hay más escalones —comentó Doyle sin detenerse.

Riley le puso los ojos en blanco a sus espaldas.

El sol caía a plomo. En ocasiones, el simulacro de sendero que había elegido Doyle se veía interrumpido por montones de rocas que Annika escalaba o rodeaba, tan vigorosa como las florecillas silvestres que se abrían paso a través de las grietas en busca del sol.

Los pájaros planeaban sobre sus cabezas. De vez en cuando, alguno les rebasaba a toda velocidad y en silencio absoluto. Algún que otro lagarto se

calentaba al sol o se precipitaba en una grieta cuando una bota chocaba contra la roca.

Sawyer dedicó un pensamiento fugaz a las serpientes, que no le gustaban nada.

Cuando Annika soltó un grito ahogado, el chico dedicó a las serpientes un pensamiento más directo. Con una mano agarró la de ella; con la otra, su arma.

—¿Qué pasa?

Ella señaló un grupo de rocas altas cubierto de matas. La mano de Sawyer se relajó sobre el arma.

—Una cabra. Una cabra montés.

—Una cabra. —Annika se quedó mirando la cabra mientras la cabra se la quedaba mirando a ella—. No parece un queso. Nos comimos el queso. El queso de cabra.

—Así es. El queso se hace con leche, con leche de cabra. Hay que ordeñar a la cabra —dijo Sawyer, y empezó a comprender que se estaba metiendo en un buen aprieto—. Pregúntale a Riley. Ella es la lista. Te lo explicará.

—De acuerdo.

Annika se adelantó, tan ágil como una maldita cabra montés, para preguntarle a Riley.

—Veo que evitas hablarle sobre las tetas —observó Bran, izándose sobre una roca. Acto seguido, alargó el brazo hacia atrás para ayudar a Sasha.

—No sabía por dónde empezar.

—Yo empezaría por parar diez minutos. —Sasha se pasó el brazo por la frente y señaló—. Allí hay una mísera sombra. Vete a saber cuándo podríamos tener otra oportunidad.

—Buena idea. ¡Doyle! —llamó Bran, e indicó al grupo con un gesto de que siguiera adelante—. Diez minutos de descanso en esa sombra. Os juro que si hubiera un puente, este tío sería capaz de ir de aquí a Nápoles sin parar.

Se sentaron en el suelo, bajo la sombra que proyectaba un arbusto que sobresalía de la roca. Sobre sus cabezas, la cabra emitió un balido de burla.

—Para ella es fácil decirlo —dijo Sasha entre dientes, y dio un sorbo de su botella de agua—. Creo que los tres puntos que has marcado para situar las bombas no son suficientes.

—Es un buen comienzo —respondió Bran, dándole una palmadita en la rodilla.

—Menuda vista.

Sasha quiso fulminar a Riley con la mirada, pero miró hacia abajo y no pudo contener un suspiro.

—Sí, menuda vista. Me encantaría pintarla algún día. Pero te juro que pensaba que a estas horas habríamos llegado a la altura del Vesubio, y aún debe de quedar un kilómetro hasta la cueva a la que nos lleva Doyle.

—¿Qué cueva? —quiso saber Doyle.

—La que recuerdas de cuando fuiste soldado aquí. Esa a la que nos dirigimos.

—Nunca he dicho nada de esa cueva.

Ella le miró a los ojos.

—Pero... Es cierto, no lo has dicho. No has dicho nada. Pero es ahí donde nos llevas.

—¿Ahora lees los pensamientos?

—No, no. Es que... —La adivina sacudió la cabeza y se levantó—. Un momento. —Echó a andar por el camino de cabras y dirigió la mirada hacia el noroeste—. Puedo ver la cueva. No sé si lo que veo es tu recuerdo o el porvenir. Ignoro si Nerezza la usará, pero ahora mismo ella no está allí. Solo hay murciélagos, arañas y excrementos en un ambiente fresco y seco. —Cambió de posición para mirar hacia el sudoeste—. Construirá su palacio dentro de la gran montaña. Quienes suben hasta allí, disfrutan de las vistas,

beben y comen a su alrededor, pero no son más que hormigas para ella. Menos que nada. Llegará muy pronto. Sin embargo, todavía no es el momento, no es lugar para asestar el golpe definitivo. Su arma está forjada, pero la nuestra no. Aquí no acabaremos con ella, pero sí lo harán algunas vidas.

De pronto, se agarró la cabeza con las manos.

—Me percibe. Bran.

Este se precipitó hacia Sasha y le apoyó las manos en la cabeza.

—Bloquéala. Sabes lo que debes hacer.

—Se aferra a mi mente. Es tan fuerte...

—Tú también lo eres, *fáidh*. Mírame, vamos.

Los ojos de Sasha, llenos de dolor, se alzaron hasta los suyos.

—Juntos somos más fuertes. Aprovecha mi energía.

Ella asintió. Se estremeció una vez y luego dejó caer la cabeza sobre el hombro de Bran.

—Ha llegado tan deprisa... No estaba preparada.

—Pero la has bloqueado, y con mucha rapidez. Cada día te vuelves mejor, más fuerte. —Bran la llevó de nuevo a la sombra y pasó las manos por la botella de agua para refrescarla—. Sasha tiene que descansar todo el tiempo que necesite.

—Solo hasta que se me despeje la cabeza.

—Necesitas agua. —Annika le acercó a Sasha la botella de agua—. Bran la ha enfriado para que la bebas. Y esto... esto es la barrita energética. Aunque no están muy buenas.

—No, lo cierto es que no, pero me vendrá bien.

—Estabas hablando del monte Solaro —dijo Riley.

—Si tú lo dices...

—Es una gran montaña, en esa dirección. En Anacapri.

—Ahora estamos en el lado de la isla donde se encuentra Anacapri —le

dijo Doyle—, pero estamos lejísimos de Solaro.

—Malmon no establecerá su base ni situará a sus tropas allí. —Sasha, ya más despejada, soltó el aire con fuerza—. Es para ella. La alhajará y seguramente llevará a Malmon, pero creo que él podría usar tu cueva. Es posible que vea más cuando lleguemos.

—Puedo transportarnos a todos allí. —Sawyer se frotó la rodilla—. Ya nos hemos chupado una buena cuesta.

—Estoy bien, de verdad. Creo que lo estaba pasando tan mal porque se estaba formando la visión, y ella estaba... rascándome sin que yo supiera qué era. No tendré problemas.

—Si cambias de opinión, te llevaré.

Para demostrar que podía manejar la situación, Sasha se puso en pie.

—Un kilómetro más o menos, ¿no?

—Más o menos —convino Doyle—. Lo conseguirás, rubia, o mañana por la mañana te tocará hacer el doble de flexiones.

—Me importa una mierda —replicó ella.

Volvió a cargarse la mochila y echó a andar por el sendero rocoso.

Annika aceleró el paso para caminar con ella.

—Somos cabras monteses.

—Tú te mueves como si lo fueras. Eres ágil.

—Me dieron unas piernas muy buenas. Tú naciste con las tuyas, y también son muy buenas.

—Tienen músculos que no sabía que existían. Algo es algo. Pero ahora mismo están llorando, y eso es otra cosa muy distinta.

—Deberíamos cantar.

—¿Cantar?

—Para apartar los músculos que lloran de tu mente. Cuando era pequeña, oí

esta canción que venía de un barco. Es muy divertida. «*Buddy, you're a boy make a big noise...*»

—¿Queen? —preguntó Sasha, con una risita.

—Eso es «reina», ¿no?

—No, Queen es el grupo que la cantaba. El nombre del grupo.

—Pero las voces que oí eran de hombres, no de reinas.

—Es difícil de explicar. En cualquier caso es una buena elección, rock clásico, pero no conozco toda la letra.

—Yo sí.

Mientras Riley cantaba el segundo verso, Annika se unió a ella con una carcajada.

—Freddie Mercury estaría orgulloso —decidió Sawyer cuando llegaron al estribillo.

Sasha también se lo sabía, y las tres lo cantaron al unísono.

—La reina del mar tenía razón. Hay un motivo para que los soldados canten o reciten en las marchas largas. —Doyle se volvió y miró a Bran—. Lo conseguirá.

—Oh, nunca lo he dudado. —El orgullo y el amor rezumaban por todos sus poros—. Su fuerza de voluntad tiraría de ella aunque se le cansaran las piernas. Tiene más coraje que todos nosotros juntos: se ha metido en esto con más miedo y menos conocimiento.

—Pues ahora tiene más conocimiento, porque, si no recuerdo mal, va directa hacia la cueva que he escogido.

—Deja que vaya delante, a ver si nos lleva hasta allí.

—No me importa ir atrás —intervino Sawyer—. Cantar no es la única forma de distraer la mente durante la marcha.

—Está claro que un hombre sabe poner la vista según donde.

—No me atrevo a comentar nada —decidió Doyle—. Si digo algo sobre el

culo de la rubia, me arriesgo a que el brujo me pegue una descarga. Si hablo de la ninfa del mar, puede que el viajero me dé un puñetazo.

—Queda otra —señaló Bran.

—¿La mujer loba? —Doyle se encogió de hombros—. No está mal.

—¿Deberíamos cantar otra! —Annika se subió a una pila de rocas, sí, tan ágil como aquella cabra montés.

—¿Conoces alguna más? —Quizá tuviera que recuperar el aliento, pero Sasha se apuntaba.

—Oh, sí. Me encanta escuchar la música que viene de los barcos o de la orilla. Conozco esta, pero no entiendo casi nada de la letra.

Cerró los ojos y movió las manos en el aire un momento como para recordar el ritmo. Luego, para asombro de todos los presentes, alzó la voz en un aria de ópera.

—*Tvoyu mat* —dijo Sawyer, reverente—. Menuda mujer... ¿Es ópera?

—Desde luego, suena a ópera. Y ella canta muy bien —añadió Bran.

Mientras su voz seguía flotando en el aire, Annika saltó al suelo para continuar subiendo.

—*La Traviata*. Ha pasado de Queen a Verdi.

—¿Entiendes de ópera? —preguntó Sawyer, sorprendido.

Doyle se encogió de hombros mientras avanzaban.

—Si vives unos cuantos siglos, entiendes de muchas cosas. Igual que reconozco la voz de una sirena cuando la oigo. Ten cuidado, tío, o te pescará como si fueses una trucha.

—Yo diría que ya lo ha pescado —comentó Bran, dándole a Sawyer una palmadita en el hombro.

Cuando el eco de la última nota se desvaneció y sus compañeros aplaudieron, Annika se inclinó entre risas.

—Esos gorgoritos merecen un premio. ¿Dónde aprendiste eso? —quiso

saber Riley.

—Hay un teatro grande junto al mar, lejos de aquí. Durante tres noches contaron una historia con canciones. No es alegre, porque la mujer que la cantaba muere.

—Para tu información, eso es ópera —le dijo Riley.

—Pero las canciones y las voces eran tan bonitas que fui a escuchar cada noche. Puedo enseñarte la canción.

—No podrías enseñarme a cantar de esa manera aunque dispusiéramos de un par de décadas.

—Y además no disponemos de ellas. —Sasha se detuvo—. Ahí está la cueva.

La boca se abría alta y estrecha en la roca. Un esbelto matorral cubría la parte superior y caía como un toldo destensado. Y, sobre el matorral, se deslizaba una serpiente negra.

—Un lagarto negro —dijo Riley.

—Eso no es un puto lagarto.

Los dedos de Sawyer ansiaban coger el arma que llevaba a la espalda, bajo la camiseta.

—Solo es una culebra verdiamarilla. No es venenosa —dijo Riley, sacando su botella de agua con una sonrisita de superioridad—. Aunque lo cierto es que muerde.

Dio un breve trago, guardó la botella y echó a andar hacia la cueva. Sawyer la siguió refunfuñando.

—¡Espera! ¡Alto!

Sasha se precipitó tras él y le agarró la mano. Doyle y Riley se volvieron casi en la boca de la cueva.

—No entréis. No... —suplicó mientras sus ojos se hacían más oscuros y profundos—. No se os ocurra entrar. No os acerquéis siquiera. —Se volvió

hacia Sawyer—. Dolor, miedo, las sombras de la muerte. Sangre y rabia. Agua y trampas. No lo sé. No lo veo con claridad. Tú. Annika.

—¿Annika?

—No es seguro para vosotros. Para ninguno de los dos. No entréis. No te acerques, Annika.

—Estoy aquí. No te preocupes —dijo Annika en tono tranquilizador, cogiendo la otra mano de Sasha—. No entraremos.

—Él lo usará. Te usará. Uno para otro. No le creas.

—Malmon.

—Malmon. No lo que era, no lo que será. Ahora es de ella. No podéis entrar.

—De acuerdo. Nos quedaremos fuera. Nos quedaremos aquí mismo —le aseguró Sawyer—. ¿Y los demás?

—¿Qué?

—¿Es seguro para nosotros? —preguntó Bran, apartando a Sawyer con el codo—. ¿Entramos los demás?

Sasha dio un largo suspiro.

—No siento nada para los demás. Solo Annika y Sawyer. Para ellos, entrar es vida y muerte. ¿Para nosotros? Es solo una cueva.

—Muy bien. Ellos se quedarán aquí fuera y nosotros entraremos, a ver qué encontramos.

Sasha asintió con la cabeza.

—Por favor —les pidió, volviendo a coger la mano de Sawyer y agarrando con fuerza la de Annika—. Prometédme.

—Lo hemos entendido. Nos quedamos aquí fuera.

Sin embargo, cuando entraron los otros, Sawyer se quedó mirando la boca de entrada.

—Prométeme.

—¿Qué?

—Prométeme que no entrarás —dijo Annika—, que no usarás la brújula para entrar y ver qué hay.

Como se lo acababa de plantear, Sawyer vaciló.

—Prométemelo y yo te lo prometeré a ti. Porque creemos en Sasha.

Demonios.

—Tienes razón. Vale. Prometo que no entraré salvo que no haya otro remedio. Salvo que uno de nosotros tenga problemas dentro. ¿Te basta?

—Sí. Yo prometo lo mismo.

Annika le apoyó las manos en las mejillas y le besó.

—Ahora es un juramento y no se puede romper.

Sawyer pensó en las palabras de Doyle, «te pescará como si fueses una trucha», pero consideró que no tenía demasiadas opciones.

La cueva, según dijeron mientras se tomaban un descanso, comían y bebían antes de iniciar el camino de regreso, era sencillamente una cueva.

Ancha, profunda y seca.

Sasha la dibujó y añadió las dimensiones que calculaba Doyle, así como el estrecho túnel que daba a una segunda cámara, más ancha y profunda que la entrada.

Doyle marcó en el dibujo los mejores lugares para colocar las trampas.

—No demasiado cerca de la entrada —sugirió Bran, observando el dibujo—. Si las activo, nos conviene tener dentro al mayor número posible.

—¿Por qué demonios van a usar una cueva aquí arriba? —se preguntó Riley—. Malmon va detrás de la casa; es muy propio de él. Lo de la cueva es propio de Nerezza.

—No es suya —insistió Sasha.

—Sea cual sea el motivo, Malmon tiene algo planeado. Si no, ¿por qué ibas a ver peligro dentro para dos de los nuestros? —preguntó Bran. Acto seguido, aprobó las posiciones que había marcado Doyle con un gesto de la cabeza—. Puedo trabajar con esto. Lo que he preparado puede secarse en la cueva igual de bien que en el taller. ¿Qué opinas, Sawyer? Tú y yo podemos bajar en un momento, recoger lo que hace falta y traerlo, ¿no?

—Por supuesto —contestó Sawyer. Hizo el gesto de sacar la brújula, pero se detuvo y ladeó la cabeza—. Puedes llevarnos allí abajo, ¿verdad? Igual que llevaste a Sasha al promontorio de Corfú.

—¿Desde aquí hasta allí? Sí que puedo. Es coser y cantar.

—Nunca he viajado a tu estilo.

—Pues te daré un paseo. —Bran se levantó y se agachó. Los hombres se agarraron de los antebrazos—. Volvemos enseguida.

Y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

—Echo de menos conducir —comentó Riley.

Doyle terminó su bocadillo.

—Yo también.

Se levantó para alejarse y se puso a contemplar las vistas panorámicas de agua azul, roca blanca y vegetación verde con la extensión de casas más abajo.

—Busca posibles nidos de francotirador —dedujo Riley—, aunque sabe que esto está demasiado alto. Puede que establezcan aquí su cuartel general, pero los francotiradores bajarán bastante. Cuando volvamos, intentaré averiguar si Malmon ha pillado una casa. Además, también querrá un barco. Tiene uno, así que quizá lo traiga o encargue que lo traigan. Su yate se llama *Escapade*. Como si se dedicara a algo encantador.

—Espero que busquemos la estrella mañana. Me gusta cómo huele la tierra de esta zona. —Para demostrarlo, Annika inspiró hondo—. Y la forma en que el sol ilumina el agua. Si encontramos la estrella antes, puede que ya no estemos para cuando él llegue.

—Primero nos enfrentaremos con él. En la tierra o en el mar. A oscuras o a plena luz del día. Nuestro rayo contra el suyo. Te hace daño. —De nuevo, Sasha agarró con fuerza la mano de Annika—. Hay sangre tuya en el agua. Y Sawyer está en el suelo.

La adivina dejó caer la cabeza.

—Vienen demasiado rápido. No puedo seguir el ritmo.

—Te estás esforzando demasiado —dijo Riley, acercándose, rauda. Se arrodilló en el suelo rocoso para darle un masaje a Sasha en los hombros.

—No lo veo con claridad.

—Tú la has bloqueado antes, lo lógico es que se esfuerce en hacerte lo mismo. No te esfuerces demasiado, Sash.

Entonces volvieron Bran y Sawyer, casi al mismo punto. Llevaban una mochila cada uno.

—Un viaje superguay.

—¿Otra visión? —le preguntó Bran a Sasha tras lanzarle una simple ojeada.

—Solo destellos. Hoy solo tengo destellos.

—Relájate un poco.

—¿Lo ves? —preguntó Riley, frotándole los hombros a Sasha. Acto seguido, se levantó y dijo—: Vamos a ponernos manos a la obra.

—¿Y no se percatarán de lo que pongas dentro de la cueva? —preguntó Annika.

—Hundiré las trampas en el suelo, en los puntos estratégicos que ha marcado Doyle. Esta vez se producirá una reacción en cadena cuando yo dé la orden. Se activará la primera y luego seguirán las demás.

—¿Son letales?

—Es la guerra —dijo Doyle, regresando a grandes zancadas—. No podemos andarnos con sutilezas.

—Afloja un poco —le pidió Sawyer.

—No podremos aflojar cuando vengan a atacarnos. Traerán municiones, muchas municiones. Hay espacio suficiente para poner jaulas por si logran capturarnos. Si yo estuviera en su lugar, utilizaría la cueva para eso. Y la zona de preparación para enviar hombres desde el oeste, para asegurar los nidos de francotirador. Hombres con armas de largo alcance —dijo en tono categórico—. Hombres que se ganan la vida matando y que estarán adiestrados para meterte una bala en el cerebro en mitad de una de tus volteretas.

Sawyer se situó delante de Annika.

—¡Déjala, joder!

—No, no me protejas. Gracias, pero no hace falta. —La mano de la sirena estuvo a punto de ponerse a temblar, pero logró estabilizarla por pura fuerza de voluntad mientras se apoyaba en el brazo tenso de Sawyer—. Sé lo que tiene que ocurrir. Hice un juramento. —Se apartó a un lado y miró a Doyle—: Has matado a hombres antes y volverás a hacerlo. No necesito el don de Sasha para saberlo. Las gentes terrestres matáis a vuestros semejantes, y esa es vuestra mayor debilidad, vuestra vergüenza más profunda. Sé muy bien que los que vengan matarán, así que hacemos lo que tenemos que hacer. Pero eso no traerá paz ni placer.

—No. Ni una cosa, ni la otra. Nunca.

—¿Los ves? ¿Ves a los que has hecho caer?

—A todos y cada uno de ellos.

Annika le miró a los ojos durante unos instantes y luego tomó sus manos.

—Es una carga muy pesada. Después de esto, todos la llevaremos. Yo no puedo meter las armas en la cueva. Muéstranos en qué otros sitios hacen falta. Sawyer y yo haremos lo que nos corresponda.

Cogieron la segunda mochila y, con la ayuda del mapa, fueron hasta la ubicación más cercana.

—No deberías enfadarte con Doyle por hablarme con crudeza.

—Es que no puedo evitarlo.

—Sí puedes —le corrigió ella—. Sabes tan bien como yo que me habla con crudeza porque le preocupa que vacile y salga herida, o que no proteja a los demás. —Para calmarse y calmar a Sawyer, se apoyó contra él—. A ti también te preocupa.

—Claro, un poco.

—Creo que más que un poco, y no me gusta causarte preocupación. A veces necesito que Doyle me hable con crudeza, que me recuerde la realidad.

—Vale, pero también tienes que recordar esto: yo te guardo las espaldas. —

Sawyer le levantó la barbilla—. Y todo lo demás.

—Lo haré. Somos compañeros de equipo.

—Así es. Ahora mira esto —le dijo Sawyer y, con cuidado, sacó de la mochila un frasco que depositó en el suelo pedregoso.

Permaneció allí un momento, y luego, se hundió y desapareció de la vista, como si el suelo fuese agua.

—Ahh. Bran posee un gran don. Pero ¿es seguro para los otros, para personas inocentes? —dijo Annika.

Aunque ella le agarró la mano, Sawyer pisó a propósito el lugar en el que había depositado antes el frasco.

—Solo actúa contra los malhechores. Esta vez, el señor Brujo se ha superado a sí mismo. Vale, hay que poner la siguiente a unos cincuenta pasos, en dirección sudeste.

Cuando salieron del estrecho sendero, Sawyer la miró y dijo:

—Sé que te resulta difícil. Posees el corazón más tierno del mundo. Pero tienes razón en lo que has dicho de Doyle: debes asumir la situación tal como es, Anni. Nerezza decidió tomar este camino, y los hombres que utiliza como armas contra nosotros también han decidido ayudarla. Esas decisiones no nos dejan opción. Acabarán con nosotros y, lo que es peor, con cualquier posibilidad de evitar que las estrellas acaben en las manos de Nerezza. — Annika no dijo nada mientras Sawyer colocaba el siguiente frasco—. Una vez que Malmon empiece a perseguirnos, no parará. Y el tipo es bueno, sus recursos para no dejar de buscarnos son casi ilimitados. Y quizá, en algún momento, incluso encontrará la Estrella de Fuego que Bran ya tiene a buen recaudo.

—Podría matarte.

—En un abrir y cerrar de ojos. Así de fácil —contestó Sawyer, chasqueando los dedos—. Malmon no valora la vida, salvo que se trate de la

suya. Sin embargo, aunque no me guste la idea, yo solo estaría muerto. Sería peor para vosotros: Riley, Doyle y tú.

—¿Por qué para Doyle? Es un inmortal.

—Precisamente por eso —contestó Sawyer mientras se dirigían hacia el siguiente punto—. No puede morir, pero puede sentir dolor. Malmon le causaría dolor durante años.

—Ya sé que la crueldad existe.

—Pero no la entiendes.

—No quiero llegar nunca a entenderla. Lo que sí entiendo, aunque me cueste, es que tenemos que detener a esos hombres igual que detuvimos a aquellas criaturas. Nos protegemos unos a otros y protegemos a las estrellas. Es nuestro deber. Dijiste que no te gusta matar, pero que lo harías para proteger a los demás.

—Así es.

—Y sé que los demás harían lo mismo por mí. No puedo ser menos. Deja que coloque el siguiente frasco.

Poco a poco fueron descendiendo. Ante ellos se extendían unas vistas impresionantes. El sol salpicaba el mar, blanqueaba la roca y caldeaba la vegetación.

De pronto, Sawyer se agachó y luego se tumbó boca abajo.

—Doyle tenía razón, este es el nido perfecto para francotiradores.

Cuando Annika se tumbó junto a él, Sawyer señaló hacia un punto concreto y dijo:

—¿Lo ves? Esa es nuestra casa.

—Sí, sí, la veo. Aún queda muy lejos.

—Tendrán una mira telescópica, un rifle de largo alcance y mucha habilidad; de eso puedes estar segura. —Retrocedió rápidamente y sacó un par de prismáticos pequeños de su mochila—. Ten. Mira con esto.

Ella observó los prismáticos un momento y luego miró a través de ellos. Al instante, dio un respingo y soltó un grito ahogado.

—¡Oh! ¡Todo se ha acercado de un salto! —exclamó Annika, y bajó los prismáticos—. ¡Vaya! ¡Pero si no se ha movido nada!

—Se llaman binoculares. Son lentes de un tipo de cristal especial que, para decirlo de la forma más sencilla posible, aumenta el tamaño. Un francotirador tendría algo así, una «mira telescópica», unido al rifle.

—Y eso hará que estemos más cerca —murmuró ella mientras volvía a mirar a través de las lentes—. Ya lo entiendo. Una herramienta milagrosa utilizada para hacer el mal.

—Sí, en este caso, sí.

—Pues colocaremos un frasco aquí.

Una vez que lo hicieron, se volvió hacia él y se irguió para besarle.

—Esto es lo bueno, para equilibrar lo malo.

—Pues hagámoslo aún mejor.

Sawyer la atrajo hacia sí y le dio un beso lento, profundo y sosegado. Se preguntó cómo conseguía pasar siquiera una hora sin tenerla abrazada contra su cuerpo.

—De verdad, necesitáis una habitación —comentó Riley, que se encontraba a unos metros por encima de ellos, con las manos en las caderas.

—Estamos inclinando la balanza hacia el lado bueno —le dijo Sawyer.

—Lo que tú digas. ¿Habéis cubierto el terreno hasta ahí?

—Cada marca. Echa un vistazo.

Riley bajó rauda y con paso seguro para agacharse con Sawyer.

—¡Joder! —exclamó Riley, y se tumbó boca abajo—. Hay que reconocer que Doyle ha dado en el clavo. Esto es un nido de francotirador perfecto. Si tienes un M24 o un...

—AS-50 —dijo Doyle, y se situó junto a ellos de un salto.

Riley le miró por encima del hombro.

—Es lo que iba a decir.

Doyle se tendió en el suelo junto a Riley, hombro con hombro, y asintió con la cabeza.

—Sí, este sitio cuenta con todo lo necesario: protección, estabilidad y alcance.

—Resulta ideal —convino Riley—. Salimos al exterior, pum y pum. Como patos en un estanque, los seis.

—Bueno, cinco de los seis.

—Tienes razón, tú volverías a hacer cuac.

—Le someterían... Un hombre contra muchos. —Angustiada, Annika miró a Doyle—. Y le causarían dolor eternamente. No podemos permitirlo.

—No lo permitiremos —afirmó Riley—. ¿Os queda algún frasco?

Sawyer dio una palmadita en la mochila.

—Tres.

—¿Y tú? —Riley le dio un codazo a Doyle y se levantó—. ¿Hay algún otro punto donde te parezca que vale la pena poner una bomba?

—Un par.

—Pues lo haremos. —Agitó los dedos para que Sawyer le pasara la mochila—. Ahí vienen Sash y Bran. Vosotros cuatro seguid adelante, nosotros acabaremos con esto y os alcanzaremos. Cuando terminemos será el momento de tomarse una margarita.

—¿Y un bellini no?

Riley miró a Annika negando con la cabeza.

—Después de esta excursión solo podemos tomar margaritas. Y tras pasar varias horas trepando por las colinas colocando trampas para los malos, ¿sabes qué pega con las margaritas? La salsa de Sawyer.

—Faltaría más —se ofreció Sawyer.

Para cuando llegaron a la casa, Annika se moría de ganas de meterse en la piscina y disfrutar de la sensación reconfortante del agua. Como Sasha y Sawyer habían empezado ya a picar y cortar, subió corriendo a su habitación para ponerse uno de sus nuevos bañadores y el pareo.

Cuando salió de la casa, Doyle estaba de pie al otro extremo de la piscina, mirando las colinas. Llevaba puestas las gafas de sol y tenía una mano apoyada en la empuñadura del cuchillo que portaba al cinto.

Parecía un guerrero, fuerte, en forma y preparado para afrontar lo que viniese.

—Te falta la cerveza.

—No tardaré en ir a buscarla.

—Miras el sitio en el que acabamos de estar porque estás preocupado. ¿Acaso has olvidado algo importante? ¿O no ha servido de nada todo lo que hemos hecho? Te preocupa que, a pesar de toda la planificación y el esfuerzo, nos acaben matando. No nos matarán.

—El optimismo es parte de tu encanto, preciosa.

—No nos matarán —repitió ella mientras se le acercaba—. Has visto más muerte de la que nadie debería ver. Un inmortal afronta la muerte cada día, pero nunca la suya. Siempre tienes las pérdidas presentes, como los hombres que cayeron ante ti.

La sirena había acertado de lleno, pensó él, y se movió para mirarla de frente.

—¿Cuánto tiempo vivís las sirenas?

—Vivimos más tiempo que las gentes terrestres. Mucho más. Por eso sé que, cuando vuelva a casa, cuando regrese al mar, algún día mi corazón seguirá latiendo y el de Sawyer no. Saberlo es muy duro.

—Tiene suerte de tenerte ahora.

—Estaba escrito —dijo con sencillez—, al menos durante el tiempo de que

disponemos. Igual que estaba escrito que todos estuviésemos aquí juntos, para buscar y encontrar las estrellas. Para llevarlas de regreso a la Isla de Cristal. Como estaba escrito, afrontaremos lo que venga y haremos lo que debemos hacer.

Le pasó a Doyle un brazo por la cintura y se apoyó contra él. Ella era así.

—Eres un guerrero. Un guerrero no es un asesino, porque un guerrero, uno de verdad, tiene honor. En cambio, los hombres que vendrán no son guerreros.

—No, no lo son.

—Y, cuando vengan, venceremos. Hemos dedicado el día a hacer un trabajo bien hecho, y ahora tenemos que saborear el placer de haberlo hecho. Deberías ir a buscar la cerveza.

—Debería ir a buscar la cerveza.

No solía permitirse sentir o mostrar afecto por nadie, pero se encontró apoyándole la mano en la barbilla y besándola ligeramente en los labios.

De camino a la cocina se encontró con Sawyer en la puerta, que llevaba en las manos una bandeja con salsa recién hecha y patatas fritas.

—¿Tengo que darte una paliza?

Doyle volvió la vista atrás. Annika alzó por un momento los brazos y la cara al cielo y luego se zambulló con elegancia en la piscina.

—Tío, si las cosas fueran distintas, distintas de verdad, tendrías que intentarlo. Pero no lo son, así que podemos ahorrarnos los cardenales. ¿Quieres una cerveza o prefieres ese refresco que prepara Riley?

—Me quedo con el refresco.

—Tú verás —dijo Doyle, y entró a buscar cerveza.

Sawyer llevó la bandeja a la mesa, la dejó y se acercó a la piscina.

Annika estaba tendida en el fondo, con los ojos cerrados y los labios suavemente curvados en una sonrisa, como si estuviese soñando con algo bonito.

Riley salió cargada con una jarra de margaritas en un cuenco grande lleno de hielo.

—Sasha trae lo demás.

Dejó la jarra y movió los hombros hacia delante y hacia atrás.

—Madre mía, estoy deseando meterme en esa piscina.

—Ahora está Annika.

—¿Y?

—Creo que está echando una siesta.

Riley fue hasta el borde y miró hacia abajo.

—¡Ja! Pues tendrá que ser una siesta muy corta. El tiempo que tarde en darme un homenaje. —Volvió junto a la mesa, untó una patata en la salsa de Sawyer y la probó—. ¡Ay, nene, cómo sabes lo que me gusta! Podría comerme una tonelada. Trae esos vasos, Sash —dijo cuando Sasha salió de la casa—. Que empiece la fiesta. ¿Dónde está Bran?

—Quería comprobar una cosa en el taller. Ha dicho que no tardaría. Creo que Doyle se ha metido en la ducha. ¿Dónde está Annika?

—Echando una siesta en la piscina. —Riley sirvió tres vasos generosos.

—Una siesta en la piscina —repitió Sasha, cogiendo su cuaderno de dibujo de la bandeja—. ¿No es extraño lo pronto que nos acostumbramos a lo que antes considerábamos, o al menos yo consideraba, imposible? Annika está durmiendo dentro de la piscina. Bran, arriba, con sus pociones mágicas. Uno de nosotros podría volverse loco y atacar a Doyle en la ducha como en la película *Psicosis*.

Riley soltó una carcajada e hizo el gesto de apuñalar a alguien, emitiendo el sonido agudo que acompañaba a la clásica escena.

—Podría decirle a Sawyer: «Oye, ¿te importaría llevarme a Francia, a principios del siglo XX? Es que me encantaría conversar con Monet».

—¿Cuál de los dos? —quiso saber Riley.

—Ya que preguntas, con ambos, aunque estoy pensando sobre todo en Claude, mi favorito. —Sasha probó la margarita y la encontró perfecta—. Así que habría que hacer un viajecito a Giverny.

—Podría llevarte. —Sawyer tomó un poco de salsa.

—Ya lo creo. Ah, y dentro de un par de semanas, cuando llegue la luna llena, Riley se convertirá en lobo.

Sawyer echó la cabeza hacia atrás e hizo una imitación muy precisa del aullido de un lobo.

—¿Y yo? —preguntó Sasha, haciendo un gesto con su bebida—. Nunca sé cuándo puedo estar conversando con alguien y de repente empezar a soltar profecías. —Dio un sorbo y suspiró—. Y después de unas pocas semanas todo eso me parece absolutamente normal.

—Porque lo es, para nosotros. —Riley alzó su vaso—. Por nosotros, y a la mierda lo demás.

Mientras entrechocaban sus vasos, Annika salió a la superficie y apoyó los brazos en el borde de la piscina.

—¿Ya es momento de tomarse una margarita?

—Ven a por una. —Riley sirvió otro vaso.

Cuando Doyle salió con una segunda cerveza fría en la mano, se fijó en Annika y Riley, que estaban en la piscina. Aunque la doctora Gwin no fuese una sirena, pensó, nadaba como un pez. Sasha se hallaba de pie junto a la casa, con tela y caballete, pinceles y pintura, de cara al mar.

Bajo el emparrado, Sawyer y Bran hablaban con la cabeza muy cerca el uno del otro. Doyle caminó hacia ellos. Aunque se había saltado las margaritas, era un fan de la salsa de Sawyer.

—¿Cuál es el plan?

—Lo estábamos comentando —le dijo Sawyer.

—Mientras permanezcamos aquí, estaremos protegidos. Dentro de lo que

cabe, claro. —Bran contempló a Sasha mientras se recogía el cabello bajo el sombrero, su delicada nuca y la curva que dibujaba su espalda. Acto seguido, levantó la vista hacia las colinas—. Pero Annika dice que sigues preocupado.

—No hace falta más que un agujero, ¿verdad? Una bala no necesita mucho sitio.

—Qué idea más agradable —murmuró Sawyer.

—Hemos colocado trampas y he añadido protección, pero Doyle tiene razón: una parte depende de Sasha. En Corfú supo que Nerezza atacaría y pudimos prepararnos. Además, contamos con la red de contactos de Riley. Cuando ese tal Malmon salga hacia Capri, nos enteraremos. Entonces tendremos que luchar contra dos enemigos: hombres y esbirros. Somos más fuertes que antes. —Volvió a mirar a Sasha—. Y estamos más unidos. Creo que eso será importante. Nos dará ventaja. Y aparte está lo de buscar las estrellas.

—¿No tenemos más pistas? —Doyle señaló a Sasha con el pulgar.

—Todavía no. Siente mucha presión, así que os pido que, si no estoy yo a su lado, haya siempre otra persona. Ahora aguanta bien las visiones, pero, cuanto más se abre, más empuja Nerezza para entrar.

—Cuidaremos de ella. —Sawyer echó un vistazo hacia la piscina—. Una vez que empiece todo, nadie debería separarse del grupo. No dejaremos que Sasha se aleje.

—Entonces seguiremos adelante y cumpliremos con nuestra misión, lo que nos lleva al agua.

—Desde el punto de vista estratégico, el ataque fuerte debería producirse después de que encontremos la estrella. Si mi objetivo fuese conseguirla —continuó diciendo Doyle—, me sentaría a esperar a que mis enemigos hicieran el trabajo, me los quitaría de en medio y me quedaría con el trofeo.

—Pero —dijo Bran, y esperó a que el otro continuara.

—No solo les mueve la lógica, ¿verdad? También la codicia y un toque de locura. Sasha profetizó que Malmon no era lo que había sido o llegaría a ser. Si nos basamos en sus visiones, debemos dar por sentado que ha firmado un contrato con Nerezza. No hay forma de saber qué es ahora mismo, qué poder le ha otorgado ella a cambio. Ni cuánto empeño pondrá en llegar hasta nosotros, sabiendo qué tenemos y quiénes somos.

—Mucho empeño —dijo Sawyer—. Créeme.

—Si es así, lo más probable es que nos lance al menos un ataque de prueba, para mermar nuestras fuerzas o hacernos prisioneros a unos cuantos. O quizá se lance a por todas, si cree que tenemos alguna información que pueda serle útil para encontrar la estrella él mismo.

—Es un hijo de puta y está muy seguro de sí mismo. Me inclino por la segunda posibilidad. No con la intención de matarnos, o al menos no a todos. Malmon preferiría capturarnos, pero, ya puestos, disfrutaría manchando el suelo de sangre.

—O el agua —intervino Bran—, que es donde centraremos la búsqueda.

—Y donde somos más vulnerables. —Doyle lanzó una ojeada hacia Annika—. A pesar de tener cierta ventaja.

—Podría armaros a los demás con bombas. No os perjudicarán como a los atacantes, pero tendría que hacer algunos ajustes para que funcionasen en el mar.

—Y además no podemos utilizar armas de fuego bajo el agua, y un arpón tiene un solo disparo.

—Ya nos hemos enfrentado a otros ataques en el mar —señaló Sawyer.

—Es cierto. De todos modos, Doyle, he estado trabajando con Sasha en tu idea de añadir a las armas blancas algún elemento parecido a las bombas. Ya casi está listo para probarlo. Será de gran ayuda, pero puede que debamos

retirarnos, que Sawyer deba sacarnos de allí. En eso estábamos cuando has llegado.

—Os debo tener cerca, esa es la cuestión. Por eso nos llevé con barco incorporado hasta la villa de Corfú. No podía arriesgarme a dejarme a nadie, a desconectar.

Muy acostumbrado a hablar de guerra, Doyle tomó un poco de salsa.

—¿Qué pasa si desconectas?

—Nunca ha ocurrido, pero me han dicho que, si ocurre, el pasajero sufre una larga caída hasta cualquier lugar y cualquier momento. Si estamos en el barco, sé que puedo hacerlo, pero bajo el agua, podría dejarme a alguien y, si estamos en pleno ataque, es probable que incluso me lleve al enemigo.

—Pues en caso de que no tengamos tiempo de llegar al barco debemos esforzarnos al máximo por situarnos alrededor de Sawyer y darle así la oportunidad de hacer una retirada completa.

Riley se acercó con una toalla alrededor de la cintura.

—En el agua... —empezó a decir mientras volvía a llenar su vaso con el contenido de la jarra— somos dos equipos de tres.

—¿Sí? —preguntó Doyle.

—Si se tiene un poco de sesera, así es. Annika es una ventaja fundamental que juega a nuestro favor. Está en su elemento. Oye y ve más lejos que nosotros y que ellos. Se mueve más rápido que nosotros y que ellos. Y no quisiera recibir uno de sus coletazos. Bran es otra ventaja a nuestro favor. A nadie le gusta que le parta un rayo. Con una sacudida, se llevaría por delante más enemigos que todos los demás con cuchillos de buceo. Y puede escapar por su cuenta, acompañado al menos por uno de nosotros. ¿No?

—Es verdad, pero no os dejaría a ninguno. Y no es negociable.

—Gracias, aunque no me refería a eso. En caso necesario, Sawyer, nuestra

tercera ventaja, también puede sacarnos de allí. Si Bran sabe que Sawyer tiene a los demás, puede escapar.

Riley se sentó con su bebida.

—Los demás nos aseguraremos de que todo el mundo se mantenga con vida y nadie se separe del grupo. —Ahora miró a Sawyer—. ¿Alguna vez has disparado una pistola subacuática?

—No.

—¿Una pistola subacuática? —repitió Bran, arqueando las cejas.

—Sí, está diseñada especialmente para utilizarse bajo el agua. Dispara flechillas, no balas, porque los cañones no están estriados, y mantienen su trayectoria mediante la hidrodinámica. Son muy útiles.

—He oído hablar de ellas —contestó Sawyer—. Las emplean los hombres rana y los miembros de las fuerzas de combate de operaciones especiales, ¿no es así?

Riley asintió con la cabeza.

—Entre otros. Tal vez pueda conseguir un par y la munición necesaria. Seguramente tardaré unos días, pero sé de alguien que me las puede proporcionar.

—Con un par de armas no hay bastante para todos —señaló Doyle.

—Bastante tendré que discutir para conseguir dos: dos son suficientes. Eres buen tirador, pero se te da mejor el arco o la espada. Bran es un tirador bastante bueno, pero ¿por qué perder el tiempo cuando es el hombre del rayo? Sasha está mejorando con las armas de fuego, pero aún le queda mucho camino por recorrer. En cambio, con la ballesta es como Robin Hood y todos sus Hombres alegres juntos. Y Annika no va a usar un arma de fuego, ni dentro ni fuera del agua. Así que con dos basta. Una para mí, y una para Sawyer. Somos los mejores tiradores. Y, de hecho, si solo logro hacerme con una, será para Sawyer. Es el mejor de todos.

—De acuerdo, pues.

—Tanto si consigo una como dos, voy a necesitar dinero para hacer una transferencia.

—Harnos saber cuánto y lo reuniremos —dijo Bran—. Si contamos con esas armas, nos irá mejor. Además, hemos de tener en cuenta que nuestros enemigos también dispondrán de ellas. Necesitamos distracciones —murmuró—. Cualquier cosa que les lleve a disparar contra algo que no seamos nosotros. Trabajaré en ello. Eso de los dos equipos de tres es una buena estrategia, Riley.

—Ellos tendrán más. —Pálida, Sasha se acercó a la mesa y dejó una tela. En ella, había pintado una batalla submarina. Los seis, armados con cuchillos, lanzas y pistolas, rodeados de hombres armados. Sawyer contó a veinte. Sangre derramada en el agua. Y tiburones que acudían a alimentarse.

Annika se acercó y apoyó las manos en los hombros de Sawyer.

—La sangre los atrae. La palabra que usáis para describir algo así es «frenesí». Es verdad.

Riley soltó el aire con fuerza.

—¿Alguien más oye el tema de *Tiburón*?

Volvió a llenarse el vaso.

Sawyer observó la pintura.

—Esto está en mi lista de las cinco formas menos preferibles de morir.

—Oye, también en la mía. —Tras un trago largo y lento, Riley logró esbozar una sonrisa—. ¿Cuál es tu número uno?

—En un pozo de serpientes. ¿Y el tuyo?

—Destripada y descuartizada.

—Esa es buena.

—¿Qué significa destripada y descuartizada? —preguntó Annika.

Sawyer alargó el brazo y le frotó la mano.

—Mejor que no lo sepas —le dijo, y luego miró a Sasha—. ¿Has visto esto?

—Sí. Con mucha claridad.

—Nosotros rodeados por los malos mientras los tiburones están al acecho.

—¡Sí! —exclamó Sasha, y negó con la cabeza al ver que Riley le ofrecía un vaso.

—Es espantoso —comentó él—, y parece que hay un muro entre nosotros y Bruce y sus colegas.

—¿De qué Bruce hablas? —Sasha, muy afectada, se frotó los párpados con los nudillos—. ¿Quién demonios es Bruce?

—El nombre que puso el equipo de rodaje a la réplica mecánica del tiburón en la película *Tiburón* —explicó Riley—. Mmm.

—Exacto. Ahora siéntate. —Bran empujó a Sasha con suavidad y firmeza

hasta que la tuvo sentada en una silla—. No podríamos pedir una distracción mayor.

Ahora Sasha se limitó a cerrar los ojos.

—¿Un ataque de tiburones es una distracción? Una distracción.

—Y además, buenísima. Lo más probable es que vayan primero a por la presa del círculo exterior. —Doyle estudió la pintura como habría estudiado un plan de batalla—. Es algo que no he vivido en toda mi larga vida, un ataque de tiburones. ¿Y tú, preciosa?

—Podemos oírlos o sentirlos y nos mantenemos alejados. Pero también podemos hacer un sonido que no les gusta y avisar a otros si se les acercan.

—¿Qué sonido? —quiso saber Riley.

Annika tomó aire y abrió la boca.

Aunque no oyó nada, Sawyer tuvo la sensación de que un picahielo se le metía en la oreja y le llegaba directo al cerebro. A lo lejos, los perros empezaron a ladrar.

—Uau. Vale —dijo Riley, frotándose las orejas.

—Si aun así se nos acercan, luchamos. Se les golpea aquí —Annika se dio unos golpecitos en la nariz—, con fuerza.

—«A veces el tiburón se iba, pero otras veces permanecía allí.»

—Quint —explicó Riley—. Sawyer sigue con la película *Tiburón*.

—Los mares están llenos de presas más fáciles. Aquí, en la pintura, los malos son presa más fácil que nosotros.

—Annika tiene razón. —Riley asintió con la cabeza—. Además, gracias a Sasha estamos avisados. ¿Cómo podemos aprovecharlo?

—Quieren capturarnos, no matarnos —señaló Doyle—. Hay sangre: o nosotros estamos heridos o lo están ellos, pero diría que ellos nos triplican en número, y todos nosotros estamos vivos. Si nos quisieran muertos, al menos uno de nosotros estaría herido. O, al fin y al cabo, de mayor gravedad.

—Además, estamos agrupados —añadió Bran—. Muy juntos. ¿Lo suficientemente juntos? —le preguntó a Sawyer.

—Sí, lo suficientemente juntos. El truco consistirá en llegar a ese punto, dejar que nos rodeen y mantenernos unidos.

—Dejar que... —Ya más tranquila, Sasha cogió el vaso que había rehusado—. Sí, lo entiendo.

—Nuestra reacción instintiva será pelear, no rendirnos. Pero, si dejamos que ocurra esto —opinó Riley, dando unos golpecitos sobre la pintura—, la reacción instintiva de ellos será o bien acabar con los tiburones, o al menos intentarlo, o bien largarse.

—Nos mantenemos lo bastante cerca unos de otros, nos desplazamos hasta el barco y...

—Los tiburones se ocupan del resto. —Riley alzó su vaso hacia él—. Por Quint.

—De todo el resto no —corrigió Doyle—. Lo más probable es que lleven una embarcación y, si yo planeara un ataque así, dejaría a varios hombres en ella y por lo menos a un par en la nuestra.

—Aguafiestas. Está bien —añadió Riley—. Pero aun así, esos equipos no se esperarán que aparezcamos de repente de la nada. Así que o tú o yo nos haremos con el timón, y rápido. Los demás se ocuparán de los malos de nuestro barco, si es que los hay.

—Nos ocuparemos de ello. De todo ello —les aseguró Bran—. Es lo que debemos hacer.

—Es lo que debemos hacer —convino Sasha—, pero hemos de contar con otra cosa más. El pánico abyecto. Esos tiburones no son réplicas mecánicas de una película. Y solo hace falta que uno de ellos piense: «Mmm, mirad ese centro delicioso y masticable».

—Buena observación. Como apoyo, contamos con el silbido secreto contra

tiburones de Anni —le recordó Riley.

—Aun así, tengámoslo en cuenta. Porque acabo de elaborar mi propia lista, algo que no había tenido en toda mi vida, y ser devorada por tiburones ocupa el primer lugar. —Sasha dio un trago de su margarita—. Y de momento no tiene rival.

Se prepararon para un ataque, resolvieron que harían lo que hiciera falta y empezaron a buscar la estrella a la mañana siguiente. Siguieron buscando al otro día, y al otro. No llegó ningún ataque, ni tampoco encontraron la estrella o alguna pista que los encaminara hacia ella.

Inquieto, Doyle merodeaba por el patio durante la práctica de combate.

—¡Utiliza los pies, Sasha! —le espetó a la adivina, que acababa de caer de culo una vez más—. Deja de ponérselo fácil, Gwin, y lánzate a matar.

—Se defiende bien —replicó Riley.

—¡Y una mierda! ¡Tienes un cuchillo en la mano, Sasha, úsalo de una puñetera vez! —exclamó Doyle. Al ver que Sasha lanzaba un ataque y fallaba por más de treinta centímetros, se adelantó a grandes zancadas y la agarró por el brazo—. Sujeción de combate, movimiento descendente.

Guió su brazo con tanta fuerza y rapidez que a Sasha le dolieron las agujetas que le habían provocado las malditas flexiones.

—No le hará ningún corte. ¿Acaso no confías en tu novio?

—Sí, confío en él. Lo intento, de verdad.

—Esfuézate más. Tampoco es tan buena.

Riley adelantó una cadera.

—¿En serio? Pues ven aquí, machote. Enfrentate a mí.

Doyle aceptó el desafío de buena gana y le quitó el cuchillo a Sasha, que murmuró:

—Espero que te dé una buena tunda.

Él le lanzó una ojeada.

—La próxima vez, aprovecha ese cabreo en tu propia práctica.

Mientras hablaba, Riley le asestó una patada con salto en pleno tronco y lo propulsó a más de un metro de distancia. Después, aterrizó, recuperó la postura y sonrió.

—Siempre a punto, siempre alerta. ¿No es eso lo que no paras de repetirnos? Pues parece que se te ha olvidado, bocazas.

—Igual que se te ha olvidado a ti lanzarte a matar.

Giraron uno alrededor del otro. Ella esquivó una cuchillada, pero no el puñetazo en el vientre. Cayó al suelo, lanzó el cuchillo hechizado contra el muslo de él, rodó hacia atrás y se levantó.

—No he acertado en la arteria —dijo Riley mientras volvían a girar—. La próxima vez, acertaré.

Pinchazos, fintas, patadas, un puñetazo.

Sawyer y Bran interrumpieron su propia pelea para mirar, y Annika bajó los brazos mientras sus bolas flotaban en el aire.

Doyle derribó a Riley con una zancadilla, pero ella rodó otra vez y se levantó con una voltereta hacia atrás, lanzando, con algo más de fuerza de la necesaria para estar entrenando, una patada dirigida contra la entepierna, en la que acertó de lleno.

Doyle apretó los dientes, superó el dolor y marcó un punto en el brazo izquierdo de Riley.

—Estás sangrando.

—No sería la primera vez.

Se abalanzaron uno contra el otro. Los cuchillos se encontraron y se cruzaron. Aguantaron allí, como piratas, con la mirada encendida, hasta que Doyle la empujó hacia atrás. Ella se recuperó, lanzó una patada circular y le

alcanzó a la altura del pecho. Doyle le agarró el pie y aprovechó su impulso para proyectarla hacia arriba. Riley logró dar un salto mortal y aterrizó, aunque perdió el equilibrio y tuvo que recuperar la postura.

Doyle volvió a atacar, la tiró al suelo y le apoyó el cuchillo en la garganta.

—Estás perdida.

—Tú también, tío. Tengo el cuchillo en tus tripas.

Doyle permaneció sobre ella un momento más, admitiendo solo para sí que se había quedado sin respiración y que los huevos le dolían un horror. Luego se irguió para mirar hacia abajo. Tenía el cuchillo de ella hundido en las tripas hasta la empuñadura.

—No me mataría durante mucho tiempo, pero tú seguirías estando muerta.

—Menos mal que no voy a luchar contra Lázaro. Quítate de encima.

—Enseguida. —Miró al público que les rodeaba—. La tengo en el suelo, y vamos a suponer que la he desarmado. Tengo mi cuchillo en su garganta. ¿Qué hacéis? ¿Annika?

Sin vacilar, esta levantó el brazo bruscamente. Doyle notó un cosquilleo en la mano que sostenía el cuchillo.

—Perfecto. Puntería y reflejos. Bran.

Bran sacudió la mano y el cuchillo se convirtió en un plátano.

—Un poco de humor —dijo Bran—. Pero efectivo.

—Muy bien. ¿Sasha?

Cogió el cuchillo de Bran y lo arrojó. Alcanzó a Doyle en la parte posterior de la cabeza.

—Impresionante.

—Te apuntaba a la espalda, al centro de masa. Pero pienso aprovechar la suerte si me viene de cara.

—¿Sawyer?

Con una mano en el bolsillo, midió la distancia. En un instante estuvo

agachado junto a Doyle y Riley y le asestó al inmortal una tajada limpia en el cuello. Acto seguido, agarró a Riley del hombro y volvió con ella al punto de partida en un abrir y cerrar de ojos.

—Muy bien —aprobó Doyle, poniéndose de pie—. Por supuesto, estamos suponiendo que alguno de vosotros cuenta con esa décima de segundo necesaria para actuar.

—La buscaremos —insistió Annika—. Tenemos que protegernos unos a otros. Si no hacemos todo lo que haga falta, fracasaremos. Si encontramos las estrellas pero uno de nosotros cae, fracasaremos. Creímos que habías caído aquella noche en Corfú y te lloramos. Porque ahora somos una familia. La familia se protege, siempre.

—Aquella noche utilizaste tu décima de segundo para proteger a Riley —le recordó Sasha a Doyle—. Anni tiene razón. Tenemos que encontrar las estrellas los seis. Si alguno de nosotros cae, fracasaremos. No podemos fracasar. Me esforzaré más.

—Has mejorado. Partías de una situación inicial mucho peor que los demás.

—Supongo que pretendes animarme. Estás enfadado —añadió Sasha, observando a Doyle—. Lo noto. Estás enfadado y empiezas a dudar si estamos en el camino adecuado, en el lugar adecuado. Si la visión que tuve y que nos trajo hasta aquí estaba equivocada.

—Hace poco tiempo que las interpretas.

—Aún no se ha equivocado —le recordó Bran—. La impaciencia, aunque sea muy humana, no es productiva.

—La brújula le da la razón. —Sawyer la sacó de su bolsillo—. Dice que es aquí. Lo compruebo cada noche: estamos donde debemos estar.

—Cuando pierdes algo —comentó Riley—, está siempre en el último lugar en el que miras. Porque, cuando lo encuentras, dejas de mirar. Aún no hemos llegado al último lugar.

—¿Te has preguntado por qué Nerezza no nos ha atacado todavía? Llevamos aquí casi dos semanas.

—Sí que se lo ha preguntado. —Bran le pasó a Sasha el brazo por la cintura.

—No pasa un solo día sin que Nerezza intente entrar en mi interior. —La adivina llevó su mano hasta el collar de protección que Bran le había confeccionado y frotó las piedras—. Los dioses tienen todo el tiempo del universo, ¿no?

—Los dioses y también los inmortales —comentó Riley—. Los demás, no tenemos tanto.

—Así que seguiremos buscando la estrella hasta que lleguemos a ese último lugar —dijo Sawyer, apretando la mano que Annika había deslizado en la suya—. Está aquí, y no pienso quejarme por no tener que luchar hasta la puñetera muerte durante el par de semanas que llevamos buscándola.

¿Nadie se daba cuenta de que eran cinco contra uno, que Doyle defendía solo su postura? Annika sí lo vio, se le acercó y lo desarmó estrechándolo en un abrazo.

—Estás enfadado porque solo puedes luchar contra tus amigos.

—Quizá un poco cabreado porque tiene amigos —dijo Riley con una sonrisa irónica—. Y porque uno de ellos le ha dado una patada en los huevos.

—Es posible, aunque también puede ser que no hayamos encontrado el último lugar porque estamos mirando en el sitio equivocado. No me refiero a la isla. La adivina y la brújula mágica dicen que es Capri, pero quizá no esté en el agua, ni en una cueva. No hemos valorado otras posibilidades. Dijiste en el agua, del agua —le dijo a Sasha—. Pero ¿y las fuentes, pozos y manantiales subterráneos? ¿Y las bahías, las calas y las ensenadas?

—La bahía de los suspiros —empezó a decir Sasha, y su mirada se hizo más profunda—. Perdida entre lo que es, lo que fue y lo que será. Allí mora la

belleza sin fin, y también la pena. ¿Eres digno de pasar entre ambas? ¿Posees un corazón sincero, un espíritu puro? Suspiros por los aceptados. Suspiros por los rechazados. Una esperanza que jamás se desvanece. Y la canción que canta la estrella para guiarte.

Sasha dejó escapar un suspiro.

—Están esperando a que la encontremos.

—¿Quiénes? —quiso saber Doyle—. ¿Dónde?

—No lo sé. Percibo... algo que aguarda, que confía. Pero no tengo más respuestas, lo siento.

—Yo tampoco —dijo Riley—. He estado investigando acerca de la bahía de los suspiros, pero todavía no he averiguado nada. Seguiré buscando, lo enfocaré desde otros ángulos. ¿En un mundo paralelo, quizá? ¿Un desplazamiento temporal? Si fuese así, tendría que ocuparse Sawyer. Probaré con otros recursos.

—Yo haré lo mismo —dijo Bran—. Es posible que algún miembro de mi familia sepa algo al respecto o conozca a alguien que pueda saberlo. Mientras, seguiremos buscando para ir descartando opciones.

—Más vale que tomemos un desayuno rápido y vayamos al barco. —Riley hizo una pausa y sacó el móvil, que estaba sonando—. Esperad. Es mi contacto sobre Malmon.

—Soy Gwin —dijo, apartándose del resto.

—Como Riley está ocupada, puedo ayudarte con el desayuno —se ofreció Annika.

Sasha asintió con la cabeza, mirando a Riley.

—Vamos a ello.

Y entró en la casa con Annika.

Para cuando Riley fue a por un café, Sasha estaba poniendo la última tostada en una fuente junto a un montón de beicon.

—¿Qué has averiguado?

—Os lo contaré cuando estemos todos. Gracias por sustituirme, Anni.

—No me importa. Me gusta preparar el cuenco de la fruta.

—Tiene buena pinta y huele bien. Ya veremos cómo sabe.

No tardó en llenar su plato ni en poner al día a los demás.

—Malmon sigue en Londres, pero ha reservado una villa grande de cojones, con vistas a Marina Grande. Degli Dei.

—Villa de los dioses —tradujo Doyle.

—Al destino le encanta gastar bromas, ¿a que sí? La ha alquilado por un mes, y pagará el doble de lo que pedían. El período de alquiler empieza dentro de tres días, y me han dicho que ha contratado a John Trake.

—No sé quién es —dijo Sawyer.

—Yo sí. Fue coronel de las fuerzas especiales del ejército de Estados Unidos. Se ocupaba de las operaciones encubiertas. Lo expulsaron discretamente por conducta deshonrosa hace unos siete años, cuando se le fue la mano. Le había cogido demasiado gusto a matar, no se preocupaba por los daños colaterales ya fuesen sus propios hombres, civiles desarmados o niños. A Trake le acompaña Eli Yadin.

—Ese sí sé quién es. Yadin participó en lo de Marruecos. Creo que antes perteneció al Mosad —añadió Sawyer.

—Crees bien. Se les descontroló demasiado, y hay que descontrolarse mucho para escandalizar al Mosad. Es un asesino, pero su especialidad es la tortura. Otro nombre: Franz Berger. Cazador, rastreador y francotirador de mamíferos de cuatro y dos patas.

—¿Hasta qué punto confías en tu fuente? —le preguntó Doyle.

—Confío por completo. Es una mujer que trabaja en la Interpol y, creedme, Malmon y los demás miembros de esa lista están muy buscados. A la Interpol le interesa tanto como a nosotros lo que sea que esté preparando.

—No nos conviene mucho llamar la atención de la Interpol —señaló Bran.

—Pues tendremos que andarnos con cuidado. Nos quedan unos días. Estoy pensando una cosa. ¿Por qué no le echamos un ojo a la chabola de Malmon aquí en Capri? Podríamos hacerlo esta noche, ahora que todo está tranquilo.

—¿Allanamiento de morada? —Sawyer pinchó un trozo de tostada—. Creo que lo pasaremos bien. ¿Sabéis? Si dispusiera de algunas cosas, podría montar unos micrófonos.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Annika.

—Entramos —explicó él—, echamos una ojeada y escondemos varios micrófonos en los puntos que nos parezcan adecuados. Podría sernos útil.

—Podría serlo, sí. Para empezar, ¿sabes preparar micrófonos ocultos? Sawyer le sonrió a Riley.

—Soy un manitas.

—Vale. En segundo lugar: seguramente Malmon los buscará.

—Yo podría ayudar en eso —reflexionó Bran—. Haré un hechizo para que un detector electrónico no pueda localizarlos. No me costará mucho.

—Otro manitas. Y conmigo, ya seremos tres. —Riley sirvió más café—. Dime qué necesitas y dame distintas opciones, Sawyer. Moveré unos hilos, pero puede que tarde un día.

—Te haré una lista, podemos entrar en la casa mañana por la noche. Tres días —calculó Sawyer—. Puede que tengamos suerte y encontremos la estrella antes de que llegue.

—¿Y si no? —Sasha paseó la vista por la mesa, mirando a las cinco personas en las que más confiaba en el mundo—. Haremos lo que haga falta para proteger la estrella y protegernos unos a otros.

Sawyer preparó la lista; Riley movió los hilos. Eso retrasó un poco la

búsqueda, pero Sawyer pensó que, si podía montar unos micrófonos para averiguar algo de los planes de Malmon, merecería la pena dedicar una hora menos a buscar en el agua.

Mientras cogía sus cosas, Annika cruzó el umbral de la habitación.

—Tengo que hablar contigo.

—Claro —dijo Sawyer. Pero cuando la sirena entró y cerró la puerta a sus espaldas, dejó lo que estaba haciendo—. ¿Es algo serio?

—Es importante. En la pintura de Sasha, estás herido.

—A todos nos han herido en esta pequeña aventura, Anni. Doyle también salía tocado, así que...

—Él no puede morir.

—Y yo no lo haré. —Al ver la preocupación en sus ojos, fue hasta ella y le cogió las manos—. Nos sacaré a todos de allí.

—Te resulta difícil viajar con tanta gente. Por favor, no me mientas para tranquilizarme. No me tranquilizarás con mentiras.

—No es tan difícil, aunque sí un poco complicado. Pero nos traje a todos aquí, ¿verdad?

—Sería complicado, más complicado, si estuvieras herido, ¿no?

—Annika, no tiene sentido preocuparse por eso. —Las manos de Sawyer ascendieron por sus brazos y la agarraron de los hombros—. Nos sacaré a todos sanos y salvos. Tienes que confiar en mí.

—Confío en ti. Todo lo que soy confía en ti. Pero os harán daño a ti y a Doyle, que aunque no puede morir siente dolor. Yo no salgo herida en el cuadro, y además soy marina.

—Vale.

—Puedo escapar de los hombres, de los tiburones. Puedo... distraerlos, hasta que escapes con los demás, y luego...

—Ni hablar.

Un pequeño arrebató de mal genio hizo que le apretara los hombros con más fuerza.

—¡Debes escucharme! —replicó ella, también irritada—. Si lo complicado se vuelve demasiado difícil, puedes confiar en mí. Puedo escapar sin viajar. Te llevas a los demás y dejas que yo...

—No voy a dejarte. Nunca te dejaría. ¡No! —exclamó antes de que ella pudiera volver a hablar—. Y si crees que lo haría, si crees que me lo plantearía siquiera, no me conoces.

—¿Entiendes que podría llegar al barco a mi modo casi antes que tú?

—Eso no importa. No pienso dejarte atrás ni hoy ni mañana ni en el puñetero instante en que esa pintura se haga realidad. En ningún sitio, en ningún momento. —Sawyer percibió algo en los ojos de Annika, que debía de jugar de pena al póquer, y le soltó los hombros para cogerle la cara con la misma firmeza—. Y no creas que puedes alejarte lo suficiente para que no pueda conectar. Eso tampoco va a pasar, solo me lo pondrías más difícil.

—No quiero ponértelo difícil. Quiero que estés a salvo.

—Lo estaré, y tú también.

Le echó la cabeza hacia atrás, solo un poco, y posó sus labios sobre los de ella. Con calma, para tranquilizarla. Al principio.

Ella le envolvió con su cuerpo, rodeándole, y Sawyer se perdió en el calor y el deseo. La apretó contra la pared y se permitió tomar, saborear lo que ella le entregaba, se permitió saborear lo que ella le hacía sentir en la sangre, en los huesos.

Apenas oyeron los tres golpes bruscos en la puerta.

—¡Sawyer! Quítale las manos de encima a la chica —ordenó Doyle—. Nos vamos.

—Tenemos que irnos.

A regañadientes, casi con dolor, Sawyer apartó sus manos de Annika.

—¿Por qué no te acuestas conmigo?

—¿Qué? —Sawyer retrocedió como si alguien hubiera retirado la anilla de una granada—. ¿Qué has dicho?

—Tu parte sexual se pone dura, se prepara para hacer el amor, pero no lo pides. No sé si me está permitido pedir hacer el amor. No conozco las normas.

Como Annika hizo un gesto hacia él, hacia aquello, tuvo que reprimir el impulso de cruzarse las manos sobre la ingle.

—No he... No es que no... En fin, claro que hay normas —replicó Sawyer, agarrándose a un clavo ardiendo—. Son muchas y muy complicadas. Ya hablaremos de ellas. Más tarde. Ahora tenemos que irnos.

—Entonces ¿me explicarás las normas?

—Pues... Sí, supongo. Más tarde. —Cogió su mochila y abrió la puerta. Curiosamente, seguía sin poder llenarse de aire los pulmones—. Pero ahora tenemos que irnos. Estrellas perdidas, mundos en peligro, la malvada madre de las mentiras. Ya sabes, lo de siempre.

—Cuando conozca las normas, podremos yacer juntos en mi habitación. Mi cama es más grande.

—Buena idea. —Sawyer se echó la mochila al hombro a toda prisa y, sujetando con una mano la puerta abierta, cogió la de ella con la otra—. Vámonos.

La sacó de la habitación y siguió caminando hasta que estuvieron fuera, donde los esperaban los demás.

Logró separarse lo suficiente para decirle a Sasha en un murmullo:

—Distráela. Tengo que hablar con Doyle y Bran.

—Vaya, es que...

Dado que Sawyer estaba ya a la altura de Doyle y adaptaba su paso a la velocidad de este, Sasha frenó un poco y señaló diciendo:

—¡Oh, mirad! Una mariposa.

El comentario provocó una expresión de desconcierto en Riley, pero logró que Annika se parara a admirar la mariposa el tiempo suficiente para que Sawyer pudiera alejarse.

—Escucha —le dijo a Doyle—, no todo ha sido hacer manitas.

—La verdad, no necesito oír nada sobre las otras partes de vuestro cuerpo.

—No me refiero a eso. Tengo que hablar contigo, con Bran y con las otras mujeres de una idea absurda que ha tenido Anni sobre la pintura. Tenemos que vigilarla por si no he logrado disuadirla.

Miró hacia atrás como quien no quiere la cosa y calculó que tenía espacio suficiente si se daba prisa. Y le hizo un gesto a Bran.

A Annika no le importaba caminar con sus dos amigas. Pensó que tal vez las mujeres se mostrasen menos tímidas y nerviosas al hablar de sexo.

—¿Podéis decirme las normas del sexo?

—¿Normas? —preguntó Riley a su vez—. ¿Qué normas?

—No las conozco, aquí no. Sawyer dice que hay un montón de normas complicadas. No veo por qué deberían ser complicadas, pero puedo aprenderlas. Me gusta aprender.

—Complicadas. —Riley soltó un bufido—. Yo digo que son sencillas. Mis tres principales: que los dos estén dispuestos, disponibles y limpios.

—Esas son muy sencillas. —«Y muy satisfactorias», pensó Annika—. Tus normas significan que Sawyer y yo podemos acostarnos.

—Sigo tratando de entender por qué no se te ha tirado todavía.

—Riley. —Sasha puso los ojos en blanco—. Hay normas distintas para cada persona. O quizá no son tanto normas como... sensibilidades, y no siempre son fáciles de explicar.

Riley fue levantando dedos.

—Dispuestos, disponibles, limpios.

—Una buena base de la que partir —convino Sasha—. Pero lo cierto es que

necesitamos un poco más de tiempo e intimidad para hablar de eso —añadió mientras pasaban junto a otros transeúntes.

—Pero me lo explicaréis para que lo aprenda.

—Lo haremos.

—¡Gracias! Entonces Sawyer y yo podremos acostarnos como Bran y tú. Siento que no puedas acostarte con nadie —le dijo a Riley.

—Estamos las dos en dique seco, chica.

Concentraron sus esfuerzos en el lado oriental de la isla, explorando las ensenadas y las cuevas profundas. Annika no oyó suspiros ni canciones. Solo en una ocasión notó en el agua una presencia del tamaño de un ser humano o de un tiburón.

Sin embargo, era otro par de submarinistas, un hombre y una mujer, que le parecieron más interesados el uno en el otro que en la vida marina.

Tras la segunda inmersión, encabezó la marcha de regreso al barco. Permanecería vigilante hasta que ocurriera lo que aparecía en la pintura de Sasha y todos volvieran a estar sanos y salvos.

Subió a bordo, contenta como siempre de quitarse las aletas, tan raras e incómodas, que debía llevar cuando tenía piernas.

Sasha subió detrás de ella, seguida por Sawyer. Solícita, Annika abrió el arcón con bebidas frías. Sasha querría agua, pero a Sawyer y a Riley les gustaban las Coca-Colas, y...

Mientras sacaba las botellas, un ave descendió para posarse en la barandilla. La sirena la miró y estuvo a punto de sonreír, pero en lugar de hacerlo, volvió a dejar las botellas con cuidado y se enderezó.

—Tú no eres un ave.

Sasha, que se estaba quitando el traje de neopreno, volvió la vista hacia ella.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Esta es su criatura.

El ave no se movió, solo volvió la cabeza deformada para mirar con sus

relucientes ojos amarillos a Sawyer, que sacaba el arma de su mochila.

—No le dispares —susurró Sasha—. Espera a Bran, espera a los demás.

Mientras Riley subía a bordo, otra ave se posó sobre la barandilla.

—Tenemos compañía —dijo Riley, desenvainando su cuchillo.

Las aves, del tamaño de unas palomas, tenían el cuerpo fibroso, casi arrugado, y una cabeza ancha que giraba como la de un búho. No emitían ningún sonido. Otra ave bajó planeando hasta posarse junto a ellas. Sus ojos, de un amarillo enfermizo, los miraban sin parpadear con sus grasientas plumas negras pegadas al cuerpo.

Ya en cubierta Bran se agachó y ladeó la cabeza. A su derecha, Doyle sacó el cuchillo.

—¿Nos envía esto? —Bran observaba divertido las aves—. ¿A sus heraldos? ¿Para asustarnos? ¿Esto es lo que nos manda?

Sasha se dio la vuelta, llevándose una mano a la cabeza y alargando el otro brazo para indicarle que aguardara.

—Ven y mira. Eso dice el libro de vuestro dios. Miré y contemplé a un caballo pálido: el nombre del que lo montaba era Muerte, y el infierno le seguía. Así que envió a un caballo pálido y a un jinete. Esta es vuestra muerte. Este es vuestro infierno. Mis aves limpiarán vuestros huesos y mis perros lamerán vuestra sangre.

Bran echó a andar hacia ella, que sacudió la cabeza con vehemencia.

—Espera. Espera.

Sasha respiró profundamente, cerró los ojos, y, para cuando volvió a abrirlos, ardían como cristales en llamas. Habló, y su voz resonó sobre el agua.

—Y nosotros decimos que nunca poseerás las estrellas. Envía a tu caballo, a tu jinete, envía lo peor que tengas: lo aplastaremos todo y a todos. Y a ti con ellos hasta que envejezcas, te marchites y te debilites. Somos tu muerte, somos

tu destrucción. ¡Ven y mira! —Sasha echó la cabeza atrás y bajó los brazos de un golpe con los dedos extendidos—. ¡Ven y mira!

Las aves chillaron, desplegaron las alas y echaron a volar hacia Sasha.

Annika alzó un brazo, protegiendo el rostro de Sasha, y emitió un ruido atronador con su pulsera para espantar a una de las aves mientras Bran lanzaba rayos azules incandescentes contra las otras dos.

Sus cuerpos se desintegraron en un fétido humo negro.

—Le he hecho daño. —Con una carcajada perpleja y temblorosa, Sasha se apretó las sienes con los dedos una vez más—. Le he hecho daño. He notado su dolor. Le he hecho tanto daño como ella me ha hecho a mí. No, más, mucho más.

—Te sangra la nariz —murmuró Annika, y se la limpió, delicada, con una toalla.

—No pasa nada, de verdad. —Con los ojos brillantes de lágrimas y triunfo, Sasha miró a Bran—. No pasa nada, a ella también. Lo he hecho yo.

—*Fáidh* —dijo Bran. Abrumado y muy afectado, la atrajo hacia sí y la estrechó en un abrazo—. *A ghrá*. Siéntate. —Mientras hablaba, hizo que se agachara para acunarla sobre sus piernas—. Necesita agua.

—Estoy bien. —Volvió la risa, un poco más firme—. ¿No lo ves? Estoy bien. La he oído gritar de dolor, de rabia. Y quizá sí me vendría bien algo para el dolor de cabeza, pero la he vencido. La he rechazado, Bran. He estado en su mente.

—Vamos, deja que te ayude. —Con mucha suavidad, le apoyó los dedos en las sienes y le pasó las manos por el cráneo—. Dame el dolor y habrá desaparecido.

—Bebe un poco. —Annika se arrodilló y le ofreció agua a Sasha; luego cogió su mano y se la llevó a la mejilla—. Has sido muy fuerte, muy valiente.

—Me sentía fuerte. He dejado que entrase. Sabía que era el momento, sabía

que podía hacerlo.

—¿Crees que no confío en ti? —Bran la besó—. Me has quitado varios años de vida, pero confío en ti.

—Ahora vendrá con más furia.

Riley le lanzó una mirada a Doyle.

—Aquí viene el aguafiestas.

—Vendrá con más furia —repitió él—, porque ahora sabe que aquella que, como yo, consideraba débil, es mucho más fuerte de lo que parece.

—Desde luego —dijo Annika, y Riley se echó a reír.

—Así que piensa atacarnos con el Apocalipsis, ¿no? O sea, con todo ese rollo de los cuatro jinetes y el fin del mundo. Pues por mí ya puede hacerlo. Bran, prepáranos más fuego y azufre. Le enseñaremos a esa arpía qué es el infierno.

—Malmon no es ningún jinete pálido. —Sawyer sacó una Coca-Cola, le lanzó otra a Riley y le ofreció una botella de zumo a Annika—. En cualquier caso, Malmon es un psicópata, un matón con dinero.

—Ahora es mucho más —le recordó Sasha.

—Sea lo que sea, tú misma has visto que les venceremos —replicó Sawyer, y dio un trago de Coca-Cola—. Sasha Riggs, acabas de enfrentarte a un dios y has ganado. ¿Adónde vas ahora?

—Voy a encontrar las dos Estrellas de la Fortuna que faltan y luego a bailar en una playa soleada. Lo haremos.

—Para citar las palabras de mi amiga, tú lo has dicho. Pero por hoy me parece que hemos terminado de bucear.

—Estoy bien, Sawyer. En serio.

—Tanto si estás bien como si no, Sawyer tiene toda la razón. Hemos terminado por hoy —dijo Doyle, y entró en la caseta del timón.

—Acabemos ahora que estamos animados, Sash. —Riley se dejó caer junto

a ella y le dio una palmadita en el hombro—. Además, quiero llegar a la orilla y comprobar si mi contacto ha encontrado lo que busca Sawyer.

Cuando tuvo la certeza de que Sasha estaba convencida, Annika fue a sentarse junto a Sawyer y le cogió la mano.

—Lo entendí.

—¿Qué entendiste?

—Entendí lo que me dijiste y lo que ya sabía en mi mente, pero no en mi corazón. Cuando el ave que no era un ave voló hacia Sasha y la destruí, habría hecho lo mismo si hubiera sido un hombre. Habría hecho lo mismo.

Cuando la sirena se apoyó contra él, Sawyer le pasó el brazo por los hombros. Bran también abrazaba a Sasha mientras regresaban a tierra.

Una vez que llegaron al muelle, Riley sacó su móvil.

—Dadme cinco minutos —dijo, y se alejó.

—Sasha debería tomar un helado. Como recompensa —insistió Annika.

—Es difícil resistirse a un helado, pero... Qué rápido —dijo Sasha al ver que Riley volvía enseguida.

—Rápido y eficaz. Tengo lo de tu lista, Sawyer. Puedo recogerlo dentro de una hora más o menos.

—Ya tengo deberes.

—Una hora. Perfecto. Así Annika, Riley y yo tendremos una hora para ir de compras.

—¡Compras! —exclamó Annika, uniendo las palmas de las manos y sonriendo de oreja a oreja.

—¿Compras? —Frunciendo el ceño, Riley inclinó hacia abajo sus gafas de sol y resopló—. ¿Qué queréis comprar?

—No hace falta tener un objetivo concreto. —Alegre y animada, Sasha cogió la mano de Riley y la apretó con fuerza—. Iremos las tres de compras, recogeremos las piezas de Sawyer y... traeremos pizza para cenar.

—Has tenido un día muy largo y una experiencia muy intensa —empezó Bran—, y, ahora que Nerezza ha hecho su primer movimiento, deberíamos permanecer todos juntos.

—Hoy no me buscará más, y creo haber demostrado que puedo defenderme. No irás a decirnos que no podemos defendernos porque somos mujeres.

—No vayas por ahí, tía —le advirtió Sawyer—. No vas a ganar. Pero podemos esperar mientras...

—Marchaos —señaló Sasha—. Los tres. Si merezco una recompensa, es un ratito de compras sin ningún hombre pululando por ahí. —Para sellar su decisión, Sasha se puso de puntillas y le dio a Bran un breve beso en los labios—. Estaremos de vuelta en un par de horas.

—Si no lo estáis...

—Lo estaremos.

—No os separéis.

—Por supuesto. —Sasha les indicó con un gesto que se marcharan y esperó hasta que dejaron de verlos—. Estupendo.

—¡Quiero comprarme unos pendientes nuevos!

—No vamos a ir de compras.

Annika se quedó boquiabierta.

—Pero has dicho que...

—¿Quieres hablar de sexo?

—¡Sí! —Annika cogió la mano de Sasha—. ¡Era un plan!

—Así es.

—Si vamos a hablar de sexo cuando yo estoy en dique seco, necesitaré un poco de alcohol. —Riley recorrió con la mirada el puerto deportivo—. Busquemos un sitio que tenga bellinis y buenas vistas.

Al cabo de diez minutos estaban sentadas en una terraza sombreada con

vistas a los barcos. Riley pidió en italiano y aprovechó para coquetear un poco con el camarero, que le siguió el juego.

Luego suspiró y se apoyó en el respaldo de su asiento.

—Solo estaba demostrándome a mí misma que podría acostarme con alguien si quisiera un rollo de una noche. Bueno, a lo que íbamos. —Hizo un gesto en dirección a Annika—. Aquí están las doctoras. Dígame que le pasa.

—¿También eres doctora?

—Quiere decir que estamos aquí para escucharte —explicó Sasha.

—Oh. Está muy bien tener amigas chicas.

—No podría estar más de acuerdo —convino Sasha.

—Sawyer dice que el sexo tiene normas complicadas. Si es tan difícil y estricto, ¿cómo se acuestan las personas unas con otras?

—Buena pregunta. Yo pensaba que era tan complicado que era mejor olvidarse del sexo. Realmente creía que era lo mejor para mí, hasta que apareció Bran.

—Porque sois pareja.

—Sí. No sabía que él sentía lo mismo que yo. Pero me aceptó, aceptó lo que soy y lo que tengo. Nadie lo había hecho antes que Bran. Antes que todos vosotros.

—Y que conste que yo no quiero acostarme con ella —aclaró Riley, y le sonrió al camarero, que les traía los bellinis.

—Pero es muy guapa, y también amable y sensata. Lo pasaríais muy bien juntas.

Intrigada, Riley ladeó la cabeza.

—¿Hay gais entre las gentes del mar?

—Oh, sí. Somos muy felices.

—No, me refiero a si... ¿Os atrae la gente del mismo sexo? ¿Podéis aparearos con alguien del mismo sexo?

—Por supuesto. De una forma distinta, por el cuerpo, y no saldrán crías, pero quieres a quien quieres, ¿no? Amas a quien amas.

—Brindo por eso —dijo Riley, alzando su bellini.

—¿Es una de las normas? ¿No se puede?

—Estamos eliminando esa norma. En algunos sitios, más despacio, pero estamos en ello.

Annika soltó un bufido y miró su copa con el ceño fruncido.

—¿Todas las normas son así de estúpidas?

—Puede que algunas, y además las normas no siempre son las mismas.

Ahora Annika levantó una mano, frustrada.

—¿Cómo pueden no ser siempre las mismas si son normas?

—Vamos a necesitar más bellinis —decidió Riley—. Y algo de bollería.

—Estoy totalmente de acuerdo. Pero las normas, Anni, dependen de la gente implicada, de la situación. Por ejemplo, si Bran hubiera estado casado o prometido con otra persona.

—Esa es la norma de estar disponibles —añadió Riley.

—Lo entiendo y estoy de acuerdo. También entiendo lo de estar dispuestos. Nunca debe hacerse por la fuerza. Lo de limpios... no estoy segura de por qué es importante, en cada sexo.

—No se trata de esa clase de limpieza. Se trata más bien de decirle a tu pareja si estás sexualmente sano. —Sasha negó con la cabeza—. No creo que eso sea un problema para ti ni para Sawyer, así que, de momento, podemos posponer esa explicación tan complicada. En cuanto a las otras normas, las que dependen, algunas vienen del código ético o de las creencias de las personas implicadas.

—Sé lo que es el código ético. Sawyer es honorable. Quizá demasiado. Traté de explicarle que, cuando pase lo del cuadro, puedo espabilar sola,

que él puede llevaros solo a vosotros, porque está herido, y dejarme para que...

—Tonterías. Eso nunca va a pasar.

Frustrada, Annika se volvió hacia Riley.

—Pero puedo...

—No me importa una mierda lo que puedas hacer. Y si Sawyer hubiese dicho otra cosa, me sentiría muy decepcionada. Aunque antes lo tumbaría de un puñetazo.

—Es insultante, Annika —dijo Sasha, con más suavidad—. Al sugerir eso, nos insultas.

—No pretendo insultaros. Os quiero. ¿Herí sus sentimientos? —La angustia le encogió el corazón, le nubló la mente—. Oh, lo perdono mucho. Le pediré siento.

—No hace falta que lo hagas —le aconsejó Riley—. Y recuerda: todos para uno y uno para todos.

—Todos para uno y uno para todos —repitió Annika—. Eso es un código. No lo olvidaré. Si hiero sus sentimientos, no querrá acostarse conmigo.

—No creo que sea eso. No cabe duda de que necesitamos más bellinis.

Riley llamó al camarero con un gesto y mantuvo con él una conversación larga y llena de coqueteos.

Interesada, Annika observó que el camarero se volvía a mirar a Riley.

—Él se acostaría contigo.

—Se te da muy bien interpretar las señales. El sexo con un extraño puede ser emocionante, una pequeña dosis de peligro forma parte de la emoción. Pero ahora mismo ya tengo suficiente emoción y peligro en mi vida. Además, estamos hablando de ti y de Sawyer. Te prometo que se ha acostado contigo varios cientos de veces en su mente.

—Pero quiero que lo haga con su cuerpo.

—Normal.

Annika asintió con la cabeza y dijo:

—Es valiente, fuerte y amable, y muy guapo. Pero tú no te acuestas con él.

—¿Qué? Vale, sí, es una monada y está bueno. Además, no es ningún llorica, pero... te gusta quien te gusta, ¿verdad?

—Sí. —Annika se recostó en el asiento, complacida—. Es un misterio del corazón. Yo deseo a Sawyer y él me desea a mí. Su... como se llame... No recuerdo qué nombre le dais —dijo, dándose unas palmaditas en el regazo.

—Hay muchos nombres para eso.

—Nos quedaremos con «pene» —sugirió Sasha con una carcajada, clavando el dedo en el brazo de Riley.

—Su pene se pone duro, a punto para hacer el amor, cuando nos besamos, cuando me toca. Eso es deseo, y veo el deseo en sus ojos. Pero no mete su pene dentro de mí.

—¿Es así de sencillo en tu mundo? —quiso saber Sasha.

—Puede haber un ritual de apareamiento; eso es más serio. O puede ser por diversión. Para cubrir las necesidades.

—No es tan diferente, entonces. Mira, creo que estamos muy equilibradas. Seguramente soy más abierta que Sasha en cuanto al sexo.

—¡Oye!

—Antes de que llegara Bran —añadió Riley.

—De acuerdo. Tienes razón.

—Creo que el código de Sawyer hace complicadas las normas de vuestra relación. No quiere aprovecharse de ti ni de la situación. Eso no significa que no quiera echarte un polvo o que no imagine que te echa un polvo.

—¿Un polvo? Pero yo quiero hacer el amor con él...

—Echar un polvo significa eso mismo.

Annika se echó a reír.

—Me gusta. Es una palabra divertida. ¿Cómo hago que deje de imaginar y empiece a echarme un polvo sin tener que forzarlo?

—Ataca tú —intervino Sasha.

Riley parpadeó.

—¡Vaya! Me sorprendes, Sash.

—Me has llamado estrecha.

—No lo he hecho, aunque habría podido. Estoy de acuerdo, deberías atacar, Annika.

—¿Como en combate?

—No. Quiero decir que tomes la iniciativa. Que vayas a buscarle e inicies el... polvo —decidió Sasha—. Cierra la puerta y quítate la ropa. Luego, si hace falta, quítasela a él.

—Te veo muy lanzada, Sash.

—Ya no soy una estrecha, ¿eh? —dijo Sasha con una sonrisita de superioridad—. No te lo sugeriría si no hubiese percibido cuánto te desea, Anni. Era tan fuerte que no podía dejar de percibirlo. No me meto donde no me llaman, te lo prometo.

—Es un código, lo sé. Pero ¿percibiste su deseo hacia mí?

—Sí. Y sus esfuerzos por controlarlo.

—Así que tengo que atacarlo para que pueda dejar de luchar contra sí mismo. —Annika se apoyó una mano en el corazón, que le había empezado a latir con más fuerza—. ¿Eso está permitido?

—Incluso se aconseja.

Cuando volvió el camarero, Riley le dedicó una sonrisa seductora.

El chico rezumaba flirteo por todos sus poros mientras dejaba sobre la mesa la siguiente ronda junto a una pequeña fuente repleta de bollos y pasteles.

—*Belle donne* —dijo, y se besó las puntas de los dedos—. Es un placer servir las.

Riley contempló cómo se alejaba.

—Quizá debería cambiar de opinión...

—No —dijo Sasha en tono categórico.

—Para ti es fácil decirlo; no soporto que tengas razón. Siempre me quedarán las pastas.

—¿Puedo aliviar a Sawyer de sus esfuerzos y atacarlo esta noche para que me eche un polvo?

—Eso es cosa tuya. —Tras una rápida inspección, Riley cogió un *zeppole* de la bandeja—. Pero recuerda que necesitamos que monte los micrófonos.

Después de pensarlo un poco, Annika asintió con la cabeza.

—Eso es más importante que el polvo. Pero ¿y si acaba con los micrófonos?

—Pues atacas. ¿Qué es eso? —señaló Sasha.

—Si te entra por los ojos, ¿qué más te da cómo se llame? Es un *bombolone*. Considéralo un donut de primera categoría. Ten. —Cogió una pasta pequeña y glaseada y la puso en el plato de Annika—. Te gustará. Menudo festín nos hemos montado.

—Me encantan los festines. Gracias por ayudarme a entender las normas y los códigos de los polvos.

—No creo que la necesites, pero... —dijo Sasha, cogiendo la mano de Annika—. Buena suerte.

—Ahora coman y beban, señoras. Tenemos una reunión en unos veinte minutos.

—De camino a la reunión, o a la casa, ¿podemos comprar?

Antes de que Riley pudiera protestar, Sasha asintió con la cabeza.

—En realidad, no nos queda más remedio. No podemos volver sin una prueba que demuestre que hemos hecho lo que habíamos dicho que haríamos.

—¡Mierda! Pero tendremos que comprar a la velocidad del rayo. O sea,

muy rápido —explicó Riley.

—Oh, puedo ser rápida.

—Sí, sí. Lo creeré cuando lo vea.

Volvieron a la casa cargadas de bolsas. Tal vez Annika no alcanzara el objetivo de Riley de comprar a la velocidad del rayo, pero se las arregló para hacerse con dos pares de pendientes, unas sandalias con un tacón de más de doce centímetros con las que se movía como si hubiera nacido con ellas puestas, un bolsito en el que apenas cabía nada, pero que llevaba un cierre en forma de concha que le encantó, y tres vestidos.

Juntas, ascendieron por la cuesta con las bolsas de las compras, las piezas de Sawyer y tres pizzas grandes.

—¿Dónde puñetas vas a ponerte esos tacones? —quiso saber Riley.

—Va a ponérselos cuando seduzca a Sawyer. Entrará con ellos puestos, se quitará el vestido y no llevará puesto nada más.

—Puede que seas nueva en esto, Sasha, pero tienes talento y estrategia.

—¡Me lo he pasado tan bien! Tus nuevos pendientes te quedan muy bien, Riley.

Encogiéndose de hombros, Riley aceptó su punto débil.

—En un combate, lo único que tiene que hacer el oponente es agarrar uno y tirar.

—Quedan geniales. Los de Sasha también, y estará muy guapa con el vestido nuevo y las sandalias. Deberías haberte comprado el vestido que te he enseñado, Riley.

—No tengo ningún hombre al que seducir.

—Tienes muy buen cuerpo. Es pequeño, fuerte y ágil, y tus pechos son preciosos.

—Pues eso no sirve para que se me tire nadie, pero gracias.

—En mi mundo, hombres y mujeres tendrían ganas de echarte un polvo.

Entraron en la casa entre risas. Salió a recibirlas Bran, que había estado haciendo verdaderos esfuerzos para no preocuparse.

—Parece que habéis hecho buenas compras.

—Unas compras excelentes, y hemos cumplido la promesa de traer pizza — anunció Sasha, y levantó el rostro para recibir un beso.

—Llevaré la pizza a la cocina. Doyle está en el huerto, o, al menos, estaba. Sawyer está fuera, planeando cómo utilizar lo que le hayáis traído.

—Riley puede llevárselo —replicó Sasha, dándole a Annika un codazo sutil —. Nosotras subiremos a guardar lo que hemos comprado.

—¿Esto es estrategia? —preguntó Annika mientras empezaban a subir las escaleras.

—Dale algo de tiempo para echarte de menos y preguntarse dónde estás. No te pongas todavía las sandalias de tacón. Resérvalas para causarle más impresión.

—Es como un juego.

—En cierto modo, aunque en este juego ganáis los dos.

En la puerta de su habitación, Annika dejó las bolsas en el suelo para abrazar a Sasha con fuerza.

—Gracias. Riley y tú sois mis hermanas en este mundo, y también en el mío.

—De todos vosotros he aprendido qué es la familia. Cuando esto acabe, voy a tratar de utilizar todo lo que he aprendido con mi madre. Nos vemos abajo.

—Deberías ponerte el vestido nuevo.

En la puerta de su habitación, Sasha se detuvo un instante y sonrió.

—¿Sabes? Tienes razón. Me pondré el vestido nuevo.

Annika entendía los juegos y entendía los rituales. Había visto a tres de sus hermanas ejecutar rituales de apareamiento. Consistían en coquetear, fingir desinterés y volver a coquetear.

Aunque sabía que Sawyer no podría ser su compañero de vida, le amaba y siempre le amaría, por lo que, por su parte, el ritual estaba permitido.

Se cambió de ropa, aunque no se puso el vestido nuevo porque Sasha debía deslumbrar con el suyo. Sin embargo, sí se aplicó el brillo de labios y el cepillo con color en las pestañas como se había fijado que hacían las mujeres para realzar su belleza.

Bajó a la cocina para preparar, como le había enseñado Sasha, una jarra de zumo de frutas con gas. En una bandeja colocó la jarra, unos vasos y el cuenco de hielo por si a alguien le apetecía.

Sawyer estaba sentado ante la mesa situada bajo el emparrado trasteando con los objetos que Riley le había conseguido, un plano que había dibujado y una especie de herramienta que a Annika le recordó a una pistola.

Doyle se hallaba sentado frente a Sawyer, mirándole trabajar. Annika llevó la bandeja hasta allí con una sonrisa en los labios.

—He preparado unos refrescos porque dentro de un ratito querréis cerveza con la pizza. Bran la calentará para la cena. ¿Es el micrófono? —preguntó mientras servía las bebidas.

—Lo será. Tengo que conectar este condensador...

—¿Es un condensador de flujo? —preguntó Riley desde la terraza.

—¡Ja! Me vendría de perlas una máquina del tiempo. Tengo lo suficiente para fabricar tres transmisores ambientales, así que tendremos que decidir dónde serán más útiles.

—¿Cómo aprendiste a hacer esto? —quiso saber Doyle.

—Supongo que por curiosidad. Desmonté una vieja radio y luego un viejo contestador automático, uno de mis coches de control remoto estropeados,

cosas así. Descubrí cómo utilizarlo para jugar a espías. Estos serán un poco más sofisticados. Aunque es jugar sucio de verdad.

—¿Quieres jugar?

—No, es una... —Sawyer miró a Annika—. Ah, estás guapa. O sea, siempre estás guapa, pero...

—Gracias.

Recorrió sus hombros con un dedo mientras pasaba por detrás de él. Luego se sentó sobre el borde de la mesa, de espaldas a él y de cara a Doyle.

Sí, conocía el ritual.

—Llevas muy bien el barco.

—Eso es bueno.

—Es buenísimo. Tal vez podrías enseñarme. Me gusta aprender. A cambio, puedo enseñarte a dar volteretas.

—Si voy por ahí dando volteretas, no podré sostener una espada.

—Puedo enseñarte a darlas con una sola mano. Eres fuerte. —Despacio, Annika alargó el brazo y le palpó el bíceps—. Podrías tomar impulso con solo una mano, buscando las piernas con la espada y pateando la cara con los pies.

—¿Con una mano?

—Sí, puedo enseñarte. Y también a subir corriendo por una pared con las dos manos libres para saltar hacia atrás. Te sería útil en un combate. ¿Te gustaría que te lo mostrase?

—Claro. Estoy abierto a las novedades.

Cuando se levantó para ir con Annika hasta el césped, volvió la vista y vio que Sawyer fruncía el ceño. Alzó la vista hasta Riley, que sonreía apoyada en la barandilla para disfrutar del espectáculo.

Esta oyó que Sawyer soltaba una maldición.

—¿Algún problema, vaquero?

—Nada. Me he quemado un poco.

Riley miró a Annika, cuyo vestido descendía hasta la cabeza mostrando sus preciosas piernas mientras ejecutaba una voltereta.

—Seguro —dijo Riley, y volvió a sonreír.

Sawyer continuó trabajando. Riley le había conseguido todo lo que necesitaba; ahora, él lo usaría para fabricar lo que querían.

Hizo lo posible para concentrarse e ignorar las instrucciones que Annika le daba a Doyle, así como los comentarios con los que este respondía.

Y las risas. Doyle, que no era muy dado a reírse, parecía estar pasándolo de puta madre.

Para, se advirtió a sí mismo cuando notó que la irritación y los celos le erizaban la piel. Tenía un trabajo que hacer, mundos que salvar, y no podía preocuparse por el hecho de que parte de su equipo se dedicase a dar volteretas en el estúpido césped.

Tal vez a él también le interesara aprender a dar una voltereta con una sola mano. Doyle no era el único con fuerza en la parte superior del cuerpo.

Vale, quizá Doyle tuviese la clase de fuerza en la parte superior del cuerpo que le permitía, tumbado en un banco, levantar un Toyota, pero aun así...

Trató de serenarse. No tenía sentido volver a chamuscarse los dedos con la pistola de soldar por estar observándolos en lugar de fijarse en lo que hacía.

En ese momento salió Sasha y se sentó junto a él.

—Cenaremos pizza dentro de una hora más o menos, si te va bien.

Con un gruñido, Sawyer acabó de enrollar un trozo de cable esmaltado alrededor de un perno y cortó los extremos.

—Quiero seguir con esto —dijo, y peló los extremos del cable—. Puedo llevármelo dentro y comer un trozo de pizza.

—¿Puedo ayudarte con algo?

Negó con la cabeza y cogió el soldador para soldar los extremos pelados del minúsculo circuito impreso que acababa de fabricar.

—Es una tarea para una sola persona.

—Si ves que... ¡Ostras!

—¿Qué pasa?

—Doyle acaba de dar una voltereta, pero con una mano.

Sawyer levantó la mirada a tiempo de ver cómo Annika le daba a Doyle un abrazo para felicitarle.

—Fantástico.

Para cuando acabó de fabricar dos dispositivos de escucha en una mesa de la sala de estar, donde tenía más espacio y un poco de tranquilidad, ya había salido la luna y brillaban las estrellas. Y necesitaba un descanso.

Salió y se sentó en los peldaños para contemplar el mar.

—¿Cómo ha ido?

Volvió la vista hacia arriba y vio a Bran en la terraza.

—Tengo dos listos y comprobados. Necesito...

—Espera, ahora bajo.

Cuando salió, Bran se sentó en los peldaños y le pasó a Sawyer una cerveza.

—Sasha me ha dicho que solo has tomado agua y cafeína durante la fabricación. He pensado que ahora te vendría bien esto.

—Sí, gracias. Necesitaba un descanso. No es una tarea muy complicada, pero sí minuciosa, sobre todo cuando se hace a mano. Podría trabajar en el último dispositivo esta noche, pero creo que empezaría a cometer errores. Podemos esperar a mañana por la noche para colocarlos o limitarnos a poner solo dos.

—Ayer lo comentamos en la cena y decidimos colocarlos mañana por la noche, ¿lo recuerdas? No te fuerces más de la cuenta hoy.

—Te lo agradezco. —Satisfecho con la compañía y la cerveza, Sawyer empezó a pensar en lo que vendría a continuación—: Puedo meternos a todos en la villa de Malmon sin dificultad. Como no necesitaremos entrar ni por la ventana ni la puerta, no tenemos que preocuparnos por un posible sistema de alarma. Ahora bien, si hay detectores de movimiento sí tendremos un problema.

—Ah. —Bran asintió con la cabeza y apoyó la espalda contra los peldaños para alzar la vista al cielo estrellado y la luna creciente—. Ninguno hemos pensado en eso.

Desde que tomaron la decisión de registrar la villa de Malmon, Sawyer había reflexionado mucho.

—Si hay cámaras en el interior, tendremos otro. En caso de que haya alarmas con detectores de movimiento o cámaras de seguridad, tal vez podría eludirlas si supiera de qué tipo son y dónde tiene su base el sistema.

Bran levantó las cejas, divertido.

—Entonces, ¿es así?

Con una carcajada, Sawyer alzó la cerveza.

—No tengo costumbre de colarme en viviendas ajenas, pero es bueno saber cómo funcionan las cosas. Puedes contar con que Malmon instale esa clase de sistema de seguridad cuando entre a vivir allí. Aunque no sabemos si ya ha llegado. Si se me hubiese ocurrido antes, quizá Riley habría podido averiguarlo.

—Tal vez aún pueda; se lo preguntaremos. De lo contrario, creo que tendremos que arriesgarnos. Si salta alguna alarma, volvemos a salir antes de que acuda nadie.

—Seguramente puedo hacer que parezca un pequeño fallo técnico. Pero las cámaras...

—Buscaré la forma de ocuparme de ellas, en caso de que las haya.

—De acuerdo. Si mañana volvemos sobre las cinco, como de costumbre, tendré el tercer dispositivo listo antes de que se ponga el sol.

—Tenemos tiempo de sobra, porque pensamos esperar más o menos hasta medianoche. Doyle quiere echar un vistazo a la finca, y para eso necesitamos tranquilidad e intimidad.

—Tengo muy presente lo que quiere Doyle.

Bran dio un sorbo de su cerveza con aire reflexivo.

—¿Algún problema con Doyle?

—No, no... No hay ningún problema.

Para Bran, tres «nos» seguidos significaban «sí».

—Veo que Annika le ha enseñado nuevos movimientos.

—¿Qué movimientos? —La cabeza de Sawyer giró tan deprisa que a Bran casi le extrañó que no saliera disparado como el tapón de una botella—. Ah, ya, ya. La famosa voltereta con una sola mano.

—Hacia delante, sí. Ella dice que puede enseñarle a darla hacia atrás en muy poco tiempo. Sienten afecto y admiración mutuo. Y, *mo chara*, si crees que alguno de los dos siente algo más, pues es que eres un capullo, no hay más. Es tuya; solo tienes que pedírselo. Y ahora, como estoy pensando en estar con mi propia mujer, te desearé buenas noches. Y que duermas bien —añadió mientras se levantaba para entrar.

Solo tenía que pedírselo, pensó Sawyer, y dio otro trago de cerveza. Sin embargo, no era eso lo que sentía en ese momento. Además, no le parecía bien pedírselo. Era nueva en este mundo. Aún confundía las palabras, aún había que explicarle las cosas. ¿Cómo iba a ser correcto pedirle que se acostara con él?

Además, solo faltaban tres meses, bueno, ya solo dos y medio, para que Annika tuviera que volver al mar.

Si se lo pedía y ella aceptaba, a Sawyer le daba mucho miedo no poder

olvidarla jamás en toda su vida, fuese adonde fuese.

Nunca debería haberla tocado, nunca debería haber empezado aquello. La solución más sencilla era no volver a tocarla. Ya tenían suficientes problemas, ya corrían demasiados riesgos, sin tener que añadir sexo y más angustia.

Se levantó y se llevó la cerveza a su habitación. Abrió la puerta y casi se le cae la botella al suelo.

Annika estaba sentada en un lado de la cama y se puso de pie al verle en el umbral.

—Te estaba esperando.

—De acuerdo —respondió Sawyer con cautela, dejando la cerveza encima de un estante—. ¿Necesitas algo?

—Sí. Tú también, creo. Por eso te estaba esperando.

Sin dejar de mirarle, Annika levantó las manos hasta el pecho, se bajó los finos tirantes del vestido y, con un leve movimiento de los hombros, lo dejó caer a sus pies.

El único pensamiento que atravesó la mente de Sawyer fue: «Soy hombre muerto». Se apresuró a cerrar la puerta con gestos torpes.

—Annika, no...

Se quedó sin palabras cuando ella apartó el vestido que yacía en el suelo y permaneció de pie, ágil, esbelta y preciosa, sobre unos zapatos que no eran más que unas cuantas tiras de un rojo brillante y unos tacones altos y delgados.

—Me deseas. —Annika dio un paso hacia él—. Te deseo. ¿Aceptarás lo que te ofrezco? ¿Me ofrecerás lo que te pido?

Sawyer sabía que había razones, pero no pudo encontrar y retener ni una sola.

—Tengo que...

—Acuéstate conmigo —dijo ella, y dio otro paso. Y sus ojos, solo sus ojos,

de aquel verde embrujador, le destruyeron—. Aparéate conmigo. —Y otro paso—. Ven conmigo.

La sirena le rodeó el cuello con los brazos, apretó su cuerpo hermoso y alargado contra él y se apoderó de su boca.

Con un beso largo, cálido, lento y profundo, lo llenó de nudos y les prendió fuego. Los dedos de Annika se adentraron en su pelo, le sujetaron, mientras las defensas de Sawyer se desmoronaban hasta convertirse en polvo. Antes de que él pudiera encontrar la voluntad, la razón, para apuntalarse otra vez, Annika deslizó su pierna por la suya y abrió brecha en el muro.

Sawyer se rindió a ella, a su propio deseo descontrolado. A hacer puñetas las normas, pensó. A hacer puñetas los riesgos. La atrajo hacia sí y la agarró del cabello, aquel cabello maravilloso.

Juntos, infringirían las normas y asumirían los riesgos.

Cuando él retrocedió hacia la cama, Annika bajó las manos para tirarle de la camisa.

—Quiero verte, tocarte. Todo. Necesito quitarte la ropa.

—Sí, sí, ahora. Pero antes déjame... —Sawyer se dejó caer en la cama sin dejar de abrazarla y empezó a acariciar su piel suave, lisa y sublime—. Annika. Déjame a mí.

Fue todo lo que ella había imaginado, todo lo que había deseado. Esa libertad que Sawyer nunca antes le había dado, la pasión desatada de sus manos al tocarla y el salvaje anhelo de su boca al apoderarse de la de ella con dientes, lengua y labios.

Nadie la había besado nunca así. Con tanto apetito.

Deseosa de darle más, se apretó contra él allá donde notaba la dureza. Sawyer gimió contra su seno como si sintiera dolor, una clase de dolor que rezumaba necesidad.

Por eso, Annika volvió a arquear las caderas contra él, notando una especie

de sacudida en su propio núcleo, una maravillosa presión.

Los músculos de la espalda y los brazos masculinos, tan distintos cuando Sawyer descansaba en la cama, la suavidad bajo su cuerpo, la dureza encima, le generaban sensaciones muy intensas.

Aunque Annika nunca había desnudado a un hombre, no podía ser muy distinto de cuando se desnudaba a sí misma. Ansiaba sentir el cuerpo de Sawyer sin ropa contra el suyo. Alargó los brazos hacia el cinturón, tratando de contener su excitación para que sus dedos pudieran trabajar en la hebilla.

—Puede que sea mejor esperar un poco —murmuró él—, o se acabará muy muy rápido.

Las manos de Annika se quedaron inmóviles.

—¿Solo puede ser una vez?

El sonido que emitió Sawyer, una mezcla de risa y gruñido, la dejó desconcertada.

—No. No solo una vez.

—Pues entonces puede ser rápido —replicó ella. Le necesitaba ya, con urgencia, y le desabrochó el cinturón—. Quiero saber qué se siente. Es la primera vez que me apareo con piernas.

Sin aliento, casi desesperado, Sawyer se forzó a detenerse.

—¿La primera vez? ¿Significa eso que eres...? ¿Es como si fuera tu primera vez?

—¿Te refieres a si sigo teniendo el escudo? —Lo arrastró hacia sí de nuevo—. No. Esa parte es igual. Pero las piernas, la cama, tus piernas... Eso es diferente. Es todo nuevo. Quiero tenerte entre mis piernas. Quiero tenerte dentro de mí. Quiero saber qué se siente, Sawyer. Contigo. —Llena de deseo, de emoción, volvió a buscar la boca de su amante—. Solo contigo.

Empezó a bajarle los vaqueros.

—Aún llevo puestas las botas. Espera.

Se apartó de ella para incorporarse. Mientras él tiraba con violencia de las botas, Annika se arrodilló, le rodeó con los brazos desde atrás y le atrajo hacia sí, volviéndole loco con su boca en el cuello y sus manos recorriéndole el pecho.

Liberado por fin de las botas, de los vaqueros, de todo, se volvió hacia ella. Annika seguía de rodillas, con los cabellos cayéndole espalda abajo, sobre un hombro, como un río de tinta. La mirada de la sirena descendió por el pecho de Sawyer y más abajo. Annika sonrió.

—Eres muy guapo y fuerte.

Alargó el brazo y le pasó los dedos por el miembro. A Sawyer le vibraba la sangre. Un millar de cuerdas rasgueadas a la vez.

—¿Esto es placer?

—No creo que se haya inventado una palabra para lo que siento.

Sin dejar de sonreír, Annika se tendió de espaldas. Su pelo se extendió sobre las sábanas blancas formando largos y caudalosos ríos. Un regalo perfecto, ofrecido sin malicia ni artificio.

—Aparéate conmigo, por favor. Mete tu placer dentro de mí.

Sawyer se sintió deslumbrado, desconcertado, y en ese momento se sintió que le pertenecía.

Descendió hacia Annika, esforzándose para moverse con cuidado, para ir poco a poco por si ella se equivocaba y aquello fuera su primera vez, y empezó a penetrar su calidez, su humedad.

—Oh. Oh. —La sirena clavó los dedos y las uñas en el brazo de Sawyer mientras se estremecía de placer. Lanzó un grito y le miró maravillada—. Pero esto... esto viene al final. ¿Es el final?

—No, no es el final —contestó Sawyer, cuyos músculos temblaban mientras se preparaba para entrar más en ella—. ¿Quieres volver a correrte? ¿Quieres volver a sentirlo?

—¿Puedo? Sí. Sí.

La penetró más a fondo y Annika emitió un sonido grave.

Sawyer se quedó quieto, forzándose a permanecer inmóvil hasta que las caderas de la sirena empezaron a subir y bajar.

—Necesito... Necesito moverme.

—Está bien. —Los labios de Sawyer rozaron los de ella—. Haz lo que necesites.

Acto seguido usó la lengua, y el beso se volvió más salvaje cuando ella volvió a correrse, gritando contra su boca.

Sawyer empujó una vez, fuerte y hondo. Annika lanzó un grito ahogado y arqueó todo el cuerpo.

—Sí. Otra vez. Otra vez.

Sawyer la montó rápido, con fuerza. Se dejó llevar.

Annika notó un final que no era un final, porque él volvió a penetrarla con vigor. Al sentirse inundada, echó los brazos hacia atrás y le rodeó la cintura con las piernas. Se movió con él, se apareó con él, voló sobre la ola, y luego sobre la siguiente.

Lo que creció después en su interior fue mucho más que placer y alegría, más que todo lo que había conocido jamás. Se estremeció, y Sawyer se estremeció con ella.

Cuando llegó el verdadero final, la arrastró a otro mundo, un mundo más allá de la belleza.

Incluso después de recuperar el aliento, a Sawyer le palpitaba la sangre en los oídos. Cuando se apartó de Annika, ella le siguió y se acurrucó a su lado.

Esa sensación era perfecta.

—¿Estás contento conmigo?

—Anni, no existe una palabra lo bastante grande para expresar cómo me siento contigo ahora mismo.

—Yo también me siento así contigo. El sexo con piernas es diferente. Y contigo, todavía más. Tienes un pene muy bueno.

Sawyer se atragantó con su propia carcajada.

—Gracias. Le tengo... mucho cariño.

—Yo también. ¿Me lo meterás otra vez?

«No existe nadie como ella en este mundo —pensó Sawyer— En ningún mundo.»

—Después de esto, diría que con toda seguridad.

—¿Y esta vez ha sido muy muy rápida?

Sawyer cogió su mano, que descansaba sobre su corazón, y la besó.

—Supongo que la primera parte sí. Ya sabes, los preliminares. Lo de antes de... aparearnos.

—Ah, te refieres a tocarse y besarse. Eso me gusta mucho. ¿Es mejor que dure más?

—Depende. Pero a veces a la gente le gusta hacer otras cosas antes de entrar en materia.

—¿Otras cosas? ¿Qué otras cosas?

No es que Annika fuese inocente, se dijo Sawyer, pero no tenía experiencia en determinadas materias.

—¿Sabes? Tal vez deberías hablar de esto con Sasha y Riley.

—Lo he hecho. Así he sabido que tenía que venir aquí, quitarme el vestido y quedarme con los zapatos puestos.

—¿En serio?

—Los zapatos te han gustado. Se lo diré a las chicas.

Él se limitó a cerrar los ojos.

—Estoy seguro.

Poco a poco, Annika dibujó un círculo con un dedo sobre su corazón y fue bajando por su pecho con suavidad.

—¿Me harás esas otras cosas? ¿Me enseñarás para que pueda hacerte otras cosas?

—Annika, me estás matando.

—Eso es una expresión. Nunca te haría daño.

—Lo haré. —Mientras Sawyer volvía la cabeza para besarla, un pensamiento le hirió como una flecha disparada con una ballesta—. No te he protegido.

—No había ningún peligro.

—Me refiero a que... —Se incorporó sobre un codo—. ¿Puedes quedarte embarazada?

—Oh, no. No puedo tener crías contigo. Somos de mundos diferentes, no somos lo bastante parecidos. Lo siento.

—No. —Aliviado, Sawyer le besó la frente—. Es mejor así. Para empezar, estamos en guerra. Y, además, solo te quedan un par de meses más...

Annika se apresuró a apoyarle un dedo sobre los labios.

—No hables del final. Por favor. Tenemos el ahora.

—Tienes razón. Si te preocupas demasiado por el mañana, no aprecias lo que tienes hoy. Yo aprecio lo que tengo hoy, contigo.

Ella le apoyó la cabeza en el hombro.

—Quiero quedarme contigo esta noche.

—Yo también quiero que te quedes. La cama es un poco estrecha, pero nos las arreglaremos.

—Sí —contestó ella, volviendo a acurrucarse contra Sawyer—. ¿Es verdad que puede ser más de una vez?

—Sí. Ahora mismo falta muy poco para cumplirlo.

—Entonces, antes de dormir podrías enseñarme una de esas otras cosas.

—Podría hacerlo.

Mientras se inclinaba para besarla, le deslizó la mano por el cuerpo hasta

situarla entre sus piernas.

—¡Oh! ¡Eso me gusta!

Él se echó a reír en el preciso momento en que ella volvía a correrse.

Por la mañana, Sawyer salió a hacer gimnasia. Se sentía capaz de correr treinta kilómetros, todos cuesta arriba, sin quedarse sin respiración y luego compensarlo comiéndose una manada de caballos.

Encontró a Doyle apoyado contra la mesa del exterior, tomando café mientras el cielo se volvía pálido y rosado.

—No creo que tarden los demás —dijo Sawyer.

—Mmm. Tuviste suerte. Lo llevas escrito en la cara, tío —añadió Doyle—. Y aunque no lo llevaras, duermo en la habitación de al lado. Oí las voces entusiastas de tu sirena.

—Ah. —Sawyer observó su botella de agua y luego miró a Doyle—. ¿Lo siento?

—No, no lo sientes, y no te lo reprocho. Pero me debes una.

—¿Y eso?

—Me utilizó para ponerte frenético, la típica estrategia. Annika también estaría en deuda conmigo, pero como me enseñó un par de movimientos, estamos en paz.

Sawyer recordó las malditas volteretas y los celos que le erizaron la piel.

—No lo vi venir.

—Nunca se ve venir. Si quieres compensarme, usad su habitación. Así no pensaré en que yo no me estoy tirando a nadie.

—Dalo por hecho. Me cabreé contigo.

—Sí. —Doyle levantó su café dedicándole una de sus escasas sonrisas—.

Tampoco te lo reprocho. Eres un hombre afortunado, Sawyer. No encontrarás a otra como ella.

—Lo sé, por eso me esforcé a más no poder por no empezar una relación con ella.

—Tío, cuando la belleza te cae en las manos, tienes que aferrarte a ella mientras puedas. Mañana podrías estar muerto.

—Vaya, eso es... inspirador.

Cuando salieron los demás, Annika se fue derecha hacia Sawyer y le dio un beso tan apasionado que el hombre se preguntó cuándo podrían subir a su habitación.

—Yo también quiero uno de esos —dijo Doyle.

Annika soltó una carcajada. Se volvió hacia él, le apoyó las manos en los hombros y le dio un leve y dulce beso en los labios.

—Así se besa a la familia. Sawyer también es familia, pero es diferente. Nos acostamos juntos.

—Eso he oído.

—La cabeza se me llenó de estrellas. Si el sexo es muy bueno, te inundan las estrellas. Ah, y he aprendido lo de las otras cosas. ¿Sabías que en los preliminares un hombre puede...?

—Vale. —Sawyer le cogió la mano apresuradamente—. Deberíamos empezar a entrenar.

Tras casi una hora de sentadillas, arrastres de pies, flexiones y todas las demás torturas que se le ocurrieron a Doyle, Sawyer preparó una montaña de tortitas. Le tocaba hacer el desayuno y estaba de buen humor.

Mientras comían y comentaban cómo y cuándo visitarían la villa que había alquilado Malmon, a Riley le sonó el móvil, esta miró la pantalla, se levantó y se apartó de los demás, hablando en italiano a toda velocidad.

Cuando regresó, cogió su plato y siguió atiborrándose de comida sin

siquiera sentarse.

—Vale, he conseguido tres SPP-1M con veinticuatro cartuchos. Es lo máximo que he podido conseguir por el momento, el tercero me lo regalan. Tendremos que echar mano del fondo común —le dijo a Bran.

—Yo me encargo. ¿Dónde los recogemos?

—Tenemos que ir hasta su barco, así que habrá que salir pronto. Necesito que me des el dinero y algo de espacio. A ese tipo no le gustan las multitudes.

—¿Hasta qué punto es de fiar? —le preguntó Bran.

—Es contrabandista, traficante de armas y ladrón. Es un tipo escurridizo, pero no intentará engañarme. Será honrado; no querrá dañar su reputación o perder la venta, puede que querramos más munición.

—¿Son armas robadas? —preguntó Sasha.

Riley la miró y se encogió de hombros.

—Más vale no preguntar. Las necesitamos y las tendremos. Por lo menos, tres. Sawyer es el mejor tirador, así que una será para él. Yo me quedaré con otra, y creo que la tercera tiene que ser para Doyle. Bran es bueno, pero, teniendo en cuenta lo que es capaz de hacer por sí solo, que cuente o no con un arma es superfluo. Y Sasha no es que no sea buena tiradora, pero Doyle es mejor.

—Me parece bien, aunque debería aprender a utilizarla. Por si las moscas.

—Ya nos ocuparemos de eso en el barco, una vez que las tengamos.

Aunque no le gustaba la idea de tener más armas, Annika no dijo nada. Hizo las tareas que tenía asignadas, preparó la mochila para la jornada y fue caminando con los demás hasta el puerto deportivo.

Cuando salían del amarradero, Riley señaló un punto en el mar y preguntó:

—¿Veis ese yate de allí? ¿A las diez?

—Sería difícil no verlo —contestó Doyle—. Tiene por lo menos setenta y cinco metros de eslora.

—Sí, Lester no se anda con sutilezas.

Doyle la miró con una sonrisita irónica.

—¿Tu contrabandista se llama Lester?

—Conocí a un licántropo canalla llamado Sherman. Era un tío bastante majo hasta que descubrió las maravillas de la cocaína. A partir de entonces, le encantaba desgarrar gargantas tres noches al mes. Bueno. Solo tienes que salir y parar en un lateral del puerto. Yo seguiré desde allí.

Riley se colocó bien las gafas de sol y cogió la bolsa de dinero de manos de Bran.

—No os alarméis si veis a un par de tipos con armas automáticas. No van a dispararle a nadie.

—No sé por qué, pero eso no me inspira confianza —comentó Sawyer, que se quitó la pistolera de los riñones y se la colocó en la cadera.

—También es posible que aparezca alguna que otra rubia tonta tomando el sol en topless.

—Para eso necesito mi cámara.

Cuando se aproximaban, Sawyer vio a un par de tipos de facciones duras con rifles. Y, aunque le pareció injusto dar por sentado que fuesen tontas, a tres rubias muy atractivas que solo llevaban unas gafas de sol enormes y unos tangas minúsculos.

—¡Soy Riley Gwin! —exclamó Riley—. Lester me está esperando. A mí y a esto. —Levantó la bolsa—. Hola, Miguel, ¿qué pasa?

El tipo corpulento del AK-47 sonrió.

—No mucho, chica.

Cuando bajaron la escalera de embarque, Doyle le hizo un gesto a Sawyer.

—Coge el timón. Voy con ella.

—Ni hablar.

Ignorándola, Doyle fue hasta la escalera, la agarró y empezó a subir.

—Maldita sea. ¡Me acompaña un amigo, Miguel! Necesitaré ayuda para bajar la mercancía por la escalera.

Al cabo de unos momentos, Doyle subía al barco seguido de Riley y ambos desaparecieron de la vista.

—¿Cuánto tiempo les damos? —inquirió Sawyer sin dejar de mirar a los hombres armados.

—Diez minutos —decidió Bran—. ¿Puedes ver lo que piensan, *fáidh*?

—Al tal Miguel le gustaría vernos a Annika y a mí desnudas. El otro... no se encuentra muy bien. Creo que sufre indigestión.

—Diez minutos —repitió Bran—, a menos que Sasha perciba algún cambio.

Transcurrieron los diez minutos y, cuando Sawyer ya se estaba planteando cómo protegería a sus amigos, y cómo se las ingeniaría para subir al yate para salvar a los otros, oyó reírse a Riley.

Sin embargo, no se relajó hasta que la vio bajar por la escalera con una funda de cuero cruzada sobre el cuerpo y un estuche metálico en la mano.

Doyle venía detrás de ella con otra funda, otro estuche y una especie de caja debajo del brazo.

—*Ciao*, Miguel.

—Hasta luego, chica.

El hombre le envió un besito, pero no bajó el arma hasta que Sawyer dirigió el barco hacia mar abierto.

—¿Todo bien? —preguntó Sawyer.

—Perfecto. Tres pistolas subacuáticas con sus cartuchos, pistoleras y estuches. Y un pequeño regalo para Doyle. A Lester le ha caído bien, lo cual es una suerte, porque no le gusta nada que se cambie lo que se había acordado.

—No habrías podido llevarlo todo. —Tras despojarse de la funda, Doyle se la pasó a Bran—. Lester es un poco más alto que Gwin y tiene la misma cara que una rata aplastada contra una puerta.

—También tiene un par de cientos de millones y sabe vivir bien. Le gustan las mujeres descerebradas y tetonas, y los hombres jóvenes y atractivos, a menudo juntos y revueltos. Si le hubieras dado ocasión, te habría untado de aceite para deslizarse sobre tu cuerpo —le dijo a Doyle.

—No es mi tipo. Pero gracias a eso he conseguido una botella de tequila de primera calidad.

—Es un Tres, Cuatro y Cinco. No es que sea tequila de primera calidad; es el dios de los tequilas. No está hecho para preparar margaritas ni chupitos, sino para saborearlo a sorbitos. Sea como fuere, Lester ha cumplido.

Se sentó y abrió una funda.

—Voy a enseñaros nuestros nuevos juguetes.

—Decidme primero hacia dónde voy.

—Yo cogeré el timón. —Doyle se dirigió hacia la caseta—. Ya he visto los nuevos juguetes.

Annika, que no quería ver las armas, se levantó y anunció:

—Iré con Doyle. Va a enseñarme a conducir el barco.

—Ten, coge el timón.

Mientras Sawyer se apartaba a un lado, Doyle colocó a Annika delante del timón y situó sus manos en la posición adecuada.

—¿Puedo?

—Estoy aquí mismo.

A su espalda, los hombres cambiaron una mirada que expresaba agradecimiento por un lado y aceptación por el otro. Con Annika ocupada, Sawyer volvió para saber cómo funcionaban los SPP-1M.

Una vez en el agua, no disparó el suyo: no veía ningún blanco seguro y además no tenía sentido derrochar munición. Pero pudo tocar el arma, sopesarla y encontrar su equilibrio. Era una sensación diferente.

Mientras buceaban, centrados una vez más en la búsqueda de la estrella,

estuvo pendiente de Annika y los demás.

El soplo que le habían dado a Riley podía no ser verdad, o quizá Malmon había enviado una avanzadilla. Sin embargo, una vez más no encontraron nada ni a nadie.

Aún le quedaba una tarea pendiente. Cuando volvieron a la casa, se centró en ella. Los demás le dieron espacio y tranquilidad.

Cuando entró Annika, levantó la cabeza.

—Lo siento, pero Sasha me ha dicho que tienes que comer.

—Ya casi he terminado.

—Ha dicho que está preparando pollo a la parmesana.

De pronto, Sawyer tenía hambre.

—¿En serio?

—Y que la comida estará lista en media hora.

—Me parece perfecto.

—¿Yacerás conmigo en mi cama esta noche, Sawyer?

—Iba a pedirte.

La sonrisa de Annika iluminó la habitación.

—Entonces ¿puedo guardar tu ropa limpia en mi habitación? Acabo de doblarla.

—Eso estaría muy bien.

Pero ella debía recibir algo más que sexo, pensó. Porque, por muy fatalista que sonara, Doyle tenía razón. Cuando la belleza te caía en las manos, tenías que aferrarte a ella.

Y, en opinión de Sawyer, tenías que cuidarla.

—Tal vez podríamos dar un paseo por los jardines después de cenar.

—Eso también estaría muy bien. Me gusta pasear contigo y que me cojas de la mano como Bran coge a Sasha.

Sin embargo, durante la cena Riley sugirió adelantar los planes.

—Vamos a la casa de Malmon a echarle un vistazo. Tenemos que asegurarnos de que está vacía. Puede que haya enviado personal doméstico o soldados antes de hora, o que haya contratado a alguien de por aquí para que le abastezca de víveres.

—Por eso decidimos entrar después de medianoche —le recordó Doyle.

—Ya son más de las ocho y nos espera media hora larga de caminata. Tenemos que echar una ojeada, buscar si han instalado un sistema de seguridad exterior y, en tal caso, ocuparnos de él. Cuando Sawyer nos introduzca en el interior, es posible que debamos trabajar en otros sistemas de seguridad. Luego tenemos que buscar las tres ubicaciones más lógicas para los micrófonos.

—¿Por qué esperar? —Sawyer no tuvo más remedio que ponerse de su parte—. Decidimos aquella hora para darme margen para terminar los micrófonos. Y están listos, ahora vamos a colocarlos.

—¿Y si hay alguien cuidando de la casa? —preguntó Sasha.

—En ese caso, decidiremos sobre la marcha —contestó Riley, que tomaba agua en lugar de vino en previsión de lo que pudiera ocurrir—. Es muchísimo más fácil decidir allí que especular.

—Tienes toda la razón —convino Bran—. Entonces ¿quedamos en salir a las nueve?

No era el paseo romántico por el jardín que Sawyer había imaginado, pero calculaba que cada paso que daban les acercaba más al desenlace. Si se enteraban de los planes de Malmon, podrían desbaratarlos y quizá volverlos contra él.

Y si le derrotaban por completo, ¿de qué le serviría ya a Nerezza? Malmon se habría ganado el castigo que la diosa le impondría por haber fracasado.

—Estamos más cerca del mar —le dijo Annika—. Más elevados, pero también más cerca.

—Querrá tener buenas vistas.

Llegaron a un muro.

—La casa está al otro lado —les dijo Riley—. La verja debería estar un poco más adelante, pero estará cerrada. En cualquier caso, es más inteligente escalar el muro.

—Voy a comprobarlo.

Sawyer se adelantó hasta la verja en forma de arco. Era de hierro forjado y disponía de cierre electrónico. Tras ella distinguió un camino de grava con la anchura suficiente para el paso de un vehículo, flanqueado por una hilera de árboles y arbustos. No vio cámaras.

Mientras regresaba con los otros, escrutó la zona. Había más viviendas, pero no se veía a nadie en la calle ni asomado en ninguna ventana.

—Por lo que he visto, no hay alarma ni cámaras, pero si probásemos a entrar por la verja podría saltar algún tipo de dispositivo. Puedo transportarnos a todos al otro lado.

—Nosotros iremos por nuestra cuenta —dijo Bran, pasándole el brazo a Sasha por la cintura.

Ambos flotaron por encima del muro y volvieron a descender.

—Siempre hace lo mismo —comentó Sawyer—. Vale, equipo, agrupaos. Será un viaje rápido.

Les llevó al otro lado del muro, donde el aire olía a flores y la noche estaba llena de sombras.

—No os separéis —dijo Bran en voz baja—. Y alejaos de la luz.

Siguiendo de cerca el camino de grava, cruzaron un huerto de limoneros, rodearon una zona con bancos de piedra y una pequeña fuente y atravesaron un jardín perfumado y florido.

—Al final hemos dado nuestro paseo por el jardín —dijo Sawyer, apretando la mano de Annika. De pronto se detuvo y exclamó—: ¡Madre mía!

La casa se alzaba ante ellos blanca como la nieve recién caída, con las ventanas negras y brillantes a la luz de las estrellas. El camino de grava se dividía en dos: una parte se dirigía hacia la casa, flanqueada de rosales, y la otra hacia un edificio exterior.

La fachada contaba con amplias terrazas sostenidas por columnas talladas.

Tenía tres plantas y lo que parecía una terraza en el tejado. La luz de la luna lo convertía todo en un caprichoso dibujo al carboncillo.

—Hace que nuestra villa de Corfú parezca un edificio de viviendas sociales.

—A mí me gustaba más. Teníamos a Apolo.

Sawyer volvió a apretar la mano de Annika.

—Es un perro estupendo.

—No hay luces encendidas —señaló Riley—. No son ni las diez. Si hubiera alguien ahí dentro, veríamos luces.

—Supongo que aquí fuera habrá luces que se activan por sensores de movimiento —dijo Sawyer—. Ya sabéis, de esas que se encienden cuando llegas tarde para evitar que te caigas y te partas los morros. De todos modos, no creo que importe demasiado. Si ven que se encienden las luces, parecerá que alguien va a pasar la noche en la casa.

—Siempre que no haya nadie ahí dentro que simplemente se haya acostado temprano —señaló Sasha.

—Voy a comprobarlo. Puedo entrar y salir tan rápido como Flash.

Antes de que Sawyer pudiera sacar la brújula, Riley le agarró del brazo.

—Tú solo no, Barry Allen. Igual que Doyle ha venido conmigo esta mañana, yo iré contigo ahora.

—Me parece bien. Dadnos diez minutos.

Cuando desaparecieron, Annika frunció el ceño.

—¿Por qué le ha llamado así? ¿Barry Allen?

—No tengo ni idea —dijo Bran.

—Es el verdadero nombre de Flash. ¡Ostras! —murmuró Doyle—. ¿Es que nadie ha leído un solo cómic en su vida? —Sacudiendo la cabeza, se adentró entre las sombras—. Exploraré la finca.

—No te alejes —le advirtió Bran.

—No me alejaré.

Desapareció en la oscuridad igual que Riley y Sawyer habían desaparecido en el aire.

Poco antes de que transcurrieran los diez minutos reapareció Sawyer, solo.

—La casa está vacía y tiene instalado un sencillo sistema de seguridad exterior. Dentro no tendremos ningún problema. —Indicó la casa con un gesto de la cabeza mientras se encendían algunas luces—. Riley está buscando ubicaciones para los micrófonos. Es una casa enorme. Debería haber fabricado una docena.

—Trabajaremos con lo que tenemos —dijo Bran.

—Es lo que hay. —La mano de Sawyer se apoyó en la culata de su arma y volvió a relajarse cuando vio a Doyle surgir de entre las sombras—. ¿Listos?

Sawyer tomó la mano de Annika y los desplazó a todos al interior.

La luz salpicaba unas baldosas de color gris ahumado y una madera oscura en una entrada inmensa coronada por una escalera doble.

—Hemos dado un breve repaso aquí abajo y otro en las dos plantas superiores. La cocina está abastecida y hay flores frescas por todas partes. Hay una cocina exterior en esta planta y otra en la terraza del tejado. Hay comida suficiente para alimentar a un regimiento, pero Malmon solo acostumbra a hospedar en su casa a los guardaespaldas y al personal doméstico indispensable. Nunca alojaría aquí a sus soldados de infantería.

—Y no sabemos cuántos podría tener ni dónde los alojará. —Riley bajó por la magnífica escalinata con sus gastadas botas de montaña—. En esta casa hay ocho dormitorios, entre ellos, dos con baño privado. Uno es más grande que el otro, seguro que Malmon elegirá ese. La bañera es de libre instalación, de piedra natural, y tan grande que podría celebrarse una fiesta dentro. Me

gustaría para mí, pero, dadas las circunstancias, voto por ponerle un micrófono.

—Estoy de acuerdo. No celebrará reuniones —añadió Sawyer—, pero es probable que use esa habitación tan principesca para hacer llamadas, impartir órdenes y recibir informes de situación.

—Otra ubicación importante sería el sitio donde se reúna con sus lugartenientes —dijo Doyle.

—Sí, Sawyer y yo lo hemos hablado. En la planta principal, o eso nos parece.

—Sois vosotros quien le conocéis —intervino Bran.

—Sí. —Sawyer miró a su alrededor—. Bueno, como he dicho, solo hemos dado un breve repaso, ahora deberíamos dispersarnos y registrar bien la casa.

Descartaron la cocina, los dormitorios de la planta principal y una sala de juegos. Tenían que elegir entre un salón espacioso con ventanas a los jardines y al mar y una combinación de despacho y biblioteca con un ornamentado escritorio antiguo, más madera oscura y mucho cuero italiano de alta calidad.

—¿Qué os dice el instinto? —Bran miró a Riley y a Sawyer—. ¿Qué habitación os llama la atención?

—Le gustará presumir de esas vistas ante sus subordinados —empezó a decir Riley—. Y podría utilizar el salón o la gran terraza de aquí abajo para celebrar reuniones, pero...

—El despacho, ese escritorio. —Sawyer asintió con la cabeza—. Es un centro de mando. Dice «Yo soy el que manda aquí». Muy propio de Malmon.

—Nos ocuparemos de las dos piezas. —Doyle escrutó el despacho—. Nos has dado una idea muy precisa sobre cómo es, ¿no? No va a llevar a cabo los trabajos serios en la planta de arriba, no dejará que sus soldados entren en lo que considere su zona personal. La terraza del tejado y la piscina son una pasada, pero la planta principal es para los negocios.

—Dos aquí abajo y uno en el dormitorio. Debería haber fabricado más.

—Cualquier cosa que podamos conseguir ya será más de lo que habríamos tenido sin los micrófonos —señaló Bran.

—Vale. ¿Estamos de acuerdo? Muy bien —dijo Sawyer al ver que todos asentían con la cabeza—. La librería de detrás del escritorio nos vendrá muy bien. Aunque el personal de servicio la limpiará.

—Yo me encargo —le aseguró Bran.

Tras observar los estantes, Sawyer cogió una cajita de plata y la abrió.

—Ni hecha a medida.

Sawyer deslizó el dispositivo en su interior y Bran colocó una mano sobre él, a cierta distancia. Por un momento resplandeció con una fría luz azul.

—Lo he protegido con una especie de escudo —explicó Bran.

Repitieron el proceso en el salón y en el dormitorio que creían que ocuparía Malmon.

—Quiero probarlos. Necesito a uno de vosotros en cada ubicación. Voy a desplazarme a nuestra casa. Dadme unos tres minutos. Luego necesito que quien esté en el despacho diga algo, un par de frases. Diez segundos después, alguien tiene que hacer lo mismo desde el salón; otros diez, desde el dormitorio. Si funciona, volveré enseguida. Si no, dadme un par de minutos para hacer unos ajustes y repetiremos la ronda.

Hicieron falta dos rondas para que se diera por satisfecho. Tras asegurarse de dejarlo todo tal como lo habían encontrado, Sawyer los devolvió a la casa.

—Te veo hecho polvo —observó Riley.

—No, solo estoy un poco cansado. Han sido muchos viajes en poco tiempo. Eso desgasta mucho.

—Te prepararé algo de comer —se ofreció Annika.

Iba a rehusar la oferta, pero se lo pensó mejor.

—¿Sabes? Sería fantástico. Estoy un poco flojo.

Mientras Annika se precipitaba a la cocina seguida de Sasha, Sawyer se sentó bajo el emparrado.

—Y ahora a esperar.

—Seguiré indagando dónde aloja a sus tropas. Si me entero de algo, tal vez podamos putearle un poco. De hecho, voy a... —Riley se interrumpió al ver que Annika salía corriendo.

—¡Sasha dice que llegan por el cielo! ¡Ya vienen!

—¡Armas! —exclamó Doyle.

El entrenamiento había valido la pena. En menos de dos minutos estaban en el huerto, reunidos y armados hasta los dientes.

—Hagamos que vengan hasta nosotros —ordenó Riley—. Obliguémoslos a maniobrar. ¿Preparado, Sawyer?

—Cuenta conmigo —respondió Sawyer con un arma en cada mano.

Descendieron desde el cielo. No eran las criaturas mutantes de Corfú, que parecían murciélagos, sino centenares de aves extrañas y crueles, las mismas aves con las que se habían enfrentado en el barco.

Oleadas de aves, más pequeñas, rápidas y ágiles, pero no menos letales, iban acudiendo al huerto en tropel.

La flecha de Sasha atravesó a tres, que estallaron en cenizas.

Sawyer disparaba a dos manos, partiendo a las aves por la mitad. El ala de una de ellas, tan peligrosa como las garras o el pico, cortó limpiamente unas hojas y a punto estuvo de herirle en la garganta.

Vio de reojo a Annika saltando hacia atrás y asestar dos patadas feroces mientras sus pulseras acababan con dos aves más. Una le atravesó la suela del zapato con el ala.

—¡Cuidado con las alas! —gritó—. ¡Cortan como navajas!

Se agachó y disparó a derecha e izquierda. Hizo unos cálculos. Si esperaba a un grupo, podría acabar con varias de un solo disparo, como hacía Sasha. Un

ave le alcanzó al caer, y con su afilada ala le hizo un rasguño en el hombro antes de convertirse en ceniza. Para evitar la siguiente, Sawyer se dejó caer al suelo, rodó y acabó con una docena más antes de tener que recargar.

A su derecha, Bran lanzaba rayos para cubrirle. Vio a Riley dejándose caer de espaldas para esquivar a un ave que volaba bajo, y la espada de Doyle cortándola por la mitad. Rodando, Riley eludió la ceniza en llamas que se le venía encima.

Sawyer percibió el hedor de la ceniza y también el de la sangre. Sangre de los demás, y también la suya. Apuntaba a tres aves, pero estas se separaron y solo pudo acabar con las dos de arriba: la tercera le hirió el tobillo con las garras.

Protegiéndose las manos, usó la culata del arma para aplastarla y, al ver que yacía aleteando en el suelo, la atravesó de un balazo.

Annika daba vueltas y más vueltas mientras las pulseras lanzaban destellos, hasta que la ceniza empezó a caer como lluvia.

Hacía un momento en el huerto resonaba el estrépito de la batalla, pero de repente, reinó el silencio.

Desafiante, Riley lanzó una patada contra un montón de cenizas. Acto seguido, se enjugó la sangre que le goteaba por la sien.

—Ahora me apetece un tentempié.

Annika se volvió y le dio un abrazo.

—Te lo prepararé.

Al darse cuenta de que cojeaba, Sawyer agarró a Annika por la cintura.

—¿Te han herido en los pies?

—Solo un poco, pero me han estropeado los zapatos nuevos.

Mientras Sawyer diluía el fragor de la batalla en una carcajada, Doyle envainó su espada.

—Me han rajado la cazadora. Seguro que tú puedes arreglarla —le dijo a

Bran.

—¿En serio? ¿Quieres que utilice la magia para arreglarte la cazadora? — preguntó Riley.

—Es una buena cazadora —le contestó Doyle, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no entramos? —Bran se llevó la mano ensangrentada de Sasha a los labios—. Evaluemos los daños. Creo que primero nos ocuparemos del cuerpo y luego veremos qué se puede hacer con las cazadoras y los zapatos.

—Te has movido de maravilla. —Sawyer andaba apoyando el brazo sobre los hombros de Annika—. El último giro me ha dejado alucinado.

—Estaba muy enfadada por lo de los zapatos. Sentirme irritada me ha dado mucha energía.

—Pues te sienta muy bien estar enfadada. Vaya, tienes varios cortes. Esos cabroncetes son muy rápidos.

—Les hemos dado una buena tunda. No hace falta que lo digas —le advirtió Riley a Doyle—. No soy idiota. Nerezza solo quería mantenernos ocupados y ver si tenemos algo nuevo, como sus pequeños tortolitos. Un escuadrón suicida, eso es lo que eran.

En la cocina, Bran limpió y vendó las heridas con la ayuda de Sasha.

—Pues los daños no son muchos, teniendo en cuenta la mala uva de esos lindos pajarillos.

Con el ceño fruncido, Doyle cogió su cazadora de piel y metió un dedo por la raja de la manga.

—Me gusta esta cazadora. Solo tiene unos treinta años.

—Luego le echaré un vistazo —dijo Bran mientras se lavaba las manos en el fregadero para quitarse la sangre y el bálsamo que había aplicado en las heridas—. Y ahora que nos estamos recuperando, os informo que tendremos ese algo nuevo, además de los dardos, las balas, las cuchillas y las pulseras.

Lo que necesitamos está casi listo. Me hace falta un día más, dos como máximo.

—De puta madre —dijo Riley con la boca llena de salami y queso.

—Si funciona como espero, acabaremos con una nube de esas puñeteras aves de un solo disparo.

—Aún mejor —comentó Sawyer entre bocado y bocado. Sentía que sus niveles de energía subían partiendo de cero, y le dijo a Riley—: De todos modos, vamos a necesitar más munición.

—Ya me ocupo.

—Tu turno. —Sasha le dio un codazo a Bran para que se sentara a fin de poder curar sus heridas—. Es igual que en Corfú. Una pesadilla que desciende del cielo. Luchamos, sangramos, matamos y nadie se da cuenta. Para el resto del mundo, ni siquiera sucede.

—Mejor así, ¿no? Que lo supieran solo complicaría las cosas. Voy a salir a asegurarme de que no quede algún rezagado ahí fuera.

—¡Mierda! —Riley se metió otro bocado en la boca y se levantó con Doyle—. Voy contigo.

Bran le indicó a Doyle que se acercara con un gesto del dedo.

—Antes veamos esa cazadora.

Doyle se la lanzó y Bran apoyó una mano sobre la raja de la manga mientras Sasha le aplicaba bálsamo sobre la que tenía él en el brazo.

A continuación Bran le devolvió la cazadora, tan gastada como antes pero sin ningún rasguño.

—Gracias.

Cuando Doyle y Riley salieron, Bran le sonrió a Annika y preguntó:

—¿No me pides que te arregle los zapatos?

—Es que no son importantes. La cazadora de Doyle es como... una

armadura. Me parece que para él es una especie de armadura. Lo mío son solo zapatos.

—De no ser por ellos, los cortes que te han hecho en los pies serían más graves —dijo Sasha, que los recogió del suelo y se los dio a Bran—. Así que también son una especie de armadura.

Cuando Bran se los devolvió como nuevos, Annika le dio un abrazo.

—Gracias. Ahora me llevaré a Sawyer a la cama.

Sawyer se atragantó con un bocado de salami y Annika le ofreció un vaso de agua.

—No lo dice, pero está muy cansado. La comida es de gran ayuda, pero lo que ahora necesita es descansar. Ven a la cama, Sawyer. Puedes dormir en la mía. Solo dormir —añadió, tendiéndole la mano. Mientras salían de la cocina, oyeron que Annika seguía—: Si quieres que nos acostemos, deberías quedarte quietecito y dejar que te lleve yo hasta el final.

Bran se rio y atrajo hacia sí a Sasha, que se sentó sobre sus rodillas.

—¡Qué mujer!

—No es una mujer —replicó Sasha, volviendo su mirada entristecida hacia la puerta por la que se habían marchado—. No pertenece a este mundo, y su tiempo aquí es limitado. Y lo es porque me salvó la vida.

La adivina apretó su mejilla contra la de Bran, pensando que aquel hombre había sido un regalo.

—Les animé a que empezaran la relación, sabía que ellos querían, y yo... Pero el amor que siente por él, Bran, le sale por los poros. Es profundo, intenso, es completo. Ahora no puedo dejar de pensar en lo que le ocurrirá, en lo que sentirá cuando tenga que dejarle.

—Es amor. —Atesorando el suyo, Bran le acarició el cabello—. Y a veces los dioses se portan bien con quienes lo dan.

—Hasta el momento no tengo muchas pruebas de que eso ocurra.

—Aquí tenemos una. —La atrajo hacia sí para besarla—. ¿Cómo podría no creer en la bondad de los dioses cuando te tengo a ti? Alégrate por lo que tienen ahora.

—¿Y debo tener fe en el mañana?

—Es lo que hay. Ahora tú también deberías descansar.

—¿Y si quiero sexo?

Bran se levantó con ella entre risas.

—Estaré encantado de llevarte hasta el final.

El Andre Malmon que se mudó a la casa Degli Dei no era el mismo hombre que se había ajustado la corbata negra aquella fatídica noche en Londres. Ya no era del todo un hombre.

Y le gustaba.

Le gustaban la fuerza y los apetitos que crecían en su interior. Incluso había llegado a disfrutar del dolor breve y feroz que le asaltaba la columna vertebral, como si dos manos crueles se la retorciesen cual trapo mojado.

Así como había desarrollado el gusto por la sangre y la carne, también disponía de los medios necesarios para satisfacerlo. Como con la puta que mató y desangró la última noche que pasó en Londres.

Se estaba convirtiendo en quien quería ser. Nerezza le había hecho ese regalo y le había prometido, una vez que completara sus tareas, eternidad y poder. Además, si conseguía las estrellas, podría hacer con los seis guardianes lo que se le antojara.

Luego Nerezza y él gobernarían todos los mundos para siempre. Juntos.

Se imaginaba qué haría con los guardianes. Quería la brújula, eso lo daba por hecho, del mismo modo que mataría aquel irritante paleta que la poseía. Despacio, por supuesto, y con dolor.

Después daría caza a la valiosa doctora Gwin y la obligaría a conducirlo hasta su manada. La simple idea de hacerse con una manada de hombres lobo le entusiasmaba. Vender algunos de los lobeznos y criar más para disfrutar de cacerías durante siglos.

A la sirena pensaba quedársela. Sería un precioso ejemplar que exhibir. En cuanto al brujo, lo más seguro es que le diera una muerte rápida. A la adivina la capturaría y le gustaría conservarla, pero ya vería, porque Nerezza la quería destruir.

Y el inmortal. Ah, el inmortal: una vez hecho prisionero y encadenado, le proporcionaría décadas de entretenimiento en la cámara de tortura que estaban construyendo con ese fin.

Nunca más volvería a aburrirse.

Ahora, tomando a sorbitos un bloody mary mezclado según las preferencias del demonio en fase de transformación que era, contempló las vistas soleadas desde la terraza. Como las venas de sus brazos tendían a abultarse y palpar, llevaba una camisa de manga larga, y unas gafas oscuras para protegerse de la luz del sol, que le irritaba los ojos.

Un precio insignificante a pagar a cambio.

Porque esa noche Nerezza acudiría a verle y le llevaría con su cuerpo a lugares que se encontraban más allá del dolor y del placer.

Aunque durante el día tenía trabajo.

—Señor.

Su cabeza se volvió varios grados más allá que la de un humano, pero el criado no parpadeó ni titubeó. A uno que le ocurrió eso mismo, en Londres, lo hizo desaparecer para siempre jamás.

—Ha llegado el comandante Trake.

—Le veré en mi despacho.

Malmon dejó a un lado el vaso medio vacío y se alejó.

El criado se permitió estremecerse levemente mientras cogía el vaso para llevarlo a la cocina.

John Trake, en buena forma a sus cuarenta años, feroz y apuesto, con una cicatriz curva en la mejilla derecha que no hacía sino sumarse a su peligroso atractivo, entró en el despacho de Malmon caminando enérgicamente con unas botas tan relucientes que se reflejaba en ellas.

Creía en la disciplina, en el orden, y no dudaba en castigar a cualquier soldado bajo su mando que demostrara no estar a la altura de sus exigencias.

Matar le venía con el cargo y, aunque creía fervorosamente en que el trabajo bien hecho debía ser también bien remunerado, era capaz de matar gratis, tal como había demostrado en varias ocasiones.

Hacer un trato con Malmon significaba obtener un gran beneficio. Por ese nuevo trabajo, tan minucioso, importante y difícil, le había ingresado ya un millón de euros. Cada uno de los seis objetivos capturado le aportaría otro millón, con una bonificación de diez más si la tarea finalizaba con éxito.

Seis capturas. Y las tres estrellas (daba por sentado que eran joyas) que Malmon se quedaría para sí.

Tenía bajo su mando a sesenta hombres y a veinte trabajadores civiles. Al firmar el contrato, había accedido a coordinarse con Eli Yadin y Franz Berger, dos especialistas.

Consideraba que Yadin era un psicópata y Berger, un hombre indisciplinado, pero respetaba cómo trabajaban y los resultados que obtenían.

Aunque supo disimularlo, el aspecto de Malmon le sorprendió: estaba pálido como el pergamino, y tan delgado que la camisa le hacía bolsa a la altura del tórax. Malmon se hallaba sentado detrás de un amplio escritorio y se protegía los ojos con gafas oscuras.

—Comandante.

—Señor Malmon.

—Confío en que todo vaya según lo acordado.

—Así es. El centro de detención estará acabado mañana, tal como estaba previsto. Yadin llegó ayer y ya está supervisando sus propias áreas. Esperamos a Berger hoy a las seis de la tarde.

—Excelente. Espero que dé un buen uso al centro de detención, y pronto.

—Cuento con notificar la primera captura en las próximas treinta y seis horas.

—Los necesito vivos, comandante. Es esencial que estén vivos.

—Entendido.

—¿Dónde están ahora?

Trake se sacó un dispositivo del bolsillo y lo consultó.

—Su barco está anclado frente a la costa sudeste. ¿Quiere las coordenadas?

Aunque siempre había sido un hombre amante de reunir y examinar todos los detalles de todos los asuntos, Malmon se limitó a hacer un gesto con la mano.

—Ahora mismo no es necesario. En cuanto el alojamiento esté listo, llévelos.

—En treinta y seis horas, señor.

—Nunca me ha decepcionado, comandante. —Mientras Malmon le miraba, una tenue luz amarilla parecía palpitar tras las gafas oscuras—. Que no sea esta la excepción a la regla.

—Completaré mi misión.

—Confío en ello. —Malmon sonrió, mostrando unos incisivos más largos y puntiagudos de lo normal—. Avíseme cuando esté listo el depósito. Me interesa mucho.

Tras otro largo día en el agua, Sawyer se dio una ducha, sacó una cerveza de

la nevera y se sentó ante la radio grabadora que había fabricado.

Al cabo de unos minutos, Riley se inclinó sobre su hombro y le apoyó una mano en la espalda para escuchar también.

—Rebobina. Doyle y Bran están jugando al billar para relajarse un poco. Iré a buscarlos a todos.

Cuando entraron todos, Sawyer levantó la mano.

—Todavía no hay nada del salón, y ni una conversación en el dormitorio. Solo se oye cómo se mueven; puede que sea el personal deshaciendo el equipaje. Ahora, con el despacho sí hemos dado en el blanco. Lo primero ha llegado sobre las once y cuarto. Son Malmon y diría que Trake.

—Es Trake —confirmó Riley—. Reconozco la voz. Y se rumorea que ahora se hace llamar comandante. Se ha concedido a sí mismo un ascenso. Vuelve a poner la cinta, Sawyer.

No era de gran calidad, pero las palabras se oían claras.

—Capturarnos, no matarnos —reflexionó Bran cuando Sawyer detuvo la grabación—. Sensato, controlado. Si acaba con nosotros, le será más difícil encontrar la estrella que ya tenemos.

—Para eso está Yadin. Nos torturarán. —Como la tenía a mano, Riley dio un sorbo de la cerveza de Sawyer—. Así le damos la ubicación de la primera y cualquier información que tengamos sobre las otras dos.

—Pero no lo haremos. —Annika los miró a todos, uno tras otro—. Hicimos un juramento.

—No digo que vayamos a entregárselo todo envuelto en papel de regalo y con un lazo, pero Yadin es muy bueno en su campo. No nos conviene nada que se nos lleven a ese centro de detención, esté donde esté, ni que Yadin nos ponga las manos encima. En treinta y seis horas —añadió Riley—. Al menos, la espera ya casi ha terminado.

—Conocía nuestras coordenadas —señaló Doyle—, así que tienen un GPS

en el barco. No será difícil localizarlo ahora que sabemos de su existencia. —
Miró a Bran—. ¿A qué distancia podemos... reubicarlo?

—¿Qué te parece Nueva Zelanda?

Doyle esbozó una de sus breves e infrecuentes sonrisas.

—Creo que está bastante lejos.

—Eso no los detendrá —dijo Sawyer—, pero será como meterles el dedo
en el ojo, así que me parece bien. Un centro de detención. Aunque podría estar
en cualquier parte, yo apostaría por la cueva. Sasha recibió vibraciones
cuando estuvimos allí.

—Tal vez Bran debería activar la reacción en cadena. Sería meterles otro
dedo en el ojo y una patada en los huevos —comentó Riley.

—La patada sería un desperdicio si estuviéramos equivocados —señaló
Doyle.

—Puedo desplazarme hasta allá arriba y echar un breve vistazo.

—No. —Sasha cortó de raíz la sugerencia de Sawyer—. Tienes que
mantenerte alejado de allí. Además, no es el momento. No puedo decirte por
qué o cómo lo sé. Solo que no es el momento.

—Vale. Nos reservamos la patada en los huevos. Y escucharemos. —
Sawyer dio unos golpecitos sobre la grabadora—. Seguiremos escuchando.

—Un poco más —corrigió Bran—. Esta noche aumentaremos el poder de
todas las armas y toda la munición, y lo sellaremos con la luz de la luna.

El ritual, pese a su sencillez, requirió la participación de los seis, la poción
que Bran llevaba días preparando y fe.

—Pretendes que metamos todas nuestras armas en una olla enorme llena de
porquería.

Bran miró a Riley arqueando las cejas.

—Es un caldero, y lo de dentro no es porquería.

Ella se inclinó sobre el caldero y observó el espeso líquido azul.

—Pues tiene toda la pinta de ser porquería. Se parece a lo que se pone en el cabello mi tía abuela Selma.

—¿En el cabello o en el pelaje? —preguntó Sawyer, y recibió en respuesta una mueca desdeñosa.

—La poción es muy pura y poderosa —explicó Bran—. No es muy diferente de las bombas de luz, aunque adopta otra forma. Servirá para que las hojas, balas, flechas, pulseras y todo lo que se usa para propulsarlas quede cubierto con esa luz y ese poder.

Annika apoyó su mano derecha en la pulsera de la izquierda; solo la sirena podía retirar lo que Bran y Sasha habían creado para ella.

—Hace falta confianza —dijo.

Se quitó una pulsera y luego la otra. Acto seguido, se las tendió a Bran.

—Tienes que meterlas tú, con tu mano y con tu fe.

Annika colocó cuidadosamente las pulseras sobre la superficie del líquido y observó cómo se hundían.

—Bueno, allá voy —dijo Sawyer.

Hizo lo propio con el cuchillo de combate y el de buceo. Y, con cierta reserva, sacó sus pistolas.

—Tienes que creer —le ordenó Annika.

—Sí. Sí. Bueno, nunca había creído en nadie como ahora creo en vosotros cinco. Así que...

Introdujo sus pistolas en el caldero y añadió toda su munición.

Sasha introdujo sus flechas.

—La ballesta no cabrá del todo.

Bran se pasó una mano por el pelo.

—Lo hará.

Sasha asintió con la cabeza y metió primero el arco. Cuando este se deslizó en el líquido azul hasta desaparecer debajo, comprendió que no debía haberse extrañado.

—Vale, ahí va. Eres un brujo de primera, irlandés. Si no lo creyera, no estaría aquí. —Riley añadió tres cuchillos, dos pistolas y munición. Luego sacó su navaja—. Más vale que lo metamos todo.

—No había pensado en eso. —Sawyer metió también su navaja suiza—. Nunca se sabe.

—Tengo esta espada desde antes de que vosotros nacierais. Desde antes de que vuestros padres y abuelos nacieran. Creedme, esto sí es fe. —Doyle introdujo la espada en el caldero, y luego el arco y las flechas, los cuchillos, la pistola y la munición.

Finalmente, añadieron el armamento subacuático.

—Este caldero parece un coche de payasos —decidió Sawyer, y Riley soltó una carcajada.

—Aquí hay confianza —empezó a recitar Bran—. Aquí hay unidad. Y aquí hay poder. —Señaló la luna—. Las tres diosas crearon las estrellas. Las tres diosas nos pusieron en este camino. Ellas montan guardia, y ahora montamos guardia nosotros contra la oscuridad, contra todos aquellos dispuestos a convertir lo puro en profano.

Alzó la otra mano y empezó a echarla hacia atrás despacio, como si tirara de un gran peso. A medida que lo hacía, una luz blanca se extendió sobre el líquido azul. Ahora su voz reverberó, estremeciendo el aire:

—En este lugar, en esta hora, invocamos vuestro poder y vuestra luz. Celene, Luna, Arianrhod, oídnos, hijas de la luna, a través del aire, la tierra y las aguas, y removed esta mezcla con luz brillante y resplandeciente. Y con estas armas que empleamos solo para destruir el mal. Lo prometo yo, vuestro hijo.

Miró a Sasha y cogió su mano.

—Lo prometo yo —dijo ella—, vuestra hija.

Y cogió la mano de Doyle.

De ese modo hicieron el juramento uno tras otro, formando un círculo en torno al caldero, cuyo denso contenido burbujeaba despacio.

Y Bran alzó los dos brazos.

—Que así sea.

Tres rayos de luz surgieron de la luna y penetraron como flechas en el caldero. Unas chispas se alzaron como estrellas, se arremolinaron encima y se sumergieron en él.

Acto seguido, todos guardaron silencio.

—Es difícil no aplaudir —dijo Riley al cabo de un momento—. Menudos espectáculos montas, irlandés.

—En este hemos participado los seis, así que bien hecho, chicos.

—Sí, que salude todo el mundo. ¿Qué hacemos ahora? —quiso saber Riley—. ¿Meter la mano en la porquería, esa porquería mágica, y sacarlo todo?

Bran se limitó a volver las palmas hacia arriba y levantar las manos. Pistolas, cargadores, cuchillos, arcos y espadas flotaron hasta salir del caldero.

Sin vacilar, Annika alargó los brazos hacia sus pulseras.

—Siguen siendo preciosas, no parecen distintas.

—Lo parecerán cuando las necesites —le explicó Bran.

Sawyer cogió sus pistolas del aire, las examinó y las guardó en las pistoleras.

—Eso será dentro de... ¿cuánto? Menos de treinta y dos horas ya.

—Percibo que menos —añadió Sasha mientras Doyle envainaba su espada—. Menos. Esta noche la madre de las mentiras y su escogido se mueven en la oscuridad. Y mañana llega la sangre. Sangre en el agua, y la muerte de

hombres. La muerte de uno de nosotros, sí, uno de nosotros, si tomamos la decisión equivocada. No puedo ver quién. No puedo... Está turbio. Y empañado por el dolor y el miedo.

—Déjalo. —Bran la atrajo hacia sí—. Vas demasiado lejos.

—¿De qué sirve si no puedo ver qué pasa?

—Has visto que pasará mañana. —Doyle levantó su ballesta—. Estaremos preparados.

Despertó con ella enroscada a su cuerpo y, con cada inspiración, inhalaba el aroma de su cabello, de su piel.

El día que empezaba y cuanto les traería se le antojaba todavía como una versión sutil y reducida de la oscuridad. Por eso, se dio el gusto de disfrutar el momento. De aspirarla enredando sus dedos en las oscuras cuerdas de seda del pelo de Annika y sintiendo el latir lento y constante del corazón que aún dormía contra el suyo.

Podía imaginar aquello, despertar así, mañana tras mañana, mientras su vida se extendía a lo largo de semanas, meses, años. Lo sabía todo del tiempo, lo que te daba, lo que te quitaba, lo que te ofrecía. De haber podido, habría utilizado su don, su legado, para que el tiempo y el espacio los llevaran a otra parte, a otro tiempo, donde pudieran estar juntos toda su vida.

Sin embargo, los dos habían hecho un juramento. Sawyer sabía lo que era el tiempo, sabía lo que era la distancia. Y sabía lo que era el deber. La brújula que portaba no era un juguete ni una simple herramienta. Era y sería siempre una gran responsabilidad.

La aceptaba y aceptaba todo aquello que la acompañaba.

Y sabía que ella aceptaba el deber que le era propio, la responsabilidad, inseparable de su don. Cuando acabara su tiempo, siempre era el tiempo, no tendría otro remedio que volver a su mundo, a su gente, a vivir una vida en la que él no podía acompañar.

No quería amarla, no quería tener aquella sensación de que siempre la había

amado y de que siempre la amaría. Pero ella se había enroscado en torno a su corazón igual que había hecho con su cuerpo.

¿Aliviaría el tiempo la angustia que no podía dejar de llegar? No necesitaba las visiones de Sasha para saber que nunca olvidaría a Annika, que la desearía a ella y lo que pudo haber sido mientras siguiera respirando.

No obstante, aquello por lo que trabajaban, por lo que luchaban, aquello por lo que todos y cada uno de ellos serían capaces de morir, era mucho más que el corazón herido de un solo hombre.

Se recordó a sí mismo que aún tenían tiempo. Tenían ese día, el siguiente y unas cuantas semanas más. No debía desperdiciar un tiempo precioso lamentándose por el futuro.

Le rozó la sien con los labios y la atrajo un poco más hacia sí. Annika se movió contra él, deslizando perezosamente su piel contra la suya. Ese simple gesto le encendió el corazón y el cuerpo.

Aunque aún no había amanecido y los pájaros no cantaban todavía, vio que ella echaba la cabeza hacia atrás y sonreía.

—Buenos días. Son muy buenos los días cuando me despierto entre tus brazos. ¿Has descansado bien?

—Sí. Contigo es fácil descansar, Anni.

—Me gusta estar tranquila contigo así, antes de que se despierte el cielo. Antes de que se despierte Doyle y empiecen los ruidos y las prisas —dijo con voz alegre—. Puedo prepararte el café.

—No. Deberías quedarte donde estás.

Le dio un suave beso en los labios y notó que se curvaban en una sonrisa.

—Quieres despertarte con sexo. —Annika le pasó una mano por el costado y se acurrucó contra él—. Tu pene ya está despierto.

Ella le hacía amar, reír y desearla, y a Sawyer le resultaba imposible separar una cosa de la otra.

—Tengo ganas de ti, Annika —le dijo, y la besó de nuevo, lento y suave—. ¿Y tú?

—Cada vez que me besas, cada vez que siento tu cuerpo contra el mío, me lleno de deseo. Toma mi deseo, Sawyer, y yo tomaré el tuyo.

«Qué sencillez —pensó él—, y qué plenitud.» Mientras volvía a besarla, sintió que hasta el amanecer contenía el aliento para darles ese tiempo. Ese valioso tiempo.

Sus manos la recorrieron con dulzura, saboreando cada centímetro. La piel suave, las sutiles curvas, las líneas alargadas del torso y aquellas piernas milagrosas. Tiernamente, sus labios siguieron el mismo camino. Tomando su deseo, pensó, entregándole el suyo.

Annika se ofreció, lo aceptó. Volviéndose hacia él, fundiéndose contra él como si todo lo que ella era le hubiese estado esperando solo a él.

Cada movimiento, cada gesto, cada contacto latía bajo la piel de Sawyer. La calidez, la luz y la belleza atrapaban su corazón como dos manos ahuecadas.

La respiración de Annika se mezcló con la de él en un beso que venía del alma. Su seno, perfecto en la mano de Sawyer. Sus caderas alzándose cuando él le regaló el primer instante de placer. En ese momento de quietud entre la oscuridad y la luz, ella era y sería la única, lo sería todo para él.

—Annika. —Abrumado, enterró el rostro en la curva del cuello de la sirena—. Te necesito.

Sus palabras luminosas la atravesaron. Annika sabía lo que eran los poemas, las canciones y las historias. Pero ninguna palabra que conociera la había conmovido nunca tan hondo. Que él la necesitase le elevaba el corazón hasta el cielo. Mientras las lágrimas le nublaban la vista, le apoyó las manos en las mejillas y le levantó el rostro para poder mirarle.

—Te daría todo lo que necesitas. Únete a mí antes de que salga el sol. Antes del sol —repitió, y se arqueó para acogerle en su interior.

Y si lloró mientras se movían juntos, sabía que solo lloraba de alegría, solo de belleza. Solo de saber que él la necesitaba.

Annika conservó la alegría durante las flexiones y las tijeras y durante el desayuno.

La sujetó con fuerza cuando Sawyer puso la grabadora encima de la mesa.

—Puede que se nos corte la digestión, pero todo el mundo debería oír esto.

—¿Otra reunión? —preguntó Riley.

—En cierto modo. Procede del micrófono del dormitorio, justo después de medianoche.

—Si tenemos que oír a Malmon enrollándose con alguna desdichada de la calle...

—Es Nerezza.

Sawyer aguardó un instante y pulsó la tecla de reproducción.

Por un momento hubo una especie de silencio vivo, como un zumbido ronco. Luego se oyó lo que a Annika le pareció un chasquido en el aire. La voz de Malmon temblaba, pero no pudo saber con certeza si era de excitación o de miedo.

«He esperado.»

Cuando Nerezza habló, su voz sonó empalagosa, como miel goteando de un nido de abejas. «¿Y todo es como deseo?»

«Todo es como deseas.»

«No, mi escogido, no todo es como deseo mientras las estrellas no sean mías y oiga los gritos de quienes las mantienen fuera de mi alcance.»

«Todo está dispuesto, así que todo será como deseas. Por favor, mi reina, he esperado.»

La carcajada hizo que Annika se estremeciera.

«¿No vas a ofrecerme antes un refresco?»

«Tu copa.»

«Pero aún no está endulzada.» Al cabo de un momento, Malmon lanzó un siseo. «Ah, perfecto. El dolor no hace sino aumentar la potencia y el sabor.»

—Sangre —murmuró Bran—. Debe de ser la sangre de Malmon, se la entrega por propia voluntad.

«Tu habitación me es grata. Me quedaré una hora contigo.»

«¿Una hora? Pero... ¿es que no vas a vivir conmigo aquí mientras te consigo la estrella?»

«¿En este sitio? ¿Un sitio para mortales, para humanos? Tengo mi propia casa —replicó con voz asqueada, aunque pronto pasó a sonar divertida—: No te pongas de morros, mi preferido. Te daré el paraíso durante una hora. Quítate la ropa para que pueda ver cómo evoluciona tu transformación. Y luego tú y yo saciaremos nuestro apetito.»

—«Tu transformación» —repitió Riley, mirando a Sasha—. Dijiste que no sería lo que era.

—Pero aún no sé en qué se está transformando.

«Ah, sí. Tú también me eres grato. ¿Sientes dolor?»

«Empieza muy agudo y luego se desvanece.»

«Pero te gusta el dolor. Te indica que te estás transformando en quien quieres ser.»

«Soy más fuerte.»

«Y aún lo serás más.»

«Seré invencible. Inmortal. Y juntos gobernaremos todos los mundos.»

«Por supuesto.»

—Nerezza miente —susurró Annika—. ¿Cómo no se da él cuenta?

Se oyó un sonido parecido al silbido del viento. Una especie de rugido.

Un golpeteo, gruñidos ásperos, ávidas succiones. En dos ocasiones, un grito

de agonía cortó el aire como un cuchillo. Fuertes y resonantes cachetes, gemidos como los que emitirían los condenados para suplicar piedad.

Bajo la mesa, Annika juntó las manos.

—Eso no es lo que hacemos nosotros. Eso no es sexo. Es... lo que hacen los tiburones. Se ceban, sin belleza ni delicadeza. Ni... corazón.

—El sexo no siempre es delicado, pero esto... —dijo Riley, removiéndose en su asiento—. Alegraos de que no tengamos vídeo.

«¡Quiero más!» La voz de Malmon sonó gutural, no del todo humana. «Una hora. Dijiste una hora.»

«¿Eso dije? —Tras soltar una carcajada, Nerezza añadió—: Ahora duerme. Sí, sí, duerme y sueña antes de que me aburra. Pronto, mi escogido, me conseguirás todo lo que quiero, todo lo que es mío. Fracasa y tu sangre será para algo más que para endulzarme el vino.»

Una vez más, se oyó una especie de crujido y luego el silencio.

—Eso es todo —les dijo Sawyer.

—Es más que suficiente. —Tras coger su vaso de agua, Sasha dio un largo trago—. Ella quería verle, así que la transformación tiene que ser física.

—A mí no me mires —dijo Riley—. Yo la capacidad de transformarse tres noches al mes la he heredado.

—Pero dijiste que te duele hacerlo.

—Un poco, pero, simplemente, forma parte de ello. Nerezza no lo está transformando en un licántropo. Es un cambio rápido, y además no es luna llena. Apuesto que lo está transformando en un demonio.

—Pienso lo mismo —dijo Bran.

—Así que vamos a luchar contra un dios, un pequeño ejército y un demonio. —Sawyer se levantó y recogió la grabadora—. Alucinante. Voy a guardar esto.

Aunque la grabación la había dejado conmocionada, Annika buscó la forma de recuperar la alegría que tenía al alba. La estrechó contra sí mientras hablaban de la batalla, pues Sasha estaba segura de que librarían una batalla ese día, y se deslizó por la borda para encontrar lo que Sawyer llamaba «rastreador» para que Bran pudiera enviarlo muy lejos.

Observó a Sawyer mientras este se fijaba al cuerpo la pistola especial para el agua.

—Vale, esa ubicación nos lleva oficialmente al otro lado de la isla. —Tras subirse la cremallera del traje de neopreno, Riley cogió su pistola—. Los dioses no podrán acusarnos de no ser minuciosos o tenaces de narices.

—Ojalá pudiera decirnos que percibo algo, como el día que encontramos la Estrella de Fuego —dijo Sasha.

—No todo depende de ti —la consoló Riley, dándole una palmada en el brazo—. Somos seis. Con el audio triple X de Malmon, he olvidado decirnos que creo que he averiguado algo sobre la bahía de los suspiros. Cuando volvamos tengo que ahondar más, pero creo que estoy buscando en el lugar adecuado. Así que, si hoy no acertamos, puede que consiga alguna información que nos ayude. Mientras tanto, ¿preparados para el rock and roll?

—La primera cueva está a las dos. —Mientras se colocaba las botellas, Doyle levantó la barbilla para indicar la dirección—. A unos cuatro metros y medio de profundidad.

—Pues vamos allá —dijo Sawyer, que se sentó en la borda y entró en el agua dando una voltereta hacia atrás.

Aunque todos sus esfuerzos hubieran sido en vano y volvieran a fracasar en la búsqueda de la estrella, para Annika nadar con sus amigos siempre era un placer. Sin embargo, aquel día el terror ensombreció ese placer y la alegría del alba.

Si llegaba la lucha, lucharía. Nunca jamás eludiría su deber. Pero no se

quitaba de la cabeza la imagen que Sasha había pintado en el cuadro.

Aquel día, nadando en círculos en torno a los demás, no jugueteaba, sino que lo hacía para asegurarse de que todos permanecían unidos.

Enseguida localizó la cueva, pero no se precipitó hacia ella. Prefirió seguir el ritmo de los demás.

Entró con Sawyer y se sintió agradecida por la luz que proyectaba Bran, aunque no la necesitase. Esa luz limpia y benévola iluminaba las algas y los bancos de diminutos pececillos que nadaban entre ellas.

Una concha rota, un hogar destrozado, no hizo más que aumentar el pavor.

No se dispersaron hasta estar bien adentro. Incluso entonces, Annika se dedicó más a vigilar a sus amigos que a buscar. Riley recorrió nadando una de las paredes de la cueva, asomándose a las grietas y a los pequeños agujeros, mientras Doyle se sumergía más al fondo y Sawyer se subía a una estrecha repisa. Por un momento, la sirena estuvo a punto de dejarse llevar por el pánico al pensar que los perdería de vista.

Entonces vio una estrella de mar roja como el fuego que dormía sobre una roca. Verla tan pacífica y bonita la calmó. Se acercó con la idea de acariciarla y se dio cuenta de que no dormía.

La cogió entre las manos, sintiendo su calor. Cuando la estrella de mar se alejó hacia la boca de la cueva, Annika sonrió. Le pareció que a su paso, la estrella dejaba una estela de luces chispeantes.

Quiso nadar tras ella, entre esas chispas de luz. Pero sus amigos...

Avergonzada por su breve distracción, se volvió y vio que Riley daba golpecitos en su reloj de pulsera.

Así que atravesó la estela chispeante, aunque, cuando Sawyer se cruzó en su camino, perdió de vista a la estrella de mar. Sin embargo, volvió a sentir la alegría y quiso salir a la superficie a contarle a Sawyer que había nadado a través de las estrellas.

En ese preciso momento oyó los suspiros, oyó el canto. Aún distante, pero más cerca que nunca. La estrella de mar los guiaría, claro. Los suspiros y los cantos los llamaban. La llamaban a ella.

No era esa cueva, sino otra. Si pudiese atrapar a la estrella de mar, ella los guiaría hasta allí. Se sintió invadida por la emoción. Pateó con fuerza y alargó el brazo para tocar a Sawyer, que se volvió a mirarla mientras salía de la cueva.

Y al contemplarla, al contemplar la alegría en su rostro, no vio venir la emboscada.

La flechilla le alcanzó en la parte superior del hombro derecho.

Annika oyó un sonido terrible, vio la sangre derramada en el agua. Salió en estampida de la cueva, hecha una furia, pero Sawyer la empujó hacia dentro, protegiéndola con el cuerpo, mientras alargaba el brazo para empuñar la pistola con la mano izquierda.

La sirena actuó sin pensar, proyectando luz con las pulseras, arrasando las aguas para hacer retroceder a los enemigos. Bran descargó su rayo y el fusil submarino de Sasha disparó un arpón que se clavó en la pierna de un hombre.

Sangre y locura por doquier. Sangre de Sawyer, sangre de los hombres.

Y llegaron los tiburones, como en la pintura.

Annika sabía qué debían hacer: mantenerse unidos. Y aunque se le revolvió el estómago cuando uno de los tiburones cerró las fauces en torno a un hombre, se repetía que era un enemigo. Tal como Sasha había predicho, los enemigos se alejaron para disparar contra los tiburones.

Sawyer hizo un gesto, cerrando la mano de su brazo herido alrededor de la brújula. Preparada para viajar, Annika lanzó más luz. Y al sentir la fuerza que la atraía, el remolino, algo impactó contra su cadera.

Un impacto agudo, terrible. Se le nubló la vista mientras se alejaba de los demás.

Ciego de dolor, Sawyer se dejó caer sobre la cubierta del barco.

—Mierda, mierda, mierda. Vámonos de aquí. No estoy seguro de poder hacer otro desplazamiento.

—Déjame ver —dijo Bran con gesto sombrío, arrodillándose junto a él mientras Doyle se quitaba las aletas de un tirón.

—Anni. —Sasha recargó el fusil submarino con manos temblorosas—. No ha vuelto con nosotros. No está con nosotros.

—¿Cómo? —Sawyer apartó a Bran de un empujón y se puso en pie bruscamente—. La tenía cogida. La tenía cogida.

—Ha caído al vacío. Lo he visto, pero no he podido evitarlo. Le han clavado un dardo en la cadera. He sido incapaz de...

No pudo seguir. Sawyer había desaparecido.

—Joder. Me vuelvo adentro —anunció Riley, dispuesta a volver de un salto al agua.

—Tenemos compañía —declaró Doyle.

—No vamos a dejarlos ahí abajo.

—No vamos a dejar a nadie —replicó Doyle, que salió de la timonera y cogió su espada.

Nubes de aves descendían del cielo, lanzándose en picado sobre otra embarcación situada a cincuenta metros de distancia y precipitándose hacia la suya. Aunque las hojas y las balas bañadas en la poción de Bran convirtieron en cenizas a docenas de ellas, la siniestra batalla campal les restó un tiempo precioso. El suficiente para que contemplaran impotentes cómo se alejaba el otro barco a toda velocidad mientras ellos luchaban contra las aves.

—¡Los han atrapado! —Llorando, Sasha cogió el arma de Sawyer para dispararla una y otra vez—. Tenemos que ir tras ellos.

—Tienen sus propias defensas —dijo Bran. Cuando destruyeron la última

ave, una niebla gris se extendió sobre el mar y se tragó al otro barco. Bran le arrojó luz. Sin embargo, rebotó como una pelota contra un muro—. ¡Joder!

—Vamos tras ellos de todos modos —insistió Riley—. No nos llevan tanta ventaja.

—Más de la que puede cubrir este barco. Y estás sangrando, Gwin.

Doyle dejó su espada en el suelo y apartó el neopreno para poder ver la herida.

—Uno me ha rozado. Solo es un roce —respondió Riley, mirándose el costado—. Solo es una herida en la piel.

—No la tendrías si no me hubieras apartado de un empujón ahí abajo. No vuelvas a hacerlo —dijo Sasha.

Riley la miró levantando las cejas y contestó:

—De nada.

—¡Lo digo en serio, maldita sea! Sé cuidar de mí misma tan bien como tú.

—Tranquilízate —la calmó Bran—. Y tú, siéntate y deja que te eche un vistazo. Doyle, sería mejor que nos llevaras de regreso a tierra.

—No podemos. No podemos volver. No podemos dejarlos.

—*Fáidh*, tenemos que curarnos las heridas y conseguir más armas. Y tenemos que encontrarlos. Te juro por mi vida que los encontraremos y los traeremos de regreso.

Sasha se dejó caer sentada y se tapó la cara con las manos.

—He notado que se quedaba aletargada; le deben de haber disparado un dardo tranquilizante. He percibido que se alejaba, pero no he podido alcanzarla. Ha ocurrido demasiado deprisa. No he podido llegar hasta ella.

—Sawyer podrá, créeme.

—¡Le han pegado un tiro!

—Créeme —repitió Bran—. Los traeremos de regreso sanos y salvos.

—Retirarse no es rendirse —declaró Doyle mientras le daba la vuelta al

barco—. Los rescataremos.

Despertó confusa. Le dolían la cabeza y la cadera. Por un instante, un instante maravilloso, Annika creyó que todo había sido una terrible pesadilla. Sin embargo, cuando alargó el brazo en busca de Sawyer, notó el agua a su alrededor que la acariciaba.

El mar, los hombres, la sangre, los tiburones.

Mientras se esforzaba por pensar con claridad y mover el cuerpo, se dio cuenta de que, en efecto, estaba en el agua. Pero en el agua había paredes y un techo de cristal. Como una caja.

Y no llevaba ropa. Aunque carecía del pudor de las gentes terrestres, Annika entendía que el hecho de que la hubieran desnudado sin su consentimiento y encerrado en un recipiente de agua, sin nada de ropa, suponía una profunda y terrible violación.

Apretó las manos contra el cristal y miró hacia el exterior.

La cueva. Le pareció que estaba en la cueva, aunque no era del todo igual. Había luces, mesas y máquinas. Y hombres armados.

El corazón le dio un vuelco, pero al ver a Sawyer se le paró un instante.

Le habían encadenado con los brazos sobre la cabeza. La sangre le manchaba el vendaje del hombro. Le habían quitado el traje de neopreno y le habían dejado en calzoncillos. Sus pies apenas tocaban el suelo.

Tenía la cabeza caída, y Annika comprendió que seguía inconsciente. Pero estaba vivo, se dijo, reconfortada, al ver que su pecho subía y bajaba al ritmo de la respiración. Estaban vivos, y ella debía salir y ayudarle.

Alzó los brazos para intentar arrojar luz contra el cristal, confiando en romperlo, pero entonces vio las gruesas fundas negras que cubrían cada una de las pulseras. Aunque tiró y trató de desgarrarlas, no pudo liberarse de ellas.

Y la luz que consiguió arrojar contra el cristal, fue débil, demasiado débil. Así que lo golpeó con los puños.

—Aquí está nuestra sirenita.

Las palabras se deslizaron a través del agua como anguilas. Annika se volvió de golpe, buscando de dónde venía.

Entró en la cámara un hombre bajo y delgado que le recordó a una serpiente. Iba vestido de negro de pies a cabeza, con camisa remangada hasta los codos, pantalones y un grueso cinturón negro con hebilla de plata. El pelo también negro, peinado hacia atrás, dejaba al descubierto sus crueles rasgos. Cejas marcadas, una leve sonrisa dibujada en los labios, ojos rasgados y duros de un llamativo y casi hermoso azul claro.

—Nos ha sido imposible quitarte las pulseras sin cortarte las manos. Esperemos no tener que hacerlo.

Su voz sonaba arrulladora. Le hubiera parecido hermosa, como sus ojos, de no ser por la frialdad que desprendía. Se acercó a la pared de cristal y observó a Annika con detenimiento.

—¿Cómo respiras? No veo que tengas branquias. Es fascinante. Bueno, mis hombres lo averiguarán, de uno u otro modo. Pero bueno, ¿qué son esos modales? No me he presentado: soy Eli Yadin y voy a trabajar contigo y con tu compañero. Mi trabajo puede ser fácil, o no serlo tanto. Dependerá de vosotros. El señor Malmon vendrá enseguida. Estará muy complacido de veros.

Yadin echó un vistazo a Sawyer.

—A los dos.

Annika le volvió la espalda y se hizo un ovillo. Como desafío dejaba mucho que desear, pero no podía hacer nada más.

—Veo que estás un poco disgustada. De momento te dejo con tu rabieta. Es hora de despertar a tu amigo.

Annika se arremolinó y golpeó el cristal con los puños cerrados. Ignorándola, Yadin cogió algo de una bandeja y lo rompió bajo la nariz de Sawyer.

Sawyer tosió, resopló y se estremeció en una sacudida. Aunque el movimiento hizo que la mancha de sangre del hombro aumentara de tamaño, trató de pegarle y de darle una patada.

Yadin se limitó a reírse.

—¡Ah, la rebeldía de la juventud! Qué entretenido es trabajar con alguien que la siente. Sí, tenemos a vuestra encantadora amiga —añadió cuando la mirada de Sawyer se clavó en Annika—. En un hábitat creado solo para ella. Vuestros compañeros os han abandonado. —Su voz se suavizó, casi canturreaba—: Han salido corriendo para salvarse. Os han dejado a ti y a ella para que muráis. O algo peor, porque a menos que me deis lo que quiero, lo que os pase será peor que morir, muchísimo peor.

—¿Tengo cara de que me importe una mierda lo que tú quieres?

—¡Qué joven y lleno de rebeldía! ¡Y qué guapo eres! —Pasó una uña por el pecho desnudo de Sawyer—. Por ahora.

Retrocedió hasta una de las mesas, levantó una bandeja y la ladeó para mostrarle a Sawyer su contenido. Al ver que no reaccionaba, volvió la bandeja hacia Annika.

La sirena vio cuchillos, muchos cuchillos, y otros objetos relucientes, plateados y puntiagudos, afilados como tijeras. Enloquecida, aporreó y pateó el cristal, gritando de forma que el sonido atravesó las paredes del tanque y sus altavoces, como un aullido débil y agudo.

—¿Acaso no quieres que le haga daño? ¡Qué mona! Puede que espere un poco —dijo, devolviendo la bandeja a la mesa—. Pero ¿qué me darás si soy paciente? El señor Malmon está deseando verte en tu verdadera forma. Muéstrate como eres realmente y tal vez no le haga daño.

—No lo hagas. Está mintiendo. No le des nada.

Yadin se volvió, cogió una porra de encima de la mesa y golpeó con saña el rostro de Sawyer. Al ver chorrear la sangre, Annika subió disparada hasta la parte superior del tanque y se arrojó contra la tapa.

—Un poco rudo, pero ha sido eficaz. ¿Lo repito? ¿Por qué no?

Yadin golpeó el otro lado de la cara de Sawyer. Cuando su cuerpo cayó flácido, Annika se dio la vuelta y exhibió su cola en medio de un remolino de agua.

—¡Ahhhh! ¡Asombroso, fascinante! Eres una criatura rarísima.

El tanque tembló cuando empezó a girar vertiginosamente, cada vez más rápido, y luego golpeó el cristal con la cola. Volvió a girar y volvió a golpear. Cuando se preparaba para hacerlo por tercera vez, Yadin apretó una especie de varilla contra el pecho de Sawyer.

Primero oyó el grito, que rompió el corazón de Annika, y luego el cuerpo de Sawyer se sacudió una y otra vez mientras ponía los ojos en blanco. Y los sonidos que emitió fueron peores que el grito.

Yadin se volvió de nuevo mientras Sawyer boqueaba con la cabeza que le caía sobre el pecho.

—Ha sido un toque suave, ¿lo entiendes? Haz eso otra vez y le freiré el cerebro dentro mismo del cráneo.

Annika se hundió hasta el fondo y le miró furiosa a través del cristal.

—Mejor. Ahora, ¿por qué no...? Ah, señor Malmon. Como puede ver, estamos haciendo progresos.

A diferencia de Yadin, Malmon vestía camisa blanca con gemelos en los puños. Aunque llevaba gafas oscuras, Annika sintió cómo le ardían los ojos mientras la miraba.

—Espléndida. Es espléndida. Creo que me la quedaré, como mínimo durante un tiempo. Asegúrate de que no se le noten los daños.

Malmon se volvió hacia Sawyer, dándole la espalda a Annika.

—Ya no eres tan chulo, ¿eh? Ahora sangras malherido, encadenado como un animal. Podrías ser rico, pero aquí estás.

Se acercó a coger la brújula.

—Y, al fin y al cabo, tengo lo que buscaba.

Con gesto divertido, Malmon cogió la picana que Yadin había dejado a un lado, le dio la vuelta en su mano y la clavó cruelmente en el vientre de Sawyer.

Annika bajó la cabeza y rompió a llorar. La terrible varilla dejó pequeñas quemaduras negras en la piel de Sawyer mientras su cuerpo temblaba sin cesar.

Acto seguido, Malmon proyectó el puño contra el vientre de Sawyer. Su cuerpo osciló hacia atrás tan alto y con tanta violencia que los grilletes se le clavaron en las muñecas, dejándolas ensangrentadas.

Cuando Malmon alzó la varilla como para azotar con ella el rostro de Sawyer, Yadin dio un paso adelante.

—Señor Malmon...

Malmon se volvió con gesto brusco. Al abrir la boca, mostró unos amenazadores colmillos.

Yadin levantó las manos apresuradamente. En su rostro se dibujaba una expresión de miedo y fascinación al mismo tiempo. Sin embargo, habló en su acostumbrado tono arrullador:

—Puede usted hacer lo que desee, por supuesto. Pero si quiere obtener información de él, la cosa requiere cierta... delicadeza. Y también paciencia.

Malmon emitió un sonido parecido al siseo de una serpiente, pero bajó el brazo. La mano que sostenía la picana tembló y se la pasó al otro hombre.

—Tal vez tenga razón. Haga su trabajo.

—Por supuesto. Bueno, señor King, el señor Malmon está muy interesado

en conocer el funcionamiento de este dispositivo: una simple explicación hará innecesario infligirle más dolor. Y luego pasaremos a hablar de las Estrellas de la Fortuna.

La voz de Sawyer sonó áspera y jadeante, así que tenía que hablar despacio. La hinchazón del ojo izquierdo lo mantenía cerrado, pero el ojo derecho seguía brillando desafiante entre la sangre y los cardenales:

—Claro. ¿Sabéis qué es el manual de los boy scouts? Pues solo tenéis que consultar cómo se usa una brújula.

—Me gusta tu estilo.

Con una sonrisa, Yadin aplicó la picana bruscamente contra el pecho de Sawyer.

El juramento era sagrado: no utilizar nunca el canto de la sirena con seres humanos. Pero esos hombres, pensó Annika mientras el cuerpo de Sawyer volvía a retorcerse entre convulsiones, esos hombres no eran seres humanos. Eran el mal, y ella haría cuanto estuviese en su mano para derrotarlo.

Buscó en su interior el canto que se empleaba para atraer a los hombres, para esclavizarlos. Y, alzando la cabeza, le dio voz.

Yadin se volvió a mirarla mientras la cruel sonrisa curvaba sus labios.

—Está cantando. Quizá sea un canto fúnebre por su compañero. Es... —De pronto, el gesto de su boca se suavizó y los ojos se le pusieron vidriosos—. ¡Qué bonito! ¿Lo oye usted? Es precioso.

La melodía brotaba, dulcísima y seductora, de los labios de la sirena. A través del agua, sus ojos verdes resplandecían.

Los hombres apostados a la entrada de la cámara bajaron sus armas y se adelantaron como si estuvieran en trance. Aunque a Sawyer le colgaba la cabeza, su cuerpo se relajó. Sus labios se curvaron. Annika oyó que murmuraba su nombre como en un sueño.

Malmon agarró a Yadin por el brazo y tiró de él.

—¿Qué leches le pasa?

—Esta sirena no tiene igual. Debemos liberarla.

—¿Ha perdido la...? ¡El canto de una sirena!

Malmon se precipitó hacia la bandeja, cogió un cuchillo, se situó detrás de Sawyer y lo colocó contra su garganta.

—Una nota más, una más, y le corto el cuello.

Annika dejó de cantar y se tapó la boca con la mano para indicar que iba a guardar silencio. Antes de retirar el cuchillo, Malmon pasó ligeramente el filo por la garganta de Sawyer. Unas gotas de sangre rodaron por su piel.

—Una nota más —repitió él—. ¡Espabile! —le ordenó a Yadin, y tiró el cuchillo al suelo.

—Me... Me ha controlado. —Soltando una carcajada, Yadin se acercó más al tanque—. He sido un títere en sus manos. ¿Cómo lo ha resistido usted?

—Evidentemente, tengo más fuerza de voluntad. Castíguela.

—Por supuesto.

Yadin fue hasta una de las máquinas y accionó un control.

El agua se llenó de dolor, restalló y ardió. El grito agudo de Annika sonó a través de los altavoces mientras su cuerpo se agitaba con violencia.

—¡Detente, detente! ¡No os sirve de nada muerta o herida! —exclamó Sawyer, retorciendo sus muñecas ensangrentadas dentro de los grilletes.

—Es suficiente —dijo Malmon y, como después de una simple pausa para echar un trago, volvió a coger la brújula—. Tengo entendido que solo he de pensar en una ubicación, en unas coordenadas, para que esto me lleve hasta allí. Y también a través del tiempo.

Malmon dio unos golpecitos en la brújula y buscó un mecanismo para encenderla.

—¿Dónde está el reloj?

—No es tan sencillo.

—¿Ah, no? Pues lo será para el primer viaje. A la casa y de regreso.

Malmon cerró los ojos y murmuró las coordenadas que había memorizado.

Y se quedó exactamente donde estaba.

—¡No son los zapatitos rojos de *El mago de Oz*, idiota!

Los mantendría concentrados en él, pensó Sawyer, mantendría su atención lejos de Annika. Si lograba incapacitar a Malmon de algún modo, ella podría cantar. Podría escapar.

Nada le importaba más.

Le costó otra cruel descarga. Cuando pudo volver a respirar, soltó una risa sibilante.

—Sí, eso será muy útil. Continúa así, a ver dónde te lleva.

—Convénzale.

Yadin asintió con la cabeza y cogió un cuchillo que volvió a dejar; un estilete, que colocó de nuevo donde estaba. Al final, se decidió por un bisturí.

—Puedo cortarlo en rebanadas o en dados, dejarlo sin pulgares o sacarle los ojos. Tardaré un rato, pero lo disfrutaré. Sin embargo, hay quien soporta bien el dolor. Y existe una forma más rápida.

Yadin se volvió e indicó a Annika con un gesto.

—Convénzale —repitió Malmon.

Yadin accionó los controles y el mundo de Annika se convirtió en agonía.

A través de aquello, a través de sus propios gritos, oyó que Sawyer vociferaba, maldecía y suplicaba. Cuando acabó el dolor, cuando solo pudo hundirse débilmente hasta yacer en el fondo del tanque, miró a través del cristal el rostro tumefacto y ensangrentado de Sawyer, la pena que había en sus ojos. Solo pudo negar con la cabeza.

«No les des lo que quieren —pensó con tanta fuerza como pudo—. No les des nada.»

—Tengo que hacerlo. No le hagáis daño. No volváis a hacerle daño. Puedo

explicaros cómo funciona. ¡Puedo explicároslo! —exclamó al ver que Yadin alargaba de nuevo el brazo hacia los controles—. Os lo mostraré. No le hagáis daño. Dejadla en paz y os lo mostraré.

—Es amor, ¿ve usted? —Yadin levantó las manos—. Un hombre puede soportar un dolor inimaginable por una causa y morir por ella. Pero el amor lo desarma.

Malmon hizo un gesto a uno de los hombres.

—Bájalo. Si intentas algo, lo que sea, Yadin aumentará la corriente. Ella no morirá, pero nunca volverá a ser la misma.

—He dicho que os lo enseñaría.

Sawyer cayó de rodillas cuando la cadena se soltó del gancho.

Cuando Sawyer alargó las manos esposadas hacia la brújula, Malmon le dio una fuerte patada en las costillas. En el tanque, Annika estrelló su cola contra el cristal.

Yadin se volvió hacia ella y agitó el índice en un gesto de advertencia.

—¿Crees que te la voy a devolver sin más?

—Tengo que tener la brújula en las manos. Es la única forma de pasársela a otra persona. Tengo que... —dijo, intentando ganar tiempo. Le entró un ataque de tos; la cabeza le daba vueltas—. El primer viaje tiene que hacerse conmigo. Es la única forma de pasársela a otro y darle derecho a usarla. ¡Joder, Malmon, no soy yo quien hace las reglas!

Entonces alzó la vista, el dolor se le había metido tan adentro que ni lo sentía.

—Lo único que pido es que no le hagáis daño. Vais a matarme una vez que tengáis la brújula. Así son las cosas. Pero no tenéis ningún motivo para hacerle daño a ella. Está atrapada.

Malmon se inclinó y agarró a Sawyer por el cuello. Le atravesó la piel con aquellas uñas más largas y afiladas de lo normal.

—¿Dónde está la Estrella de Fuego?

—Yo no...

—Dele otra descarga a ella, Yadin.

—No, no, no. Bran la ocultó con sus artes mágicas. Puedo llevaros donde está, pero os juro por Dios que no sé si puedo llegar hasta ella. Puedo llevaros

y mostrároslo. ¡Me cago en la puta, Malmon, os estoy diciendo la verdad! Haré todo lo que queráis. No le hagáis daño.

—¿Hablas del brujo? Traed a Berger e id a buscar al comandante Trake — le ordenó a uno de los hombres. Acto seguido, se levantó y fue hasta el tanque. Clavando la vista en Annika, le dijo a Yadin—: Pinche al hombre. Pero no lo mate, claro.

Annika aporreó el cristal mientras Yadin escogía un cuchillo. La sirena le suplicaba con la mirada.

—¿Me está diciendo la verdad? Si mientes... —Malmon observó el rostro de la sirena mientras Sawyer ahogaba un grito—. Lo siguiente que haré será ordenar que le corten los pulgares.

Annika miró a Malmon a los ojos tras aquellas gafas oscuras y se llevó las manos al corazón como si jurase.

—Es suficiente.

Malmon se volvió; Yadin retiró el cuchillo de entre las costillas de Sawyer. Y un tercer hombre entró a grandes zancadas en la cueva.

Era alto y caminaba muy erguido. Tenía los ojos muy azules y el pelo rapado, tan rubio que casi parecía blanco.

Observó a Annika.

—Así que es cierto. —Su voz enérgica tenía un leve acento extranjero—. El mundo está lleno de misterios. ¿Se la follará?

—No hace falta ser vulgar, Franz.

—Simple curiosidad. Yo lo haría, solo para conocer cómo funciona. —Se volvió y miró a Sawyer—. Qué desagradable. Una bala en el cerebro sería más eficaz.

—Prefiero mi método —contestó Yadin.

Después de encogerse de hombros, Berger se volvió para atender a Malmon.

—Los demás objetivos acaban de regresar a su base.

—Riggs, la clarividente. Ya tiene su descripción.

—En efecto. Es la rubia. Una rubia bastante atractiva.

—Puede meterle una bala en el cerebro. —Malmon observó la reacción de Annika y se sintió complacido al ver que se acurrucaba para llorar—. Al hechicero lo quiero solo herido.

—¿Prefiere una parte del cuerpo en concreto?

—Usted es el experto. Comandante —continuó diciendo Malmon cuando vio entrar a Trake—. El señor Berger va a hacer su trabajo. Llévase una fuerza de combate, espere a que Berger complete su tarea y luego entre a capturar a los supervivientes. Quiero vivos a Gwin y a Killian. A ese McCleary le hiere donde pueda y se ocupa de atarlo bien.

—Sí, señor.

—Y registre su casa. Quiero que me traigan cualquier ordenador, nota, mapa, todos sus papeles.

Malmon les dio permiso para retirarse con el simple gesto de volverles la espalda y caminar hacia Sawyer.

—Levántate.

Apretando los dientes, Sawyer logró ponerse de pie.

—¿Cuáles son las coordenadas geográficas de la ubicación donde se encuentra la Estrella de Fuego?

Sawyer le dio la longitud y la latitud. Malmon fue hasta un ordenador y tecleó para introducirlas.

—¿Una isla del Pacífico Sur? ¡Qué poco original!

—No está habitada, y la estrella está escondida, protegida. Bran le lanzó un hechizo. No sé cómo funciona. Puedo llevaros, pero no sé si eso romperá el hechizo. No tenéis por qué matar a Sasha. Escuchad, escuchad, os puede ser útil. Nerezza quiere su don. Podéis...

Malmon le asestó un revés que le hizo retroceder tres metros.

—Sé lo que quiere Nerezza. No eres digno de pronunciar su nombre. Pronúncialo otra vez y le causaré a la sirena más dolor del que nadie puede soportar.

—Haré lo que quieras.

—¿Cuánto tiempo hará falta para ir a la estrella y volver?

—¿Para el viaje en sí? Dos minutos.

—Tendrás noventa segundos. Tú —le dijo a uno de los hombres, llamándole con un gesto—. Le llevarás allí y volverás con él.

—Pero...

—¿De verdad creías que te permitiría llevarme? ¿Que intentaras conmigo cualquier plan que hayas elaborado con tu cerebro febril? Si tardas más de noventa segundos, si tratas de escapar y llevarte la brújula, ella morirá en medio de atroces dolores.

—Noventa segundos no es...

—Es lo que tienes. —Malmon consultó su reloj—. Yadin.

Aunque algo parecido a la desaprobación atravesó su rostro, Yadin envió la corriente al tanque.

—Otra vez.

—¡Detente! Maldita sea, he dicho que haría lo que quisieras.

—Pues ya conoces el precio si no lo haces. Suba la corriente para el tanque y prepárate para conectarla. Saca el arma, imbécil, y te recomiendo que lo sujetes con una llave de cabeza.

El hombre se situó detrás de Sawyer, le pasó un brazo fornido en torno al cuello herido y le acercó la pistola a la oreja.

—Excelente. Noventa segundos. Que empiezan ahora.

Puso la brújula en las manos esposadas de Sawyer.

Sawyer pronunció el nombre de Annika sin dejar de mirarla. Y desapareció.

En la casa, Bran curaba la herida de Riley mientras los demás reunían las armas.

—Tienen que estar en la cueva, ¿vale? Es donde Sasha avisó a Sawyer y Annika. Sé que podrían tenerlos en la casa, pero...

—No podemos estar seguros, pero sin duda es más difícil transportar a dos prisioneros heridos e inconscientes a las colinas. Debéis permanecer quietos hasta que haya hecho lo que tengo que hacer.

—Solo es un puto rasguño. Tenemos que movernos.

—Es algo más que un puto rasguño, y hemos de saber hacia dónde movernos.

—He dicho que los traeremos de vuelta —les recordó Doyle, que entró en ese momento con las pistolas, una en cada cadera, la espada colgada entre los omóplatos y un puñal en la bota—. He luchado durante unas cuantas vidas. Nunca dejo atrás a mis camaradas, ya sean soldados o amigos.

—No los traeremos de vuelta armando tanto jaleo por un simple corte.

—De no ser por Bran, ese simple corte, como tú dices, necesitaría al menos una docena de puntos —comentó Sasha, entrando con una ballesta, un carcaj lleno de flechas y la pistola con la que solo había disparado contra dianas metida en la pistolera que llevaba junto a la cadera.

—Vale, está bien. Pues yo digo que ha llegado el momento de activar la reacción en cadena.

—Estoy de acuerdo con la doctora.

Al ver que Bran no contestaba a Riley ni a Doyle, Sasha se sentó y dijo:

—Si nos equivocamos, habremos desperdiciado la trampa. Tendría que ver el lugar. Nadie lo dice, pero todos lo pensáis. ¿Os parece que puedo percibirlo?

—Sería muy útil, claro —respondió Riley—. Pero, Sash, todos sabemos que no puedes forzarlo.

—¿Por qué no puedo? —le espetó a Riley—. ¿Por qué no puedo usar mi don cuando más falta hace? En un momento como este, cuando dos de nosotros están... ¿Por qué no me dices qué debo hacer? —le exigió a Bran—. ¿Por qué no me lo dices?

—Porque ese don es tuyo, *a ghrá*. —Cogió a Sasha por los hombros y le besó la frente—. Porque solo tú puedes reclamarlo.

—¡Pues lo haré! ¡Voy a hacerlo! Traza un círculo de poder, lanza un hechizo. Ayúdame.

—No tengo ningún hechizo para eso. Es tu don, tu mente y tu corazón. Solo tú puedes abrirlos.

—Necesito aire. Necesito espacio. ¡Necesito respirar!

Desesperada, se precipitó al exterior y se esforzó por calmarse, por tranquilizarse.

Cuando Bran salió tras ella, se apretó los párpados con los dedos.

Él se los apartó.

—Confía en ti misma como yo confío en ti.

—Como todos confiamos en ti —corrigió Riley, y se volvió a mirar a Doyle.

—Sí. Todos.

—Ayudadme.

Bran se llevó la mano de ella al corazón.

—Siénteme, ábrete a mí.

—Amor, confianza, fe. Bran.

—Ábrete a ti misma, *fáidh*. Deja que venga. Eres tan fuerte... Deja el miedo a un lado, por todos. Ábrete.

Sasha notó latir bajo su mano el corazón de Bran. Regular. Cerró los ojos y contó los latidos. Los de él. Los de ella. Los de los dos. Los de ella. Los de ella.

—¡Oh, están heridos! El dolor. Es horrible, y el miedo es peor. Ella tiene miedo por Sawyer, trata de luchar, pero le hacen daño a él. Él tiene miedo por ella, trata de luchar. Le hacen daño a ella. Atrapada, está atrapada. El agua la rodea, pero es inhóspita. Él disfruta haciéndoles daño. Sabe cómo. Y Malmon... no es solo un hombre. Sus ojos, sus ojos, los oculta, pero...

—¿Dónde, Sasha? ¿Dónde están Annika y Sawyer?

—En la cueva. Sangre y muerte en la cueva. Encerrada en un tanque de agua, herida, desanimada. Llorando. Sawyer, cuánta sangre. Una oportunidad, intuye una sola oportunidad. No puedo verlo todo. Son muchos, y el dolor es muy grande. Sawyer... Espera, espera. Se ha ido. Se ha ido.

—¡Muerto! ¡No, no, no! —exclamó Riley.

Sasha negó con la cabeza.

—Se ha ido. A otro sitio. No sé...

Mientras hablaba, estalló en las colinas una luz brillante como el mediodía. Tras ella, un trueno.

—¡Es un nido de francotirador! —exclamó Doyle, tirando del brazo de Riley—. ¡Dentro, vamos dentro!

—Es hora de activar la reacción en cadena, señor Brujo. —Riley se precipitó al interior y agarró sus armas—. Y es hora de que nos movamos.

—Ya vienen. —Sasha, llena de poder, cogió su arco—. Hombres, los hombres de Malmon. Vienen aquí. Pretenden capturarnos.

—No lo lograrán —dijo Bran, levantando los puños y entrechocándolos.

Las colinas que se veían desde la casa se inundaron de luz.

Una única oportunidad, pensó Sawyer, y rogó haber calculado bien. Quizá no sobreviviera, pero tenía la oportunidad de salvar a Annika. Notaba la pistola

contra la cabeza, el brazo alrededor del cuello. E hizo algo que nunca había hecho.

Soltó.

El brazo cayó al vacío, y no quedó nada. Ni siquiera un sonido. Agarró la brújula y pensó en Annika. Nunca había intentado un desplazamiento dentro de un desplazamiento, pero ya habían transcurrido sesenta preciosos segundos.

Tenía que volver con ella. Si no podía sacarla de allí, al menos no estaría sola.

En el tanque Annika yacía inmóvil, con los ojos cerrados. Lucharía de nuevo, aporrearía el cristal una y otra vez tan pronto como recuperase las fuerzas. Ahora tenía el cuerpo débil, quebrantado. Solo la voluntad la salvaría de perder el conocimiento.

Esperaba que la matasen. Tenían decidido matar a Sawyer, eso lo entendía. Moriría si volvía, y volvería.

Tenía demasiado honor para dejarla atrás.

Annika sabía que Sawyer no le había dicho a Malmon toda la verdad; seguía protegiendo la estrella. Creía que tenía un plan, que lo intentaría. Pero estaba herido, sangrando, estaba prácticamente destrozado.

Deseó con todo su corazón que continuara viajando, que permaneciese a salvo. Entonces oyó algo parecido a un trueno. El agua del tanque tembló.

Cuando ascendió, su visión se tornó gris. Sin embargo, vio que Malmon salía precipitadamente de la cueva, gritando. Vio que Yadin alargaba el brazo hacia los controles.

De pronto, como en un sueño, Sawyer estaba con ella en el agua, alzando las manos atadas y estrechándola entre sus brazos.

Vio un destello cegador. El tanque osciló y tembló como si lo moviese la

mano de un gigante. Oyó gritos, unos gritos terribles. Luego volaron.

Le rodeó con los brazos y notó su sangre, húmeda y caliente, contra su piel.

—Te tengo —le dijo Sawyer al oído.

—Has venido a buscarme.

Antes de que pudiera llorar, cayeron al suelo.

Annika oyó disparos y gritos, vio más destellos. Notó que el cuerpo de Sawyer caía flácido debajo del suyo. Logró levantar la cabeza y mirarle. Su rostro pálido como la cera cubierto de sangre y cardenales. Del hombro y el costado brollaba más sangre.

Quiso levantarse y luchar, pero no le quedaban fuerzas, ni siquiera para aprovechar el regalo de sus piernas. Así que hizo cuanto pudo y trató de proteger el cuerpo de Sawyer con el suyo.

Ahora sí perdió la conciencia, durante un momento o durante una hora; no podía saberlo. Oyó una voz lejana. Riley.

—Esos hijos de puta no volverán a intentarlo en mucho tiempo. Ahora organicemos ese equipo de rescate. ¡Por Dios! ¡Joder! ¡Bran!

Unas manos sobre ella, alzándola del suelo.

—No, no, Sawyer. Está herido. Le han herido. Sawyer.

—Bran está con él, guapa. Le tenemos.

—Doyle, sácala. Llévala a la piscina. Necesita agua. Riley, más toallas. Tenemos que detener esa hemorragia para que Bran pueda trabajar en él. — Sasha se arrodilló junto a Bran—. ¿Está muy grave?

—Mucho. Ha perdido un montón de sangre. Creo que tiene el pómulo hecho trizas, y el ojo...

—Déjame ayudar. Puedo asumir una parte.

—Es demasiado, Sasha.

—Puedo hacerlo. Puedo ayudar. —Apoyó una mano en la mejilla de Sawyer y soltó un grito horrorizado—. ¡Oh, Dios!

—Déjalo. Es más de lo que puedes hacer.

—No es verdad. Trabaja a través de mí. —En su interior se mezclaban la desesperación, la lástima y el amor—. Dijiste que confiabas en mí. Confía en mí ahora.

Riley volvió corriendo y echó un vistazo a la cara pálida y sudorosa de Sasha, a la absoluta concentración de Bran. Se agachó y apretó una toalla contra la herida que Sawyer tenía en el costado.

—Vamos, pistolero, vamos. No pienso permitir que te desangres en el suelo de esta cocina. —Miró a Doyle—. No deberías dejarla sola.

—Está mejor y me ha pedido ver a Sawyer. Mejorará si puedo decirle... Por los clavos de Cristo, esos cabrones lo han trabajado bien.

—Ya basta, Sasha.

—Un poco más. Puedo hacer más. Doyle, dile que se va a poner bien y luego trae el maletín de Bran. ¿Riley?

—Sangra menos, pero no puedo detener del todo la hemorragia.

—Bran lo hará. Lo hará. Nos veo juntos. A todos. En una colina, dentro de un círculo de piedras, y el mar azul. Lo veo, y somos seis. Trae el maletín, Doyle, y dile a Annika que se pondrá bien.

—Estoy aquí y te creo —dijo Annika. Estaba desnuda y le temblaban las piernas.

—Ponte esto. —Doyle se quitó el abrigo y la envolvió con él—. Estás helada.

—Ha venido a buscarme. Los ha engañado y ha venido a buscarme. Lo ha arriesgado todo por mí, por nosotros, por las estrellas. Es muy valiente. —Se arrodilló mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. Dejadme ayudar.

Malmon se arrastraba. La luz, aquella terrible luz, le había cegado. Solo veía

la oscuridad. ¡Y el dolor! Incluso ahora que los gritos y los truenos habían dado paso a un silencio brutal, su cuerpo ardía.

Percibía el olor de su piel humeante, de su sangre caliente.

Pero seguía vivo, así que se arrastraba por el suelo quemado y pedregoso. Anhelaba meterse en el agua, notar el frescor del agua fresca por su garganta. Habría dado la mitad de su fortuna por un vaso de agua.

Entonces oyó la voz de ella y empezó a temblar.

—Me has fallado.

—No, mi reina. No. Nos han tendido una emboscada, nos han engañado, pero en este preciso momento los soldados los están capturando. Te entregaré a los seis. Por favor, me han herido.

—Tus soldados han fracasado y han desaparecido de este mundo, como todos los demás que trajiste.

—Te lo suplico, mi amor, mi reina. La luz me ha quemado los ojos. Ayúdame.

Embargado por el dolor, se arrastró hacia la voz de Nerezza y recibió un golpe que le obligó a retroceder.

—¿Por qué debería ayudar a quien me ha fallado? Te di un don. ¿Qué me has dado a cambio?

—Todo lo que soy, todo lo que tengo.

Levantó el brazo a ciegas.

—No eres nada. No tienes nada salvo lo que te otorgué. Tenías dos tareas, mi elegido. Las estrellas y los guardianes. Por cumplir esas dos tareas te habría dado la vida y la juventud eternas y todo cuanto pudieras desear. No has cumplido ninguna de las dos.

—Lo haré. Lo juro, no fracasaré.

—Estás ciego. Débil. No eres más que una cáscara rota.

—Ayúdame. —Aunque sentía arder cada centímetro de su cuerpo, Malmon

se arrastró de nuevo—. Ayúdame a ver, sáname. Te traeré las estrellas. Te las traeré bañadas en la sangre de los guardianes.

—¿Quieres ver?

—Devuélveme la vista, te lo suplico. Si no veo, no puedo encontrar las estrellas ni matar a quienes se enfrentan a ti.

—¿Quieres ver? —repitió Nerezza, y la risa que emitió hizo temblar a Malmon—. Si te lo concedo, ¿te comprometerás a servirme?

—Soy y seré tu servidor. Ten piedad.

—La piedad es una debilidad. Yo soy fuerza. Te devolveré la vista, mi elegido. Permitiré que veas.

Malmon tuvo la sensación que le hervían los ojos en la cabeza. Gritó, gritó hasta que le sangró la garganta, se cubrió los ojos ardientes mientras luchaba por dejar de sentir el dolor.

Lloró lágrimas de sangre.

A través de los gritos, a través de la agonía, oía la risa de la diosa.

Y empezó a ver a través de la oscuridad.

Los cabellos de Nerezza ondearon enroscados como anillos de serpiente, su rostro exhibía una satisfacción desenfrenada mientras él se retorció entre chillidos de dolor. Aun así, el hombre, aquello en lo que casi se había convertido, extendieron los brazos hacia ella.

Suplicando.

—Jamás pidas piedad. —Nerezza le sonrió casi amablemente—. Y no vuelvas a fallarme. Vamos, vuelve a rastras hasta tu agujero. —Indicó la cueva con un gesto de la mano—. Y aguarda mi voluntad.

—No me dejes. Llévame contigo. Llévame contigo para que pueda servirte.

—¿Deseas venir conmigo?

Como si considerase esa posibilidad, caminó a su alrededor. Su largo vestido negro crujía como unas alas.

—Volveré a ponerme fuerte. Te traeré las estrellas. Te traeré las cabezas de los guardianes.

—Las palabras y promesas no tienen valor alguno. Dame lo que quiero. — Se inclinó hacia él—. O el dolor que te han causado no será nada en comparación con mi disgusto.

—Sanaré. Te entregaré lo que quieres. Llévame contigo, mi reina.

—Muy bien. Dame la mano.

Temblando de gratitud, Malmon alargó el brazo. La mano que puso en la de ella estaba ennegrecida, la piel se caía a tiras y las uñas, larguísimas, espesas y amarillas, se curvaban como garras.

—Si no fueras aquello que he hecho de ti, aquello en lo que te estás transformando, habrías desaparecido como tus hombres, los que fracasaron. Recuerda eso, mi elegido.

Volvió el dolor con una sacudida, como si le hubieran arrancado del fuego para arrojarle al hielo. El frío estuvo a punto de acabar con él, sus huesos crujieron en un siseo.

Luego llegó la oscuridad, la oscuridad completa.

Cuando parpadeó, intuyó unas siluetas vagas. Una especie de habitación o cámara, con cadenas y grilletes colgando de muros de piedra.

Las aves que no eran aves descansaban encaramadas en perchas. Sus ojos lanzaban destellos amarillos en la oscuridad.

—Esperarás aquí. Me serás útil una vez te hayas transformado.

—La oscuridad. El frío.

—Sí, aún hay algo de eso en ti, algo que anhela luz, calor. Muy bien.

Las velas y las antorchas se prendieron de golpe. En sus perchas, las aves que no eran aves chillaron y extendieron las alas. Los muros, de piedra pulida, proyectaron docenas de reflejos.

Nerezza, con su vestido negro y un rubí rojo sangre en la garganta. Las aves,

lanzando destellos amarillos con los ojos y replegando las alas.

Y había alguien, o algo, agazapado en el suelo. Con la piel intensamente enrojecida, carbonizada, que le caía a tiras y dejaba al descubierto... otra cosa. Las manos y los pies ahora eran garras, en lugar del pelo, calcinado, ahora solo se veía el cuero cabelludo, donde se alzaban unos bultitos brillantes. Los ojos, amarillos como los de las aves, hendidos como los de una serpiente, le devolvían la mirada horrorizados.

La criatura se movía cuando él lo hacía. A la que Malmon se levantó del suelo, la criatura se alzó sobre aquellos pies en forma de garra.

—¿Qué soy?

—Un intermedio, de momento.

Con el dedo, Nerezza dio un golpecito a una tira de piel. Cuando esta cayó al suelo, las aves se lanzaron en picado para disputársela.

—Soy... soy un monstruo.

—Eres un semidemonio, y estás a mi servicio. Recuerda el dolor, mi elegido. Recuerda quién te ha devuelto la vista. Recuerda tu juramento.

—Soy un hombre.

—Eres mío, y continuarás siéndolo por toda la eternidad o hasta que decida acabar contigo —dijo Nerezza. Se dirigió a una puerta que él no había visto y la abrió—. Cuando me seas útil, lo sabrás.

Malmon intentó correr hacia la puerta, tropezó y cayó al suelo. Una vez más, trató de arrastrarse, pero no había ninguna puerta, ninguna salida, solo la piedra, pulida como el cristal, como una pared cubierta de espejos que le mostraban su propia imagen allá donde mirase.

Malmon se arrastró hasta un rincón, donde se agachó y se hizo un ovillo. Aquello en lo que se había transformado le devolvió la mirada.

Comenzó a reír y reír, hasta que el sonido resonó en la cámara. Hasta que el sonido se convirtió en locura.

Sawyer dormía profundamente. Soñaba, pero tenía sueños serenos, tranquilizadores. Oía voces; el suave canto de Annika le calmó. La voz de Sasha se le sumó en un murmullo que le hacía estar en paz. Después se unió la de Riley, con una especie de grito de entusiasmo y determinación. Bran entró en el sueño, y Doyle, con una energía que rezumaba esperanza.

En un sueño vio a su abuelo y se sentó junto a él al lado de una hoguera. A la luz de las llamas, el rostro de su abuelo era joven, tan joven como el suyo propio. Hablaron de legados, de estrellas y de dioses mientras la luna flotaba blanca sobre su cabeza.

Y Sawyer flotó también, como si estuviera dentro de una burbuja transparente. Muy suavemente, sobre mares, sobre tierras, sobre mundos. Sobre una isla transparente como el cristal con un castillo en una colina y un círculo de piedra.

Qué hermoso.

Entonces estalló la burbuja y Sawyer despertó.

Annika se hallaba sentada junto a él en la cama, cogiendo su mano, por lo que su cara fue la primera que vio.

Y el primer pensamiento de Sawyer fue que ella estaba a salvo. La había traído de regreso.

—Calla, no intentes hablar todavía. Bran te hizo dormir. —Annika se llevó la mano de él a los labios, la besó repetidas veces y besó luego la muñeca, aún irritada—. Para curarte. Te hirieron. Te hirieron.

—Annika.

—No, debes guardar silencio. Bran dijo que fuéramos a buscarle cuando despertases.

—Espera. Espera un momento.

Sawyer empezó a incorporarse a pesar de la angustia de Annika y entonces los notó. ¡Vaya si notó los vestigios de la tortura!

—Te duele. Bran dijo que debías beber esto si te dolía al despertar —dijo Annika, cogiendo un frasquito de la mesilla de noche—. Te ayudará a dormir.

—¿Cuánto tiempo? —Tuvo que carraspear y respirar hondo—. ¿Cuánto tiempo he pasado durmiendo?

—Nos trajiste de vuelta cuando era de noche, y vino otra noche, y hoy es el día de después. No la mañana, sino después del mediodía. Bebe, Sawyer, por favor.

—Ya he dormido suficiente.

—Voy a buscar a Bran.

Sin embargo, él le agarró la mano con fuerza.

—A ti también te hirieron.

—Bran y Sasha me ayudaron, y también dormí. No tanto, pero no estaba tan herida como tú. Él te clavó el cuchillo. Aquí. —Le tocó el costado con suavidad—. Está sanando bien. Bran lo dijo. Y te pegaron en la cara, y...

—Ya —dijo Sawyer, y se palpó el pómulo y la mandíbula con mucha precaución—. Me rompieron algo. Ahora solo está un poco dolorido.

—Volviste a buscarme.

—Pues claro. Nunca te dejaría así. Solo tenía que... No llores. Vamos, no llores.

—Sabía que volverías a por mí. —Las horas y horas esperando a que despertase se le cayeron encima—. No podía salir. No podía ayudar. No paraban de hacerte más y más daño. Tenían algo que bloqueaba mis pulseras.

Bran las había mejorado, pero no pude romper el cristal y ayudarte. Quería matarle, sobre todo al hombre de los cuchillos. Pero no pude.

—Estamos aquí. —Sawyer le acarició el cabello—. Estamos a salvo y estamos aquí. Eso es lo que importa. La brújula.

Annika se levantó rápidamente y la sacó de un cajón de la cómoda.

—Está aquí. También está a salvo. Voy a buscar a Bran.

—¿Qué te parece esto? Necesito ropa, porque estoy completamente desnudo. Ayúdame a vestirme e iremos a ver a Bran.

—Veo el dolor en tus ojos.

Y sombras debajo de los suyos.

—No tanto, te lo prometo —contestó Sawyer—. Necesito moverme, Anni. De verdad que necesito moverme, comer algo y averiguar qué demonios ocurrió.

—Riley ya dijo que no volverías a dormir si te despertabas. —Con un suspiro, Annika volvió a acercarse a la cómoda—. Traje tu ropa a mi habitación. Quiero que te quedes conmigo.

—Estupendo, yo también lo quiero. Tráeme unos pantalones y una camisa.

Annika hizo lo que él le pedía y le ayudó a vestirse.

—¿Sawyer?

—Dime.

—Eres mi héroe.

—¿Anni? Eres mi heroína. ¿Qué te parece si me ayudas a bajar para que podamos hablar con los demás héroes?

Le dolía, pero nada que no pudieran solucionar unas cuantas aspirinas. Y algo de comida. Y una cerveza. Cuando salían de la habitación de Annika, Riley salió de la suya.

—Acabo de... ¡Eh! ¡Si está aquí!

—No ha querido tomarse la medicina, como tú dijiste.

—Está bien, ¿verdad, vaquero? —Riley se acercó y le frotó con suavidad la barba de varios días—. Un poco desaliñado, pero te sienta bien. Nos acojonaste pero bien.

—Yo también me acojoné.

—Vamos abajo. Seguro que te vendrá bien comer algo.

—Me vendrá de narices. Tengo mucha hambre.

—Buena señal. —Al igual que Annika, Riley le pasó un brazo por la cintura. Juntas, le ayudaron a bajar las escaleras—. Fuera —prescribió Riley—. Te conviene el aire fresco y el sol. Ya le sujeto yo, Annika. ¿Por qué no le traes un gran vaso de té frío?

—Cerveza.

—Aún no, colega. Y algo de comer. Hay pasta de anoche, y...

—Sí, sí, puedo traer la comida y la bebida.

—Annika nos ha puesto al corriente —dijo Riley en voz baja en cuanto salieron al exterior—, pero tendrás que contarnos tu parte. He de decirte que le sangraba la cola de tanto golpear aquel cristal para llegar hasta ti. No se ha separado de tu lado desde que Bran te durmió. Ni ha salido de la habitación. Necesita el sol y el agua.

—Vale. —Bastante inestable, se sentó bajo el emparrado—. La piscina es solo una solución provisional. Necesita el mar. Bran puede llevarla al agua. Yo no me veo capaz todavía.

—Nos ocuparemos de ello.

Riley dio un paso atrás, vio a Sasha pintando en la terraza y le hizo una señal.

—Sawyer se ha despertado y está aquí abajo. ¿Te importaría ir a buscar a Bran?

—Bajamos ahora mismo.

Luego, mirando hacia el huerto, Riley se metió dos dedos en la boca y soltó

un silbido fuerte y prolongado.

—Silbas como un auténtico lobo... de mar.

Riley le miró con una sonrisa de superioridad.

—Me alegra ver que has recuperado tu patético sentido del humor. —Se le acercó, enmarcó su rostro con las manos y le besó con fuerza en la boca—. Me voy a ayudar a Anni. Y a buscar una cerveza.

—Quiero una cerveza.

—Nada de alcohol sin el permiso del doctor Brujo.

Sawyer se habría quedado malhumorado, pero, cuando Riley se alejó a grandes zancadas, Sasha salió a toda prisa, y, como había hecho Riley, le besó.

—Quizá deberían torturarme más a menudo. Eso atrae a todas las chicas.

—Tienes buen color. ¿Qué tal el dolor?

—Ahí está. No es muy fuerte, pero ahí está.

—Nos ocuparemos de eso. Tienes hambre.

—Estoy famélico.

—Vamos a ver ese corte. —Sin ceremonias, le levantó la camisa y le palpó suavemente la herida provocada por el cuchillo mientras Doyle cruzaba el césped—. Está sanando bien. Y el hombro... mejor. Uy, y las muñecas, mejor todavía. Quédate con él —le dijo a Doyle—. Bran baja ahora mismo, y yo voy a ayudar a preparar la comida.

Doyle saludó a Sawyer con un gesto de la cabeza y se sentó frente a él, observándolo.

—¿No vas a besarme? Todo el mundo lo ha hecho.

—Paso. Te dieron una buena tunda, hermano, y casi te cortan en pedacitos. Por lo que contó Annika, usaron una picana para ganado, ¿no?

—Algo así. ¿Qué se sabe de Malmon?

—Nada de nada. Tras dar mucho la tabarra, Bran y Riley subieron. No podíamos dejarte inconsciente, así que fueron ellos quienes ganaron esa

batalla. No queda nada en la cueva, y no encontraron supervivientes. Según las fuentes de Riley, Malmon no ha vuelto a la casa. Sus cosas están allí, pero nadie le ha visto.

—Si tuviera una puta cerveza, brindaría por eso.

—Bien pensado, iré a por una cerveza para cada uno.

—Para Sawyer no, todavía no —dijo Bran, que salía con uno de sus maletines.

—Ten un poco de corazón. Llevo todo el día casi muerto.

—Como en *La princesa prometida*. —Riley salió con una bandeja en la que llevaba el té y la pasta—. Hay más cosas, pero empieza con eso.

—Pero antes contéstame, el dolor: de uno a diez —ordenó Bran.

Sawyer le miró y se encogió de hombros.

—Puede que cuatro y medio.

—Eso significa seis por lo menos —dijo Riley—. Le está quitando importancia.

—Estoy de acuerdo —coincidió Bran, y sacó un frasco del maletín—. Para el dolor. No para dormir. Solo para apaciguar un poco el dolor. Sasha insistirá en ocuparse de él, pero yo preferiría que no absorbiera mucho.

—Bien. —Sawyer esperó a que Bran echara unas cuantas gotas en el vaso, y se bebió el té de un trago—. Ahora necesito comer.

Se metió en la boca dos buenos bocados, se apoyó en el respaldo y dijo:

—¡Guau! ¿Para el dolor?

—También te dará un pequeño subidón de energía.

—Ya lo veo. Tenéis que llevar a Annika al agua, al agua del mar.

—Yo me ocupo.

Sasha y Annika salieron con sendas bandejas.

—Tenemos más pasta —empezó a decir Sasha—. Pan, queso, fruta, aceitunas, pimientos y todo lo que se le ha ocurrido a Anni.

—Fantástico. ¿Qué vais a comer los demás? —preguntó Sawyer, cogiendo un trozo de pan.

—¿Cómo va el dolor?

—Ya casi no me duele —le dijo a Sasha.

—Pues vamos a eliminarlo del todo. Esto se me da muy bien. Tú relájate y sigue comiendo.

—¿Qué pasa con esa cerveza?

—Medio vaso de vino para empezar, y ya veremos cómo te sienta —dijo Bran—. ¿Te ves con ánimo para darnos tu informe?

—Desde luego. Gracias, Anni, esto es genial.

—No he puesto la mesa.

—La próxima vez. Ahora os contaré lo que ocurrió desde mi punto de vista. Cuando volví al agua, la habían capturado en una puñetera red. Estaba inconsciente. Entre nosotros y los tiburones, sus efectivos habían disminuido, pero no lo suficiente. Me dispararon algo, una especie de tranquilizante, diría. Seguramente, lo mismo que utilizaron con Annika. Cuando despierto, estoy colgado de los brazos en esa cueva. Vi mucho equipo, matones armados y un tanque. Tenían a Annika en un tanque de agua. Siéntate, Sash. Estoy bien, de verdad.

—Aparte del disparo, tenías varios desgarros musculares en los hombros. Y quemaduras en el pecho —contestó Sasha. Se sentó.

—Ya estoy bien. Entonces va y entra él. Don Torturas.

—Yadin —dijo Riley.

—Se presentó, muy educado. Luego se puso manos a la obra.

Sawyer les resumió los hechos sin entrar en detalles. ¿Qué sentido habría tenido hacerlo?

—Yadin lo había preparado todo para poder enviar corriente eléctrica al agua. El muy hijo de puta no paraba de sacudirle a Annika.

—Y a ti —dijo esta.

—Según como se mire, podría decirse que no se pasó mucho, hasta que llegó Malmon —continuó diciendo Sawyer—. Había algo raro en Malmon. Quiero decir que caminaba distinto, como si los zapatos le vinieran pequeños. Además, llevaba gafas de sol dentro de la cueva, y camisa de manga larga. Y, ya sé que suena extraño, pero tenía los dedos más largos de lo normal.

—Los dedos —repitió Riley.

—Ya, ya, lo sé, es extraño, y hay que tener en cuenta que yo no estaba en mi mejor momento cuando se sumó a la fiesta.

—Sawyer tiene razón. No se parecía al resto de los hombres. Sentí que no estaba... —A Annika le costaba encontrar las palabras adecuadas—. ¿Completo? Que no era ni una cosa ni otra.

—Tengamos en cuenta que habla la intuición de la séptima hija de una séptima hija —señaló Riley—. Además, coincide totalmente con la visión de nuestra clarividente particular. Le vimos firmar con sangre un contrato con Nerezza. Yo vuelvo a votar por demonio.

—Parecía bastante humano —continuó Sawyer—, aunque extrañamente inquieto. Sabes que ese no es su estilo, Riley.

—Para nada. Siempre se muestra sereno, con una tranquila superioridad. De los que te cortan el cuello o más bien pagan a otros para que te lo corten, sin que le suba la tensión ni una pizquita.

—Además, se cabreó porque no supo hacer que la brújula funcionara.

—Golpeó a Sawyer con mucha fuerza, y las ataduras que le quitaste, Bran, se le clavaron en la piel. El otro hombre le aconsejó que parara.

—Sí, sí, supongo que perdí el conocimiento por unos instantes. Malmon perdió el control. Yadin le disuadió.

—Le había ordenado al hombre que le clavara el cuchillo a Sawyer, pero aun así le dijo que me hiciera más daño.

—Le mandó aumentar el voltaje. Dijo que le freiría los sesos, y hablaba en serio. Ya no pensaba en lo provechosa que le podría ser.

—Eso tampoco es muy propio de él. Debía de ser un farol.

—No lo creo —le dijo Sawyer a Riley—. Vi que Yadin vacilaba. No quería que el juego terminara tan pronto, pero lo habría hecho. Le di unas coordenadas geográficas, ya que estaba centrado en conseguir la Estrella de Fuego.

—¿Qué coordenadas? —quiso saber Doyle.

—Las de una isla desierta del Pacífico Sur.

—¿Cómo es que las conocías? —inquirió Riley.

—Mi abuelo me llevó a esa isla cuando me estaba enseñando a utilizar la brújula, y a él le había llevado su padre. Pasamos varias noches acampados allí. Cuando estaba inconsciente, soñé con ella —recordó—. Les conté que Bran la había escondido allí.

—No perdiste tu ingenio —comentó Bran.

—El ingenio era lo único que me quedaba. Así que les dije parte de la verdad: que la brújula no funcionaría mientras no se la transmitiera a otra persona. Pero lo adorné un poco. Dije que tenía que llevármelo a él en el primer desplazamiento, que no podría pasársela sin ese ritual. Pensé que mi única posibilidad era sacarle de allí, llevármelo de viaje para poder encargarme de él y volver a por Annika. Sin embargo, Malmon quiso hacer una prueba con un camisa roja.

—No llevaba una camisa roja. Era marrón.

Sawyer sonrió.

—*Star Trek*. Tenemos que ponerte al día.

—Significa «prescindible» —explicó Riley—. El tripulante de la camisa roja que parte para participar en una misión y no va a volver.

—¿Por qué no se cambia de camisa?

Ahora Sawyer se rio hasta que el dolor reapareció en su costado, forzándole a emitir un siseo.

—Te duele.

—Solo cuando me río.

—Pues no te rías.

Buscó la mano de Annika con la suya y la apretó.

—De todos modos, me ha sentado bien. Así que le ordenó a Yadin que desenganchara la cadena de la que estaba colgado y le dijo al camisa roja que me pusiera la pistola en la oreja y me sujetara con una llave de cabeza. Me dio noventa segundos. Yo le había dicho que necesitaba dos minutos. No era verdad, pero ya me imaginé que reduciría el plazo que le diera. Si no regresaba en esos noventa segundos, le enviaría a Anni el voltaje suficiente para dañarle el cerebro. Le ordenó a Yadin que le mandara un par de sacudidas buenas, solo para demostrar que era capaz de hacerlo. Luego me dio la brújula e introduje las coordenadas.

—¿Se está preguntando el camisa roja qué demonios hace en una isla del Pacífico Sur? —quiso saber Riley.

Sawyer negó con la cabeza, cogió el minúsculo medio vaso de vino y lo vació de un solo trago.

—No, no podía arriesgarme. No habría podido con él en un combate, y el tiempo se... Vaya, que lo solté.

—¿Lo soltaste? —repitió Doyle.

—Desconecté. Lo solté sin más. Ya no está. —El color que la comida había devuelto a su rostro volvió a desaparecer—. Se jura no utilizar nunca la brújula para perjudicar a nadie, pero yo lo hice. Una cosa es matar en batalla, pero simplemente lo solté.

—Te tenía puesta una pistola en la cabeza —le recordó Riley—. Y la vida de Annika estaba en peligro.

—Lo sé. Lo sé muy bien. Pero...

—Estás pensando que un gran poder implica una gran responsabilidad.

Sawyer miró a Riley y asintió con la cabeza.

—El tío Ben tenía razón.

—¿Te refieres al del arroz?

Sawyer soltó otra carcajada que acabó en un resuello.

—Por Dios, Sash, eres peor que Anni. El tío Ben de Peter Parker. Spiderman. Y lo de la responsabilidad es cierto. Nunca había matado a nadie hasta que nos atacaron bajo el agua el otro día, y eso fue una batalla. Esto fue...

—Lo mismo. Fue lo mismo —insistió Doyle—. Él tenía un arma, igual que tú. Usaste lo que tenías para salvar a Annika y salvarte tú. Esa, hermano, era tu responsabilidad.

—Mi juramento sagrado también me impide perjudicar a nadie —declaró Bran en tono grave—. Nunca he utilizado mi don para dañar a otro ser humano. Hasta ahora. Y, aunque a mí también me pesa, sé que lo que hice fue para proteger a otros, para combatir el mal.

—Tienen toda la razón —coincidió Annika—. A mí no me gusta luchar, y matar va en contra de todo aquello en lo que creo, pero a estas horas estaría muerta, y tú también. Solo estuviste ausente unos segundos, o eso me pareció. Estaba tan débil... Aun así, rogué que no volvieras. Mi corazón sabía que regresarías, porque eres Sawyer. Y también sabía que pensaban matarnos a los dos. Lo intuía. Tan pronto como ese Malmon consiguiera lo que quería, nos entregaría a Yadin para que nos matase de una forma terrible. Y de pronto estabas allí, dentro del cristal, bajo el agua, a mi lado. En ese momento, supe que sobreviviríamos porque tenías valor y voluntad para hacer lo que fuese necesario. Si crees que eso estuvo mal, te equivocas. Si alguien cree que dejaste de cumplir tu juramento, se equivoca y es estúpido.

—Tú lo has dicho. —Riley alargó los brazos por encima de la mesa para coger las manos de Annika, que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Tú lo has dicho, Anni.

—Nos pesa. —Sasha se levantó y le sirvió a Sawyer otro medio vaso de vino—. A todos nosotros. Hemos matado hombres. Seres humanos. Y nos pesa.

—Morir pesa más —dijo Riley.

—Y peor que eso, mucho peor que eso —continuó diciendo Sasha—, sería fracasar. Somos los guardianes; las estrellas son nuestro poder y nuestra responsabilidad. Nadie ha roto un juramento ni ha faltado a su palabra. Las diosas nos observan. Nos observan a los seis que vinimos de ellas y ven que aceptamos nuestro poder, que asumimos nuestra responsabilidad, que mantenemos nuestros votos y nuestra palabra. Acabar con una vida causa pena, pero perder nuestra vida es fracasar. Después de ese fracaso, la oscuridad se extendería por todos los mundos.

—¿Eso lo has dicho tú? —preguntó Riley tras un instante de silencio—. ¿O ha sido tu otro yo? Tenías esa mirada de clarividente.

—Hemos sido los dos. —Sasha espiró de forma audible—. Venga de donde venga, es verdad. Y aquí va otra, Sawyer: si he entendido bien lo que nos has explicado, lo que Annika nos contó, viajaste con una pistola en la cabeza, y eso después de que te dispararan, apuñalaran, electrocutaran y torturaran. Desconectaste, algo que fue difícil para ti, aunque absolutamente necesario, y luego volviste a buscar a Annika. En el tanque. ¿Significa eso que tuviste que utilizarla como tu... faro?

—Sí, es un término tan bueno como cualquier otro. Tenía las coordenadas geográficas de la cueva, pero no el lugar exacto en el que estaba Annika. Debía apuntar hacia ella, entrar para sacarla.

—Y rápido —continuó diciendo Sasha—. Luego viajaste de nuevo, hasta

aquí, con ella. Son tres desplazamientos en... ¿cuánto, noventa segundos?

—Más o menos.

—Y esa clase de viajes te agotan, aunque te encuentres fenomenal. Habías perdido vete a saber cuánta sangre, te colgaron como una pieza de ternera y te golpearon. Te hicieron cosas peores, y además tuviste que ver cómo le hacían daño a Annika, una tortura adicional. Pero hiciste lo que debías y volviste, medio muerto. ¿Estoy en lo cierto? —le preguntó a Bran.

—Faltó poco, muy poco.

—Exacto. Así que no quiero oír más gilipolleces al respecto.

—Tú lo has dicho —dijo Annika.

Acto seguido, apoyó la cabeza sobre la mesa y se echó a llorar.

—¡Oh, vamos! ¡No, no, no hagas eso! —Desesperado, Sawyer le acarició el pelo, le frotó la espalda. Cuando trató de levantarla y sentársela sobre las rodillas, comprobó que no tenía fuerza—. Me estás matando, Anni.

—No, no, son lágrimas de felicidad casi del todo. —Annika le rodeó con los brazos—. Casi del todo. Estamos aquí, todos estamos aquí, hablando. Y te he oído reír. Aunque te hiciera daño, te he oído reír.

Le cubrió el rostro de besos, le besó en los labios y se sumergió en él.

—¿Queréis intimidad? —inquirió Riley.

—Ojalá —murmuró Sawyer—. No creo que pudiera.

—Volverá a haber sexo —Annika le brindó una sonrisa llorosa—, cuando estés curado. Seré muy delicada hasta que recuperes las fuerzas.

Ignorando la carcajada de Doyle, Sawyer contestó:

—Es bueno saberlo. Pues se acabaron las gilipolleces. —Cogió su vaso de vino y lo observó—. Poder honrado, responsabilidad cumplida. Me haré a la idea. Me impulsó sobre todo la necesidad de apresurarme, de hacer lo que debía. Malmon hizo venir a Berger. Le dijo que matara a Sasha. Quería a Bran herido, pero a Sasha la quería muerta. A los demás los deseaba vivos, así que

le ordenó a Trake que trajera aquí un equipo que se ocupara de eso mientras Berger acababa con Sasha.

—Preocupas a Nerezza, *fáidh*. —Bran cogió su mano por debajo de la mesa —. No puede imponerte su voluntad, no puede quitarte el poder y apropiárselo ella como creía que podría hacer. Te preocupaste por todos nosotros —le dijo a Sawyer—, pero nos habíamos preparado exactamente para eso.

—Sí, me imaginé que tostaríais a Berger, pero aun así... El tanque tembló. ¿Tembló el tanque? —le preguntó a Annika—. La luz... ¿explotó?

—Sí. Justo cuando viniste a buscarme. Malmon echó a correr, pero no pudo correr lo bastante para escapar de la luz.

—Nos enfrentábamos a Trake y compañía cuando llegasteis —continuó Riley—. Estábamos listos para recibirles. Bran activó la reacción en cadena en las colinas, y aquí teníamos muchas más cosas preparadas para ellos. No... quedó ni rastro de ellos. Las heridas infligidas con el armamento... «magicalizado» causan un daño tremendo. Pero un tiro mortal simplemente arrasa. No queda nada.

—No hay cadáveres de los que deshacerse. Esa es la fría verdad —añadió Doyle al ver que Sasha hacía una mueca.

—Tienes razón —continuó Sasha—. Sé que tienes razón. Bran y Riley subieron a la cueva ayer —le explicó a Sawyer—. Teníamos que comprobarla y, tras un encendido debate, se decidió que fuera Riley y Doyle se quedara. No podíamos dejar que Bran fuese solo ni quedarnos desprotegidos aquí. El riesgo era demasiado grande. Así que...

—No quedaba nada —le dijo Bran a Sawyer—. La cueva es solo una cueva. Quedaban... restos de algo en el aire, algo oscuro. Pero cada vez más leve.

—Cubrimos el suelo de sal y Bran hizo una limpieza —explicó Riley. Acto seguido, se encogió de hombros—. Y eso fue todo.

—Ganamos ese asalto —confirmó Sawyer—. Ahora hay que retomar la búsqueda. Tenemos que ponernos a ello antes de que Nerezza decida cómo nos atacará a continuación.

Sasha volvió a coger su vaso de vino.

—No.

—¿Cómo que no?

—Iremos los seis o no irá nadie. Hasta que estés lo bastante fuerte para hacer submarinismo, no irá nadie.

—Por Dios, bien puedo nadar un poco. Otra dosis de la poción mágica de Bran y podría participar en un triatlón.

Sin decir nada, Doyle se inclinó y le dio a Sawyer un ligero puñetazo en el hombro. Y Sawyer vio las estrellas.

—¡Joder!

—Estás en la lista de lesionados, hermano, hasta que puedas recibir un golpecito cariñoso sin ponerte a lloriquear.

—¿Cariñoso? ¡Y un cuerno!

—Las estrellas han estado esperando durante siglos —señaló Bran—. Pueden esperar unos días más. Cuando Nerezza venga otra vez, te necesitaremos.

—Os puedo avisar cuando el sexo ya no le haga daño.

—Es un buen indicador —opinó Riley, relajada. Acto seguido, hizo un gesto con su cerveza—. Y quizá deberías concretar: qué clase de sexo.

—Y cuánto dura —añadió Doyle.

Riley sonrió de oreja a oreja.

—Se están metiendo con nosotros, Annika. Bromean.

—Yo hablo muy en serio. —Riley ladeó la cabeza hacia Doyle—. ¿Y tú?

—Totalmente. Haz el favor de mantenernos informados, preciosa.

—Lo haré. Y cuando Sawyer esté curado, encontraremos la bahía de los

suspiros. Sabemos que debe de estar cerca, porque volví a oírlos.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Cuando me estabas trayendo de vuelta. ¿No los oíste suspirar, no los oíste cantar?

—Pues... —Sawyer hizo memoria—. Pensé que eras tú. Sí que oí algo. Por Dios, lo oí.

—Y yo tengo algo —intervino Riley—. Como has estado en coma inducido con magia, he podido dedicarle más tiempo. Tengo algunas pistas.

—¿Y ahora nos lo cuentas? —inquirió Doyle.

—Recibí la información justo antes de que nuestro bello durmiente despertara. En ese momento salía para comunicároslo. Hay una leyenda. Conozco a un tío que conoce a un tío que la conoce. Pero el tío que la conoce está ahora mismo en un retiro espiritual, así que no podré pedirle más datos hasta dentro de un par de días. Mientras tanto, estoy investigando por mi cuenta. Como casi todas las leyendas, tiene muchas variantes, pero la que más me llama la atención relaciona la bahía de los suspiros con la Isla de Cristal.

—Interesante. —Bran se inclinó hacia delante—. ¿Qué es lo que sabes?

—Lo que se dice saber, no demasiado. Especulaciones, bastantes. En la versión por la que me inclino, hubo un tiempo, hace mucho, en que la bahía y la isla estaban conectadas. Y, como afirman las leyendas que se refieren a la isla, la bahía se movió y pasó a ser visible solo para unos pocos elegidos.

Como se había saltado el almuerzo para investigar, Riley se sirvió un plato de pasta.

—Luego tenemos una raza de seres que compartieron la isla. Una raza que podía vivir en tierra y agua, y que lo hacía pacíficamente. Todo es felicidad y alegría hasta que llega un tipo... Los nombres varían, pero el más común es Odhran.

—Es un nombre irlandés —aclaró Doyle.

—Lo sé. Así que Odhran dijo: oye, nosotros podemos vivir en tierra o agua. ¿Por qué no podemos tenerlo todo? Ellos tienen un elegante castillo en la colina. A lo mejor quiero que sea mío. Somos mejores y más fuertes que ellos.

Bran asintió con la cabeza.

—Una excusa muy habitual para hacer la guerra.

—Sí, y la hubo. Primero atrajeron a la gente a la bahía y la ahogaron.

—¿Con los cantos?

—No está claro —le dijo Riley a Annika—, aunque es posible. Luego quemaron y saquearon las inmediaciones mientras iban a asaltar el castillo. Pero la reina que los gobernaba no tuvo miedo de defenderse. Y eso hizo. Aquí vuelve la disparidad de versiones. Provocó una lluvia de fuego, terremotos, los atacó montada en un caballo con alas y blandiendo la conocidísima espada ardiente, etc. Pero el resultado es más o menos el mismo según mi investigación. Cuando los rebeldes se dispersaban, tratando de volver a la bahía, la reina logró capturarlos. Les dio a elegir. Muerte o exilio. Odhran escogió la muerte y la obtuvo, según la mayoría de mis pesquisas. Algunos hicieron lo mismo. Pero casi todos eligieron el exilio. Así que sopló sobre la bahía y la sacó al mar, donde flotarían y vagarían para siempre como náufragos alejados de su hogar. O, según otras versiones, hasta que uno que procediera de ellos los redimiera. Redimidos, podrían unirse de nuevo con la isla y vivir en paz.

—¿Sirenas? —preguntó Sawyer, pasando una mano por el cabello de Annika.

—Nunca he oído esa historia —les dijo ella—. En mi mundo no la cantamos.

—Es muy poco conocida —le aclaró Riley—. Y todavía tengo que encontrar la fuente. Sin embargo, como ha dicho Doyle, el nombre del

cabecilla rebelde es de origen irlandés. O inglés. Algunas fuentes le llaman con la variante inglesa, «Odran».

—Debe de haber más.

Riley le hizo un gesto a Bran.

—Estoy buscando, esa es la primera capa que he descubierto. Encaja. He estado intentando traducir variantes del griego, del latín y del irlandés antiguo. Y seguiré en ello.

—Puedo ayudarte.

Intrigada, Riley miró a Doyle.

—¿Sabes griego, latín e irlandés antiguo?

—Bastante.

—Pues de acuerdo. Cuando pueda contactar con el tío que supuestamente sabe más, le sacaré información. Pero, si nos basamos en lo que sabemos hasta ahora, parece que todo apunta hacia la bahía de los suspiros.

—La cuestión es encontrarla. Annika los ha oído dos veces cuando viajábamos. Yo podría...

—Tú podrías recuperarte —le interrumpió Sasha—. Nada de hacer submarinismo, levantar peso ni viajar hasta que estés bien del todo. Somos cinco contra uno, Sawyer. No tiene sentido discutir.

Como se le estaba pasando el efecto de lo que Bran le había dado y tenía la sensación de que podría dormir durante una semana, no protestó.

—Deberías descansar un poco más —sugirió Annika, que se levantó y asió la mano de Sawyer.

—Eso tampoco lo discutas. Percibo que el dolor regresa —comentó Sasha—. El sueño cura. ¿Tienes bastante bálsamo, Anni?

—Sí, hay bastante. Cuidaré de él.

—Estaré listo mañana —declaró Sawyer.

Y, aunque pretendía estarlo, aunque estaba decidido a estarlo, el simple

esfuerzo de ponerse de pie le mareó.

Cuando acabó de subir las escaleras con la ayuda de Annika, tenía la piel perlada de sudor. Se durmió nada más acostarse, sin necesidad de tomar más medicina. Annika le desvistió suavemente y le aplicó el bálsamo cicatrizante en las heridas.

Luego se acostó a su lado y le cubrió el corazón con la mano para poder notar sus latidos. Y, por primera vez desde que la habían capturado, durmió profundamente.

Cuando pudo caminar sin ayuda, aunque no habría sido capaz de correr cincuenta metros ni que su vida dependiera de ello, Sawyer reconoció que no estaba listo para dejar el banquillo. Como seguía teniendo débil el brazo derecho, se entrenaría para mejorar su puntería con la mano izquierda. Sin embargo, el simple hecho de practicar el tiro con diana le dejaba agotado en menos de una hora.

Los demás se repartían sus tareas domésticas y, aunque Sawyer sabía que habría hecho lo mismo por cualquiera de ellos, se trataba de él y no de los otros.

Había llevado una vida muy saludable, sin enfermedades graves. De hecho, no recordaba haber estado nunca malo durante más de un día, aunque lo había fingido unas cuantas veces para saltarse otro día de colegio.

Su actual debilidad y la fatiga que le pesaba como una manta de plomo tras el ejercicio más anodino le volvían loco de frustración.

Estaba sentado al borde de la piscina, con los pies colgando y de mal humor, cuando salió Riley, se quitó sus zapatillas Converse y se sentó a su lado.

—Si intentase cruzar la piscina, creo que me hundiría hasta el fondo y me ahogaría.

—Pobrecito, podrías estar muerto —replicó ella en tono categórico, y le puso entre las manos un vaso de bebida anaranjada con gas—. Lo digo en serio, colega. No pude detener la hemorragia del costado, y ya habías dejado un charco de sangre enorme en el suelo. Y lo del hombro era aún peor; lo sé

porque he visto otras heridas de bala, y esa era grave. Lo sé porque miré a Sasha a la cara mientras Bran y ella se ocupaban de ti. Bran tuvo que obligarla a dejar de absorber parte del dolor porque estaba casi tan pálida como tú. Y no solo la cara, la cuenca de los ojos, los desgarros musculares, la electrocución y todo lo demás.

—Todo eso ya lo sé.

—Pues que sepas esto: Bran y Sasha te salvaron la vida. —Le dio un fuerte puñetazo en el brazo bueno—. Sin ellos, nada de lo que hubiéramos podido hacer los demás te habría sacado adelante. La vida te estaba abandonando, Sawyer. No me hace falta tener empatía para percibirlo, lo vi. Tú salvaste a Annika, y ellos te salvaron a ti.

Sawyer le devolvió el puñetazo con el ceño fruncido.

—Me estoy portando como un capullo.

—Sí, y tuviste un pase durante un día porque estuviste a punto de morir de forma heroica y tal. Pero ya va siendo hora de apechugar.

—Vale. —Curiosamente, la bofetada verbal le arrancó de la autocompasión, aunque continuó con el ceño fruncido mientras miraba el vaso que tenía en la mano—. ¿Qué puñetas es esto? ¿Dónde está mi cerveza?

—Estás limitado a una al día hasta que te pongas bien.

—Noto que me vuelven las ganas de dar la tabarra.

—Bébetelo de una vez. Es una cosa que te han preparado Bran y Sasha. Te ayudará a curarte y te dará un subidón de energía.

—No se parece a lo que me han dado hasta ahora.

—Es una versión mejorada. Tómate la medicina, vaquero.

«¡Qué demonios!» Dio un trago.

—Está bueno. —Y volvió a beber—. Está muy bueno.

—Con el permiso de ellos, le he echado medio dedal de tequila.

—Eres la mejor colega del mundo. —Esta vez, él le dio un empujón con el

hombro bueno—. ¿Cómo va la investigación?

—Despacio. He de decir que a Doyle se le da de puta madre traducir, pero no tiene paciencia para escarbar ni sabe cuándo parar para hacer balance. Hemos cruzado unas palabras sobre eso.

—¡Cómo! ¿Habéis discutido Doyle y tú? Mira qué cara de sorpresa se me ha puesto.

Ella puso los ojos en blanco al ver su mueca cómica.

—Empezó él.

—Eso dicen todas.

Riley agitó los pies con gesto despreocupado, salpicando gotas de agua.

—Lo cierto es que esta pausa para que te recuperes nos está yendo bien a todos. La necesitábamos. Sasha y yo lo hemos hablado. Le ha dado a Bran tiempo para reabastecerse y a ella algo de tiempo para pintar. Annika también necesitaba una pausa para recuperarse físicamente: no solo le hicieron daño; también le causaron un profundo abatimiento.

Una rabia fría y penetrante le atravesó el vientre.

—Lo sé. Si no estuvieran muertos...

—Sí, estoy de acuerdo. Pero se está recuperando. Juro que no hay nada capaz de desanimar a Anni mucho tiempo. Doyle y yo nos libramos, pero...

—¡Espera! Os dispararon allí abajo. Lo había olvidado. Por Dios, Riley, te hirieron.

Ella se volvió para mostrarle la herida del brazo, que estaba cicatrizando; apenas era ya un rasguño.

—El bálsamo de Bran. Solo me rozó, aunque te diré que dolió como mil demonios. Pero piénsalo. Me rozaron el brazo y a ti te hirieron en el hombro.

—No trataban de matarnos. Les sigue funcionando el cerebro.

—Querían asustarnos y debilitarnos —coincidió ella—. Puede que el objetivo fuese capturarnos, pero eso no significa que no pudieran hacernos

sangrar un poco. Los disparos estropearon los trajes de neopreno, pero Bran también se ocupó de eso. Es un manitas. No pudo arreglar el tuyo porque no sabemos qué diablos hicieron con él. Ya te tengo otro preparado para cuando volvamos a salir.

—Vuelvo a repetir, eres la mejor colega de la historia. Hablando de demonios, ¿qué puñetas está haciendo nuestra amiga Nerezza?

—Bueno, en Corfú la dejamos muy malparada.

—Le dimos una buena tunda.

—La dejamos hecha polvo. —Riley hizo una pausa y entrecrocó su puño con el de Sawyer—. Luego contrató a Malmon. Fue una buena estrategia, hay que reconocerlo. Deja que él se ocupe del trabajo sucio y fatigoso, que consiga las estrellas y además le sirva como un demoníaco esclavo amoroso.

—Aun así, ha vuelto a fallar —replicó Sawyer, alzando el vaso.

—Sí, las dos veces sus planes se han convertido en... Iba a decir «en humo», bueno, seamos precisos. En luz. La cuestión es que Malmon estaba bajo de forma.

—Duele admitirlo, porque si ahora mismo estoy fuera de combate es gracias a ese cabrón, pero sí, estaba bajo de forma. ¿Quieres saber qué pienso?

Riley se bajó un poco las gafas de sol y le miró a los ojos.

—Sí, así sabremos si es lo mismo que pienso yo.

—Nerezza calculó mal. Le hiciera lo que le hiciera, fuese lo que fuese aquello en que lo estaba convirtiendo, le volvió más fuerte, soy testigo de ello, pero le restó astucia. No era inteligente, Riley, y siempre había sido inteligente de narices.

—Una vez más, estamos totalmente de acuerdo. Debería haber sacado de allí a Anni. Se había agenciado una sirena, Sawyer, y el Malmon que tú y yo conocemos y odiamos habría sacado provecho enseguida. No fue inteligente

utilizarla y arriesgarse a dañarla o matarla para atacarte a ti. El Malmon de siempre la habría trasladado a un lugar desconocido y te habría dejado a ti en manos de Yadin.

—Solo pensaba en la brújula. Ni siquiera las estrellas parecían importarle.

—Una vez más, te saliste con la tuya. Menos astuto, creo que no pudo ver más allá. Y lo de ordenar que matasen a Sash es propio de esa oscura diosa loca, no de Malmon. Él nos habría capturado a todos. Le habría ordenado a Berger que le disparase a la cabeza a Doyle para dejarlo temporalmente fuera de combate y nos habría atacado a los demás con todas sus fuerzas. Habría puesto a Sasha en manos de Yadin para convertirla en su pronosticadora personal.

Plenamente de acuerdo, Sawyer agitaba las piernas al ritmo de las de Riley.

—Y como perdió los papeles, se quedó sin los dos que tenía. Para nada esperaba que me devolviera la brújula, ni siquiera con una pistola en la cabeza. Fue un intento a la desesperada por mi parte, pero picó.

—También pienso que, si las bombas de luz no hubieran acabado con él, lo habría hecho Nerezza. Debería alegrarse de estar muerto.

—No está muerto —dijo Sasha, que caminaba hacia ellos con un cuaderno de dibujo bajo el brazo. Llevaba el cabello recogido y estaba lívida.

—¡Oye, oye! —Sawyer puso su vaso entre las manos de Riley y se levantó tan rápido que la cabeza le dio vueltas. Aun así, se precipitó hacia Sasha y la cogió del brazo—. Deberías sentarte.

—Sí, debería. Todos deberíamos sentarnos. Bran y Doyle han ido al pueblo a comprar comida. Ojalá hubieran vuelto. Si hubiera visto... Ojalá hubieran vuelto.

—Ya no tardarán —dijo Riley, que se había levantado también y se dirigía a la sombra mientras Sawyer ayudaba a Sasha a sentarse bajo el emparrado.

—¿Dónde está Annika?

—Está... Creo que está acabando la colada. Le encanta hacer la colada.

—Iré a buscarla.

—Siéntate, Sawyer —ordenó Riley, señalando una silla—. Iré a buscarla yo. ¿Agua, alcohol, zumo? —le preguntó a Sasha.

—Agua, solo agua. Gracias.

—Has dicho que Malmon no está muerto —empezó Sawyer—, pero...

—Está vivo. Al menos lo que es ahora vive.

—Espera... ahora mismo estás desorientada. Iré a buscarte el agua.

—No, sentémonos aquí un momento. Cuando viene así, es abrumador.

—¿Te duele la cabeza? Necesitas una aspirina. ¡Mierda! Mejor será que te traiga lo que Bran preparó para ti.

—No, no me duele la cabeza. —Sin embargo, se quitó las horquillas del cabello como si el moño le resultase demasiado incómodo—. Es como abrir una ventana para recibir una brisa agradable y encontrarte con una tormenta en plena cara. Necesito un momento para calmarme.

—Y Bran no está aquí para ayudarte.

—Estás tú. Eres muy estable, Sawyer. Es por tu compasión. Tienes tanta... Annika salió de la casa a toda velocidad, muy por delante de Riley.

—Puedo correr hasta el pueblo y traer a Bran.

—No, volverá pronto.

Riley dejó en la mesa una botella grande de agua, la abrió y llenó un vaso.

—Hidrátate, estabilízate. Todos estamos bien aquí, igual que Bran y Doyle. Si no lo estuvieran, lo sabrías.

—Sí, tienes razón. Por un momento me ha embargado el pánico —explicó Sasha, bebiendo agua muy despacio—. Estaba pintando. Me sentía muy a gusto. Por una vez, no tenía que preocuparme de nada. Quería pintar las colinas y la vegetación, la luz iluminando la tierra. Esta vez no pintaba el mar. He preparado el lienzo. Había hecho unos bosquejos y los he sacado. He

organizado los pinceles y he empezado a mezclar colores. —Hizo una pausa y se quedó mirando la mancha verde salvia que tenía en el pulgar—. Entonces le he dado la espalda al lienzo y he cogido el cuaderno de dibujo. Ese viento... —le dijo a Sawyer—. Soplaba a través de mí, rápido y fuerte. Apenas podía respirar. He empezado a dibujar.

Dejó el agua a un lado y abrió el cuaderno de dibujo por la primera página que había utilizado.

—Malmon. Con corbata negra —observó Riley—. Y Nerezza. Pero esa no parece la habitación donde los viste la otra vez.

—No, creo que esto es antes. Creo que esto es la casa de él, en Londres. Ella fue a verle. Y aquí. —Sasha volvió la página rápidamente—. Él fue a verla a ella y entonces la cosa empezó de verdad. Es una especie de progresión. Como fogonazos, me venían fogonazos de ellos. Apenas podía seguir el ritmo.

Volvió la página siguiente, cubierta por una serie de dibujos.

—Los brazos —comentó Annika—. Han cambiado.

—Ya veis que las venas se ven muy marcadas y palpitan. Y aquí. —Con la punta del dedo, Sasha resiguió el hombro de uno de los dibujos.

—Parecen... escamas. —Riley se acercó más—. Tiene una zona de escamas aquí.

—La luz le quema la vista. El blanco de los ojos se ha vuelto de un amarillo claro y enfermizo. Y sé que es sutil, pero ¿veis el cambio?

—La forma de los ojos —confirmó Sawyer—. Más alargada.

—Empieza a llevar gafas oscuras constantemente, incluso mientras duerme. Y cada noche acude a ella, que sigue con la transformación. Nerezza echa sangre en el vino, cada vez más cantidad, hasta que pasa a echar vino en la sangre. Malmon bebe. Bebe —repitió mientras volvía la página—. Ahora le

domina. Parte de su sangre es de ella, así que ahora Nerezza le domina. Mi elegido.

Sawyer vio que llegaba Bran y se llevó un dedo a los labios.

—Es su criatura. No ha completado la transformación, pero es suyo. A través de él, Nerezza conseguirá lo que quiere, lo que le pertenece. Tal vez incluso se quede con él cuando todo haya terminado. Mi elegido. Hasta que deje de encontrarlo divertido.

Suavemente, Bran le apoyó una mano en el hombro. Sasha inspiró y soltó el aire.

—Aquí se reúne con los hombres: el torturador, el soldado y el asesino. Se reúne con otros que harán lo que él diga por el dinero que paga. Ya no se aburre, pero se siente distinto. La mente se le nubla. Se enfurece. Mata a una prostituta y se regodea. Sus uñas. Se las corta cada noche, cada mañana. ¿Está perdiendo el pelo? Pero es tan fuerte... Y ella le ha prometido más, más fuerza, más poder. La vida eterna. Ella es su diosa ahora. Ahora en la casa. Pronto tendrá un palacio, pero de momento esto servirá. Nota la piel muy tirante sobre los huesos, y la luz le abrasa los ojos. Mirad sus ojos.

—Han cambiado —dijo Riley, echando un vistazo a Doyle, que acababa de llegar—. Son reptilianos.

—Puede ver en la oscuridad. Anhela la oscuridad. Juntos, extinguirán la luz. Todos los hombres, trabajando, vigilando. Le traen lo necesario en helicópteros, pero él sale de noche, solo de noche, y corre. Es muy rápido, rápido como una serpiente. Nerezza va a verle pocas veces, demasiado pocas. Malmon anhela su presencia tanto como la oscuridad. Ella vendrá ahora. Ha capturado a dos enemigos. Vendrá ahora, le dará lo que él quiere. Lo que necesita.

Sasha volvió la página hasta el dibujo de la cueva, de Sawyer

ensangrentado y maltratado, colgando de unas cadenas. De Annika atrapada en el tanque.

—Quiere la brújula, su poder. Estuvo a punto de conseguirlo en una ocasión y no le privarán de él por segunda vez. El viajero debe pagar por habérsela negado, por haberle desafiado. Su reina quiere conseguir las estrellas. Con la brújula, Malmon obtendrá lo que ambos desean. Matará a esos dos enemigos, los matará a todos, pero antes cogerá lo que es suyo. Encontrará lo que es de ella. Oh, le encanta causarles dolor. Quieres causarles más. ¡La luz! ¡La luz! Quema, le es insoportable. El calor le abrasa. La llama a gritos, pero ella no viene.

—Joder. —A pesar de todo, cuando Sasha les mostró el siguiente dibujo, Sawyer se lo quedó mirando con horror y compasión—. ¿Eso es Malmon?

—Sigue estando entre una cosa y otra, pero ahora ya es más bestia que hombre. Está atrapado en la oscuridad. El dolor, el ardor, es terrible.

—Es un demonio mefistofélico, un demonio menor —continuó Riley—. A menudo esclavizado por un demonio soberano o un dios oscuro. Un evitador de la luz. Eso según la mitología.

—¿De verdad hay un nombre para esto? —preguntó Sawyer.

—Si escarbas lo suficiente, hay un nombre para todo —contestó Riley.

—Nerezza acude a verle. —Sasha volvió otra página—. Malmon llora lágrimas de sangre. Ella siente tanta rabia que podría destruirle. Percibo locura en ella, igual que en él. Sin embargo, sigue siendo astuta, y él puede serle útil. Le obliga a rogar, a arrastrarse, a suplicar, y al final le devuelve la vista y se lo lleva a su palacio dentro de la montaña, a una cámara que ya tenía preparada. No importaba que fracasara o tuviera éxito, ese fue siempre su destino. La madre de las mentiras le prometió riquezas, poder y la juventud eterna, pero en realidad, Malmon vivirá como ella quiera, mientras ella quiera, y tendrá solo lo que ella quiera.

Sasha volvió la página. Tres aves picoteaban las tiras de piel ennegrecida mientras unas paredes de piedra pulidas como espejos mostraban el horror en que Malmon se había convertido. Estaba agazapado en un rincón, sonriendo como un loco.

—Dicen que hay cosas que no desearías ni a tu peor enemigo. Y desde luego que Malmon está muy alto en mi lista de enemigos. —Riley soltó el aire de forma prolongada—. Pero no, no le desearía esto ni siquiera a él.

—Nerezza le ha negado una muerte limpia, es un acto de crueldad. Sin embargo... —Doyle hizo una pausa mientras observaba fríamente el último dibujo—. Este es su verdadero yo, ¿no? Esto es lo que siempre fue por dentro. Nerezza se ha limitado a sacarlo al exterior, a hacerlo visible.

—Sí. Sí —repitió Sasha antes de que nadie más pudiera hablar—. Ella reconoció al monstruo que había en su interior. Ahora se transformará. —Cogió su vaso y dio un largo trago—. Y ella le gobernará. Malmon está loco; ella le ha empujado a la locura y a los delirios, pero él es más fuerte, más rápido y más sanguinario. Ahora es más peligroso que antes.

Cogió la mano de Bran.

—Me alegro mucho de que estés aquí.

—No has podido disfrutar del día tranquilo que esperabas.

—Tienes razón, pero el día no ha terminado todavía. La vida de Malmon, sí. Ha dado a cambio de las mentiras de Nerezza toda la riqueza y los privilegios. No, no se lo desearía ni al peor de mis enemigos, pero se ha entregado a ella porque el monstruo que ya vivía en su interior anhelaba más.

Dio otro sorbo, otro suspiro.

—¿Cómo lo matamos?

—Eliminación de demonios. —Riley echó un último vistazo al dibujo—. La decapitación, otra vez según la mitología, está probada y funciona. Aparte, para algunos funciona el fuego, para otros el agua, la sal o el hechizo

adecuado. Puedo investigarlo. Estoy bastante segura de que se está transformando en un demonio mefistofélico, pero averiguaré cuanto pueda.

—Yo haré lo mismo. —Con la mirada inquieta, Bran besó a Sasha en la cabeza—. Deberías pintar, Sasha. Algo brillante y hermoso.

—Lo haré. Annika, ¿quieres posar para mí?

—¿Posar?

—Bran tiene toda la razón —contestó Sasha, cerrando el cuaderno de dibujo—. Después de esto, me gustaría pintar algo bonito, algo lleno de luz y alegría.

—¿Me pintarías? ¡Oh! —Annika cruzó las manos sobre el corazón—. Me hace muy feliz. Me encantaría posar para ti, Sasha.

—¿Posarías en la piscina, en el agua, como una sirena?

—¡Sí!

Al instante, Annika se llevó las manos a los bajos del vestido.

—Espera. ¡Guau! La gente no se quita la ropa así sin más.

Perpleja, Annika levantó las manos mirando a Sawyer.

—No me meteré en el agua con ropa, y, además, no puedo llevar el bañador puesto en mi verdadera forma.

—Ya, pero... —Sawyer miró directamente a Doyle—. ¿No tienes nada que hacer por ahí?

—Me gusta estar aquí.

—Doyle y Bran ya me han visto desnuda.

—¿Qué?

—Lo estaba cuando volvimos. Doyle me dio su abrigo para que no tuviese frío. Eres demasiado pudoroso —le dijo a Sawyer.

De camino hacia la piscina, se quitó el vestido y lo arrojó sobre una silla. Acto seguido, se zambulló.

—Annika es puro arte. Y es tuya, hermano. —Doyle se puso en pie con una

última mirada de admiración—. Seguiré traduciendo mientras tú investigas sobre demonios —le dijo a Riley.

Y, para alivio de Sawyer, se metió en la casa.

Como no iban a buscar la estrella y ni siquiera podía entrenar, Sawyer decidió tomarse el día libre. Mientras llevaba a cabo su propia investigación, se quedó roque. Al despertar al cabo de una hora seguía sintiendo molestias, pero se encontraba mejor.

Tras el descanso, la brújula seguía sin decirle nada. A pesar de las frases de ánimo de sus amigos, le preocupaba la posibilidad de que haberla usado como lo había hecho le costara el derecho a usarla.

Preparado para que ocurriera, cogió su móvil y salió al exterior. Annika estaba sentada, o más bien tumbada, sobre los peldaños de la piscina. El cabello liso y mojado no acababa de cubrirle los pechos. Su cola relucía como un millar de pequeñas joyas brillantes. Volvió la cabeza solo un poco y le sonrió.

—Tengo que quedarme quieta durante unos minutos más. Sasha dice que no puedo verlo hasta que haya terminado.

Sin embargo, él sí podía, por lo que se acercó a Sasha y su caballete. Sawyer vio que había clavado con chinchetas varios bosquejos con distintas poses y expresiones. Y que en el lienzo había captado la alegría y la belleza de la sirena.

—Es genial. Es... increíble.

—Hay muchos colores, tonos y matices —comentó Sasha, mezclando más pintura en la paleta. A continuación, dio unos toques en el lienzo con un pincel fino—. Y la forma en que todos ellos captan la luz...

—Podrías meterte en la piscina y hablar conmigo —dijo Annika—. Sasha

dice que puedo hablar.

—Tal vez más tarde. Tengo que hacer una llamada.

—¿Pintarás a Sawyer, Sasha?

—Sasha no quiere...

—Está en mi lista.

—¿Qué? ¿En serio?

—Quiero pintar un retrato de cada uno y otro de todos juntos. Solo tengo que... inspirarme, como me ha pasado con el de Annika. He pintado el de Bran de memoria. De noche, con todo su poder. Como la cola de Annika, que reluce como una joya brillante, luminosa y maravillosa. Pero tengo que inspirarme y encontrar el momento adecuado. Hoy ha sido el de Anni.

—Es... —Sawyer no tenía palabras—. Te encantará, Annika—. Voy a dar un paseo y a hacer esa llamada.

Escogió el huerto por el silencio, la sombra y los aromas. Volvió a sacar la brújula y se planteó la posibilidad de viajar simplemente a la casa de sus abuelos. Sin embargo, con la poca energía que le quedaba, no sería inteligente. Además, no quería preocupar a su familia.

Se decidió por el teléfono.

—*Dedushka*. —Oír la voz de su abuelo le levantó el ánimo—. *Kak pozhivaesh?*

Al principio habló con despreocupación, pasando del ruso al inglés y de nuevo al ruso, poniéndose al día acerca de las novedades familiares.

—*Zolotse. Chto sluchilos?*

El término cariñoso que empleó su abuelo y su ternura pusieron fin a las divagaciones de Sawyer.

«¿Qué ocurre? —pensó Sawyer—. ¿Por dónde empiezo?»

—*Dedushka*. Me temo que he... Te explicaré lo que ha pasado.

Bran entró en el huerto. Buscaba a Sawyer, ya que Sasha estaba un tanto inquieta. Al parecer, Sawyer había salido hacía casi una hora.

Le encontró sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra un árbol cargado de limones. Y la brújula en la mano.

—Espero que no hayas hecho ningún viaje.

—¿Qué? ¡Ah, hola! No, no. He estado aquí mismo. Solo he hablado con mi abuelo.

Bran se sentó en el suelo junto a él y estiró las piernas.

—¿Está bien, tu abuelo?

—Sí. Desde aquel susto, está más fuerte que nunca.

—Es bueno hablar con la familia. Yo hablé con mi madre justo ayer.

—¿Está preocupada por ti?

Por un momento, en la brillante y cálida tarde italiana, Bran sintió el beso frío y húmedo de Irlanda.

—Es mi madre. Por supuesto que se preocupa, pero también tiene fe. Y, aunque no me gustan sus preocupaciones, su fe aumenta la mía.

—Sí. Quiero a mi padre, ¿sabes? Y a mi madre, mis hermanos y mi abuela. Pero a *Dedushka*...

—Tenéis un vínculo especial, ¿no es así? La brújula era suya y te la pasó a ti. Yo quiero a mi padre y al resto de mi familia, pero fue mi madre quien me enseñó, quien me ayudó a abrirme a lo que soy.

—Entonces lo entiendes.

—Pues claro. Ahora le has contado lo que te perturba.

—Lo que me habéis dicho todos tiene sentido y me ha servido de mucho. Sin embargo... Tú sabes que tu poder está ahí constantemente, ¿verdad? No hace falta que lo uses para sentirlo.

—Sé lo que hay en mí, sí.

—Yo no he sentido la conexión desde que volvimos de la cueva.

Pasó una libélula; parecía un pedazo de gasa en el claroscuro del huerto. Sawyer contempló su vuelo y cómo se alejaba zumbando. Él sabía lo que era volar.

—Cuando supe que tenía que contárselo a mi abuelo, pensé en ir a verle, pero me dije a mí mismo que necesitaba seguir recargando las pilas, ya sabes, y que además no quería preocuparles. Pero, en realidad, detrás de eso estaba el miedo a no poder hacerlo. No podía volver a viajar porque había perdido ese derecho.

—¿Y qué ha dicho tu abuelo al respecto?

—Bueno, me ha escuchado mientras le contaba lo que pasó y le hablaba de Malmon, la cueva, Annika, todo. Le he explicado que utilicé la brújula que me regaló para matar a un hombre y que temía haber perdido el derecho a tenerla.

—¿Y?

—Ha venido a decir que dejara de comportarme como un quejica.

Tras una pequeña carcajada, Sawyer se encogió de hombros con despreocupación, pues se había liberado del peso de la culpa.

—Sus palabras han sido más largas, ha dicho más o menos todo lo que me dijisteis vosotros, pero con ese deje de «no seas tan quejica». Luego ha dicho que me quería y creía en mí, que estaba seguro de que haría aquello para lo que había nacido. Que cumpliría con mi deber y volvería a casa sano y salvo.

—Estoy deseando conocerle algún día.

—Sí. Cuando acabe la búsqueda, celebraremos una fiesta que hará temblar las paredes.

Se estremeció de la emoción: la mayor parte de esa emoción se componía de gratitud.

—Vuelvo a sentirla. Esa conexión. Sé que la brújula es mía hasta que llegue el momento de transmitírsela a otra persona. Tenía que parar de comportarme

como un quejica, de arrepentirme de haber dejado caer al vacío a un capullo que estaba dispuesto a meterme una bala en la cabeza.

—Brillante. Diría que te has ganado una cerveza.

—¿Una entera?

A modo de prueba, Bran apoyó una mano en el hombro herido de Sawyer y luego en su costado. Satisfecho de lo que sentía, asintió con la cabeza.

—Puedes beberte una birra entera. —Bran se puso en pie y le tendió la mano—. Bienvenido otra vez.

Con una leve punzada de dolor, Sawyer dejó que Bran le ayudara a levantarse.

—Entonces ¿podemos hacer submarinismo mañana?

—Para eso habrá que esperar uno o dos días. Más vale que dejemos investigar a nuestra investigadora.

—En un par de días, nuestra investigadora se nos volverá loba.

—Solo desde que salga la luna hasta que se ponga. Lo de la bahía de los suspiros parece que es verdad. Démosles a ella y a Doyle tiempo para encontrarla, y un poco más de tiempo a Annika y a ti. Y vamos a por esa birra.

—Estaría loco si te lo discutiera.

Annika ya no estaba tumbada en la piscina. Sawyer no vio a Sasha, pero cruzó el césped para ver el lienzo, que seguía en el caballete.

Y se la quedó mirando. Alegría y belleza, magia y prodigio. No supo cómo se las había arreglado Sasha para captar el fulgor, el centelleo, con simple pintura. No supo cómo podía alguien mostrar con tanta claridad la luz que había en aquellos ojos verdes como el mar.

¿Cómo podía un retrato mostrar de forma tan perfecta la dulzura, el sexo y la fuerza?

Sasha salió con uno de los famosos bellinis de Riley y entrelazó su brazo con el de Sawyer.

—Te gusta.

—Has captado toda su esencia.

—Voy a hacer otros. Por eso he hecho tantos bosquejos. Quiero pintarla como la clásica sirena sobre una roca del mar y también dando volteretas o saltos mortales en el césped.

Al oír lo relajada que parecía y ver que toda la tensión había desaparecido de su rostro, Sawyer comprendió los motivos que tenía Bran para esperar uno o dos días más.

Riley también tenía razón. Necesitaban descansar.

—Podría pasarme años pintándola —continuó diciendo Sasha—. Y probablemente lo haré. Pero este cuadro es para ti.

—¿Para... para mí?

—Por supuesto. —Mientras tomaba un sorbo del bellini, Sasha observó su obra con mirada crítica—. Necesito otra hora más o menos para acabar de pulirlo, y luego será tuyo. Igual que lo es ella.

—Pero a ella no podré llevármela, ¿verdad?

—Estamos en un mundo de magia y milagros. Voy a creer en ambas cosas.

—Este retrato significa mucho más de lo que puedo expresar con palabras. Tengo que darte algo a cambio. No dinero —dijo al ver que ella empezaba a apartarse—. Lo entiendo, y sería insultante entre nosotros. Pero cuando esto haya acabado, cuando hayamos hecho lo que tenemos que hacer, si todavía quieres conversar con Monet, te llevaré.

Ahogó un grito, dio un saltito y le estrechó en un fuerte abrazo.

—¡Ay, Dios mío! Sawyer, eso sería... ¡Ay, Dios mío! Ya es hora de que dé un repaso a mi francés.

—Con solo una tarea cumplida y dos pendientes, supongo que hay tiempo.

—Riley encontrará la bahía de los suspiros; entonces tendremos dos tareas

cumplidas y una pendiente. Aunque... no he percibido cómo seguiremos a partir de ahí. ¿Y tú?

Sawyer negó con la cabeza.

—Aún no he recibido indicios de la brújula.

—Todo llegará, para ti y para mí. Además, necesitas otro día como mínimo antes de que volvamos a la acción. Así que mañana te toca.

—¿Qué me toca?

—Te pintaré mañana. Aún no he decidido qué voy a buscar en ti.

Sasha dio un paso atrás y lo estudió con una mirada curiosa y penetrante que hizo que se sintiera... torpe.

—Pero te toca a ti —dijo con firmeza.

—Ya se me hace raro ahora —replicó Sawyer.

Sin embargo, se sentó al sol mientras esperaba ilusionado a tomarse una cerveza con sus amigos.

Sawyer supo que se estaba recuperando cuando Doyle le dijo por la mañana que entrenase sin forzar. Consiguió hacer cinco flexiones antes de que su hombro gritara como quien acaba de recibir un buen pellizco en el culo. Le escoció un poco el orgullo cuando Sasha hizo otras cinco y acto seguido logró añadir una sexta.

—No voy la última. —Sasha se deslizó hasta el suelo, jadeando, y agitó un puño en señal de victoria—. No voy la última.

—Oye, que tengo el hombro malo. He vivido una experiencia cercana a la muerte.

—Me da igual. Hoy, en este maravilloso día, no voy la última. Y te toca preparar el desayuno.

Tal vez no debería haber estado tan impaciente por volver a ser el de siempre.

Sin embargo, hubo de admitir que se sentía aliviado cuando no le entraron ganas de arrastrarse otra vez hasta la cama tras una hora de actividad. Y cuando se arrastrara hasta la cama, con Annika, haría, y ya era hora, algo que no fuese dormir.

Así que aquel era un día excelente.

Aunque se le hizo raro, posó para Sasha, sobre todo porque ella le persiguió hasta salirse con la suya. Se pasó una hora de pie, otro triunfo, con la mano izquierda en la culata de su pistola y la brújula en la otra.

En un momento dado, salió Riley.

—¿Has encontrado algo? —quiso saber Sawyer.

—No, y Doyle y tú podéis iros a la mierda. Me tomaré un descanso. El tío que sabe lo que queremos saber estará disponible mañana.

—Espero que hables con él antes de salir del armario de los lobos. —Con la cadera ladeada y el pulgar de la mano que sostenía la brújula enganchado en el bolsillo, Sawyer le dedicó a Riley una rápida sonrisa insolente—. Oye, podrías ladrar en código morse.

Riley se limitó a levantar el dedo corazón y observó el retrato.

—Sí, estás captando su esencia, Sash. No te has dejado ni los ojillos de mirada intensa.

—Tienes que pintar a nuestra Rile en forma de loba, Sasha. Una imagen en acción. Como cuando se rasca las pulgas.

—No tengo... —siseó Riley; Sasha siguió trabajando.

—¿Crees en la reencarnación? —le preguntó a Riley.

—Por supuesto. ¿Qué sentido tiene dar una sola vuelta en el carrusel?

—Creo firmemente que vosotros dos fuisteis hermanos en otra vida. Y lo cierto es que quiero pintarte en forma de loba. Y como estás ahora.

—Me parece que no...

—Quiero reproducir todos nuestros aspectos —la interrumpió Sasha, y escogió otro pincel—. Ahora que he empezado, sé que tengo que hacerlo. ¿Necesitas un descanso, Sawyer?

—No, a no ser que lo necesites tú.

—Me gustaría seguir. Ya me avisarás cuando quieras descansar. Pintar me ayuda a concentrarme, y ahora Nerezza está tratando de entrar.

—¿Qué? ¿Nerezza? —Riley le apretó el hombro—. Voy a buscar a Bran.

—No, no pasa nada. —Sasha trabajaba tranquila en la abundante cabellera de Sawyer, dorada por el sol—. Yo estoy bien y él está ocupado. Annika le está ayudando a mezclar medicinas. Quiero que Nerezza lo intente. Si noto que entra en mi cabeza, iremos a buscar a Bran. —Tras cambiar de pincel para

perfilar la curva de los dedos de Sawyer sobre la brújula, Sasha continuó pintando, muy concentrada—. No quiero rechazarla hoy, solo bloquearla. No puedo explicar por qué...

—No tienes que hacerlo. —Con la mano aún sobre el hombro de Sasha, Riley cambió una mirada con Sawyer—. Lo único que tienes que hacer es avisar a Sawyer si necesitas a Bran o lo que sea.

—Así es —convino Sawyer, agarrando el arma con más firmeza sin darse cuenta.

—Es como si estuviese jugando conmigo, tratando de distraerme. Puedes decírselo a Bran cuando vuelvas a entrar, Riley. Sé que Nerezza está esperando, esperando a que Malmon se transforme del todo. Hay más, pero... es como si quisiera que yo tratase de ver.

—¿Será una maniobra de distracción?

—No lo sé, Riley, pero siento... sé que intenta atraerme, y no estoy picando. Igual que sé que esta interrupción, esta fantástica pausa en la búsqueda, en la lucha, en las heridas, ya casi ha terminado.

—Pues disfrutémosla mientras dure.

Tras darle un apretón final al hombro de Sasha y cambiar una última mirada con Sawyer, Riley volvió a entrar para contárselo todo a Bran.

Sasha siguió pintando. Sawyer alzó la vista un instante al notar que Bran se presentaba en la terraza para comprobar en persona si requerían su presencia.

Poco después, Doyle salió tranquilamente, cogió una silla y se sentó sin dejar de mirar la espalda de Sasha. Así que Riley había hecho la ronda, pensó Sawyer. De un modo u otro, la clarividente estaba protegida.

Se relajó un poco y dejó vagar su mente. Deseó que también saliera Annika. Se preguntó si, cuando tuvieran las estrellas, cuando encontraran la Isla de Cristal y las devolvieran, tendría tiempo, unos pocos días, para estar con ella. Sin guerra ni diosas vengativas, sin responsabilidades ni riesgo.

No era mucho pedir.

—¿Le has dicho que la quieres? Lo percibo —dijo Sasha—. Es tan fuerte que no puedo dejar de percibirlo. ¿Se lo has dicho?

—¿De qué serviría? Me parece que solo se pondría triste. No quiero que vuelva al mar arrepentida.

—No creo que un corazón como el de Annika se arrepienta nunca de amar. Y creo que el amor obra sus propios milagros.

—La luna está a punto de cambiar. —Sawyer veía su sombra tras el cielo azul intenso—. Después de eso, le quedan dos más. Algunas personas tienen toda la vida; otras tienen momentos. Tengo que decirme a mí mismo que lo que cuenta es lo que haces con lo que tienes.

—Yo también lo creo. He llegado a creer exactamente eso. No te arrepientas de lo que no dijiste, de lo que no hiciste.

Bajó el pincel, observó el lienzo y dio un paso atrás.

—De momento, ya está. Puedo terminarlo sin ti. —Movié los hombros en círculo para soltarlos—. A los dos nos vendrá bien un descanso.

Sawyer se acercó y se situó junto a ella para ver la obra.

—¡Vaya!

—¿Te gusta?

—Sí. Es... ¡vaya!

Sasha le había pintado con las colinas alzadas a su espalda, todo iluminado por el sol, brillante, vivo.

—¿Cómo consigues que la luz... tenga ese aspecto?

—Trucos del oficio.

Él sacudió la cabeza.

—Tienes mucho talento. Sé que es esto porque conozco esas colinas, pero tal como has pintado el fondo podría ser cualquier lugar con colinas, montañas y cielo.

—Eso es lo que pretendía, porque quería reflejar tu don. Y miras desde el retrato sabiéndolo, seguro de ti mismo. Riley me ha ayudado.

—¿Riley?

—No he podido sacar lo que quería de ti hasta que lo ha hecho ella. Te has relajado y la has pinchado con una sonrisa. Ese eres tú, Sawyer. Con la mano en la pistola, preparado para luchar cuando haga falta, listo para viajar con tu brújula allá donde seas necesario. Y siempre a punto para ayudar a un amigo.

—Has hecho que la brújula se ilumine.

—Ya estaba iluminada.

—No es verdad. Me habría dado cuenta.

—Estaba iluminada para mí. —Sasha vaciló al ver que él bajaba la vista para observarla, todavía en su mano—. Puede que simplemente haya visto lo que hará o lo que ha hecho —le dijo.

Pero Sasha sabía muy bien que la brújula se había iluminado porque Sawyer pensaba en Annika.

Sawyer esperó hasta después de la cena, después de la decisión de aguardar un día más antes de volver al mar. No la discutió, porque, con lo que esperaba hacer, quizá necesitara ese día extra para recuperarse.

—Con un poco de suerte, cuando salgamos tendré una ubicación o, al menos, una dirección. Sabremos dónde nos interesa estar —concluyó Riley.

—Estupendo. Ahora Annika necesita el mar —dijo Sawyer.

—La llevaré luego —dijo Bran, asintiendo con la cabeza.

—Seré yo quien la lleve —replicó Sawyer. Al ver que Doyle negaba con la cabeza, le dirigió una mirada significativa—. No me ofrecería a llevarla si no estuviera seguro de poder hacerlo, y no será aquí, donde Nerezza puede

husmear nuestra presencia. Conozco un lugar en el que podrá tener un poco de libertad.

—No estás al cien por cien, Sawyer —empezó a decir Riley.

—Lo sé, pero me falta poco, y ya llevo algún tiempo haciéndolo. Sé lo que puedo manejar. No asumiría riesgos con Annika, ni con ninguno de nosotros.

—La piscina es muy agradable. Estoy contenta aquí.

—Necesitas el mar. Gracias a él, te pondrás más fuerte. Y tengo que trabajar otros músculos que no sean los bíceps. Tengo que ponerme en forma, y nadar en el mar será un modo de hacer las dos cosas. ¿Puedes confiar en mí?

—Claro. Siempre confío en ti —dijo Annika.

—Tenemos que saber dónde estáis y establecer un plazo. —Bran echó una mirada alrededor de la mesa—. Eso no es negociable.

—Dos horas. Así Annika podrá pasar mucho rato en el mar y yo tendré tiempo para recuperarme si me hace falta. Tengo la sensación de que no lo necesitaré, pero si ocurre, será suficiente. ¿Queréis saber dónde iremos?

Desapareció y volvió a aparecer con un mapa en un abrir y cerrar de ojos.

—Eres un exhibicionista —le dijo Riley con una sonrisa.

—Solo estoy demostrando que he salido de la lista de lesionados. Estaremos aquí.

—Pero... ¿en el Pacífico Sur? —Sasha miró a Bran, preocupada—. Está muy lejos.

—Es uno de mis lugares; es... como volver a casa.

—¿Puedes llegar hasta allí? —le preguntó Sasha a Bran.

—Si hace falta, sí.

—¿Qué te parece esto? Si pienso o siento con la fuerza suficiente, ¿podrás leerme el pensamiento? Me refiero a si puedo tratar de hacerte saber que estamos a salvo allí.

—Puedo intentarlo —contestó Sasha, asintiendo con la cabeza—. Bran

puede ayudarme. Es que está muy lejos.

—Es uno de mis lugares —repitió Sawyer, y sacó una pequeña maleta de debajo de la mesa.

—¿Qué hay dentro? —quiso saber Riley.

—No gran cosa. —Sawyer le tendió una mano a Annika—. ¿Lista?

—Son las nueve. Tenéis que estar aquí a las once. En punto —añadió Sasha.

—Sí, mamá. Vamos.

Cuando se desvanecieron, Doyle cogió su cerveza y preguntó:

—¿Creéis que se la lleva hasta el Pacífico Sur para echarle un polvo?

—No solo, pero también, seguro.

Sasha clavó el dedo en el hombro de Riley.

—Necesita hacer esto, necesita reconstruir su confianza en sí mismo. Estuvo a punto de morir y ha estado débil y alterado. Anni necesita el mar; él necesita dárselo.

—El sexo es solo la propina —decidió Riley.

—Tienen dos horas para el mar, para la construcción de la autoconfianza, para el sexo. —Y, para subrayar sus palabras, Bran dio un golpe de muñeca. Un anticuado reloj de arena apareció en el centro de la mesa—. Dura dos horas. Si cae el último grano, voy.

—Me encanta —comentó Riley, observando el artilugio—. Ya había activado la alarma de mi reloj de pulsera, pero este es mucho más guay.

—Sawyer se está tomando su tiempo —dijo Sasha, aunque se calló enseguida—. Yo... —Cogió la mano de Bran y tiró de él—. Los percibo. Los percibo. Están a salvo.

Sawyer llevó a Annika a la franja de arena donde rompían las olas, mansas y

apacibles, bajo el cielo estrellado. Se sentía en plena forma, como si hubiera estado corriendo un buen rato.

—¡Oh, Sawyer!

Annika giró en redondo con inmenso deleite y luego se quedó quieta, con un pie en el mar y el otro en la arena.

—¿A que es un sitio fantástico?

—Es maravilloso. Ya había estado aquí.

—¿En serio?

—Sí, con mi familia. Muchas veces.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco el agua, el mar, igual que tú conoces una carretera. No sé explicarlo mejor. Este lugar, estas aguas, venimos en... —Enfadada consigo misma, sacudió el cabello hacia atrás—. No recuerdo la palabra. Un viaje a un lugar especial, a un lugar sagrado.

—Peregrinaje.

—¡Sí! Peregrinaje, peregrinaje —repitió para fijar la palabra en su memoria—. Creemos que Annika, de quien me pusieron el nombre, era sagrada y poderosa, y que nadaba por todos los mares para esparcir la amabilidad y el amor.

Sawyer se llevó la mano de Annika a los labios.

—Pues es el nombre perfecto para ti.

—Es un honor que te pongan el nombre de alguien tan querido. Se dice que los marinos que recorrían estas aguas estuvieron a punto de capturarla y que la hirieron de gravedad, pero uno de ellos la encontró, la ayudó y la cuidó hasta que se recuperó. Él la salvó a ella, y ella le salvó a él. Estaba perdido, ¿comprendes? Y ella le ayudó a hallar el camino hacia su casa. Le hizo un regalo para que nunca volviera a perderse, ni en la tierra ni en el mar.

Sawyer dejó la maleta en la playa.

—Esa historia se parece mucho a la que ha ido pasando de generación en generación en mi familia acerca de la brújula. Pero eso fue en el mar del Norte, así que...

Bajó la mirada a la brújula, que seguía en su mano.

—A no ser que no fuera allí. El marinero y la sirena, que se salvaran mutuamente, el regalo de la dirección... Son muchos paralelismos. Puede que sea la misma historia y que las localizaciones de tu versión o de la mía fuesen cambiando con el paso de los años. Tú eres Annika.

—Sí, soy Annika.

—Yo soy Sawyer Alexei King; Alexei era el nombre del marinero que recibió la brújula. Así que llevo su nombre. Paralelismos, o quizá el simple destino.

—¿Este lugar sagrado es el sitio al que te trajo tu abuelo?

—Sí, acampamos aquí mismo, en la playa.

—Entonces, los dos hemos estado aquí antes. Este lugar es importante para los dos. ¿Eso también es un paralelismo?

—Para mí, sí. Vamos, entra. Hace una noche fantástica para nadar.

—Nada conmigo.

Y, con su habitual despreocupación, se quitó el vestido y lo arrojó a un lado. Corrió hacia el agua y se lanzó entre las olas. Su cola osciló en el aire, fluida como el agua misma, y después se deslizó bajo el mar color añil.

Al cabo de unos instantes, Annika salió del agua, solo hasta los hombros, con una sonrisa radiante.

—¡Nada conmigo!

—Ya voy.

Antes tenía que dejar sus cosas, y lo hizo a toda prisa mientras ella volvía a sumergirse. Después se desnudó igual que había hecho la sirena y se lanzó al

mar. Se adentró a nado en el agua y comprobó satisfecho que el movimiento no le causaba molestias en el hombro ni dolor en el costado.

Luego se dejó flotar al fresco, bajo la luna blanca y las estrellas como diamantes diseminados por el cielo. Y, cuando todo se relajó en su interior, comprendió que necesitaba aquello tanto como ella.

Del mismo modo que Sasha necesitaba pintar, él necesitaba algo brillante y hermoso.

Y la criatura brillante y hermosa salió disparada del agua, con la cabeza hacia atrás y el cabello chorreante. Pareció impactar contra la luna antes de doblarse por la mitad y volver a sumergirse. Su cola envolvió la cintura de Sawyer. Cuando este fue a reírse, se encontró propulsado hacia el cielo. Y oyó la risa de ella mientras lograba recuperar el control del cuerpo y golpeaba la superficie del agua con una fuerza feroz.

—Has salpicado un montón.

—Y que lo digas. Hazlo otra vez.

—¿Ha sido divertido?

—Me lo he pasado bomba.

Esta vez, ya preparado, ejecutó un salto de carpa. Su entrada nunca podría compararse con la de ella, pero calculó que merecía un siete y medio.

Jugaron sumergiéndose, saltando, salpicando y deslizándose.

Luego flotaron.

—¿Te duele el brazo o el costado?

—No. Ya estoy casi al cien por cien.

—Eres fuerte.

—Pronto lo seré.

Annika se volvió en el agua y le estrechó entre sus brazos.

—Eres fuerte —repitió—. Sasha y Bran son muy buenos sanadores y te han curado. Tuve miedo. En la cueva y después.

—Yo también. Pero aquí estamos.

—Sí. —Annika le dio un beso en los labios—. ¿Me tocarás? Echo de menos que me toques cuando me deseas.

—Siempre te deseo.

Sawyer pasó sus manos por el cabello liso que le caía más allá de la cintura, por la piel, sobre la extraña y prodigiosa transición de la piel a las escamas. Ambas lisas, ambas hermosas.

Automáticamente, Sawyer agitó las piernas para mantener medio cuerpo fuera del agua. Luego, la cola de Annika se curvó en torno al cuerpo de él y los mantuvo a ambos a flote.

—Te deseé la primera vez que te vi.

Ella le acarició la mejilla y preguntó:

—¿Es cierto?

—Totalmente cierto. No eras más que un dibujo en el libro de Sasha, pero te deseé. —Sawyer volvió a encontrar sus labios—. Y cuando te vi en la playa de Corfú, a la luz de la luna, con el vestido blanco, te deseé.

—Pero solo eras mi amigo.

—Soy tu amigo, pero no fue fácil seguir siendo solo tu amigo.

El corazón de Annika lanzó un suspiro, y su cuerpo se estremeció cuando Sawyer le cogió los pechos.

—¿Por qué lo hiciste?

—Pensé que era lo correcto. Tenías mucho que aprender. No quería confundirte.

—No estoy confundida.

Ascendió un poco más en el agua y ofreció sus pechos a los labios de Sawyer. Cuando él los tomó, Annika dejó caer la cabeza hacia atrás. Su cabello cubrió el mar oscuro como un charco de seda negra.

Fuerte, pensó de nuevo, y pensó también cuánto necesitaba aquellas manos

fuertes sobre su cuerpo. Su boca saboreándola, dándose un banquete de un modo que mostraba muy a las claras su deseo.

La emoción la invadió, la empujó a subir y subir con él, a nadar en círculo y girar sobre la superficie.

Se agarró con fuerza, apretó la cabeza de Sawyer contra su cuerpo y volvió a derramarse con un gemido de puro gozo. Luego nadó en círculo, muy despacio, y el agua fluyó en torno a los dos mientras sus labios y sus lenguas se encontraban en un beso que de pronto se volvió apremiante.

Las manos de Annika recorrieron el cuerpo de él, sus dedos resiguieron las heridas.

—¿Te duelen?

—No me duele nada. —La sangre de Sawyer le palpitaba por todas partes—. Tenemos que ir a la orilla. Quiero cubrirte. Quiero llenarte. Dios, tengo que tenerte.

—¿Quieres tenerme aquí?

—Sí, sí. —Medio loco de pasión, Sawyer la besó con fuerza en la boca—. Vamos un poco más hacia fuera. Necesito hacer pie.

—No, aquí.

Annika cogió su rostro entre las manos para atraerle hacia sí. Leyó en sus ojos el mismo deseo, la misma necesidad que ella misma sentía. Pero...

—¿Me deseas así? ¿Quieres tenerme en mi verdadera forma?

—Te deseo, Anni. Te deseo a ti.

—Puedo abrirme para ti.

—Ábrete para mí. —Frenético, fuera de sí, tiró de ella de nuevo—. Déjame entrar.

Era un regalo, una verdad. Le miró a los ojos mientras se abría. Le miró a los ojos mientras le dejaba entrar. Y entonces el significado del momento, del regalo, fue tan radiante que cerró los ojos y la luz vibró contra sus párpados.

Sawyer se vio arrasado por aquella sensación deslumbrante y magnífica de deslizarse en su interior. De sentirla cerrada a su alrededor, apretada, por un momento, apretada como un puño.

Annika tembló contra él, y siguieron flotando como amantes mecidos por el mar.

Sawyer se movió en su interior, muy despacio, consciente del prodigio de que ella le perteneciese del todo, de la magia de ese instante. Un instante que no había que precipitar. Mientras Annika le mantenía a flote, le cubrió de besos las mejillas, los párpados y los labios sin dejar de acariciarla, adaptando su ritmo a la danza relajada del mar que les sostenía.

El amor invadió a Sawyer como una brisa templada que llevaba el aroma de ella.

Atrapada en su propia dicha, Annika sacó los hombros del agua y nadó en círculo con él. Y se sumergió, llevándole consigo, clavando su boca en la suya para darle su aliento con el beso.

Bajo el oscuro mar, Sawyer se movió dentro de ella, notó que se elevaba y aspiró su aliento para darle más. Cuando el amor casi le hizo añicos, supo que, si pudiera descubrir un milagro que lo hiciera posible, se quedaría con Annika y haría del mundo de ella el suyo propio.

Luego Annika se alzó en el aire con él, hacia la luz de la luna y las estrellas, hacia los sonidos del agua que iba y venía de la orilla. Y allí, atrapada entre mundos, se apretó una vez más en torno a él y pronunció su nombre contra sus labios.

Y entonces Sawyer se hizo añicos.

Annika lo abrazó con fuerza, le apoyó la cabeza en el hombro y apretó la prodigiosa simetría de su cuerpo contra el de él.

—¿No estás decepcionado? —murmuró.

—Annika, estoy... No tengo palabras, pero estoy todo lo contrario de

decepcionado.

—Con piernas se pueden hacer más cosas.

—Annika. —Conmovido una vez más, Sawyer rozó su melena con los labios—. Eres una fantasía hecha realidad. Más hermosa, más milagrosa que nadie que haya conocido jamás.

—Tú eres lo mismo para mí. Lo mismo.

Annika se tumbó de espaldas y no paró de sonreírle hasta que llegaron a la orilla.

Cuando estuvo de pie con él en el agua, se apoyó una mano en el corazón.

—Has traído una manta, velas y vino, y hasta flores. Es muy hermoso.

—Tú lo harás más hermoso todavía —respondió Sawyer, tirando de ella hacia la playa—. ¿Tienes frío?

—No, ¿y tú?

—Me siento casi perfecto.

Sacó un encendedor de la maleta y encendió las velitas. Con su navaja suiza, abrió el vino.

—¿Tenemos tiempo?

—Nos queda algo de tiempo —contestó, tirando de Annika para que se sentara junto a él sobre la manta. Luego sirvió el vino—. Tiempo para ti y para mí.

—Me gusta mucho el tiempo para ti y para mí, pero he de utilizarlo para decirte una cosa. No te dije la verdad.

—¿Sobre qué?

Annika clavó la vista en el suelo.

—Tú crees que te vi por primera vez en la playa de Corfú, igual que tú a mí, pero no es verdad.

—¿No? ¿Y cuál es la verdad?

—Cuando me preparaba para la búsqueda, la bruja del mar me llevó a otra

isla, y te vi allí, en la playa, bajo la luna, como estamos ahora. Estabas a solas, pero no parecías sentirte solo.

Intrigado, Sawyer le inclinó el rostro hacia atrás para mirarla a los ojos.

—¿Qué isla?

—Me dijeron que recordara cómo la llamaban las gentes de la tierra. Isle au Haut.

—¿Maine? No he estado allí desde hace... tuvo que ser al menos cinco años atrás. ¿Cuánto tiempo pasaste preparándote?

—Hasta que me escogieron, y luego más tiempo, y luego hasta que supe llegar hasta ti.

—¿Viste a los demás antes?

—Solo a ti. La bruja del mar dijo que solo te vería a ti, y que tú me dirías cuándo y dónde debía acudir para empezar. Bastó contigo. ¿Estás enfadado porque no te dije la verdad?

—No. —Para demostrarlo, entrelazó sus dedos con los de ella—. No estoy enfadado.

—Te deseé entonces, pero no era el momento, y tuve que esperar.

Y él que había pensado que las semanas que esperó habían sido interminables.

—Cinco años. Eso es mucho tiempo de espera.

—No cuando ahora tengo esto.

Annika se acomodó contra él, apoyó la cabeza en su hombro y miró hacia el mar, igual que él. Sawyer había querido darle ese mar y algo de romanticismo, algún tiempo fuera del tiempo en un lugar que le importaba.

Sin saber que a ella le importaba tanto como a él.

No pretendía dar más ni pedir más. Pero le pareció correcto, allí, en ese lugar que les importaba a ambos, en ese tiempo que solo a ellos les pertenecía, darle más. Sin arrepentimientos.

—Yo tampoco te he dicho toda la verdad.

—¿Cómo que no?

—Te deseo, pero eso no es todo. Soy tu amigo, pero hay algo más. —Clavó el pie de su copa en la arena para poder coger sus manos, que se llevó a los labios una tras otra—. Estoy enamorado de ti.

Aquellos ojos, aquellos ojos que le fascinaban, se abrieron como platos. Annika contuvo la respiración y luego soltó algo que sonó peligrosamente cercano a un sollozo.

—Me amas... ¿Te refieres a como amas a Sasha y a Riley?

—No. A ellas las amo como si fueran de mi familia. Como a hermanas. Pero de ti estoy enamorado. Significa que...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió ella con los ojos brillantes—. Lo sé —volvió a decir, llorando de felicidad—. Yo amo a otras personas, pero solo estoy enamorada de ti. No podía decírtelo. —Le rodeó con los brazos y apretó su mejilla contra la de él—. Es como el primer beso. No podía decírtelo a no ser que me lo dijeras tú a mí. A no ser que estuvieras conmigo.

—Estoy contigo. —Sawyer se apoderó de sus labios—. Estoy enamorado de ti, Annika. Ya sé que no podemos...

—No, no. Por favor. No digas «no podemos» en la misma frase que «amar». Tenemos amor. Tú eres mi amor, mi único amor. Crucé a nado el Canal del Amor, y tú viniste a mí.

—El canal. ¿En Corfú?

—Te quise cuando te vi en la playa antes y esperé. Y cuando me atrajiste hacia ti, para empezar, crucé a nado el canal. Se dice que, si lo cruzas, conocerás a tu verdadero amor. Y lo hice, y tú viniste a buscarme, pero no podía decírtelo.

Los dedos de Annika recorrieron las mejillas, la mandíbula, la boca de Sawyer.

—Conocía tu cara y tu sonrisa, pero no tu nombre. Hasta aquella noche. Y seguía sin poder decírtelo. Ni cuando luchabas a mi lado, o me besabas, o hacíamos el amor, o me salvabas la vida. Pero puedo corresponder a tus palabras. Estoy enamorada de ti.

Al echarse en sus brazos y caer con él sobre la manta, a Annika se le derramó el vino. Sin embargo, no le importó. El beso que era suave y dulce se volvió profundo e intenso.

—Quería hacerte un regalo, en el mar.

—Me lo has dado.

—Pero eres tú quien me ha hecho un regalo. —Con gesto alegre y reverente, Annika se apoyó la mano en el corazón—. No existe regalo más valioso que el amor. Conservaré el tuyo a salvo siempre. ¿Puedes estar conmigo otra vez? ¿Hay tiempo? Quiero celebrar el regalo.

—Sacaremos tiempo. Crearemos nuestro propio tiempo.

—Se están retrasando.

Inquieto, Bran se levantó y se puso a pasearse bajo el emparrado, donde se habían reunido todos en una especie de vigilia.

—Están a salvo —le aseguró Sasha—. Dales algo más de tiempo. Están a salvo. Son felices. Todos tenemos que afrontar lo que vendrá muy pronto.

—Si el tío no puede hacer en dos horas...

—Cállate la boca —le aconsejó Riley a Doyle—. No todo el mundo quiere echar un polvo y ya está.

—El trato era dos horas —insistió, y Bran asintió con la cabeza cuando Doyle señaló el reloj de arena.

—Exacto.

—No han pasado ni diez minutos más, y están a salvo —dijo Sasha—. No

hace falta que... Ya vienen.

Doyle se puso en pie y fue a coger su espada.

—No, Nerezza no. Ellos. Sawyer y Annika. Que todo el mundo se relaje.

Aún no había acabado de hablar Sasha cuando llegaron.

—Podría haber hecho trampa y viajar en el tiempo —se apresuró a decir Sawyer; su sonrisa habría sido capaz de iluminar la isla entera.

—Quería hacerlo, pero le he dicho que era una especie de mentira y que esta era la noche de las verdades.

—Y lo ha sido. —Sin dejar de sonreír, Sawyer abrazó a Annika y la estrechó contra su costado—. ¿Estamos castigados?

—El tiempo cuenta —comenzó Bran.

—¡No te irrites! —Annika se volvió para abrazar a Bran—. Estoy demasiado contenta para que te irrites. Sawyer me ama.

—Menuda noticia —comentó Riley.

Sin dejar de abrazar a Bran, Annika miró a Riley con el ceño fruncido.

—Sé que esa voz es... sarcástica.

—Solo sarcástica —corrigió Bran.

—Sarcástica. ¿Sabías que me amaba?

—Si te has enterado esta noche, eres la única de nosotros que no lo sabía. Aunque me alegro mucho, de verdad. Bueno, ahora que han vuelto los niños me voy a dormir. —Riley alzó la vista a la luna—. Mañana no dormiré nada.

—Sawyer también necesita dormir. Hemos tenido mucho sexo y ahora debería descansar. Está listo para volver a meterse en el agua —le dijo Annika a Doyle—. Pero, por el sexo, es mejor que espere un día más.

Riley puso los ojos en blanco y siguió andando. Doyle se levantó.

—Voy a hacer una última ronda. Descansa, hermano. Un día más para las inmersiones, pero mañana vuelves al entrenamiento completo.

—De acuerdo. Bueno, vamos arriba a descansar.

Cuando se fueron, Sasha se los quedó mirando con una sonrisa sentimental.

—Son tan felices que parece que redoblen campanas a su paso. —Se levantó y cogió a Bran de la mano—. No tiene sentido enfadarse con ellos. Todo va bien; ahora mismo, muchísimo más que bien. Y nosotros también deberíamos descansar.

—Eso haremos. Después de mucho sexo.

Para divertirla, hizo que ambos subieran flotando hasta la terraza y cayeran en la cama.

En la cámara que estaba dentro del palacio de la montaña, lo que había sido Malmon subía corriendo por la pared, cruzaba el techo, bajaba por la otra pared y corría por el suelo como un hámster monstruoso en una rueda.

Pasaba horas corriendo; de vez en cuando, se apoderaba de una de las aves con una mano parecida a una garra y la devoraba. A menudo, más por diversión que por hambre.

Con menos frecuencia, mientras corría entre risas de placer, algo aparecía como un destello dentro de su mente enloquecida. Imágenes de habitaciones de colores vivos, camas mullidas, de un hombre de pelo dorado y traje oscuro que le devolvía la mirada horrorizado. Le parecía ver esas imágenes a través de un cristal empañado.

Los destellos le hacían gritar, y los gritos resonaban contra la piedra pulida.

Cada vez que venía su reina, su diosa, su mundo, él se dejaba caer sobre las rodillas huesudas. Lágrimas de miedo, alegría y loco amor llenaban sus ojos hendidos cuando ella le acariciaba la cabeza. Cuando ella se iba, la llamaba con un gruñido gutural.

Luego volvía a la rueda.

El día que ella vino para cogerlo de la mano y sacarlo de la cámara, tembló y se puso a menear su pequeña cola, que terminaba en punta.

Ella le guio a través de un laberinto de piedra nublado por el humo de las antorchas titilantes. Murciélagos y aves posados entre las llamas los miraban con sus ojos relucientes. Lo que había sido Malmon vio una criatura con alas y tres cabezas, encadenada, vio los huesos y la sangre esparcidos a su alrededor.

Luego entraron en una amplia cámara iluminada por el resplandor de unas velas, reluciente de oro, plata y piedras preciosas. Como la suya, tenía las paredes tan pulidas que parecían espejos. En esas paredes se reflejaba un trono que se erigía en el suelo dorado y al que se subía mediante tres peldaños de plata.

Nerezza le soltó la mano, ascendió la escalera y se sentó en el trono. A continuación, hizo un gesto con sus largos dedos adornados con anillos de rubíes.

—Sírvenos vino, mi elegido. —Al ver que él no se movía ni decía nada, inclinó la cabeza—. ¿No recuerdas cómo se hace?

—Recordar duele —dijo, y sus palabras sonaron a gruñidos.

—Deseo que sirvas el vino. ¿No quieres darme lo que deseo?

—¡Sí! Todo lo que desees. ¡Todo!

—Entonces, dame lo que deseo.

Le temblaban las manos. El hombre de pelo dorado volvió a aparecer como un destello y una punzada de dolor le atravesó la cabeza. Sin embargo, cogió la botella de cristal y vertió el líquido rojo en una copa adornada con los rubíes de color sangre que tanto le gustaban a Nerezza.

Las garras de sus pies chirriaron contra los peldaños de plata cuando le acercó la copa.

—Ponte otra copa para ti.

—¿Para mí?

—Tomaremos vino juntos, mi preferido. Sírrete el vino y siéntate —dijo ella, indicando con un gesto los peldaños que estaban a sus pies.

Obedeció estremecido de miedo y alegría. Quiso lamer el vino que había en la copa, pero recordó con dolor y bebió, produciendo un chasquido con los dientes largos y agudos contra la plata.

—Y ahora, Andre...

Oír el nombre hizo que el dolor estallara en su interior. Lanzó un grito y derramó el vino, rojo sobre plata.

—Necesitabas olvidar para poder transformarte —continuó Nerezza—. Ya te has transformado, ahora debes recordar. Los recuerdos te serán útiles.

—¡Duele!

—¿Me amas?

—Te amo. Te adoro.

—Entonces, soportarás el dolor por mí. Dentro de ti sigue estando la mente de un hombre, y la necesito. Te necesito a ti... Andre. Me fallaste una vez, pero nuestro clemencia. Te sientas junto a mi mano y bebes vino. Sigues vivo, y ahora tienes una velocidad y una fuerza que ningún ser humano puede igualar. ¿Cómo corresponderás a mi clemencia?

—Como me ordenes.

—Sí. Como te ordene. —Sonrió y dio un sorbo de vino—. ¿Recuerdas a los guardianes? ¿A los seis?

El aliento le quemaba la garganta; su mano, parecida a una garra, hizo una muesca en la copa de plata.

—Enemigos.

—¿A cuál de ellos te gustaría matar primero?

—¡Sawyer King! ¡Sawyer King! ¡Sawyer King!

—Ah, sí, el que te engañó. Te permitiré tomar esa vida. Pero no será el primero. Necesito la muerte de la clarividente. Cuando muera, podré vaciarla. Es poderosa, y ese poder es... joven. Me alimentará, y ella dejará de guiar a los demás.

—La mataré por ti, mi reina.

—Tal vez. —Cogió el Orbe que todo lo ve. Unas brumas frustradas se arremolinaron en el interior, ocultándole muchas cosas—. Si muere por tu

mano, podrás capturar al que quieres y hacer lo que desees. Ahora, Andre, debes prepararte para la batalla.

Y si fracasaba, pensó, aunque muriera en el intento, seguiría habiendo sangre.

Nerezza dejó el orbe a un lado y cogió el espejo. Vio el mechón blanco en su bella cabellera negra, los signos de la edad en su hermosa cara.

Lo habían provocado ellos, los guardianes habían estropeado la perfección de su belleza.

Sin embargo, cuando bebiera la sangre de la clarividente, bebería el poder. Con él, recuperaría su juventud eterna.

Mientras volvía a notar la conexión con fuerza, Sawyer extendió sus mapas y puso la brújula sobre la mesa. Cuando esta se iluminó, soltó el aire, aliviado y agradecido, y contempló cómo se deslizaba por encima de los mapas. La brújula se situó sobre el mapa de Capri y luego se quedó inmóvil.

—Sí, sí, ya lo he pillado. Pero ¿dónde? —Se arrellanó en su asiento con el ceño fruncido—. ¿Por qué tienes que ser tan críptica? Solo por una vez, ¿por qué no dar una respuesta clara, exacta y sin rodeos?

Continuaba frunciendo el ceño cuando Riley se sentó frente a él bajo el emparrado.

—¿No has tenido suerte?

Él negó con la cabeza.

—¿Y tú?

—He incumplido mi norma de no ser pesada y le he dejado al tal doctor White, Jonas White, que, según mi fuente, es experto en la bahía de los suspiros, otro mensaje urgente en el buzón de voz, además de enviarle otro

correo electrónico. El retiro espiritual acababa esta mañana, así que a estas horas debería estar conectado con el puñetero mundo, pero nada.

Como Sawyer, se quedó mirando la brújula.

—¿Te sirve de algo mirarla fijamente? —inquirió.

—No.

—Me lo imaginaba. Igual que a mí no me sirve de nada ahora mismo seguir tratando de averiguar más cosas sobre esa bahía mítica. He tocado fondo: tengo que apechugar y esperar. No soporto tener que apechugar.

—Al menos bucearemos mañana. Quizá las cosas tengan que ser así. Seguir mirando. Apechugar. —La miró—. Porque la brújula no me muestra dónde está esa bahía ni me da ninguna pista útil del lugar al que debemos ir a continuación, cuando la encontremos, y es importante.

—Es vital, una vez que encontremos la Estrella de Agua, así que resulta difícil mantener esa norma de no ser pesada con Sasha.

—En cuanto la localicemos, Nerezza lo sabrá y atacará con fuerza.

—Tienes que averiguarlo. —Reflexionando una vez más, Riley hizo girar sus gafas de sol por la patilla—. Cuando la encontremos, lo primero será llevarla a un lugar seguro. Supongo que Bran la esconderá donde tenemos la primera. Luego vamos a tener que largarnos o estar listos para vencerla aquí.

—Estaremos listos, aunque me da la impresión de que no será aquí.

Intrigada, Riley se apoyó la barbilla en el puño.

—Sí, a mí también, y no dejo de pensarlo. No tengo la sensación de que vayamos a tener un gran enfrentamiento final con esa diosa arpía en el huerto de limoneros junto a una bonita casa de Capri. Habrá un enfrentamiento, seguro, pero ¿será el final?

—Es la Estrella del Agua, así que el grande quizá llegue en el agua.

—Sí, también me lo he planteado. Y como nos hemos relajado bastante en los dos últimos días, tampoco parece que esto sea el Club de la Pelea.

Supongo que no importa cuándo o dónde, siempre que estemos preparados. — Riley alzó la vista—. Bran está en su taller de magia dedicado a sus cosas.

—¿Dónde están los demás?

—Te refieres a Annika, así que tendrías que preguntar por Annika. Creo que está arriba, trabajando con Bran para que Sasha tenga tiempo para pintar. Porque todos esperamos que pinte algo que necesitemos saber. Y Doyle está en la cocina limpiando sus armas. En cualquier caso, si nos adelantamos a los acontecimientos, después del agua viene el hielo. Así que quizá nos toque ir a Islandia, a Groenlandia o al puto Ártico. Más pronto que tarde, podríamos echar de menos el sol y el calor.

—Aún no hemos encontrado la Estrella de Agua —dijo Sawyer al ver que Riley miraba fijamente su móvil como él había mirado la brújula—. Vamos a dispararle a algo.

—¿Qué?

—Vamos a hacer prácticas de tiro. Estamos aquí sentados tratando de convencer a la brújula de que se mueva o a tu teléfono de que suene. Me estoy poniendo nervioso.

—Ni tú ni yo necesitamos practicar, y no deberíamos desperdiciar la munición. Hagamos una competición de lanzamiento de cuchillos.

—¡Hecho!

Él cogió la brújula; ella cogió su móvil, y juntos mataron una hora y unas cuantas dianas.

—Desempate —dijo Riley.

Sawyer negó con la cabeza.

—Dejémoslo en empate. Esta noche cocino yo y debería empezar ya.

—Aún es pronto.

—Hoy es la primera de tus tres noches, ¿no? Tienes que cenar antes de que

se ponga el sol. Voy a preparar canelones de ternera. Creo que te vendrá bien la carne roja.

—Sí, te lo agradezco —contestó Riley, que a continuación se sacó el móvil del bolsillo—. Ese White es capaz de llamarme después de la puesta de sol, cuando no pueda hablar con él.

—Te lo dije. Ladra en código morse.

Riley le dio un puñetazo en el codo y luego se marchó a su habitación. Esa noche no dormiría, así que no le vendría mal echar una siesta.

Más tarde cenaron en silencio, cada uno inmerso en sus preocupaciones. Como ya habían decidido lo que harían al día siguiente, solo tenían que aguardar.

—No contéis conmigo hasta mañana por la mañana —anunció Riley.

—Aún te queda tiempo —dijo Sasha.

—Sí, y volveré a intentar ponerme en contacto con el tal White. Moveré otros hilos que me puedan llevar hasta él. Cuanto más me cuesta contactarle, más segura estoy de que tiene las respuestas que necesito. Bueno, si no lo consigo, nos veremos por la mañana.

—Mantente alejada del gallinero del vecino —le aconsejó Sawyer, y Riley le miró con los ojos entornados.

—Yo haré su turno —dijo Annika cuando Riley entró en la casa.

—¿Su turno? —Distraída, Sasha se frotaba la sien para ahuyentar una ligera molestia—. Oh. Oh, la tabla. Les toca limpiar a Riley y a Doyle.

—No me importa. Quizá ella encuentre al doctor White y averigüe lo que necesitamos saber. Cuando hayamos limpiado, si queda tiempo, puedo llevarle un poco de helado de ese que viene en la caja.

—De acuerdo.

Doyle se levantó con cierta reticencia al ver que lo hacía Annika. Había

solucionado sus deberes como cocinero comprando pizza, pero aún tenía que encontrar el modo de librarse de la limpieza cada vez que le llegaba el turno.

—Es agradable dejar las cosas limpias otra vez —dijo Annika después de que llevaran los platos a la cocina.

—Es agradable que te las limpien.

—Hoy has limpiado tus pistolas y has pulido tu espada, y hasta tus cuchillos. —Muy satisfecha, Annika se dirigió al fregadero—. Esto no es muy distinto.

Le gustaba llenar el amplio fregadero de agua con jabón, le gustaba el olor de la espuma cuando frotaba las cazuelas que había usado Sawyer.

—La cena estaba muy buena.

—Sí, el tío sabe cocinar.

Doyle colocó los platos ruidosamente dentro del lavavajillas. Como sabía lo que era limpiar una olla o una fuente en el río, pensó que no ahora no podía quejarse.

—Ya sé cocinar un poco. Es divertido. Tú has vivido mucho tiempo, pero no cocinas.

—Me defiendo —contestó él, sacando un paño de un cajón. Acto seguido, empezó a secar las cazuelas—. Aprendí a cocinar sobre una hoguera, en las partidas de caza.

—Has visto llegar los prodigios. Riley me dejó ver algunos de sus libros. Antiguamente las gentes de la tierra caminaban o montaban a caballo. Luego aprendieron a hacer coches, y motos como la tuya. Y no había ningún teléfono como ese que le encanta a Riley, ni las películas que le gusta ver a Sawyer.

—Las cosas cambian. La gente, no tanto.

—Pero las cosas no pueden cambiarse a sí mismas. La gente sí. Sasha ha cambiado mucho en menos de un ciclo lunar. Es más fuerte y ha aprendido a luchar. Y puede hacer seis flexiones cuando antes no podía hacer ni una.

—Tienes razón. Y apuesto a que llegará a diez antes de que acabemos con la misión.

—Todos hemos visto prodigios, de oscuridad y luz.

Durante un rato, trabajaron en silencio.

—Tengo una pregunta difícil —empezó a decir Annika—. Quiero hacértela ahora que estamos solos.

—De acuerdo.

—Has vivido mucho tiempo. Has tenido gente que... —Annika se llevó una mano al corazón—. Gente que te importaba, que significaba mucho.

—Al cabo de un tiempo, tratas de evitar que eso suceda.

—Pero sucede. Nosotros te importamos, no solo como guardianes o como guerreros. Nosotros te importamos.

Doyle miró a la deslumbrante sirena y pensó en los demás, uno por uno.

—Me importáis, sí.

—¿Cómo te despides?

Doyle dejó el paño sobre la encimera porque comprendió que ella necesitaba una respuesta sincera.

—No he encontrado una manera fácil de hacerlo. Si me resulta fácil, es que no me importaban tanto como creía.

—¿Existe alguna forma de hacérselo fácil a la persona a la que dejas?

—Convencerla de que no te importa. Pero eso no te funcionará a ti, preciosa. No funcionará con Sawyer.

—No, yo no podría fingirlo. Reduciría lo nuestro a la nada.

—De todos modos, él nunca te creería. No va a olvidarte jamás.

—Creo que sería mejor que me olvidase. Si pudiera hacerlo, me limitaría a desaparecer. Así que tengo que aferrarme al prodigio.

—Si alguien puede, eres tú.

—Eres un buen amigo. —Ella se volvió y le dio un abrazo—. Me pondré

triste cuando tenga que despedirme de ti, pero aún quedan dos ciclos lunares para... Oh, ya casi ha anochecido. No tengo tiempo de llevarle a Riley el helado. Aún quedan platos por guardar. Ya sé, galletas.

Inspirada, Annika fue a sacar de la despensa un surtido de galletas.

—Si puedes llevarle esto, ya acabaré yo la cocina. Le bastará el tiempo para comerse una galleta. Además, podría tenerlas en la habitación por la mañana cuando esté hambrienta y cansada.

—No creo que quiera...

—Por favor.

Annika le tendió la bolsa sonriendo.

Doyle se dijo que no existía un solo hombre en el mundo capaz de negarle algo a esa sonrisa.

—Está bien.

Subió las escaleras con las galletas en la mano. Al menos, el encargo le libraba de guardar las sobras o limpiar las encimeras, todo lo cual estaba incluido en la lista de tareas.

Oyó la voz de Riley y enseguida captó su interés.

—Si pudiera usted hacerlo, aún mejor.

Doyle entró en la habitación. Había libros apilados por todas partes, y una de las mesillas de noche hacía las funciones de un pequeño escritorio en el que Riley garabateaba unas notas.

Al ver a Doyle, hizo un gesto con el dedo para indicarle que estaba finiquitando el asunto y que esperase.

—Sí, de acuerdo, Atlantis es harina de otro costal. Estoy encantada de hacerlo y me encargaré a primera hora de la mañana. Ajá, vale. Solo necesito algo de tiempo para dejárselo todo preparado.

Ya que la tenía allí, Doyle abrió la bolsa de galletas y sacó una. Riley continuó hablando mientras él comía paseando por la habitación y mirando los

libros, los mapas clavados en las paredes, las notas organizadas según el orden particular de Riley.

Habían cruzado unas palabras acerca de su falta de sistema, aunque era cierto que la arqueóloga era capaz de localizar cualquier cosa que buscara en cuestión de segundos, así que Doyle perdió la discusión.

La habitación olía al jabón de Riley, con un toque de vainilla, y a las flores que Annika había insistido en poner en cada dormitorio. Incluido el de Doyle.

El inmortal se comió otra galleta y se inclinó sobre una nueva traducción en la que Riley debía de haber estado trabajando por su cuenta. Perdió la noción del tiempo hasta que la voz de ella volvió a interrumpir sus pensamientos:

—Le estoy muy agradecida, doctor. Esto me será de gran ayuda. Puede estar seguro de que lo haré. Gracias. Sí, gracias. Adiós.

Cortó la llamada y bailó un poco sin moverse del sitio. Sus ojos, de un color dorado oscuro, rezumaban arrogancia. Por alguna razón extraña, a Doyle le gustaban así.

—Te han dado buenas noticias.

—Puedes jugarle el culo. A White, mi fuente, se le había olvidado volver a encender el móvil, y no ha encendido el ordenador en todo el día. Y me ha dado...

El teléfono se le cayó de la mano y rebotó contra la cama mientras ella ahogaba un grito.

—¡Joder, joder, he esperado demasiado! ¡Sal de aquí, vete, vete!

Se dejó caer al suelo y empezó a pelearse con los cordones de las botas.

Doyle se dio cuenta de que él tampoco había prestado atención. El sol era una esfera de color rojo intenso.

La respiración de Riley era rápida y áspera, y sus dedos trataban torpemente de desatar los dobles nudos de sus cordones.

Doyle empezó a retroceder, pero luego arrojó a un lado la bolsa de galletas

y se agachó.

—Ya me ocupo yo. Me ocupo yo.

—¡Vete! ¡Oh, mierda!

Riley agarró los bajos de su camiseta y se la sacó de un tirón por la cabeza.

—Ya está.

Doyle le quitó las botas y los calcetines. Cuando ella echó la cabeza atrás, cuando él vio el cambio en sus ojos, rechinó los dientes y le desabrochó el cinturón.

—Aguanta.

—No puedo.

Ella lanzó un gemido, y Doyle oyó que los huesos empezaban a crujir.

—¡Riley! —exclamó Sasha, parada en el umbral.

—Lo tengo, lo tengo. ¡No se te ocurra morderme!

Mientras la columna vertebral de Riley se arqueaba, Doyle le soltó el botón de los pantalones cortos y se los quitó de un tirón junto con las braguitas. Luego metió los dedos bajo el sujetador de deporte que llevaba puesto y se lo sacó por encima de la cabeza.

Desnuda, Riley se apartó retorciéndose y se puso a cuatro patas.

Los hombros se encorvaron y los músculos ganaron volumen. Se le enroscaron las manos, cuyas uñas se alargaron y afilaron, mientras la piel se convertía en pelaje.

Volvió a echar la cabeza atrás y, atrapada a medio camino entre loba y mujer, aulló. Y la mujer desapareció.

La loba profirió un grave gruñido y corrió hacia las puertas de la terraza. Con un salto, aterrizó sobre la barandilla de piedra; con otro, se perdió en la noche.

—¡Oh, Dios mío! ¡Riley!

Sasha se precipitó hasta la terraza y salió corriendo detrás de Doyle. Vio

que la loba aterrizaba limpiamente en el césped, al otro lado de la piscina, a una distancia increíble. La loba se volvió a mirarlos y entró trotando en el huerto.

—No sabía que pudiera... Es un salto imposible.

Sin poder evitarlo, Doyle pensó que era magnífica. Feroz y magnífica.

—Al parecer, no para ella.

—Necesita correr —recordó Sasha—. Nos dijo que necesita correr justo después del cambio. Toda esa energía... ¿Por qué estabas...? —Echó un vistazo a la ropa tirada en el suelo y carraspeó—. No es asunto mío.

—No es eso. Annika me ha pedido que le trajera unas puñeteras galletas, y ella estaba hablando por el puñetero teléfono. Con el tío al que ha estado persiguiendo. No estaba prestando atención a la hora, y yo tampoco. Estaba entusiasmada, lo que él le haya dicho la ha puesto como una moto, y ha empezado el cambio cuando aún estaba vestida.

—La has ayudado.

—No podía quitarse las putas botas, y entonces...

Sasha le apoyó una mano en el brazo.

—La has ayudado. Aunque mañana le dé corte y te gruñe un poco, te estará agradecida por la ayuda.

Suspiró y volvió a entrar en la habitación.

—Recogeré sus cosas para que no tenga que...

Doyle se volvió hacia ella al darse cuenta de que se interrumpía y se percató de que la visión llegaba a sus ojos. «Más magnificencia», pensó. Nunca había conocido a tres mujeres más fascinantes.

—Ya se acercan. Ella le envía, transformado igual que uno de nosotros. Viene a por mí, a por mi sangre, a por mi sangre para alimentarla.

—Pues que se vaya olvidando —dijo Doyle, cogiéndola por los hombros con firmeza—. Ve a buscar a Bran, ve a buscar tu arco. Se lo diré a los demás.

—Mientras somos cinco, y más débiles, ella observa.

—Que observe. ¡Vete!

Desenganchó la pistolera de Riley de su cinturón, se la enganchó en el suyo y les pidió a los demás a gritos que se armaran mientras bajaba corriendo las escaleras para ir en busca de su espada.

Dentro, Sawyer agarró más cargadores y se los metió en el bolsillo. Podía admitir, al menos para sí, que lo que más deseaba era tener a Malmon a tiro. Se metió un cuchillo de reserva en la bota y salió a toda prisa para reunirse con los demás.

—¿En el huerto?

—No hay tiempo.

Bran señaló hacia el punto que Sasha miraba fijamente. Parecía una nube, oscura e hirviente, que bajaba del cielo a toda velocidad, llena de tormentas.

—Riley. —Annika cogió su mano rápidamente—. Está...

—Se ha puesto el sol y ha salido la luna. Asegurémonos de que no puedan llegar hasta ella, esté donde esté. Tenemos esto.

Le apretó la mano y la soltó. Retiró las dos armas.

Acabó de un disparo con los cabecillas, que ardieron en llamas.

—¡Vigila tu espalda! —gritó Doyle, y Sawyer se dio la vuelta. Una segunda nube venía por el oeste.

—Sasha y yo nos ocupamos del oeste. —Aunque se había armado, Bran dejó el arma en la pistolera. Unos rayos surgieron de sus manos—. Sawyer y Annika, del este. Doyle...

—Un poco de cada.

Sawyer vació los dos cargadores y esquivó el ataque de unas garras afiladas como navajas mientras recargaba. Por más que confiase en la habilidad de Annika, no la perdía de vista, preparado para defenderla y

protegerla mientras disparaba cargas, daba saltos mortales y giraba para proyectar la luz a través de la oscuridad.

Sin embargo, no vio a Malmon.

—Vamos, hijo de puta —murmuró, ignorando la estela de sangre y cenizas que dejaba a su paso la espada de Doyle—. Muéstrate.

Algo pasó rápidamente por su lado; atisbó un negro contorno borroso y notó una repentina punzada de dolor. Unas garras le habían arañado el brazo.

Se volvió e intentó seguir con la vista aquel contorno desdibujado, pero se movía como los rayos de Bran y, además, de forma errática.

Pero el corazón se le subió a la garganta cuando vio que ese contorno borroso era un dardo que apuntaba en zigzag hacia Sasha.

Esta lanzó una flecha, alcanzó su objetivo y sacó otra.

—¡Sasha! ¡Muévete, vamos!

La clarividente vaciló solo un instante al oír a Sawyer y dio dos rápidos pasos hacia un lado. Sawyer vio brotar la sangre en su brazo y oyó el grito instantáneo de dolor.

Como su arma era inútil, pues los tenía demasiado cerca, Sawyer corrió hacia Sasha en el preciso momento en que Bran tiraba de ella para situarla a su espalda. Sawyer fue a bloquear el ataque contra la vidente, pero este cambió de dirección tan deprisa que la espada de Doyle hendió el aire sin encontrar su objetivo.

Ahora la sangre manaba de la pierna de Sasha.

—Llévala dentro, métela en la casa. —Sawyer se tumbó en el suelo para sofocar el fuego—. Los mantendremos a raya.

—No, son demasiados.

Tras zafarse de Bran, que la sujetaba, Sasha disparó otra flecha.

Sawyer vio saltar la figura borrosa. Disparó. Falló. Vio que Bran volvía a

tirar de Sasha para situarla a su espalda. En ese preciso instante, supo que Bran caería.

Con un aullido feroz, la loba salió de la oscuridad como si volara. Al cabo de un segundo el contorno borroso tomó forma, una forma repugnante: una piel enrojecida y cubierta de abultadas escamas, unos salvajes ojos amarillos en una cara estrecha, alargada y nudosa.

La loba hundió sus colmillos en el hombro del demonio, el hombro de Malmon. Su grito desgarró el aire. El demonio lanzó un golpe con el rostro contorsionado de rabia y dolor. El impacto proyectó a la loba por los aires. Cuando chocó contra el suelo, se quedó quieta.

—No dejaré que se le acerquen.

Tras dar una voltereta con una sola mano, Doyle dio un salto mortal hacia la loba mientras sacaba su espada para destruir a las aves que se lanzaban en picado para atacar a la presa caída.

En cuestión de segundos, los cinco rodearon a la loba, formando un muro de defensa. Sawyer echó una última ojeada a Malmon y apuntó, pero la oscuridad se tragó al demonio y a las aves.

Y la quietud invadió la noche, con la silenciosa luna deslizándose por el cielo.

—Riley. —Sasha cayó de rodillas—. Oh, Dios. Riley. Bran.

—Déjame ver, déjame ver. Estás sangrando, *a ghrá*.

—Riley. ¿Está muy grave?

La sangre que se derramaba de su brazo caía sobre el pelaje de la loba cuando Sasha apoyó las manos sobre su amiga.

—Está viva. Su corazón sigue latiendo.

—Como mínimo, está conmocionada. La llevaremos adentro.

—La tengo.

Tras envainar su espada, Doyle se agachó y levantó del suelo a la loba

inconsciente.

Bran asintió con la cabeza y cogió en brazos a Sasha.

—Estás perdiendo sangre, igual que Sawyer. Annika.

—No estoy herida. Iré a buscar lo que necesites.

—Estoy bien. Riley primero.

—No estás bien, no, pero lo estarás. Deja a Riley sobre la mesa, Doyle, y trae unas toallas.

—Voy a comprobar si hay fracturas. —Tras dejarla, Doyle pasó las manos sobre Riley, comprobó las piernas y le repasó el cuerpo—. Me parece que tiene un par de costillas rotas, pero, madre mía, se están soldando. Noto que las fracturas se resuelven. Como loba, se cura rápido. Noto una pequeña...

—Sí, yo también. —Sawyer estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas—. Hay una quemadura y una hendidura.

—Es veneno, sin duda. Trae las toallas, Doyle, y agua. Annika —dijo Bran al verla entrar precipitadamente—. Ayúdame. Tengo que limpiar las heridas, pero necesitaremos la poción, seis gotas para cada uno. Hazlo ahora, y rápido.

Escogió otro frasco del botiquín mientras Annika medía la poción.

—Te va a doler —le dijo a Sasha en un murmullo—. Lo siento. Mírame, ábrete a mí.

Ella ahogó un grito cuando el líquido tocó el tajo. Luego cerró los ojos.

—Mejor.

—Casi. También tengo que ocuparme de tu pierna. Solo serán unos segundos. Sawyer, vamos, bébete eso. Ya está, *fáidh*, las heridas están limpias y purificadas. El bálsamo te calmará.

—Sawyer primero.

—Ya me ocupo yo, acaba con ella. —Doyle cogió el frasco y se agachó junto a Sawyer—. ¿Listo?

—Adelante. ¡Mierda, mierda, me cago en la puta!

Annika le besó en la cabeza mientras el escozor le abrasaba los tajos del brazo, y notó que Sasha, compañera en el dolor, le cogía de la mano.

—Me habría hecho algo peor, mucho peor, si no me hubieras avisado.

—No se me ha puesto a tiro. Es demasiado rápido, y además estabas demasiado cerca.

—Quería acertarme en la garganta. He tenido un instante para percibirlo, pero has gritado y ha fallado. Me has salvado la vida, y luego Riley se la ha salvado a Bran, que es lo mismo para mí. Por favor, Bran, por favor, ocúpate de Riley. Se ha llevado una caída muy fuerte.

—Solo un momento. Annika, trata a Sawyer con el bálsamo.

—Sé cómo hacerlo. La herida es limpia; profunda pero limpia.

—Sí, lo es. Y puedo levantarme —dijo Sawyer, poniéndose de pie; había recuperado la estabilidad—. Debes de tener algo para Riley en la caja mágica.

—Nada roto. —Una vez más, Doyle pasó las manos sobre Riley—. Las costillas han sanado ya.

Mientras hablaba, la loba abrió los ojos, dorados y transparentes, y los clavó en los de él. El gruñido grave hizo que levantara las manos y le mostrara las palmas.

—Tómatelo con calma.

—Te han herido —dijo Sasha; Riley cambió de posición y saltó ágilmente al suelo—. ¿Me dirás si sientes dolor? ¿Me dejarás entrar?

Se miraron a los ojos, y los labios de Sasha se curvaron en una sonrisa.

—Doyle no te estaba metiendo mano. ¿Tomarás un poco de medicina? Pero el ayuno no puede significar que... De acuerdo. Al alba. Descansa un rato.

La loba le dedicó a Doyle una última mirada prolongada y salió de la cocina.

—Estabas hablando con una loba. O sea, ya sé que es Riley, pero...

Sawyer sacudía la cabeza, sonriendo de oreja a oreja.

—Una loba. Como el doctor Dolittle.

—Siente algo de dolor, pero no es muy intenso; se echará a dormir un rato. No suele dormir cuando está en forma de lobo, pero la ayudará a sanar. En realidad, no es que haya hablado con ella —explicó Sasha—. Es más bien que puede dejar que yo lea sus sensaciones y las traduzca más o menos a palabras. Nos entiende perfectamente, y puedo captar la esencia de lo que quiere que sepa.

Con un suspiro, miró la sangre del suelo.

—Tenemos que limpiar esto.

—Ya lo limpio yo. No me han herido. Deberías descansar; y tú, Sawyer. A ti también te ayudará a curarte. ¿No es así, Bran?

—Así es, y se curarán. Hablaremos de todo por la mañana.

—Hay una pregunta que me habría gustado hacer antes de que se marchara.

—Doyle miró hacia la puerta—. Ese era Malmon, supongo.

—Lo era —contestó Sasha—, pero ya no lo es.

—Así que el hombre se ha convertido en demonio. Un demonio al que acaba de morder una loba; o licántropa, como prefiere ella. ¿La mordedura transformará al demonio?

—Buena pregunta —dijo Sawyer—. ¿Y eso sería una noticia buena o mala para nuestro bando?

Como quería sorprender a todo el mundo, Annika se levantó muy temprano. En silencio, se puso uno de sus vestidos; llevaba arremolinados todos sus colores favoritos, como una tormenta hecha de arcoíris. Se volvió a mirar a Sawyer y salió de la habitación dejándole dormido. Bajando las escaleras, se hizo una trenza. No quería que le estorbara la melena durante el trabajo.

Había visto cocinar muchas veces y le habían dejado ayudar. Sin embargo, hoy prepararía el desayuno ella sola mientras los demás descansaban. Doyle había dicho la noche anterior que, debido a la batalla, la sangre y las inmersiones que tenían previstas, podían prescindir de la gimnasia por un día.

A Annika le gustaba la gimnasia, pero sospechaba que era la única.

Cantaba para sí mientras elegía ollas y cacerolas y sacaba lo necesario de la gran caja plateada que mantenía fría la comida. La noche había estado llena de miedo y sangre, pero tenía una intuición positiva acerca del día que les esperaba.

Si podía preparar un buen desayuno, sin errores, el día sería luminoso. Se sirvió un vaso de zumo y miró la máquina que hacía café sacudiendo la cabeza. A todo el mundo le gustaba el café, pero a ella no. Prefería hacer gimnasia.

Se bebió el zumo fresco y recién hecho e inspiró hondo, satisfecha. Ahora prepararía el beicon.

Cuando el sol asomaba a través de las ventanas del este, tenía una fuente de beicon en el horno a baja temperatura, tal como Sasha le había enseñado, y una

buena pila del pan de Francia, tostadas francesas, se corrigió, como le había enseñado Sawyer.

Haría los huevos revueltos y las patatas que Bran preparaba en su turno. Riley tendría mucha hambre después del ayuno. Y cuando todo estuviera listo, lo mantendría caliente y pondría la mesa.

Oyó que venía alguien, demasiado temprano para acabar como esperaba. Sin embargo, sonrió cuando vio a Riley.

—¡Buenos días! Puedo prepararte café.

—Vale. Huele a beicon.

—Hay beicon.

Encantada, Annika abrió el horno, se acordó de las grandes manoplas que protegían las manos de las quemaduras y sacó la fuente.

—Ya veo. —Riley cogió un puñado al instante—. Suficiente para un ejército.

—¿He hecho demasiado?

—Tengo el hambre de un ejército —dijo Riley con la boca llena—. ¿Tostadas francesas?

Sin esperar, Riley cogió una y se la metió en la boca.

—¿Está buena?

—Genial. Estoy muerta de hambre. ¿Dónde está Sasha?

—Durmiendo. Todo el mundo está durmiendo, menos tú y yo.

Riley comió más beicon.

—¿Estás cocinando tú sola?

—Sí, es una sorpresa. Os hirieron a Sawyer, a Sasha y a ti, y Doyle dijo que no había gimnasia.

—Yupi.

—¿Te duele?

—No, estoy bien.

Sin dejar de comer, Riley se volvió hacia la cafetera.

—¡Ya lo hago yo! Tú siéntate. Me gusta preparar café, pero no me gusta bebérmelo. —Preparó una taza grande, la dejó sobre la encimera y le dio un abrazo a Riley—. Salvaste a Bran y a Sasha. Creo que nos salvaste a todos, porque, cuando llegaste, las cosas malas se fueron.

—Me alejé demasiado. Debería haberme quedado más cerca. Si hubiera vuelto antes...

—Creo que llegaste justo a tiempo. El demonio Malmon te hirió, pero me parece que tú le heriste más a él.

—Me endiñó un buen trancazo. Es tan fuerte como el Increíble Hulk.

—No te entiendo.

—Que es muy muy fuerte. El café está bueno, Anni. Creo que te acabas de graduar para los turnos normales de cocina.

Annika lanzó un grito ahogado de alegría y exhibió una radiante sonrisa.

—¿Tú crees?

—No sé por qué te hace ilusión, pero sí, lo creo de verdad. Hola, Sasha, parece que Anni te ha sustituido hoy.

—¡Riley, estás bien!

—Ahora sí —dijo, y comió más beicon.

—Annika, ¿has... has preparado tú todo esto?

—Riley dice que está bueno. Puedo participar en los turnos. ¿Me pondrás en la tabla para cocinar?

—Lo haré, y gracias por reemplazarme.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. Todos lo estamos. Como tú has preparado el desayuno, yo pondré la mesa.

—Puedo hacerlo yo.

—Pues deja que te ayude —insistió Sasha, pasando una mano por el brazo

de Annika—. Después del café.

Al ver que todo el mundo disfrutaba del desayuno que había preparado, se puso tan contenta que le entraron ganas de bailar. Sawyer le dio un beso antes de servirse un poco más.

Había preparado una comida para la familia, y con todo lo que había aprendido pareció la mejor.

—Primera pregunta. —Doyle miró a Riley—. ¿Malmon se convertirá?

Riley se sirvió unos huevos.

—Me he pasado casi toda la noche dándole vueltas. Jamás he mordido a nadie, humano o demonio. Es una infracción muy grave, aunque se refiere a los seres humanos y él no lo es. Ya no. Y la respuesta es que lo ignoro. Es un terreno desconocido para mí. Voy a consultar a unos expertos, pero puede que ellos tampoco se hayan encontrado nunca con un caso así.

—Si se convierte, ¿cuándo lo hará? —preguntó Sawyer.

—No en esta luna. Si fuera humano, estaría muy enfermo ahora mismo. Escalofríos, fiebre y demás. Y cuando la luna empezara a menguar volvería a estar bien. Hasta la siguiente luna.

—Pero no es humano —señaló Doyle.

—Lo sé, y voy a consultarlo, aunque no veo cómo podría convertirse enseguida, si es que lo hace en algún momento. Sea como fuere, el primer cambio es duro, especialmente para alguien infectado, que no ha estado preparado y entrenado. La cuestión es que no sé si la mordedura de un licántropo infecta a un demonio. No estoy segura de que haya alguien que lo sepa.

—Pues habrá que esperar. —Bran bebió más café con aire reflexivo—. No

estaba tan preparado como debía. No pude verle, no con claridad, y tengo que trabajar en eso.

—Pero tú sí pudiste —dijo Doyle.

—Pude verle. —Riley asintió con la cabeza, sin dejar de comer—. Es un hijo de puta feísimo, lo cual tiene su gracia, porque antes se consideraba el tío más guapo del mundo —añadió, y comió un poco más—. Pude verle, y vi que iba derecho hacia Sasha. Habría pasado por encima de Bran para llegar hasta ella, pero llegar hasta ella era el objetivo.

—Me quería muerta, y quería mi sangre. Consiguió un poco.

—No me quedé lo bastante cerca —dijo Riley—. Estaba distraída, y el cambio me pilló desprevenida. Gracias por ayudarme.

Doyle se encogió de hombros.

—Nunca me ha supuesto un problema quitarle la ropa a una mujer.

—¡Qué mono! Pero es que... cambiar delante de alguien es... algo muy privado. Por eso reaccioné de forma exagerada y por eso no estaba tan cerca como debía. Si lo hubiera estado, ella quizá no habría conseguido la sangre.

—Si no hubieras venido cuando viniste, también habría conseguido la sangre de Bran, y yo podría estar muerta. Así que dejemos a un lado el tema del momento.

—Si el demonio Malmon es también licántropo debido a la mordedura, ¿será más fuerte que el Increíble Hulk? —preguntó Annika.

—El Increíble Hulk. —A pesar de la posibilidad, Sawyer sonrió—. ¿De dónde has sacado...?

Miró a Annika a los ojos y luego desvió la mirada hacia Riley, que asintió con la cabeza. Sawyer levantó el pulgar y siguió comiendo tostadas francesas.

—Puede, pero no hasta el primer cambio, y el primer cambio le pegará fuerte, si es que está infectado. Voy a hacer unas llamadas y... ¡Mierda, llamadas! Tengo la cabeza hecha un bombo. White. El doctor White.

—Doyle dijo que habías hablado con él. ¿Conseguiste algo útil? —preguntó Sawyer.

—Sí, y está enviando más. Voy a por mis notas.

—En mi habitación.

Riley se detuvo al levantarse de la silla y miró fijamente a Doyle.

—¿Qué?

—Anoche me las llevé a mi habitación para intentar descifrarlas.

—No puedes toquetear mis cosas.

—Estaban justo allí, al lado del teléfono. Empezaste a decir algo. Parecía que hubieras encontrado oro. Entonces se puso el sol.

—Era mi habitación y eran mis notas. Y no has podido descifrarlas porque tengo mi propio código para evitar que la gente se meta en mis asuntos.

Deliberadamente, Doyle respondió a su indignación con un gesto despectivo.

—Tu código está hecho a base de taquigrafía cutre, morse y me parece que algo de navajo. Lo habría desentrañado en un par de horas más.

—Y un cuerno —dijo ella, y se marchó airadamente.

—Es un buen código —dijo Doyle cuando Riley ya no pudo oírle—. Me extraña que pueda leerlo ella misma.

—Voy a por mis mapas. —Sawyer se levantó—. Si Riley tiene una dirección, quizá pueda verificarla o identificarla. Quizá sea suficiente.

—Solo Capri —le dijo Sasha—. Porque es aquí. Estoy absolutamente segura. Necesito... —Ella también se puso de pie—. Necesito pintar. No me esperéis.

—¿Qué pasa?

—No lo sé —le dijo a Bran—, pero lo haré. Es hoy, lo sé. Es hoy, y tengo que... En fin, no me esperéis.

—¿Quieres ir con ella? —preguntó Sawyer.

—No, que empiece sin distracciones.

—¿Adónde puñetas va Sasha? —quiso saber Riley—. Tengo grandes noticias.

—Ella también.

—Se avecina una visión —dijo Sawyer—. Tenemos que seguir sin ella.

—Muy bien. Vale, empecé a caer en la cuenta en mitad de la conversación con White. Es inteligente, pero se enrolla como una persiana y no hace más que dar vueltas. En fin. —Dejó sus notas sobre la mesa—. Es un defensor de la conexión entre la bahía de los suspiros y la Isla de Cristal. Tardó algún tiempo en descartar Atlantis. Cree haber datado la rebelión y la desconexión unos tres mil años atrás. Desde entonces, mientras la isla va donde y como quiere y se muestra a aquellos a los que decide mostrarse, la bahía ha estado a la deriva. Sin rumbo, sin timón, podría decirse. Y aquellos que están apresados en sus aguas suspiran y cantan con la esperanza de atraer a un redentor.

Pasó una página.

—Y no os perdáis esto. El redentor, como ellos fueron antaño, es de la tierra, del mar, busca y es buscado, y vendrá, desafiará a las brujas y a los monstruos, los redimirá, los ayudará a redimirse cuando una estrella, una estrella reina, caiga del cielo a la bahía.

—Ya hemos estado buscando la puñetera bahía —empezó a protestar Doyle.

—Hay más, y fue aquí donde me di cuenta. La estrella, azul como la bahía, y la bahía, azul como la estrella, serán una sola hasta que el redentor la levante de la mano de la reina del mar, que la mantiene segura para la reina de todos.

Riley alzó la mirada, expectante.

—¿No lo pilláis?

—¿Ahora tenemos que encontrar a la reina del mar? —quiso saber Doyle—. ¿Sería Salacia, ya que hablamos de romanos?

—Exacto, y creo saber dónde podemos hallarla. La esposa de Neptuno. Mira, Tiberio se retiró aquí, ¿vale?, construyó sus palacios, sus villas, y encargó muchas estatuas. Algunas de ellas han sido encontradas en el único lugar que descartamos de la lista.

—La Gruta Azul —declaró Sawyer al ver que la brújula se iluminaba y se situaba sobre un punto concreto del mapa.

—La Gruta Azul, antaño temida por los habitantes de la zona porque creían que allí vivían brujas y monstruos. Antaño utilizada por Tiberio, que colocó estatuas en la cueva. Algunas han sido encontradas, y se cree que podría haber más a una profundidad mayor.

—Es una atracción turística —señaló Doyle.

—Ahora sí. White tiene más teorías y documentos, pero va en dirección equivocada. Ahora mismo se centra en Florida. ¿En serio? Azul como la estrella.

Riley miró a Annika.

—¿Y qué tenemos aquí? Vaya, tenemos a una guardiana que es de la tierra y del mar. Te toca a ti, Anni.

—Pero no sé dónde encontrar la reina y su mano. He estado en las aguas de allí, pero nunca había oído los suspiros ni los cantos hasta ahora.

—No era el momento —dijo Bran con sencillez—. No estábamos juntos, y está claro que esta búsqueda requiere que lo estemos. La brújula de Sawyer coincide: la Gruta Azul. Ahora nos toca ir a buscar la estrella en un lugar en el que venden entradas para turistas.

—No por la noche —señaló Riley—. Por la noche, la gruta está cerrada y no se permite bucear, aunque seguro que hay quien lo hace. El problema es que tienen que pasar dos noches más hasta que pueda colgarme una botella a la espalda.

—Vi un casco de burbuja en YouTube —comentó Sawyer—. Salía un perro

practicando submarinismo. Y también un gato. Alucinante.

—Eso no va a pasar.

—Como tardaríamos más en equiparte cuando te vuelvas peluda que en esperar, no nos sirve en este caso. Pero podría servir... Solo lo digo.

—Teorías y brújula aparte —opinó Doyle—, tenemos que ir por allí a ver qué hay.

—La teoría nos viene como anillo al dedo, y la brújula coincide por completo en cuanto a la ubicación. Sin embargo —continuó Riley—, como hemos de esperar para la inmersión nocturna, no estaría de más que fuéramos a echar un vistazo. Con la Estrella de Fuego, fue Sasha. Puede decirse que la llamó y la atrajo.

—Estuvo a punto de ahogarla —señaló Sawyer—. Así que, cuando vayamos, los demás vigilaremos a Annika.

—No puedo ahogarme en el agua, como vosotros no os ahogaríais en aire.

—Hay otras formas de sufrir daño —le recordó Bran—. Si la Estrella de Agua es para ti, y todo indica que lo es, estamos contigo.

—Es un honor ser escogida —dijo Annika despacio—. No quiero decepcionar, fallaros a vosotros o a mi deber. Si tengo que encontrar la estrella, ¿confiaréis en mí para que lo intente?

—Por supuesto —le aseguró Sawyer—, pero eso no significa que no nos protejamos unos a otros.

—Lo entiendo. El... todos para uno y uno para todos.

—Eso es.

—Sin embargo, si es para mí, no quiero llevar botellas ni traje. Si puede ser de noche, nadie me verá, quiero estar libre en el agua.

—Seguramente será así, sobre todo si lo intuyes con fuerza. Además, confiamos en ti —añadió Riley—. ¿De acuerdo?

—Ni casco de burbuja para Riley, ni botellas para ti. —Sawyer les lanzó

una ojeada a Bran y a Doyle—. ¿Alguna objeción?

—No por mi parte, y no creo que Sasha tenga ninguna —contestó Bran, mirando hacia la terraza.

—Tratas de no preocuparte por ella, pero lo haces. Ve a ver cómo se encuentra —sugirió Sawyer—. Así dejaremos de preocuparnos todos.

—Ha aprendido a controlar y concentrarse en poco tiempo, ha aceptado como un regalo algo que había considerado una carga toda su vida. No es que no confíe, pero... —Bran se levantó, incapaz de estarse quieto—. Iré a echar un vistazo.

—Si debe pintar —dijo Annika mientras Bran entraba en la casa—, será algo que necesitamos.

—Es lo más probable. —Pensativo, Sawyer cogió la brújula y notó que vibraba suavemente en su mano—. Y tengo una cosa que podría ser útil si le funciona a todo el mundo.

—Podríamos equiparnos aquí —dijo Riley—. Y puedes llevarnos a la gruta después de la luna. No hace falta ningún barco.

—Es verdad. Además, así ninguna patrullera se preguntaría qué hace una lancha en las proximidades por la noche. Pero también estoy pensando: ¿por qué esperar?

—Porque no pienso practicar submarinismo en forma de loba, vaquero, por muy alucinante que sea.

Sawyer se limitó a girar la brújula y reveló el reloj.

—¡Joder! —Riley dejó escapar una pequeña carcajada al tiempo que sacudía la cabeza—. No se me había ocurrido.

—Si viajásemos hacia delante o hacia atrás, no tendríamos que esperar.

—Hacia atrás. Yo sí lo he pensado. —Doyle se acercó para observar de cerca el reloj—. Y si retrocediéramos lo suficiente en el tiempo no habría

patrulleras. ¿Cuándo empezaron todas las visitas, las entradas y las normativas? Tú debes de saberlo —le dijo a Riley.

Como Riley solo tenía que hojear la enciclopedia que tenía en la mente, se encogió de hombros y dijo:

—Un par de alemanes, un escritor y su colega, visitaron la cueva en torno a 1820, guiados por pescadores locales. El escritor escribió un libro sobre ella y sobre las estatuas que vieron. Poco después de 1830 ya era un destino turístico. Viajemos hacia atrás —murmuró, y su corazón de arqueóloga se asomó a su mirada—. Podríamos volver a la época de Tiberio, incluso de Augusto, y... bueno, vale, la cosa no va de eso.

Apoyó los codos encima de la mesa y la barbilla en los puños.

—Pero, hermano, es guay pensarlo.

—Entonces, para más seguridad, ¿antes de 1820?

—Sí. Y seguramente nos convendría evitar la ocupación francesa, las luchas que hubo aquí a principios del siglo XIX.

—Créeme —confirmó Doyle—. Nos conviene.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Annika—. ¿Puedes viajar a un sitio distinto y a un tiempo distinto, a la vez?

—Sí. Es un viaje más movido, pero lo he hecho.

—No me molesta lo del movimiento.

Sawyer le sonrió y fue incapaz de resistir el impulso de besarle la mano.

—Pues lo tendrás. Riley tiene que decidir cuándo. Yo buscaré las coordenadas del dónde. Cuando vuelvan Bran y Sasha, podemos empezar a preparar el viaje. Una cosa. —Sawyer miró a Riley—. Si podemos hacer esto antes de la puesta de sol en el ahora, ir y volver, no será un problema para ti. Pero si no podemos volver hasta después de la puesta de sol, ¿qué pasará contigo?

—Aunque nunca lo he hecho, me parece que el cambio me va a doler un

huevo. Puedo soportarlo, pero prefiero ir y volver antes de la luna.

—Nerezza se nos echará encima —dijo Doyle—. Ya sea en la cueva, cuando la encontremos, o a nuestro regreso.

—Un desplazamiento de tiempo y espacio la confundirá mucho. —Sawyer levantó un hombro—. No digo que no estemos preparados, porque, una vez que la tengamos, atacará. Así que vamos a establecer un plan de batalla.

Annika, que también consideraba un honor formar parte del consejo de guerra, dio su opinión:

—Debemos proteger a Bran para que pueda poner a salvo la estrella si la encontramos. Pero... la brújula no dice adónde ir cuando la tengamos a salvo.

—Aún no.

—Eso requiere mucha fe.

—¿Tienes una opción mejor, señor Optimista? —le preguntó Riley a Doyle.

—Vamos a donde sea. Nos hacemos con la estrella, la llevamos a un lugar seguro y después vamos a cualquier parte hasta que lo sepamos. He buscado durante siglos y nunca me he acercado a la estrella ni a Nerezza, hasta aquel día en la cueva de Corfú. Lo más probable es que nos cueste encontrar las tres en solo unos meses. Y luego hay que localizar la Isla de Cristal.

—Somos seis. —Sawyer cogió con firmeza la mano de Annika—. Nos quedan dos meses y ya está. No creo ni por un instante que no vayamos a encontrarlas antes de ese plazo.

—Si debo volver al mar antes de que... puedo seguir ayudando. Ayudaré.

—No nos adelantemos a los acontecimientos —empezó a decir Sawyer, que se interrumpió al ver salir a Bran—. ¿Todo bien?

—Sí. Sasha es... increíble. No la he molestado; dudo que hubiera podido.

—¿Qué está pintando? —quiso saber Riley.

—Belleza, y creo que el lugar al que enviar la Estrella de Agua. Creo que el lugar al que tenemos que ir una vez que la consigamos.

—¿Dónde? —inquirió ella—. Si identificamos el sitio, podré empezar a dar los pasos para conseguir una casa o unas cuantas tiendas de campaña básicas.

Bran se limitó a sonreír.

—Si interpreto correctamente la pintura, no será necesario. Porque me parece que lo que está pintando es mi casa de Irlanda. La casa que construí al final de un camino, la imagen que Sasha pintó antes de que nos conociéramos todos. La que compré antes de conocerla a ella.

—Otra isla. —Riley se recostó—. Eso encaja. ¿Costa?

—Oeste. Está en Clare, el lugar del que procede Doyle. Creo que encaja mucho, sí.

—Nos alojaríamos en tu casa —dijo Annika—. ¡Me encantaría! Debe de ser preciosa.

—Para mí lo es —contestó él—. Y hay espacio suficiente para todos nosotros. Cuando la encargué, me pregunté por qué quería una casa tan grande, pero la vi en mi cabeza, sentí que debía ser así, y eso fue lo que hice. ¿Algún problema? —le preguntó a Doyle.

—Llevo algún tiempo sin volver a Irlanda, y más aún a Clare. Debería haberme imaginado que tendríamos que ir. Bueno, podéis poner a Bran al corriente de lo que hemos decidido.

Cuando se levantó y se alejó, Annika le miró marcharse.

—Le duele el corazón.

—Volver al lugar en el que empezó, al lugar en el que vivió cuando simplemente vivía. Es un precio alto. —Riley se levantó—. Voy a cabrearle un poco para que se distraiga. ¿Por qué Clare, Bran? Tu familia es de Sligo, pero construiste una casa en Clare.

—Me llamó el camino, y también lo que había al final. Las ruinas de una vieja mansión sobre los acantilados, por encima del mar que azota la costa. Era distinto de las colinas onduladas de mi niñez, pero me llamó.

—Supongo que este fue el motivo. Voy a cabrear a Doyle y luego a preparar mis cosas. Más vale que esté lista para salir.

A mediodía, Sawyer estaba sentado en la terraza mirando a Sasha. Nadie quería que se quedara sola mucho tiempo, y él había optado por sentarse allí durante una hora mientras Bran trabajaba.

Había preparado una mesa y limpiado sus armas. A continuación, extendió su mapa de Irlanda y observó cómo la brújula se deslizaba infaliblemente hasta la costa del condado de Clare.

Se dijo que no debía preocuparse por Annika ni pensar en ningún tiempo que no fuese el año, el mes y la noche que escogiera Riley. Sin embargo, su mente no paraba de darle vueltas, hasta que se concentró realmente en la pintura de Sasha.

No sabía mucho de arte, salvo lo que le atraía y lo que no. Y no sabía nada en absoluto acerca de su creación, excepto lo que había visto hacer a Sasha cuando dibujaba o pintaba.

Lo que vivía en aquel lienzo se le antojó de una belleza absurda, casi imposible. ¿Cómo se las arreglaba Sasha para crear esa luminosidad similar a la que surgiría dentro de una concha marina? Esa luz iluminaba ahora una mansión de piedra. Para describirla, no se le ocurría una palabra mejor que «majestuosa». Las ventanas, muy altas, tenían forma de arco y cristales emplomados. Había dos torres redondas y acabadas en punta, y una especie de terrazas en forma de almenas.

Flores y arbustos se extendían a sus pies como faldas de colores, y árboles de un verde estival proyectaban su sombra sobre una hierba más verde que las esmeraldas.

Todo ello se alzaba sobre unos acantilados espectaculares de un gris tempestuoso y sobre el mar que rompía más abajo.

Vio allí a Bran con toda claridad: el mago en su castillo, junto a los

acantilados. Cuando se asentase, Sawyer buscaría una casita en alguna playa de palmeras y aguas azules. Sin embargo, no le costaba percibir el conmovedor atractivo del hogar de Bran en los acantilados.

Cuando Sasha dio un paso atrás, Sawyer se dispuso a hablar. Sin embargo, al mirarla a los ojos supo que debía guardar silencio.

Sasha cogió la pintura, la colocó sobre la mesa de trabajo y apoyó el cuaderno de dibujo en el caballete.

Así que había más.

Tras abrir una caja, cogió tiza de colores y empezó a pasarla sobre la página.

Sawyer vio a Annika cobrar vida como nunca antes la había visto. Alzándose en el agua, o eso le pareció, con la cara hacia la superficie. Transportada. Su melena se arremolinaba a través de un azul increíble.

Por un momento, Sawyer pensó que era como ver revelarse una fotografía; tan rápidos y seguros eran los gestos de Sasha.

Annika tenía los brazos levantados por encima de la cabeza, las muñecas juntas, las manos ahuecadas. Y con las tizas de Sasha, con su don, la estrella apareció entre las manos de Annika, brillante y azul.

—En el agua y del agua —recitó Sasha—. De las manos de la diosa a las de la guardiana. La sirena está dentro del agua y pertenece a ella. Estrella de Luna, estrella de agua, dotada de gracia, alegría y amor, sostenida ahora por la hija.

Poco a poco, Sasha dejó las tizas y se volvió hacia Sawyer.

—Pero llega la noche, brutal y cruenta, y debe ser afrontada. El riesgo será tuyo, viajero. Y la decisión de asumirlo.

—¿Qué riesgo?

—El de tu vida para salvarnos a todos. ¿Abrazarás a la diosa de la oscuridad y la llevarás a la luz para que se pierda? Encontrará su camino, pero

¿te arriesgarás para proteger la sangre de los demás y ganar el tiempo necesario para curar las heridas?

—¿Llevármela en un desplazamiento? ¿Es posible?

—Solo tú puedes saberlo. Tú eres el viajero. Ella es la hija —dijo Sasha, indicando el retrato con un gesto—. Ambos debéis escoger. Y también los demás.

Sasha cerró los ojos y exhaló un suspiro.

—¿Sawyer?

—Sí, hola, bienvenida a casa. Tienes que sentarte.

—No, estoy bien. —Agitó el brazo—. En serio. Solo me siento un poco mareada. Sé lo que te he dicho, pero...

—Dejemos que hierva a fuego lento. Annika encuentra la estrella, la Estrella de Agua.

—Sé que puede encontrarla. —Mientras estudiaba su propia obra, Sasha cogió un trapo para limpiarse la tiza de las manos—. Y sé que habrá voces a su alrededor, y llanto con los suspiros y cantos. Es todo lo que sé.

Se volvió hacia su mesa de trabajo y la pintura.

—Es aquí donde tenemos que ir, y la estrella de hielo nos espera. Es la casa de Bran, ¿verdad?

—Sí, la ha reconocido cuando estabas trabajando en ella.

—La casa de Bran —repitió—. Y más. ¿Podrías pedirles a los demás que suban? Deberían verlo.

—Sí, iré a buscarlos. Ten. —Le ofreció una botella de agua—. Llevas más de cuatro horas sin parar.

—Necesita algo más de trabajo, pero... por ahora es suficiente.

Bran fue el primero en salir. Le rodeó los hombros con el brazo mientras observaba el retrato de Annika.

—¿La estrella la ilumina o es ella quien ilumina a la estrella?

—Creo que las dos cosas. He percibido que debía darme prisa, que el tiempo se nos acaba. No he captado el resplandor de ella, de la estrella. Ese resplandor haría asomar las lágrimas a nuestros ojos.

Volvió la cabeza hacia el hombro de él.

—Bran, ¿estás seguro de que no puedes ayudarlos? ¿Estás seguro de que no hay nada que puedas hacer para permitir que se quede con él?

—Aunque no estuviese más allá de mis poderes, y creo que lo está, el hechizo no se hizo para perjudicar. A ella se le concedió el don de las piernas con una finalidad. Además, hizo un juramento voluntario. No puedo eludirlo.

—Se me parte el corazón. —Le abrazó por un instante y se obligó a dar un paso atrás—. Te vas a casa.

—Nos vamos todos. Es tuya, *fáidh*, si la quieres. ¿Vivirías allí conmigo, y yo contigo en tus montañas de América? Y en mis pisos de Dublín y Nueva York.

—Viviría contigo en cualquier parte. Donde fuese, Bran. —Le abrazó de nuevo, mirando la pintura—. Es bello y poderoso. Es como tú. ¿Sabes por qué construiste una casa justo allí?

—Solo que, cuando recorrí ese camino la primera vez, cuando llegué a los acantilados y a las ruinas que había allí, supe que era para mí. Necesitaba un hogar, y necesitaba que fuese aquel.

Annika ahogó un grito al ver el dibujo.

—Me has dibujado. He encontrado la estrella. La tengo entre las manos. La encontraré.

—Puedes hacerlo, y creo que lo harás.

Salió Doyle, seguido de Riley. Sasha sintió que su corazón lloraba lágrimas de compasión.

—Tienes una estrella, Anni. Y estoy segura de que ese retrato se hará realidad antes de que acabe el día —comentó Riley, animada.

Acto seguido, se acercó al lugar en el que Doyle contemplaba la pintura.

—Menuda choza, Bran. Creo que podríamos apañárnoslas ahí en la última parte de esta búsqueda. ¿Cuántos dormitorios? —preguntó.

—Diez, aunque dos solo se utilizan para dormir cuando viene toda mi familia.

—¿Hay uno en alguna de esas torres?

—Sí.

—Me lo pido.

—¿Esto es tuyo? —preguntó Doyle, sin apartar la mirada de la pintura en ningún momento—. ¿Esta casa, en estos acantilados, con el bosque espeso detrás? Y hacia el norte, justo al borde del bosque, hay un pozo.

—Hay un viejo pozo y, según me contaron, hubo un tiempo en que el bosque llegaba más cerca de la casa. ¿Cómo sabes...? ¡Ah! —exclamó al caer en la cuenta—. Conoces esta tierra, estos acantilados.

—Este mar, los bosques. Lo conozco. Es mi hogar. O lo fue. Mi abuelo ayudó a su padre a construirlo, al menos el primero. Una bonita casa de piedra. Y mi padre ayudó a su padre a añadir habitaciones en el lado sur, pues mi padre tenía nueve hermanos y todos sobrevivieron. Era la sangre de los McCleary, decían. Fuerte y sana. Y yo ayudé a mi padre a reparar el viejo establo que su abuelo había construido. Y las ovejas pastaban en las colinas rocosas, y cazábamos ciervos y conejos en esos bosques. Y mi hermano murió en mis brazos a menos de un día de distancia a caballo del lugar en el que nacimos. Ahora los dioses me obligarán a volver.

—Lo siento mucho, Doyle —empezó a decir Sasha, pero Riley sacudió la cabeza.

—Importa quiénes vinieron antes que nosotros, cómo vivieron, qué construyeron. Los honramos volviendo, caminando por donde ellos caminaron, viviendo donde vivieron. Si importan, si los honramos, nunca se marchan.

Doyle la miró durante unos momentos.

—Es el único lugar de este mundo por el que nunca quise volver a caminar.

—Los dioses son unos cabrones.

—Lo son, sí.

—Pero Bran construyó una casa donde antaño estuvo la tuya. Eso no es casualidad. Tenemos que dejarnos llevar, averiguar por qué.

—No cabe duda. ¿Y es ahí donde pondrás la estrella, tal como pusiste la otra en la pintura de los bosques?

—Sí.

—Pues más vale que vayamos a buscarla.

Aunque perdieran algunas horas de luz, optaron por hacer el equipaje. Tal vez tuvieran que viajar en poco tiempo. Sawyer cogió de la mano a Annika, que doblaba vestidos alegremente y los metía en su vistosa bolsa.

—Necesito unos minutos.

—Oh, Sawyer, no creo que tengamos tiempo para el sexo.

—No es para eso, aunque aprecio mucho que se te haya ocurrido. Tengo que preguntarte una cosa.

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—Necesito saber si, cuando hayamos hecho todo lo que se nos ha pedido, cuando hayamos cumplido el deber que nos han asignado, en caso de que tus ancianos, la bruja del mar y quien esté al mando de todo este asunto dejasen que te quedaras, que te quedaras en tierra, conmigo... ¿lo harías?

Seria, con un toque de pesar, la sirena le miró a los ojos.

—Me quedaría en cualquier parte contigo. Eres el único para mí, mi Sawyer, mi amor. Pero no puede ser. Las piernas solo son un préstamo. Son mías hasta que termine la búsqueda, en tres ciclos lunares. Ahora solo quedan dos. No me desean pena ni te desean pena a ti, pero no está en sus manos concedérmelo.

—Puede que Bran...

—Se lo pregunté. —Por un momento, clavó la mirada en el suelo—. Sé que no debería haberlo hecho, pero cuando supe que me amabas se lo pregunté. No está en sus manos. Prometió hacer ofrendas, pero no puede romper un hechizo

llevado a cabo por el bien, por la luz. Ni siquiera por amor, por ti, puedo romper mi juramento.

—Vale. Vale. —Le dio un beso en la frente—. Quizá pueda yo hacer como Tom Hanks.

—¿Y qué es un *tomhanks*?

—No es una cosa, es un nombre. Tom, nombre, Hanks, apellido. Un actor. Hizo una película en la que se enamoraba de una sirena.

—Me encantaría verla.

—Y la veremos. La cuestión es que ella también se enamoró de él.

—Así que es una buena historia.

—Pero había malos.

—¿Dioses malvados?

—No, gente mala, capaz de hacerle daño a la sirena. La sirena no podía quedarse con el chico, así que al final él saltó al agua detrás de ella. Y ella hizo algo para que pudiera quedarse, para poder vivir juntos en el agua.

Con ternura, Annika le besó las mejillas y le pasó los dedos por el pelo.

—Sería una historia bonita. Yo no podría hacer nada para que vivieras bajo el agua. Eres de la tierra.

—Tal vez la bruja del agua...

—Que pienses en hacer eso por mí me llena el corazón de alegría y de lágrimas. Pero ella no tiene poder para cambiarte. —Como las lágrimas amenazaban con asomarse a sus ojos, Annika empezó a apartarse—. Deberíamos hacer ya el equipaje.

—Vale, pero tengo una cosa más. No llores, Anni, y escucha esta otra posibilidad. La isla a la que te llevé. Tiene una especie de magia propia, ¿verdad?

Cómo habría deseado Annika que no hablaran de posibilidades que jamás podrían ser realidad.

—Sí. El agua que la rodea es sagrada, y la tierra es importante.

—Vale. Y no está en las rutas de navegación. Los dos estamos conectados con ella. Yo podría vivir allí. Soy bastante manitas, así que podría construir una pequeña casa; me encantaría vivir en la playa. Y tú podrías vivir en el agua de allí. Podríamos estar juntos. Yo podría nadar contigo y sentarme en la playa mientras tú te sentabas en las rocas. Hablar contigo, verte, tocarte.

Dentro del pecho de Annika, su corazón tembló y se estremeció.

—Tu familia.

—Oye, tengo la brújula. Puedo verlos, traerlos para que nos vean, y lo mismo puedo hacer con la tuya si ellos quieren. Pero ¿sabes cuál es la cuestión principal? —Mirándola a los ojos, le bajó las manos por los brazos y volvió a ascender—. La cuestión principal, Annika, es que tú también eres la única para mí. No quiero vivir en un mundo en el que tú no estés. Y no pienso creer que nos hemos encontrado el uno al otro, hemos luchado juntos y hemos hecho todo lo que nos han pedido para no estar juntos jamás. No pienso aceptarlo. ¿Te quedarías conmigo, tú en el agua y yo en la tierra?

—No puedo darte crías.

—Annika, solo te quiero a ti.

—Ya me tienes. Lo haré. Sí, me quedaré contigo. No quiero vivir en un mundo en el que no estés tú. —Le estrechó entre sus brazos—. Seré tuya, y tú serás mío.

Sawyer cerró los ojos y la agarró con fuerza.

—Y eso es suficiente para cualquiera.

—Te amo con todo lo que soy.

Cuando él la besó, ambos se olvidaron del equipaje y de todo lo demás hasta que Sasha dio unos golpes en el marco de la puerta.

—Lo siento, pero tenemos que bajarlo todo y seguir todos los pasos. Son casi las cuatro.

—Sawyer va a construir una casa en la isla y a vivir allí, y yo puedo vivir en el agua para que podamos estar juntos.

—El amor siempre encuentra una forma. —Conmovida, Sasha se acercó y los abrazó a los dos—. Una forma buena y amorosa. Y no os creáis que trasladándoos a una isla desierta de los mares del Sur vais a evitar que vayamos a visitaros.

—Contamos con ello —respondió Sawyer.

—Pero ahora pongámonos en marcha. Nos estamos poniendo nerviosos.

—Cinco minutos.

Tardaron un poco más, pero lo bajaron todo y trajeron la motocicleta de Doyle del cuarto contiguo.

—Al menos, podré volver a utilizarla una vez que estemos en Irlanda.

—Me gusta montar en la moto.

—Cuando quieras, guapa.

—Hasta que llegue ese feliz día, tenemos tres horas y... —Riley miró su reloj de pulsera—. Treinta y dos minutos hasta la puesta de sol. Si vamos a hacer esto, más vale que lo hagamos.

—Una cosa más. La última visión de Sasha.

—¡Sawyer, no! —Annika le agarró, alarmada—. Es una diosa.

—Y Bran y Sasha le dieron una buena en Corfú. Esta vez, parece que me toca a mí. Será mi riesgo y mi decisión. Eso es lo que ha dicho Sasha; ya os lo hemos explicado. Yo tomo la decisión y tengo que creer que puedo hacerlo, ganar ese tiempo. Pero voy a necesitar ayuda.

—Pide por esa boquita, hermano —le dijo Doyle.

—La sincronización tiene que ser lo más perfecta posible, y necesito acercarme lo suficiente a ella para conectar.

—Podría hacerte pedazos —dijo Riley, y Annika volvió el rostro contra el

hombro de Sawyer—. Lo siento, de verdad, pero tenemos que ser francos. Puede que debamos esperar y dedicar más tiempo a planearlo todo.

—Es el momento. Yo también lo siento. —Sasha alargó el brazo y acarició la melena de Annika—. Pero es el momento. Para la estrella, para la batalla, para el riesgo.

—Podría hacerme pedazos, pero no lo creo, sobre todo si Bran la ablanda un poco.

—Y lo haré, te doy mi palabra.

—Me acerco lo suficiente, cuando se haya ablandado un poco, me desplazo con ella y, cuando estemos fuera, desconecto. Puede funcionar.

—Estarás solo —le recordó Annika.

—No. —Sawyer utilizó la mano de Annika para tocarse el corazón—. Vale, que todo el mundo se prepare. Menos tú.

Inclinó el rostro de la sirena y la besó.

Se colocaron el equipo que Riley y Doyle habían acarreado desde el cobertizo para botes. Aunque seguía produciéndole un estremecimiento, Sawyer esperó mientras Annika arrojaba a un lado su vestido rosa.

—Puede que sintamos una pequeña sacudida. Nunca he pasado de la tierra firme a estar debajo del agua.

—Y en 1742 —añadió Riley.

—El tiempo está fijado, pero recordad que es un viaje más bestia que un simple desplazamiento de ubicación. Y cuando Anni tenga la estrella, el trayecto de vuelta va a ser tan brutal como el de ida. No os separéis, permaneced juntos. Cuanto más unidos estemos, más fácil será. Preparaos.

Se puso la máscara, se la ajustó y se colocó el regulador. Con el fusil submarino en una cadera y su cuchillo de buceo en el cinturón, cogió la mano de Annika.

Miró de nuevo a sus amigos y asintió con la cabeza. Cerró los ojos. Y

activó la brújula y el reloj simultáneamente.

El tirón fue mayor de lo que esperaba. Pero claro, hasta ese momento solo había viajado en el tiempo y en el espacio a la vez con un único compañero.

El aire silbó, precipitándose por su lado, a través de él y a su alrededor mientras agarraba con fuerza la mano de Annika, mientras mantenía la conexión con los demás bien aferrada en su mente.

El mundo empezó a girar, o eso se le antojó a Sawyer, daba vueltas cada vez más rápido a medida que los años pasaban volando.

Por un momento, le pareció oír el canto y los suspiros que se entremezclaban con él. Luego el agua se lo tragó, se le arremolinó por encima, le golpeó.

Y cayó una profunda oscuridad.

«Es de noche —pensó—, y además una noche sin luna.» Riley no había querido arriesgarse. Y él no había previsto la ausencia de luz en la cueva.

Notó la mano de Annika, aún en la suya, y el roce de su cola contra las piernas. Pero los demás...

Surgió una luz, suspendida encima de la palma de Bran. Cuando este agitó una mano sobre ella, la luminosidad aumentó.

Aliviado, Sawyer empezó a respirar más despacio, tratando de orientarse.

Sin sol ni luna, sin ninguna luz reflejada, la cueva estaría oscura como una tumba, sin ese azul hermoso y casi sobrenatural que había visto en todas las fotografías.

Sin embargo, vio que Annika sonreía nadando alrededor de todos, mientras los empujaba suavemente para que se juntaran todavía más.

La sirena se dio unos golpecitos en la oreja.

Sawyer iba a negar con la cabeza cuando oyó, débilmente, un coro de suspiros, como si los exhalase el agua misma.

Sin dejar de sonreír, Annika hizo un gesto hacia abajo. Sus bellos ojos

brillaban de emoción. Retorció el cuerpo y, con un movimiento de la cola, nadó directamente hacia abajo, hacia la oscuridad.

Perplejo, Sawyer siguió su instinto y agitó las piernas con fuerza para seguirla. Sin embargo, al cabo de unos instantes, a pesar de la luz de Bran, dejó de verla.

Annika descendió. Al adentrarse en las profundidades, se sintió en la gloria. Los suspiros resonaban a su alrededor, y por fin distinguía las palabras que ocultaban.

Aguardamos. Aguardamos.

Y de los cantos se elevaban súplicas.

Perdónanos. Redímenos. Libéranos. Abrázanos.

Cuanto más se hundía, más intensa se hacía su mirada. La oscuridad de las profundidades no le suponía ningún obstáculo. Podía ver las rocas, las estatuas que habían erigido los hombres, y, a medida que nadaba, las siluetas y las sombras de los desterrados, de aquellos que aguardaban, de los que suplicaban.

Con suspiros y cantos.

Y al moverse a través de ellos sintió que la rozaban con los dedos. Su pena le pesaba en el corazón, pero siguió los suspiros y su propia fe.

La diosa aguardaba. Blanca en el mar oscuro, con su rostro regio y adorable, el vestido oscilando por el fluir del agua. Con una mano sostenía la falda, y mostraba la otra, alzada junto al cuerpo. Pero no tenía nada en palma ahuecada.

Ayúdanos. Miranos. Devuélvenos.

«Os miro —pensó Annika—. Os miro. Os oigo.»

Apoyó su mano en la mano de la diosa, miró aquellos ojos pétreos. «Es una estatua», pensó. Pero lo que sostenía la estrella no era de piedra ni una estatua.

«En el agua, del agua.»

Mientras se lo repetía, todo cuanto la rodeaba lo suspiraba.

«En el agua, del agua. Como ella.»

Annika abrió los brazos, aceptó, abrazó. Y empezó a girar.

«Soy del agua. Soy la elegida de mi mundo. Soy la guardiana. Soy la redentora. Soy la que busca. Soy del agua.»

Se lo repitió una y otra vez, girando cada vez más deprisa. Notó que algo se movía encima de ella: Sawyer, sus amigos.

Del agua, para llevar luz a la oscuridad. Redentora, la Estrella de Agua aguarda. Nosotros aguardamos.

«Soy del agua. La estrella es del agua. La diosa es del agua. De su mano a mi mano.»

Mientras giraba cada vez más deprisa, el agua se iluminó, la luz comenzó a resplandecer. Era de un azul suavísimo. Y la luz se volvía más brillante, más profunda, más azul.

Tal como estaba destinada a hacer desde su nacimiento, levantó los brazos y ahuecó las manos, unidas por la muñeca. Encima de ellas, el agua giró, centelleante y cálida.

Justo encima de sus manos, surgió la estrella en medio de un potente estallido de luz.

Annika se echó a reír de pura alegría, y a su alrededor los suspiros se llenaron de lágrimas que devolvieron el eco de esa alegría.

Con los brazos alzados, empezó a ascender, y los cantos resonaron exultantes.

Sawyer la miró con el corazón palpitante. Era la viva imagen del retrato que había pintado Sasha, pero más brillante, más deslumbrante. Con la estrella, de un azul ardiente, en la uve que formaban sus manos.

Cuando los alcanzó, pareció volar como un ave gloriosa, cada vez más alto. Y luego, derramándose, volvió con ellos.

Volvió con él.

Le tendió la estrella, como una ofrenda.

Suavemente, Sawyer cerró las manos a su alrededor.

Le rodeó la cintura con el brazo y miró a cada uno de sus amigos. Juntos, guiados por el resplandor azul, salieron a la superficie en la cueva.

Sawyer se arrancó el regulador.

—Anni.

Y aplastó sus labios contra los de ella.

—Has desaparecido, me has asustado. Eres preciosa. Lo eres todo.

—Tenía que descender. ¿No habéis oído los cantos?

—Me han desgarrado el corazón —dijo Sasha.

—Deberías cogerla —dijo Annika, tendiéndole la estrella a Bran.

—Cuando volvamos. Eres pura magia, Annika. Debemos regresar y acabar con esto.

—¿No podemos quedarnos diez minutos? Solo quiero nadar un poco, ver...

Doyle agarró el brazo de Riley antes de que se alejara.

—Es el momento.

—Ahora —convino Sawyer—. Sujetaos el sombrero.

Al instante se vieron envueltos en un torbellino que los arrancó del agua y pocos segundos después los dejó bruscamente en el suelo de la casa.

—La madre que te parió, Sawyer —se quejó Riley.

Sawyer, un poco asombrado, le sonrió.

—¡Qué subidón! Parece que nos hayan lanzado con un tirachinas. Debe de haber sido la estrella. No he sido yo, lo juro.

—Es preciosa —dijo Annika, mirando su brillo tenue de un azul delirante.

Sawyer miró la estrella y también a Annika, que estaba sentada en el suelo con la cola doblada bajo el cuerpo.

—Tal vez quieras, ya sabes, cambiarte. Y... —Agarró su vestido—. Ponerte

esto.

—Ah, sí, se me había olvidado. Vive. Respira —comentó, ofreciéndosela a Sawyer.

Y palpitaba, inmaterial, pero cálida y real entre las manos de este.

—¡Guau! Ya lo veo. Te la paso.

Cuando Bran la cogió, Annika se alzó sobre sus piernas y se puso el vestido. Tal como ya había hecho con la Estrella de Fuego, Bran la protegió en una esfera transparente.

—Para proteger, respetar, ocultar y guardar.

—Deberíamos darnos prisa. Nerezza lo sabe —les anunció Sasha.

Bran asintió con la cabeza y fue hasta la pintura. Los demás se reunieron a su alrededor, bañados en aquella luz azul.

—Como hicimos la otra vez, cada uno de nosotros apoyará una mano en la esfera y pronunciaremos las palabras. Para proteger esta brillante agua, esta luz pura, la envío sana y salva a donde ningún ojo pueda verla, ninguna mano pueda tocarla, ninguna oscuridad pueda ocultarla de la luz.

La luz resplandeció y se arremolinó. La estrella, protegida, desprendió tanta luz que se extendió sobre la casa de los acantilados y cubrió de esplendor el delicado cielo. Luego se deslizó dentro del cuadro. Con un último destello azul, desapareció.

—Ahora está apagada —murmuró Annika—. Y a salvo de Nerezza.

—Estará más a salvo, y creo que será más fuerte. —Bran alargó una mano. El cuadro desapareció—. Ahora que hay dos juntas, tienen más fuerza.

—Es toda furia. —Junto a Bran, Sasha se estremeció—. Toda furia y locura. Hará llover fuego, nos convertirá en cenizas.

—Debemos marcharnos ya, irnos zumbando a Irlanda. —Mirando a su alrededor, Riley se echó hacia atrás el pelo mojado—. Siempre estoy dispuesta a luchar, pero este podría ser el momento de retirarse y reagruparse.

—Nos seguirá, y el fuego lloverá allí. Es fuego; percibo el ardor. También es frío.

—Si ha de ser aquí o allí, debemos hacerle frente. —De hecho, Sawyer lo estaba deseando—. Puedo ganar tiempo y obligarla a dar la vuelta para que tenga que volver a buscarnos en lugar de limitarse a seguir nuestro rastro. Sea como fuere, tenemos que ponernos manos a la obra —continuó diciendo mientras se despojaba del fusil submarino—. Y combatir el fuego con el fuego.

—El fuego con el fuego —coincidió Bran, y añadió una sonrisa mordaz—. Y tal como son las cosas, creo que también con agua.

—Así que vamos a ponernos calientes y húmedos; el juego de palabras es adrede, ¿y por qué no? El equipo de submarinismo bajo el emparrado. Quiero que se recoja allí. —Riley se encogió de hombros—. Ya se imaginan que soy superexcéntrica.

Annika siguió a Sawyer a su antigua habitación, donde había dejado una muda de ropa, las botas y las armas.

—Es una diosa, Sawyer. Puede que no te suelte.

—No voy a darle otra opción.

—Pero es que...

—Escucha. —Sawyer se detuvo para cogerla de los hombros y mirarla a los ojos—. Tienes que confiar en mí igual que yo he confiado en ti en la cueva. Vale, es verdad que el pánico se ha apoderado de mí cuando has bajado y he dejado de verte. —Doyle y Bran habían tenido que emplearse a fondo para sujetarle—. Pero me he calmado. Porque sabía que estabas haciendo lo que debías hacer, lo que tenías que hacer. Y que lo harías. Necesito que confíes en mí, que creas en mí. Lo necesito, si no no puedo hacerlo.

—Si creo en ti, ¿te ayuda?

—Marca la diferencia.

—Pues entonces creo en ti. —Cogió su rostro entre las manos, posó los

labios en los de él y vertió todo lo que era en ese instante—. Tienes toda mi fe.

—En ese caso, no puedo fallar.

Se cambió rápidamente y se reunió con los demás.

—Estaréis en la tormenta de fuego y en el diluvio —les dijo Bran—. Haré cuanto pueda para enviarlos hacia arriba, lejos de vosotros, pero va a ser duro.

—Me gusta que se ponga duro. —Doyle desenvainó su espada y le dedicó una mirada a Riley—. El juego de palabras también es adrede.

—Muy bueno —replicó ella, sacando su pistola y agarrando el cuchillo.

—Mantened a sus esbirros lejos de mí cuando podáis. —Sawyer alzó la mirada y comprendió que no hacía falta que Sasha los avisara para percatarse de que ya venían. Sobre sus cabezas, el cielo se agitaba con violencia—. Si Nerezza está con ellos, y Sasha dice que sí, tengo que acercarme lo suficiente para llevármela. Puede que necesite un empujoncito —le dijo a Bran.

—Lo tendrás.

El cielo se resquebrajó, haciendo temblar el mundo. Y una oscuridad cruel y llameante cayó a raudales.

—Tienes toda mi fe —le dijo Annika.

Entonces cargaron.

Esquivó el fuego que llovía del cielo y caía chisporroteando sobre la tierra. La protección que Bran había dispuesto alrededor de la casa hizo que el fuego rebotase como si chocara contra un campo de fuerza. Algunas de aquellas bolas y lanzas encendidas se precipitaron contra las alas puntiagudas de las aves que se lanzaban en picado.

«Sí, un poco de vuestra propia medicina», pensó, y acabó a tiros con una bandada.

Chispas calientes surcaban rodando el aire, y Sawyer comprobó que

mordían con saña.

Disparó y disparó, colocó cargadores nuevos y volvió a disparar. El mundo era todo fuego y humo, estruendo de disparos, tajo de espadas y cuchillos, zumbido de flechas. Y rayos.

Entonces llegó la inundación.

Estaban avisados, se recordó Sawyer mientras la fuerza de la tormenta de Bran se desataba sobre él. Viento y lluvia torrencial, rayos recortando la oscuridad.

Vio que las pulseras de Annika lanzaban destellos y proyectó un río de disparos sobre su cabeza para destruir lo que fuera que la atacaba.

Los arpones de fuego quedaron sofocados por la lluvia, y la humedad fresca y limpia calmó sus quemaduras. Atisbó un contorno borroso y pensó que era Malmon. Era rápido, pero no tan rápido como antes. Aún se encontraba en proceso de curación, pensó Sawyer mientras apuntaba.

En ese momento el suelo se levantó, lanzando a Sawyer contra una especie de niebla que reptaba, siseaba y le mordía. Se levantó con una voltereta, por primera vez muy agradecido por las sesiones de entrenamiento al alba. Casi perdió a Malmon entre la bruma mientras su figura borrosa se dirigía como una flecha hacia Sasha.

Dio un grito de advertencia y se volvió de prisa para disparar. Sin embargo, los rayos de Bran rebotaron en el contorno borroso que era Malmon y lo impulsaron lejos de allí, dando vueltas y más vueltas. Vio por un instante a Riley abalanzándose hacia Doyle y a Doyle cogiéndole el pie para impulsarla hacia arriba y ayudarla a dar una voltereta en el aire mientras disparaba contra un corrillo de aves.

Se preguntó cuándo demonios habían practicado aquello, y luego no tuvo tiempo de pensar.

Nerezza surgió de la oscuridad, sacudiendo el aire. Sawyer notó que se le

erizaba el vello de los brazos y de la nuca. Una vez más, montaba a lomos de la bestia de tres cabezas, aunque ahora llevaba una especie de armadura, negra como la noche.

Lanzaba rayos, proyectando sobre la lluvia un fuego líquido que ardía sin piedad, intentando atravesar la tormenta.

«Está concentrada en Bran —observó Sawyer mientras los demás se apresuraban a rodearle—. Pretende acabar con nuestra magia y luego abrasar al resto», se dijo. Con la mirada tan enloquecida como la de su amazona, el Cerbero lanzó un chillido de triunfo y sus lenguas arrojaron otro torrente de fuego. El choque entre energías estremeció el mundo. Sawyer clavó los pies en el suelo y apuntó las pistolas contra el blanco.

Sus balas alcanzaron las tres cabezas, que por la sacudida se proyectaron hacia atrás, mientras los chillidos triunfantes se volvían alaridos de dolor.

—¡Es el momento! —gritó—. ¡Ahora mismo! ¡Lánzame hacia arriba!

Tras vaciar sus cargadores, agarró la brújula.

Voló, agradecido de haber ensayado el movimiento con Bran hasta obtener cierta fluidez. Con Nerezza luchando por controlar a su bestia y toda su rabia concentrada en los otros cinco, Sawyer puso toda la carne en el asador.

La agarró por la melena alborotada y sintió la sacudida por todo el brazo, mientras iniciaba el desplazamiento.

La oscuridad, llena de sonidos, encendida de furia, le envolvió como un tornado. La energía de Nerezza le azotó el brazo, la cara y el cuerpo como un látigo ardiente. Pero Sawyer aguantó.

Entonces ella le miró a los ojos, y en su locura, sonrió.

—Adentro —ordenó Bran—. Adentro ahora mismo. Estad preparados. ¿Heridas?

—Quemaduras, cortes y alguna cosilla más. Y, por cierto —logró decir Riley—, el sol se está poniendo.

Para solucionarlo enseguida y dado que Riley cojeaba, Doyle se limitó a cogerla con un brazo y a llevarla como si fuese un balón de fútbol americano hasta el interior de la casa.

—Nos ocuparemos de las heridas en Irlanda. Deja que te ayude —se ofreció Sasha, acuclillándose para quitarle las botas a Riley.

—Oye, no soy remilgada, pero ¿qué te parece si apartas la vista de...? ¡Maldita sea, no hay tiempo!

Se deshizo del pudor al tiempo que lo hacía de la camiseta.

Doyle le desabrochó el cinturón.

—No puedes correr.

—Lo sé, lo sé. Sawyer...

—Volverá con nosotros. Tenemos que creer en él. —Sasha agarró a Riley de la mano justo cuando empezaba a transformarse—. Todos tenemos que creer en él.

Como toda respuesta, Riley emitió un aullido. Se puso a cuatro patas y se entregó a la luna.

—¿Puedes verle? —Annika se arrodilló, rodeó a la loba con los brazos y apretó la cara contra el cálido pelaje para consolarse y consolarla a ella—. Sasha, ¿puedes percibirlo? Por favor. Por favor.

—No, pero cuando está viajando no le percibo. Es fuerte, Anni, e inteligente. Se la ha llevado.

—Nerezza no le ha visto venir —añadió Doyle—. La ha pillado por sorpresa. Ese tío tiene los huevos de acero. Se saldrá con la suya. Volverá.

—Viviremos en la isla —declaró Annika como si dijera una oración, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas; se esforzaba por no desesperar—. Construirá una casa y yo viviré en el mar. Nadaremos juntos.

—Lo sé —dijo Sasha, arrodillándose junto a ella para estrecharla en un abrazo que abarcó también a la loba—. Esa isla es preciosa. Iremos todos a veros, a nadar con vosotros.

—Volverá conmigo. —Annika inspiró hondo y levantó la cabeza—. Igual que ha hecho otras veces. Volverá conmigo.

Y cuando lo hizo, cayó a sus pies.

—Sawyer, Sawyer. —Annika se echó sobre él y le cubrió el rostro de besos—. Estás herido.

—No es para tanto. —Sawyer le devolvió los besos y apretó los dientes mientras conseguía ponerse de rodillas—. Bueno, puede que sí —admitió—. La desconexión ha sido complicada. Tiene muchísima fuerza. No sé dónde la he soltado ni cuánto tiempo tenemos hasta que ella lo averigüe, pero deberíamos largarnos lo antes posible.

—Estás débil, hermano —comentó Doyle.

—No tanto, joder —replicó Sawyer, pero aceptó la mano que le ayudó a ponerse de pie.

—He creído en ti —dijo Annika, cogiendo su mano ensangrentada y apretándosela contra la mejilla.

—Lo notaba. No dejes de hacerlo.

—Tienes las coordenadas —dijo Bran.

Sawyer asintió y se dio unos golpecitos en la sien.

—Hecho. Creo que me vendría bien un impulso.

—Lo tendrás.

—No te olvides de mi moto —le recordó Doyle.

—Cuenta con ello. —Le echó un vistazo a Riley—. La primera vez que viajo con una mujer loba. —Y sonrió al oír que gruñía bajito—. Vale, gente, segunda estrella a la derecha y todo recto hasta la mañana.

—Te quiero, Sawyer King.

—Tampoco dejes de hacerlo.

Posó los labios sobre los de Annika y atrajo mentalmente hacia sí a sus amigos, magullados por la batalla.

Con los brazos de Annika en torno a su cuerpo, los llevó a todos al lugar en el que dos estrellas permanecían apagadas y la tercera esperaba volver a brillar.

La madre de las mentiras se precipitaba dando tumbos a través del tiempo y del espacio. Una tempestad de viento y sonido se arremolinaba en torno a ella. Mundos pasaban por su lado a toda velocidad, arañándole la carne con sus aristas mientras seguía cayendo.

Sangraba, ¡sangraba!, y la energía la abandonaba gota a gota. Agarraba las riendas de su furia con sus manos ardientes, que recogían todo cuanto era, todo cuanto tenía.

Débil, cada vez más débil, iba menguando.

Caía a plomo a través del mundo como un cometa de hielo, y la tierra se estremeció cuando chocó contra el suelo de la cueva, junto a los peldaños de plata que ella misma había creado.

Notó el sabor de su propia sangre y se la tragó, pero no tuvo fuerzas para levantarse. Así que se quedó tumbada, envuelta en el dolor.

Oyó el chasquido débil de unas garras contra la piedra.

—Mi reina, mi diosa, mi amor.

Unas manos cubiertas de escamas le levantaron la cabeza y la acariciaron mientras aquella bestia que había creado, y que antes era un hombre, emitía un canturreo gutural.

—Los mataré a todos por ti —prometió—. Te ayudaré a sanar, a ponerte fuerte. Bebe. —Le acercó una copa a los labios—. Bebe, descansa y sana.

Bebió, pero las pocas gotas de sangre que le quedaban de la clarividente apenas tocaron el dolor, apenas despejaron una sola capa de la bruma que le nublaba la mente.

Y por fin vio, reflejada en todas las piedras pulidas de la cámara, a la bestia que la mecía. Vio su propia ropa hecha pedazos, desgarrada, chamuscada. Vio un segundo mechón blanco que serpenteaba en medio de su melena.

Y las profundas arrugas que le surcaban la boca.

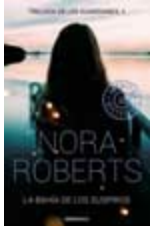
De sus ojos, donde había más arrugas, surgió una locura vengativa.

La bestia la levantó del suelo.

—Dormirás. Yo te alimentaré, te cuidaré y bañaré tus heridas. Volverás a sanar, mi reina, y te vengaré.

Algo despertó dentro del dolor y la furia, algo que podría ser gratitud. Luego, cuando la bestia la llevó a sus aposentos, durmió y se sumergió en sangrientos sueños.

Segundo libro de la «Trilogía de los Guardianes»



La sirena Annika pertenece al océano, y allí deberá regresar cuando su misión concluya. Su pureza y belleza son tan imponentes como su extraordinaria condición física, que sus nuevos compañeros descubrieron durante la búsqueda de la Estrella de Fuego.

Ahora, a través del espacio y el tiempo, el viajero Sawyer King ha llevado a los guardianes a la isla de Capri, donde se esconde la Estrella de Agua. Y a medida que vea a Annika en su elemento, un nuevo sentimiento despertará en su interior. Pero sabe que si permite que la sirena entre en su corazón, nada podría llevarlo de nuevo a tierra firme.

Mientras tanto, el enemigo acecha en la oscuridad. Los guardianes ya le han arrebatado una estrella. Y ahora ha llegado el momento de vengarse.

«Las extraordinarias habilidades narrativas de Roberts, así como el evocador escenario del libro, harán que los lectores pasen una página tras otra sin parar.»

Booklist

Nora Roberts es una de las escritoras estadounidenses de mayor éxito en la actualidad. Cada novela que publica encabeza rápidamente los primeros puestos en las listas de best sellers de Estados Unidos y del Reino Unido; más de cuatrocientos millones de ejemplares impresos en el mundo avalan su maestría. Sus últimas obras publicadas en España son el dúo de novelas *Polos opuestos* y *Atrapada*, la tetralogía *Cuatro bodas* (*Álbum de boda*, *Rosas sin espinas*, *Sabor a ti* y *Para siempre*), la trilogía *Hotel Boonsboro* (*Siempre hay un mañana*, *El primer y último amor* y *La esperanza perfecta*), *La testigo*, *La casa de la playa*, la trilogía de los O'Dwyer (formada por *Bruja Oscura*, *Hechizo en la niebla* y *Legado mágico*), *El coleccionista*, *La mentira*, *La obsesión*, *Al atardecer* y *Las estrellas de la fortuna*, primer libro de la trilogía de Los Guardianes. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland con su marido.

Para más información, visita la página web de la autora:

www.noraroberts.com

También puedes seguir a Nora Roberts en Facebook o en su blog:



Nora Roberts



www.fallintothestory.com

Edición en formato digital: enero de 2019

Título original: *Bay of Sighs*

© 2016, Nora Roberts

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Nieves Nueno, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan

Fotografía de portada: pexels.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4674-0

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La bahia de los suspiros

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Sobre este libro

Sobre Nora Roberts

Créditos